POLIBIO

HISTORIAS

LIBROS I - IV

INTRODUCCIÓN DE

A. DÍAZ TEJERA

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

MANUEL BALASCH RECORT



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 38

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de esta obra ha sido revisada por JUAN MANUEL GUZMÁN HERMIDA.

PRIMERA EDICIÓN, 1981.
1.ª reimpresión, 1991.

Depósito Legal: M. 6084-1991.

ISBN 84-249-0082-0.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1991. — 6379.

INTRODUCCIÓN

I. VIDA DE POLIBIO

1. En la batalla de Pidna, en el año 168 a. C., el cónsul romano Paulo Emilio venció al rey Perseo de Macedonia. Este acontecimiento fue trascendente para la Hélade, en general, y crucial para Polibio: un año más tarde, en el 167, es llevado como rehén a Roma por no haberse mostrado abiertamente filorromano en dicha batalla. La vida, pues, de Polibio queda así dividida en dos grandes etapas: una anterior, en su patria y como hombre de acción y con mirada hacia el futuro; la otra, posterior, en Roma, como hombre de análisis y con mirada histórica y retrospectiva. El año 168, pues, es determinante en la vida de Polibio.

2. Su fecha de nacimiento [1] la podemos situar entre 210 y 200 a. C. Ello se deduce de los siguientes datos: a) Polibio fue elegido embajador [2], en misión diplomática ante Ptolomeo V Epífanes, con su padre Licortas y Arato, hijo del famoso Arato de Sición, en el año 181 y «cuando —se dice textualmente— aún no tenía

---

1 Para un análisis de los problemas en detalle, así como para una discusión bibliográfica, cf. A. Díaz Tejera, *Polibio, I,* Madrid-Barcelona, 1972. (En adelante, citado Díaz Tejera, *Polibio.*)

2 Polibio, XXIV 6, 3-5.

la edad legal»; b) Polibio fue nombrado hiparco[3] de la Liga aquea en el año 170. Ahora bien, dado que, según doctrina común[4], era inadmisible participar en asambleas federales antes de los treinta años, parece congruente deducir que Polibio no pudo nacer antes del 210, pues en ese caso ya tendría la edad legal para ser embajador, pero tampoco después del año 200, porque entonces habría sido hiparco antes de la edad de treinta años y embajador a los diecinueve, una edad demasiado ilegal.

3. Sin embargo, cabe precisar algo más dentro del margen de tiempo entre 210-200. Y ello, porque hay que suponer que tenía al menos dieciocho años cuando se encontró[5] en Sardes con Quiomara, la mujer del rey galo Ortiagonte, encuentro que, en opinión de Mioni[6], se sitúa en el año 190-189. Puede deducirse, en consecuencia, que Polibio nació hacia el 209 ó 208 a. C., fecha bastante diferente de la propuesta por Walbank[7], que defiende con argumentos no muy convincentes que Polibio no pudo nacer antes del año 200. Y si la fecha del 209 ó 208 de su nacimiento se combina con la noticia de Ps. Luciano[8] de que el historiador vivió ochenta y dos años, entonces Polibio debió de morir hacia el año 127 a. C.

4. Polibio nace en Megalópolis, capital de la Liga aquea, en Arcadia, región ideal de la poesía bucólica.

---

[3] Polibio, XVIII 6, 9.

[4] No así K. Nitzsch, *Polybius. Zur Geschichte antiker Politik und Historiographie*, Kiel, 1824, pág. 118.

[5] Polibio, XXI 38.

[6] E. Mioni, *Polibio*, Padua, 1949, pág. 4. En adelante, citado Mioni, *Polibio*.

[7] F. W. Walbank, *A historical Commentary on Polybius, I-III*, Oxford, 1957, 1967 y 1979, pág. 7. En adelante, citado Walbank, *Commentary*.

[8] *Macrobioi* 23.

Fue hijo de Licortas, un hombre honrado, hiparco[9] en el año 192 y estratego en el 184-182. Fue, de otro lado, discípulo de Filopemen, militar consumado[10], que luchó en Selasia[11] en el año 222, completó la obra de Arato[12], reformó el ejército aqueo[13] y fue considerado como un auténtico hombre de estado[14] en la segunda centuria. El ambiente familiar, pues, no podía serle más propicio y adecuado para adquirir una formación política y militar.

5. Sin embargo, los estudiosos hablan también de una formación literaria y filosófica de Polibio. En este punto todas las precauciones son pocas. Desde luego en su obra se dice que había estudiado música[15] y que le gustaba la medicina y la geografía. Igualmente, el propio Polibio hace referencia, ya a poetas célebres, como Homero, Simónides, Píndaro y otros, ya a historiadores como Heródoto[16], Tucídides[17], Jenofonte[18]. Con todo, estas citas y alusiones no deben entenderse en el sentido de que Polibio poseía una educación literaria profunda. Una cultura dada genera un ambiente del que, sin necesidad de un conocimiento directo, cualquier hombre de formación media participa. Cuestión muy diferente implica las alusiones a historiadores como Timeo, Filarco, Teopompo y Éforo: a éstos los estudia y critica desde una concepción historiográfica propia.

---

9 T. Livio, XXXV 29, 1.

10 Cf. P. Pédech, *La Méthode historique de Polybe*, París, 1965, pág. 554. En adelante, citado Pédech, *La Méthode*.

11 Polibio, II 67-69.

12 Polibio, II 40, 6.

13 Polibio, X 22, 6.

14 Cf. Hoffmann, «Philopoemen», *RE* 21, cols. 76-95.

15 Polibio, IV 20, 3.

16 Polibio, XII 2, 1.

17 Polibio, VIII 1, 1.

18 Polibio, VI 45, 1.

6. Y se ha discutido hasta la saciedad si esta concepción historiográfica propia la elabora Polibio desde posturas estoicas o peripatéticas. Me inclino a pensar, frente a autores como Hirzel[19] y otros, que si hoy hay que hablar de una concepción filosófica, ésta debe ser la filosofía peripatética. Pues, de un lado, en general cita a autores peripatéticos, como Aristóteles, Teofrasto y Dicearco y, de otro, Megalópolis recibe un código de leyes elaborado por el peripatético Prítanis[20]. Y, además, la fórmula básica[21] de *cuándo, cómo* y *por qué,* con la que quedan enmarcados los hechos históricos, remeda de cerca las célebres categorías aristotélicas[22].

7. Ello no quiere decir que Polibio conociera a fondo la filosofía de Aristóteles ni que desconociera totalmente la doctrina estoica. Pero sí parece que su concepción historiográfica se conjuga y se explica mejor a partir de los postulados de la filosofía peripatética, porque incluso el contenido de Fortuna, del que tanto se insiste como de procedencia estoica, se ve racionalizado en Polibio.

8. De su ambiente familiar podría deducirse que Polibio intervino intensamente en la vida política. Sin embargo, aparte su nombramiento de embajador, en el año 181, ante la corte de Ptolomeo, su actividad política se reduce a los años 170-168. En el 170 es elegido hiparco de la Liga aquea. Pero es un momento clave: por entonces se desarrollaba la tercera guerra mace-

---

19 Cf. R. Hercord, *La Conception de l'histoire dans Polybe,* Lausana, 1902, págs. 76-94, donde se discute la tesis de Hirzel. En adelante, citado Hercord, *La Conception.*

20 Polibio, V 93, 8.

21 Cf. aquí págs. 24 y sigs.

22 Cf. A. Díaz Tejera, «Concordancias terminológicas con la *Poética* en la historia universal: Aristóteles y Polibio», *Habis* 9 (1978), 33-48.

dónica, una guerra entre Roma y Macedonia, ciertamente, mas con irradiación a toda Grecia. La Liga aquea, que había manifestado una postura de neutralidad, al fin decide enviar una embajada al cónsul Q. Marcio Filipo poniendo a su disposición el ejército. Polibio marchó en esa embajada. Pero fue demasiado tarde [23], porque ya el cónsul acampaba en la propia Macedonia y no necesitaba de aliados. Se permitió, incluso, la arrogancia de pedir a la Liga aquea que negara el envío de cinco mil soldados que Apio Claudio Centón, entonces en el Epiro, había solicitado.

9. En el año 168, Paulo Emilio vence a Perseo y todo quedó decidido [24]. Se felicitó al cónsul romano, pero también le fue entregada una lista, en número de mil, con los nombres de aquellos que habían seguido un comportamiento tibio para con Roma. Estos sospechosos, entre los que iba Polibio, debían justificarse en Roma, justificación que duró diecisiete años.

10. Polibio llegó a Roma en el año 167 y en el 150, junto con trescientos prisioneros que aún sobrevivían, recuperó la libertad oficial, sin duda debido a la influencia de P. Cornelio Escipión Emiliano y a la de Catón. Su estancia en Roma, frente a sus compañeros que fueron recluidos en ciudades de Etruria, fue, por tanto, bastante larga, pero en modo alguno dura, es decir, no privada totalmente de libertad.

11. Y debe quedar claro que Polibio gozó en Roma de libertad de movimientos, porque ello implica el que pueda entenderse con ciertas garantías [25] el cómo fueron redactadas las *Historias*. Las pruebas son bastantes convincentes. He aquí las más significativas: a) A diferencia de los otros rehenes, él se queda en Roma y

---

23 POLIBIO, XXVIII 13.
24 POLIBIO, XXX 13, 1.
25 Cf. aquí págs. 23 y sigs.

además entra en el círculo de los influyentes y cultos Escipiones. Llegó a ser maestro[26] de Escipión Emiliano. b) Podía salir de caza con Escipión, según dice el propio historiador, que cita el lugar, esto es, la región[27] de Agnania. Esto sucede en el año 162 y, por la misma época, se permite el riesgo de preparar la huida del príncipe seléucida Demetrio[28]. c) Visitó en varias ocasiones[29] a los locros epizefirios, considerados compatriotas suyos. d) El propio Polibio afirma que hizo el recorrido a través de los Alpes para informarse de las vicisitudes que había sufrido Aníbal cuando éste los cruzó en el año 218. Esta visita debe situarse antes del año 150 como bien opina Pédech[30]. e) Asimismo puede afirmarse que Polibio vino a España en el año 151, en compañía de Escipión Emiliano, a la sazón tribuno militar[31] de Licinio Lúculo.

12. Parece, pues, demostrado que el confinamiento de Polibio en Roma no fue el de un hombre retenido en el Lacio bajo pena de muerte, como opina Cuntz[32], sino que, por el contrario, gozó de máxima libertad, con la excepción de poder marchar a Grecia. Y no cabe duda de que esa libertad de movimientos le permitió adquirir, ya del círculo culto en que se movía, ya de sus numerosos viajes, un bagaje de conocimientos y noticias, de primera mano, muy útiles para la elaboración de su obra histórica.

13. En el año 150, Polibio regresa a Grecia. Y, claro está, vuelve cargado de evidencias culturales y

---

26 Polibio, XXXI 23-24. Diodoro, XXI 26, 5.

27 Polibio, XXXI 14, 3; 15, 2; 29, 8.

28 Polibio, XXXI 11, 15.

29 Polibio, XII 5, 1-3.

30 *La Méthode*, pág. 528.

31 Cf. H. Nissen, «Die Oekonomie des *Geschichte* des Polybios», *RhM*. 26 (1871), pág. 271; Mioni, *Polibio*, pág. 13, y Walbank, *Commentary*, pág. 4 y pág. 383 a III 48, 12.

32 D. Cuntz, *Polybios und sein Werk*, Leipzig, 1902, págs. 46-49.

políticas. No es el mismo hombre que un día tuvo que abandonar su patria. Ahora, de una parte, siente agradecimiento hacia Roma y, de otra, se percata de que Roma se constituye en atalaya desde la que todo el acontecer histórico del momento recibe explicación. Mas, al mismo tiempo, mantiene vivo su amor a la tierra de sus mayores. De aquí que pueda estar tanto del lado de Roma como de Grecia.

14. Esta bipolaridad personal de Polibio enmarca su actuación a partir de su libertad oficial. Durante la segunda guerra púnica fue solicitado por Roma como experto militar y acudió sin reservas. Acompañó a Escipión Emiliano y así pudo conocer la zona norte de África. Por el propio Polibio sabemos que estuvo presente en el asedio [33] y destrucción de Cartago en el año 146. Pero, mientras Polibio había compartido con su acción el triunfo de Roma sobre Cartago, en su propia tierra, la ciudad de Corinto, orgullosa de patriotismo, caía calcinada bajo el mismo poder, en septiembre del mismo año 146. Y el historiador, en persona, según nos cuenta [34], asistió igualmente a la quema y saqueo de Corinto: no deja de ser una jugada irónica de la Fortuna. Polibio no aprobó la conducta soberbia de Roma, pero tampoco el comportamiento orgulloso de los griegos.

15. Esta situación casi trágica de los últimos años de Polibio encuentra su síntesis en el encargo que le hizo el Senado de conciliar los derechos de vencedores y vencidos, lo que le permitió volver, una vez más, a Roma [35]. Esta función de conciliador la comprendieron bien los propios griegos, al grabar al pie de una estatua levantada en su honor, en Megalópolis, lo siguien-

---

[33] Polibio, XXXVIII 19, 1.
[34] Polibio, XXXIX 2, 2.
[35] Polibio, XXXIX 8, 1.

te[36]: «Grecia, de haber seguido los consejos de Polibio desde el principio, no habría decaído, y cuando Grecia erró, sólo él pudo ayudarla algo.» O aquellas otras palabras, en versos elegíacos, que, según Pausanias[37], rezaban en otra estatua colocada en el ágora de su ciudad natal: «recorrió toda la tierra y el mar, fue aliado de los romanos e hizo cesar la cólera contra los griegos». Nada más congruente y sintético.

16. Poco más se sabe de Polibio hasta su muerte. Según Estrabón[38], estuvo en Alejandría, probablemente hacia el 140 a. C. También quizá en Rodas, donde consultó los archivos de la ciudad conforme deducen algunos del propio Polibio[39]. Su viaje a Numancia es hipotético, y de acuerdo con la cronología establecida por nosotros, de que murió hacia el año 127, muy poco probable[40].

II. LA OBRA DE POLIBIO

A) *Estructura de las «Historias»*

1. Polibio es conocido por su magna obra las *Historias.* Cierto es que escribió tratados menores, de los que no ha sobrevivido nada. Lo sabemos ya por el propio Polibio, ya por otras fuentes: por ejemplo, en X 21, 5-8, dice el historiador que no se entretiene sobre el estratego Filopemen, porque acerca de él ya ha compuesto una monografía en tres libros. Al respecto, re-

---

36 PAUSANIAS, VIII 37, 2.

37 PAUSANIAS, VIII 30, 9.

38 XVII 1, 12.

39 XVI 15, 8.

40 La noticia transmitida por CICERÓN, *Ad Fam.* V 12, 2, de que Polibio escribió una *Numantinum Bellum*, sigue siendo extraña. Es la única noticia, y si es verdad que esta obra fue compuesta, debió de serlo después del año 133.

sulta interesante observar que este tipo de tratados, aunque no subsista fragmento alguno, tuvo su influencia. *La vida de Filopemen* de Plutarco está basada fundamentalmente en el tratado de Polibio, de tal suerte que Pédech[41] ha podido, creo que con éxito, reconstruir, a partir de la de Plutarco, la de Polibio. Con todo, no siempre el caso es tan simple. A veces los estudiosos deducen consecuencias arriesgadas a partir de hipótesis. La obra *La Guerra de Numancia*, que Cicerón atribuye a Polibio y sólo por aquél es mencionada, no resulta seguro que Polibio la hubiera escrito. Sin embargo, sobre esa hipotética obra se analizan las fuentes de *La Historia de Iberia* de Apiano[42], lo que, de otra parte, indica la autoridad que los estudiosos han atribuido a Polibio en materia historiográfica. Autoridad fundamentada en su gran obra histórica.

2. Las *Historias* fueron divididas por su autor en cuarenta libros[43]. De ellos se conservan completos los cinco primeros; del VI al XVIII se disponen de extractos antiguos, amplios y en los que se registra el libro al que pertenecen los extractos, lo que garantiza su orden propio. A partir del XVIII sólo se conservan fragmentos que provienen de los florilegios realizados por orden de Constantino Porfirogéneta[44].

3. La obra polibiana narra la realidad histórica que va desde el año 265, comienzo de la primera guerra púnica, hasta el año 146, final de la tercera guerra púnica y destrucción de Corinto. Ésa es la realidad histórica y el período narrado por Polibio en cuanto

---

41 P. PÉDECH, «Polybe et l'Éloge de Philopoemen, *REtGr.* 64 (1951), 82-103.

42 Cf. A. SANCHO ROYO, «En torno al *Bellum Numantinum* de Apiano», *Habis* 4 (1973), 23-41. Cf. también nota 40.

43 POLIBIO, III 32, 2.

44 Cf. más adelante, págs. 46-47.

resultado. Pues, desde el punto de vista del propósito original del historiador, esa realidad, en cuanto totalidad, no fue concebida así; lo que implica revisión de propósitos sobre la misma elaboración de las *Historias*. Y esta programación y revisión la proporciona el propio Polibio ya desde el libro primero [45] y de forma detallada en los tres capítulos del libro tercero [46]. Su esclarecimiento tiene gran interés.

4. El propósito central fue historiar el período que abarca desde el año 220, comienzo de la segunda guerra púnica, hasta el 168, que coincide con la batalla de Pidna. A la parte de la obra, libros III-XXX, que narra ese período, la llama Polibio «la obra propia» [47]. Pero antes contamos con los dos primeros libros, I-II, que constituyen una especie de «preparación», de «introducción», donde los hechos son narrados por encima y con la intención de que sirvan de antecedentes explicativos de lo que viene después. La realidad histórica de estos dos primeros libros es la que va desde el año 265, y así continúa la *Historia* de Timeo, hasta el año 220, donde terminan los últimos hechos narrados por Arato de Sición y comienza su obra propiamente dicha, hasta el año 168.

5. Cabe preguntar cómo se distribuye este período real en la obra histórica. Los capítulos segundo y tercero del libro III nos servirán de guía. Y en efecto, de su análisis queda claro que el hilo conductor es la segunda guerra púnica. Todo el libro tercero se dedica al estudio etiológico de esta guerra y termina cuando los cartagineses han invadido Italia y han puesto a los romanos [48], tras la batalla de Cannas, en un peligro grave. A este peligro alude Polibio con las siguientes

---

[45] Polibio, I 1, 8.
[46] Polibio, III 1, 3.
[47] Polibio, III 26, 5.
[48] Polibio, III 2, 1.

palabras: «A continuación —comienzo del libro III—, intentaremos explicar cómo, en esta época, Filipo de Macedonia libró una guerra contra los etolios, tras la cual dispuso los asuntos de Grecia y se lanzó a compartir las esperanzas de los cartagineses.»

6. La obra, en este punto, deja como una atmósfera de amenaza sobre Roma y pasa a narrar los acontecimientos de Grecia y Asia: en Grecia se da razón de la guerra de los aliados, narrada en IV 3-37, 57-58, y V 1-30, 91-106, y que termina con la paz de Naupacto en el año 217. En Asia, se trata de la guerra que se inició en el año 219 entre Antíoco y Ptolomeo Filopator por la Celesiria, narrada en V 31-87, y de la guerra de los rodios y Prusias contra Bizancio, narrada en V 38-52. Por tanto, la atmósfera amenazante con que termina el libro III, se agrava aún más en el IV y V con una posible alianza entre Filipo y Aníbal como, según hemos visto, explicita el propio Polibio[49]. Desde un punto de vista historiográfico, la explicitación alberga un efecto extraordinario en función del libro VI. El historiador, sin duda, quiere resaltar que grande fue el peligro que se cernía sobre Roma, pero mayor y más efectiva fue la *uirtus romana* que permitió conjurar la amenaza. Y esa *uirtus romana,* esa virtualidad constitucional y política es la que Polibio describe en el libro VI. Este libro, al igual que el libro XII, constituye una especie de escorzo en la linealidad histórica, pero supone aguda visión de historiador, no sólo por el contenido, sino precisamente por su posición dentro de la obra. Este libro viene a dar razón de por qué la amenaza se tornó éxito: «Aquí —anuncia Polibio[50], precisamente, al comienzo del libro III—, detendremos nuestra exposición y trataremos de la constitución ro-

[49] POLIBIO, III 2, 3.
[50] POLIBIO, III 2, 6.

mana; demostraremos luego que las características de esta constitución contribuyeron, al máximo, no sólo a que los romanos dominaran Italia y Sicilia, sino también a que extendieran su imperio a los iberos y a los galos, y además a que, tras derrotar militarmente a los cartagineses, llegaran a concebir el proyecto de dominar el universo.»

7. Esta recuperación ocupa el relato de los libros VII-XV, pues el libro XV pone fin a la guerra anibálica en la célebre batalla de Zama, con lo que el peligro que amenazaba a Roma desaparece. En medio, se narra la conquista de Italia y Sicilia: estas conquistas configuran el trenzado principal que se realiza en los libros VII al XIV; de forma intercalada y en un segundo plano, se historia la conquista de Iberia en VIII 38; IX 11; X 2-20, 34-40; XI 24-33. También la conquista de la Galia cuyo texto no ha sobrevivido. De otra parte, se insertan narraciones, sin duda exigidas en el plano cronológico, sobre la ruina de Hierón, las rebeliones en Egipto y acerca de la ambición de Antíoco y Filipo.

8. Como puede observarse, Polibio, en un primer propósito, polariza su quehacer histórico en torno de Roma y su contexto más próximo hasta la batalla de Zama: los libros III al V presentan los hechos que sitúan a Roma en una situación límite. El libro VI pone en primer plano el vigor y la excelencia de la constitución romana que salva esa situación límite, y los libros VII al XV —excepción hecha del XII— narran los acontecimientos triunfales de Roma hasta la batalla de Zama que son consecuencia de la excelencia de la constitución romana.

9. Mas la victoria sobre Cartago entraña un punto de partida para trazar una nueva dirección historio-

gráfica. Al comienzo del capítulo[51] tercero del libro III, Polibio anuncia que cambiará el escenario histórico hacia Grecia y sus contornos, lo que, en verdad, implica la realización del propósito universalista romano: hasta aquí Roma tenía puestas sus ambiciones en Occidente; ahora, asegurada su posición, mira con fuerza hacia Oriente. Y como no podía ser menos, esta realización se distribuye en tres momentos bien diferenciados. En primer lugar, la segunda guerra macedónica entre Roma y Filipo, habida entre los años 200-197, por la que la hegemonía de Macedonia sobre Grecia se pierde. Su expresión histórica se encuentra en el libro XVI, donde da comienzo; en el libro XVIII 1-12, 16-27, 33-39, donde se narra el período de acción bélica, y en XVIII 42-48, que cuenta el final de dicha guerra.

10. En segundo lugar, la guerra contra Antíoco, entre los años 192-187. En torno a esta guerra se narra una serie de acontecimientos por los que los romanos adquieren indiscutible supremacía en Asia Menor. Esta guerra y sus acciones paralelas debieron ocupar, en cuanto expresión literaria, los libros XV al XXV. Por último y en tercer lugar, se registra la tercera guerra macedónica con el triunfo sobre Perseo en la batalla de Pidna y la ruina total de Macedonia, entre los años 171-168. Esta última realidad histórica habría sido narrada en los libros XXVII al XXIX. El libro XXX se dedicó a la celebración del triunfo de Paulo Emilio por los propios griegos.

11. Estos tres momentos, en su conjunto, ocuparían, pues, los libros XV al XXX. Y, con ello, termina el programa que había sido trazado en el libro III: en una primera travesía, Roma, en Occidente, logra la victoria sobre Cartago; en una segunda, Roma, en Oriente, logra la victoria sobre Perseo. Y, así, se cum-

51 POLIBIO, III 3, 1.

plió «el que los romanos en cincuenta y tres años no completos pusieron bajo su dominio el mundo habitado»[52].

12. Mas la obra polibiana no termina con la narración de los acontecimientos que cierran el año 168. Polibio decide ampliar su obra hasta el año 146, con diez libros más, hasta el XL. Y da razón del porqué de esta ampliación: de un lado, para explicitar la conducta del vencedor absoluto; de otro, porque fue testigo ocular de los hechos y participó en muchas de las acciones[53]. Sin duda, son razones que la capacidad historiográfica de Polibio no podía dejar de aprovechar. Si bien, desde un punto de vista objetivo, esta tercera travesía implica como el resultado sintético del dinamismo dialéctico de las dos primeras travesías. Pues ahora, en ese período, tanto Occidente como Oriente quedan absorbidos dentro del poderío romano: Cartago es totalmente destruida y Corinto —y, con ello, toda Grecia pierde su libertad— saqueada y arrasada. Roma se torna dueña y señora del mundo conocido. Mas ello lleva una responsabilidad y es, quizá, el modo como se comportó Roma lo que más interesó a Polibio.

13. Sin embargo, esta parte de las *Historias* ha llegado muy fragmentaria y se vuelve difícil descubrir su estructura originaria. Con todo, parecen seguros los siguientes momentos: que el libro XXXIV constituía una monografía dedicada a describir los lugares conquistados[54], y que el libro XL, del que no se conserva fragmento alguno, recopilaba toda la obra de las *Historias*. Y no resulta aventurado aceptar que el libro XXXIV serviría para dividir este período en dos vertientes: la primera, de dominación tranquila por parte

---

[52] POLIBIO, I 1, 5.

[53] POLIBIO, III 4, 6 y 4, 13.

[54] Cf. P. PÉDECH, «La géographie de Polybe: structure et contenu du livre XXXIV des *Histoires*», *REtCl.* 24 (1956), 3-24.

de Roma de los estados conquistados, durante los años 168-151; la segunda vertiente, de nuevas alteraciones y alborotos, lo que pudo influir en el cambio que se observa en Polibio respecto a la excelencia de la constitución política romana.

14. He aquí, de manera muy apretada, de un lado, la realidad histórica y, de otro, su conformación historiográfica: un período que va desde el año 265 hasta el 146. Su expresión literaria recorta dicho período en varias facetas: los dos primeros libros, a modo de introducción, los años 265-220; los libros III-XXX, los años 220-168, en dos momentos claros: el primero hasta la batalla de Zama, libro XV, y el segundo, hasta la batalla de Pidna, libro XXX[55]. Y, por último, los libros XXXI-XL, los años 168-146, con la destrucción total de Cartago y Corinto.

B) *Fecha de composición de las «Historias»*

1. Se trata de un problema difícil y complejo, pues al no disponer de notificación explícita, su análisis debe partir de los datos que la obra proporciona. Y estos datos se encuentran en las alusiones a hechos históricos, en general bien fechados; a los viajes de Polibio y en las descripciones geográficas[56].

2. Pues bien, la postura que hoy es más aceptada al respecto podría resumirse así: a) Que Polibio comenzó a escribir las *Historias* en el exilio y, con más probabilidad, hacia su final. b) Que los quince primeros libros los compuso antes del año 146. c) Que los restantes los redactó después del año 146.

---

55 Recuérdese que éste estaba dedicado al triunfo de Paulo Emilio.

56 Como ya practicó R. HARTSTEIN, «Über die Abfassungszeit der *Geschichten* des Polybios», *Philologus* 45 (1886), págs. 715 y siguientes.

3. Esta postura, en líneas generales, puede ser defendida con los siguientes hechos. Respecto al aserto a), de que Polibio no comenzó a escribir su obra antes del año 168, queda claro por el pasaje I 1, 5, donde se dice que el objetivo de la obra es narrar cómo Roma en cincuenta y tres años se hizo dueña de casi todo el mundo habitado. Pero esos cincuenta y dos años terminan con la destrucción del reino de Macedonia. En cuanto al aserto b), que los quince primeros libros fueron escritos antes del 146, parece probado porque, de un lado, se habla de la Confederación aquea como floreciente aún [57] y, de otro, porque, en IV 74, 8, Polibio aconseja a los eleos que procuren recobrar su inmunidad al saqueo. Asimismo, porque, en XV 30, 10, se cuenta que los niños en Cartago y Alejandría participan en los tumultos ciudadanos no menos que los hombres. Y, claro es, se vuelven difíciles estas apreciaciones en una Grecia sometida a Roma y en una Cartago destruida. A su vez, en lo que respecta al aserto c), esto es: que los libros restantes, XVI-XL, fueron compuestos después del año 146, se apoya, de una parte, en que no hay indicio alguno de que fueran compuestos antes y, de otra, en que, en XVIII 25, 9 y en XXIX 12, 8, se alude a la destrucción de Cartago. Por lo demás, el hecho es meridiano para los diez últimos libros conforme a lo que hemos dicho [58].

4. Con todo, debe aceptarse una vez más que esta tesis es admisible en líneas generales. Porque surge una dificultad en la claridad del razonamiento. Me refiero al hecho de que se producen varios pasajes que contradicen esta tesis. De éstos sólo voy a citar cuatro, en la medida en que por oposición esclarecen el razonamiento. Contradicen el aserto b) los pasajes III 4, que presentan las razones por las que se amplía la obra

---

57 Polibio, II 37, 8-10.

58 Cf. lo dicho aquí en pág. 20.

hasta el año 146; III 5, que adelanta el programa, y sobre todo, III 32, 2, donde Polibio habla de su obra compuesta de cuarenta libros. Contradice el aserto c) XXXI 11-15: aquí se narra el episodio de la huida de Demetrio. Su descripción es tan viva que no se tiene dudas de que fue escrito al tiempo de su realidad. Ésta sucedió en 162. Pero, según la tesis general, el libro XXXI fue escrito después del año 146.

5. Ahora bien, puesta en parangón la tesis general con estos pasajes que perturban la propia tesis general, la solución que aportan los estudiosos es que dichos pasajes han sido insertados una vez que la obra había sido terminada. Es, desde luego, la solución tópica en este tipo de problemas. Sin embargo, mi opinión[59], ya expuesta en otra ocasión, difiere en parte. Para mí —y me apoyo sobre todo en el episodio de Demetrio— la *elaboración definitiva* de la obra no tuvo lugar antes del año 146. Seguro, por supuesto, para los diez últimos libros. Los anteriores, en cambio, y a excepción hecha de I-II, habían ido siendo redactados por partes conforme a la información y las circunstancias de los hechos y, sobre todo, desde la perspectiva del cómputo por olimpíadas. Así Polibio dispuso de un material ya ordenado y en parte redactado. Mas la redacción definitiva, con el ensamblaje de toda la labor previa, tuvo lugar después del año 146. Por tanto, los pasajes que hay que considerar como inserciones tardías no son tales, sino producto de una elaboración total y definitiva. La explicación propuesta no contradice, en realidad, la tesis general, sino que la apoya y da sentido a los numerosos pasajes considerados como inserciones[60].

---

59 Díaz Tejera, *Polibio*, págs. LXIX y sigs. Al respecto, reseña y opinión de Pédech, *Rev. Philologie* 52 (1978), 169-170.

60 Cf. Pédech, *La Méthode*, págs. 563-572, y Walbank, *Commentary, I*, pág. 296.

C) *Concepción historiográfica de Polibio*

1. Polibio, dentro de la historiografía antigua, ocupa un lugar destacado por su concepción del fenómeno histórico y su manera peculiar de interpretarlo. Ya desde el comienzo mismo de su *obra propia*[61] define su posición: «el trabajo y objeto de nuestra empresa consiste única y exclusivamente en escribir el cómo, el cuándo y el porqué todas las partes conocidas del mundo habitado vinieron a caer bajo la dominación romana». Roma, pues, significa la realidad energética que genera las acciones históricas, pero es misión del historiador no sólo captar esa realidad, sino el dar cuenta razonable de los hechos históricamente dados. Para ello, Polibio configura, quizá conforme a modelo peripatético[62], una especie de categorías que, de forma constante, enmarcan los fenómenos de suerte que éstos se encuentren encuadrados en esas categorías y, a la vez, expliciten su razón de ser. Y esas categorías o dimensiones son *modo, tiempo* y *causa.*

2. Cabe, sin embargo, una observación urgente, pues podría parecer que las tres categorías se encuentran en el mismo plano de importancia e, incluso, que se trata de tres dimensiones discretas. Y no es así. La dimensión de causa trasciende a las dos primeras, pues no basta decir cuándo un hecho sucedió, ni tampoco cómo, sino que se hace necesario aclarar el porqué ese cuándo y el porqué ese cómo. El cómo y el cuándo son como los moldes en que se insertan los fenómenos históricos; la causa, por el contrario, no sólo explicita el acontecimiento en sí, sino la forma que toman tales moldes: «afirmamos[63] que los elementos más necesa-

61 Polibio, III 4.
62 Cf. aquí nota 22 y *art. cit.* en dicha nota.
63 Polibio, III 32, 6. Asimismo, Pédech, *La Méthode,* pági-

rios de la historia... son sobre todo los relativos a las causas».

3. Mas la dimensión de causa se relaciona con otras dos dimensiones, la de *inicio* y la de *pretexto*. Su análisis, pues, requiere un enfoque global y no por separado. En efecto, el texto que mejor refleja el pensamiento polibiano al respecto se encuentra en III 6-7. Polibio comenta que algunos historiadores de Aníbal, cuando exponen las causas de la guerra entablada entre Roma y Cartago, aducen como primera causa el sitio de Sagunto por los cartagineses y como segunda el paso del río Ebro. Polibio observa aquí que estos dos hechos son los inicios, pero no las causas. Es como si se admitiera —añade el historiador— que el paso de Alejandro a Asia hubiera sido la causa de la guerra contra los persas. «Éstas son cosas —cito textualmente— propias de hombres que no han descubierto en qué se diferencia y cuánto se contrapone el inicio de la causa y del pretexto. Porque la causa y el pretexto son lo primero de todo, y el inicio, en cambio, la última parte de las mencionadas. Yo sostengo —continúa Polibio— que los inicios de todo son los primeros intentos y la ejecución de obras ya decididas; causas, en cambio, lo que antecede y conduce hacia los juicios y las opiniones; me refiero a nuestras concepciones y disposiciones y a los cálculos relacionados con ellas.»

4. El texto es explícito y no necesita de un comentario exhaustivo. Basta deducir las conclusiones. Y éstas son: a) Que lo más relevante es la noción de causa y que ésta se diferencia del inicio no sólo porque, paradójicamente, es anterior, sino porque está en la

---

nas 432-495, y WALBANK, *Commentary, I*, pág. 35. También DÍAZ TEJERA, *Polibio*, pág. LXXVI, donde se practica un análisis filológico.

base de toda acción. b) Que la causa la constituye una serie de operaciones mentales, ideas, razonamientos, sentimientos, que, apoyándose en la realidad, abocan a una decisión que determina el fenómeno histórico: el que los griegos pudieran retirarse de Asia sin encontrar oposición y el paso cómodo de Agesilao, permiten a Alejandro conformar un plan razonado de marchar contra los persas. La causa, pues, es una operación mental pero no gratuita ni utópica. El inicio, por el contrario, se mueve en el plano de la acción y de lo real; la toma de Sagunto es el comienzo de la segunda guerra púnica. La causa hay que buscarla en las consideraciones de todo tipo que se hacen en torno al poderío de Cartago y a las aspiraciones romanas. En este nivel teórico se encuentra, asimismo, la noción de pretexto que es el otro término que aparece en el pasaje citado. La noción de pretexto se descubre, ciertamente, en el plano intelectual, al igual que la causa, pero frente a la noción de principio. Mas la causa da lugar a la acción, mientras que el pretexto justifica la causa y el inicio a la vez: adquiere un carácter axiológico evidente. Alejandro formula como pretexto de la guerra contra Asia el castigar las injurias[64] de los persas contra los griegos.

5. Asi pues, la concepción historiográfica de Polibio se ve teñida de gran dosis de intelectualismo, en la medida en que la dimensión de causalidad reposa en el plano de las ideas y de los razonamientos. Sin embargo, este intelectualismo no implica una formulación tan abstracta como del texto citado podría conjeturarse. Polibio tiene gran cuidado en dejar claro que se trata de una formulación, fruto de su pensar historiográfico, sin duda, y que, en cuanto tal, le sirve de categoría acusadora y explicativa para preguntar a la

64 Polibio, III 6, 12; Diodoro, XVI 89, 2.

realidad histórica. De tal suerte que esa formulación recibe contenido concreto e histórico, ya mediante los personajes y protagonistas de los acontecimientos que encarnan y proyectan ese plano intelectual, ya mediante las constituciones que permiten que ese plano intelectual se realice.

6. La atribución, pues, de un excesivo intelectualismo a Polibio no es correcto. Lo que acontece es que Polibio es un historiador que, no sólo descubre lo que constituye el contenido del cuándo y cómo, sino que interpreta y, para ello, necesita de categorías formales de pensamiento que, en dialéctica real, encarna en los personajes históricos y en las instituciones políticas.

7. En efecto, el individuo, como personaje histórico, es el forjador de un conjunto de operaciones mentales que conforman la dimensión de causa. Se explica que sea llamado «causante» y «responsable» de la acción[65] y se explica, asimismo, que grandes acontecimientos históricos reciban el nombre del agente histórico principal: la segunda guerra púnica es llamada con el nombre de «guerra[66] de Aníbal». Y se habla, igualmente, de la guerra de Cleómenes[67], de la de Filipo[68] y de la de Perseo[69]. No debe extrañar, por tanto, que un estudio de los personajes históricos en Polibio coincida necesariamente con el análisis de la causalidad histórica, en cuanto que aquéllos son forjadores y encarnan el plano intelectual.

8. Si se opera con inteligencia y con previsión[70], es probable acertar en el éxito: Antígono es para los

---

65 POLIBIO, I 43, 2.
66 POLIBIO, I 3, 2.
67 POLIBIO, I 13, 5, y II 46, 7.
68 POLIBIO, III 32, 7.
69 POLIBIO, III 3, 8.
70 POLIBIO, IX 12, 4.

lacedemonios causante de los mayores bienes[71], y Filipo, el hijo de Amintas, es el que da origen a la grandeza del reino de Macedonia[72]. Y, por supuesto, es igualmente válido el caso contrario: si se opera con ignorancia e irreflexión, el fracaso es casi seguro. Claudio[73] fracasa en Drépana porque actúa al «azar y sin cálculo». Perseo emprende sus acciones sin congruencia y con falta de cálculo, y ello le conduce al fracaso total.

9. De otra parte, la causalidad histórica alcanza también su plasmación real en las constituciones políticas. Polibio concede, en su obra, particular atención a este tema, si bien deben distinguirse dos aspectos fundamentales. El primero, la constitución como plasmación de causalidad y su mutua interacción. El segundo, la constitución política en sí, en cuanto se analiza su origen, su composición, perfección y evolución, aspecto este último tratado de forma original en el libro VI.

10. Tocante al primer aspecto, el capítulo segundo del libro VI (y en concreto los parágrafos 8-10) es revelador. Dice textualmente: «lo que atrae y reporta utilidad a los estudiosos es precisamente el estudio de las causas y la elección de lo mejor en cada caso. Pues ha de considerarse en todo asunto como causa suprema tanto para el éxito como para el fracaso la estructura de la constitución política, pues de ella, como de una fuente, no sólo surgen todas las intenciones y proyectos de los actos, sino también el resultado». Este texto[74]

---

71 Polibio, V 9, 9.

72 Polibio, V 10, 1.

73 Polibio, I 52, 1-2.

74 Cf. para una interpretación más detallada, A. Díaz Tejera, «La Constitución política en cuanto causa suprema en la historiografía de Polibio», *Habis* 1 (1970), 31-43.

desmiente de raíz la opinión de Hercord[75] de que Polibio es poco explícito respecto a la interacción entre constitución política y causalidad. Aquí, por el contrario, Polibio defiende que la constitución política es no sólo causa histórica, sino causa suprema, en la medida en que es fuente de la que surge el plano intelectual, donde se forjan las operaciones mentales de que hemos hablado. El resurgir de Roma después del desastre de Cannas se debió a la constitución romana, y la Liga aquea logra la adhesión de todo el Peloponeso gracias a sus leyes.

11. Mas tampoco la constitución es una formulación abstracta. Pues «los fundamentos[76] de toda constitución son las costumbres y las leyes. Porque —se añade[77] más adelante— cuando observamos que las leyes y costumbres de un pueblo son acertadas, juzgamos sin temor que por ellas sus hombres también serán rectos y su constitución acertada.» De nuevo se observa en Polibio esa dialéctica real de relación entre plano intelectual y realización concreta. Es más, Polibio llega a puntualizar que una constitución casi perfecta como la romana, si no hubiera dispuesto de hombres como Escipión que la proyectaran con su virtualidad en la realidad histórica, habría rendido muchos menos éxitos a Roma[78]. El hecho queda demostrado por las derrotas de Roma ante Cartago hasta la llegada a escena de Escipión.

12. Tocante al segundo aspecto, esto es, al análisis de la constitución política en cuanto a origen, composición y evolución, Polibio le dedica el libro VI de su obra. El tema es complejo y aquí sólo lo esbozamos.

---

75 *La Conception*, pág. 142.

76 POLIBIO, VI 47, 1.

77 POLIBIO, VI 47, 2.

78 POLIBIO, XVIII 28, 6-11.

Para un estudio más detallado remito a K. von Fritz[79], cuyo trabajo, pese al título, está dedicado casi enteramente a Polibio. También a K. F. Eisen[80] y a un artículo mío[81], donde hago un estudio de tipo filológico concreto. Pues bien, Polibio dedica la parte central del libro VI a la descripción de la constitución política romana. Pero observa que dicha constitución es una resultante a partir de estadios anteriores y de combinaciones de regímenes más simples. Al estudio de estos estadios y elementos simples, a su devenir cíclico y a la constitución mixta se dedican los diez primeros capítulos del libro. En primer lugar, el autor presenta y discute el número de elementos simples que habrán de intervenir en el proceso cíclico y ofrece[82] como constituciones simples y originarias, «la realeza», «la aristocracia» y «la democracia». Todas ellas históricamente documentadas. Sin embargo, Polibio se hace una objeción: que, de un lado, las tales constituciones no son las mejores y más perfectas, pues la constitución óptima resulta del sincretismo de lo más pertinente de las tres mencionadas. Se refiere, por supuesto, a la constitución mixta. De otro lado, que tampoco son las únicas, porque se realizan otras, semejantes en apariencia, pero que objetivamente conforman su degradación, como «la tiranía», «la oligarquía» y «la oclocracia». Se trata, pues, de dos series paralelas, cada una en su nivel ético, que se corresponden en sentido vertical: a la realeza corresponde la tiranía; a la aristocracia, la oligarquía, y a la democracia, la oclocracia o gobierno

---

79 *The theory of the mixed constitution in Antiquity. A critical analysis of Polybius' political ideas*, Nueva York, 1954.

80 *Polybiosinterpretationen*, Heidelberg, 1966.

81 A. Díaz Tejera, «Análisis del libro VI de las *Historias* de Polibio respecto a la concepción cíclica de las Constituciones», *Habis* 6 (1975), 23-34.

82 Polibio, VI 3, 5.

desordenado de la muchedumbre. Y es en esta correlación donde se produce el fenómeno cíclico de las constituciones y en la que se reproduce, no obstante, la posibilidad de que el fenómeno cíclico, casi de tipo natural, se interrumpa. Esta interrupción se efectúa —observa Polibio— bajo presión racional, y entonces provoca la constitución mixta: ésta viene a ser una selección racional de lo mejor de las constituciones consideradas perfectas[83].

13. Polibio habla también de otro tipo de constitución que llama «monarquía» o gobierno de uno solo y que tiene lugar «espontánea y naturalmente». En ella se constituye jefe el hombre que sobresale en fortaleza física y en valor. Mas este tipo de constitución queda un tanto desligado de la serie de seis y sirve para abrir y cerrar el fenómeno cíclico. Polibio es muy claro en este sentido: «la monarquía es el primer sistema que espontánea[84] y naturalmente se establece». Y en otro pasaje[85], una vez que ha sobrevenido la oclocracia, afirma: «se mantiene ésta —la oclocracia— hasta que, sumida en una total degeneración salvaje, encuentra de nuevo un amo y monarca». Es evidente que así el ciclo se cierra: el final, el sistema de uno solo, es, a su vez, el principio y viceversa y, en medio, un proceso rítmico que consiste en la degradación de un régimen simple seguido de la ascensión de otra forma simple originaria. Y si se da la posibilidad de que este ritmo, casi biológico, sea interrumpido por la razón, entonces surge la constitución mixta.

---

83 Cf. Díaz Tejera, *art. cit.*, pág. 29.

84 Polibio, VI 4, 7-11.

85 Polibio, VI 4, 9.

D) *Historia pragmática y método apodíctico*

1. Polibio habla con frecuencia de historia pragmática. Y es de observar que no ha resultado fácil delimitar con exactitud este sintagma. Los estudiosos parten, en general, del pasaje IX 1, 2, donde se hace referencia a tres tipos de narraciones históricas: un tipo que trata de genealogías, otro que trata de fundaciones de colonias y otro que versa sobre las acciones de los pueblos, los estados y personajes políticos. Este último tipo es el que más atrae al hombre que se ocupa de cuestiones de estado.

2. Pues bien, de los tres tipos, Polibio ha elegido el último, y sobre él versa su quehacer histórico. De suerte que por historia pragmática ha de entenderse la narración de las acciones que han llevado a cabo los distintos pueblos y los distintos dirigentes. Y, claro es, desde este punto de vista, la historia es útil, pues enseña cómo han actuado los personajes históricos y cómo se han comportado los estados, tanto bajo el aspecto de éxitos como de fracasos. Por ello, resulta extraño —comenta Polibio[86]— que «los que escriben de fundaciones callen la educación de los hombres que manejaron los asuntos en general».

3. De nuevo observamos en Polibio un historiador, no tanto descriptivo cuanto intérprete de la interacción entre agente histórico y sus realizaciones, lo que permite, a mi modo de ver, centrar y definir lo que Polibio entiende por historia pragmática: «la narración de los hechos políticos y militares encuadrados en cuanto hechos, en la triple dimensión de modo, tiempo y causa y bajo la dirección[87] de una mente rectora».

---

86 X 21.

87 DÍAZ TEJERA, *Polibio*, pág. LXXXIX. Y para más detalle,

4. De otra parte, el concepto de método apodíctico también ha sido muy discutido. En principio hay que decir que no se trata de historia apodíctica[88], sino de método apodíctico. Pero, además, dicho método es aplicado en la historia propia y ni siquiera en los dos primeros libros que le sirven de introducción, pues en éstos sólo se recuerdan por encima los acontecimientos[89]. En cambio, en el libro III 1, 3, cuando comienza la verdadera historia, tras señalar cuál fue la función de los dos primeros libros, dice que ahora intentará exponer los hechos «con demostración». Por lo tanto, la historia en su sentido más estricto requiere demostración, no las biografías ni las narraciones someras. Y si la verdadera historia consiste en enmarcar los hechos en las categorías de tiempo, modo y causa y, además, bajo un plano intelectual en cuanto operaciones mentales y bajo qué tipo de constitución, parece congruente deducir que el método apodíctico consiste en demostrar que ese cómo y ese cuándo y esa causa y esas operaciones mentales y esa constitución política son las dimensiones que realmente dan razón y demuestran el fenómeno histórico.

E) *La noción de Fortuna en la historiografía polibiana*

1. Nuestro intento de presentar la concepción historiográfica de Polibio como fruto de elaboración coherente y lógica parece derrumbarse con la noción de Fortuna. Pues sorprende que, dentro de una dimensión pragmática, apodíctica y etiológica de la historia, tenga

---

cf. K. E. PETZOLT, *Studien zur Methode des Polybios und zu ihrer historischen Auswertung*, Munich, 1960, págs. 3-20.

88 Este sintagma sólo aparece una vez en II 37, 3, y en un contexto problemático.

89 Cf. WALBANK, *Commentary, I*, pág. 8.

cabida un contenido como el de Fortuna que apunta a una vertiente no racional. Sin embargo, la cuestión no es tan sorprendente.

2. Mucho se ha discutido sobre este tema y desde todos los ángulos. Aquí podríamos resumir las distintas posturas a tres: a) La que sostiene[90] que Polibio atribuye a la Fortuna una entidad objetiva y personal y determinante del destino humano. Casi un ser supremo; algo parecido, como anticipación, al Dios cristiano que rige el universo. Esta postura, sin duda radical, es suavizada por Von Scala[91] en el sentido de que, si bien admite ese poder personal de la Fortuna, lo circunscribe a la influencia de Demetrio Falereo, pero que después, bajo influencia romana, la noción de Fortuna queda relegada a un azar caprichoso. b) La segunda postura defiende el extremo opuesto: que para Polibio la Fortuna no es más que un término de expresión[92] cómoda o, a lo sumo, representaría lo contingente y desconocido del fenómeno histórico[93] o, con palabras de A Rover[94], «sería la X de la historia». c) Por último, se da una tercera postura, la más moderna y que, en realidad, es una postura de compromiso y dualista. Se apoya esta postura en un pasaje de Polibio del libro XXXV 17, donde se dice que debe atribuirse a la Fortuna y a la Divinidad lo que queda fuera de la mente y de la previsión humanas. Y se ofrecen dos ejemplos: uno, los fenómenos naturales, y otro, la rebelión de los mace-

---

90 Cf., entre otros, HIRZEL, *Untersuchungen zu Cicero's philosophischen Schriften*, Leipzig, 1881, II, págs. 847-907, y E. G. SHILER, «Polybius of Megalopolis», *AJPh.* 48 (1927), 31-81.

91 R. VON SCALA, *Die Studien des Polybios*, Stuttgart, 1890, páginas 174 y sigs.

92 G. DE SANCTIS, *Storia dei Romani*, III, 1: *La Fortuna secondo Polibio*, Turín, 1907-1923, págs. 213-215.

93 HERCORD, *La Conception*, págs. 121-122.

94 «Tyche in Polibio», *Convivium* 24 (1956), pág. 286.

donios bajo un falso Filipo. El propio Polibio, quizá sin percatarse de ello, provoca un dualismo en la noción de Fortuna.

3. Así lo interpreta Mioni[95] cuando habla de la Fortuna como naturaleza de un lado, y de la Fortuna como lo desconocido, de otro. Igualmente, Siegfried[96], al distinguir el *autómaton* absoluto y el *autómaton* relativo. En la misma línea, Walbank[67] sostiene que unas veces la Fortuna significa azar y casualidad, y otras, un poder superior que determina los hechos históricos. Por último Pédech[98], con más finura, observa que, en unas ocasiones, la Fortuna adquiere una función finalista[99] y, en otras, adquiere la misión de llenar los vacíos que las otras formas de causalidad, individuos y constituciones, dejan en la argumentación de los hechos. Se carga, entonces, del contenido de «causa[100] adyuvante».

4. Como puede observarse, los distintos análisis no presentan una solución convincente de la noción de Fortuna. Por mi parte[101], he desarrollado un intento de síntesis y de explicación. En resumen, mi tesis es la siguiente: en primer lugar, que hay que partir de la propia opinión de Polibio sobre la Fortuna, cuando dice que «quiere tratar sobre la cuestión de la Fortuna en cuanto el género de historia pragmática lo permite». Y añade en el texto citado[102] que es lícito recurrir a la Fortuna sólo cuando el hombre, en cuan-

---

95 POLIBIO, pág. 145.

96 *Studien zur geschichtlichen Anschauung des Polybios*, Leipzig, 1928, págs. 28 y sigs.

97 *Commentary*, págs. 16-26.

98 *La Méthode*, págs. 337-343.

99 POLIBIO, I 4, 1.

100 POLIBIO, XXXI 25, 10.

101 DÍAZ TEJERA, *Polibio*, pág. XCVIII.

102 POLIBIO, XXXVI 17.

to tal, no puede captar las causas de un hecho o, con otras palabras, cuando la explicación de los acontecimientos caen fuera de las operaciones mentales. Luego la Fortuna no contradice el principio de causalidad sino, por el contrario, lo presupone.

5. En segundo lugar, el contenido de la Fortuna puede manifestarse en forma adjetival. Esto es, que en una empresa bien calculada y meditada, por tanto bajo el análisis racional, un pequeño accidente o suceso puede aparecer «inesperadamente» y «de forma casual». Aníbal, un personaje que opera racionalmente y prototipo histórico para Polibio, sitiaba Capua; de repente, levanta el asedio y marcha sobre Roma y acampa cerca de la capital[103]. Pero en el día fijado para atacar la ciudad, entran Gneo Fulvio y P. Sulpicio con una legión. De este hecho dice Polibio que «fue una coincidencia inesperada y casual». Aníbal había sopesado los mínimos detalles y en función de sus operaciones mentales se desarrollaban los hechos históricos. Mas una sombra en esa claridad racional hecha por tierra sus propósitos y su realización. Luego también ese hecho casual, inesperado, no calculado, desde el punto de vista objetivo, funciona como causa. La Fortuna actúa, pues, aquí como factor histórico, pero de forma adjetiva y no total.

6. En tercer lugar, que la Fortuna puede realizarse no en un suceso aislado y, por tanto, adjetival, sino que puede trascender el proceso histórico en su conjunto. En ese caso, la Fortuna se substantiva y adquiere misión totalizadora de causa indeterminada de la realidad, que el hombre no acaba de comprender. La empresa de Roma en su total complejidad, incluida la propia existencia de Roma y por qué en ese

---

103 POLIBIO, IX 5, 6-9.

tiempo y no en otro, queda fuera de la causalidad humana pero no, obsérvese, de la realidad histórica.

7. La Fortuna, pues, sustituye la imposibilidad racional del hombre, ya de forma adjetival, ya substantiva. Pero del hecho de que el agente histórico o el historiador ignoren la razón de la presencia de un acontecimiento, no se desprende que ese acontecimiento no funcione como causa en el plano objetivo de la realidad. La noción de Fortuna, por tanto y aunque parezca paradójico, sólo tiene sentido en una concepción intelectualista de la historia. Es el caso de Polibio.

F) *El concepto de historia universal*

1. Polibio plantea, en varias ocasiones, la distinción entre historia universal e historia particular, como puede ser la de las monografías. Y, por supuesto, considera de mayor utilidad y más científica la historia universal. El autor[104] lo expresa con un símil: así como no es posible contemplar la belleza y lozanía de un cuerpo viviente, viendo sólo sus miembros, del mismo modo el conocimiento de las partes de la historia sólo procura una noción, no una ciencia. No es extraño, pues, que Polibio critique a los autores de crónicas locales e, incluso, a aquellos que, pese a extenderse en el tiempo y en el espacio, presentan los hechos desconexos y aislados.

2. A mi modo de ver, deben distinguirse dos nociones básicas en el concepto de historia universal en Polibio. De una parte, lo universal en cuanto los propios acontecimientos abarcan la zona espacial conocida o, al menos, influyente en ese momento y se entretejen mutuamente. De otra, lo universal en cuanto categoría formal histórica y propia de la sagacidad del historia-

---

104 Polibio, I 4, 7, y III 1, 7.

dor para descubrir aquellos factores que proporcionan unidad y conexión.

3 Respecto al primer aspecto de realidad objetiva, el propio Polibio es consciente. Observa [105] que antes del año 220 a. C. los acontecimientos del mundo habitado se producen desligados, pues en Occidente se enfrentan Roma y Cartago, mientras que en Oriente se producen la guerra de los aliados y la lucha por la Celesiria. Son dos zonas espaciales que tienen su órbita propia, aunque se da una primera aproximación cuando Roma pasó a Iliria [106]. Con todo, dentro de cada órbita, Polibio procura encadenar los acontecimientos: la primera guerra púnica tiene su origen [107] en la conquista de Italia por Roma; ésta, a su vez, produce la guerra de los mercenarios en Cartago y ésta, asimismo, incita a los romanos a conquistar Cerdeña, lo que enciende el odio que desemboca en la segunda guerra púnica.

4. En Grecia, mientras tanto, la rivalidad entre ambas Ligas, la de aqueos y etolios, da lugar a la guerra de Cleómenes, y ésta obliga a una alianza entre aqueos y macedonios [108]. Mas, a partir de aquí, ambas órbitas se cruzan y los acontecimientos se entretejen como «un todo orgánico». La expresión de esta conexión se encuentra en el discurso de Agelao en la conferencia de Naupacto [109]. Advierte Agelao que los griegos deben «evitar las luchas intestinas y percatarse del peligro que se avecina desde Occidente, pues sea el vencedor Roma o Cartago, no se conformará con sus límites». Estas palabras iban dirigidas fundamentalmente a Filipo de Macedonia y tuvieron la virtud de adivinar los puntos

---

105 POLIBIO, I 4, 2.

106 POLIBIO, II 12, 7, y sobre todo, K. E. PETZOLT, *ob. cit.*, páginas 93-100.

107 POLIBIO, I 6, 7; 12, 7.

108 POLIBIO, II 37, 8.

109 POLIBIO, V 104.

concretos en los que había de producirse la conexión histórica y universal del momento.

5. Respecto al segundo aspecto, Polibio capta, desde muy pronto, que los acontecimientos que se producen en el período narrado en su obra penden de dos factores básicos que le permiten contemplar de «forma sinóptica»[110] los hechos históricos. De un lado, la Fortuna, la voluntad ciega de la propia realidad histórica, que dirigió casi todos los acontecimientos hacia una sola parte y a todos inclinó hacia un único y mismo fin[111]. De otro, Roma, que, dotada de una constitución política excelente y con hombres reflexivos y llenos de ideas, camina casi inexorablemente hacia el éxito total. Conexión, pues, de los hechos históricos y mirada sinóptica constituyen las dos características fundamentales del concepto de historia universal en Polibio.

G) *Las fuentes de la historiografía polibiana*

1. Esta cuestión es harto difícil. Parece evidente que Polibio utilizó fuentes literarias, documentos oficiales y archivos. Pero cuáles y en qué medida, es tema en el que no hay ni seguridad ni unanimidad entre los estudiosos. Como observa Walbank[112], «la vasta literatura que existe sobre las fuentes de Polibio es quizá desproporcionada respecto a los resultados conseguidos».

2. Mas de lo que no cabe duda es de que Polibio tenía, incluso, un criterio personal en el uso de esas fuentes. Un pasaje del libro XII es elocuente en este

110 Polibio, I 4, 2.
111 Polibio, I 4, 1.
112 *Commentary, I*, pág. 26.

sentido. Dice[113] así: «como la medicina, la historia pragmática comprende también tres elementos: el primero consiste en la información por las fuentes escritas y la yuxtaposición del material de las mismas; el segundo, en la visita a las ciudades y a los países para conocer los ríos y los puertos y, en general, las peculiaridades y la distancia de tierra y mar, y el tercero se aplica a la actividad política».

3. Se me antoja que así es como procedió Polibio y así es como se debe enfocar el análisis de las fuentes polibianas. Que Polibio utilizó fuentes literarias es claro y, sobre todo, para los dos primeros libros. Sin duda Arato de Sición, fundador de la Confederación aquea y que escribió sus Memorias en treinta libros, así como Filarco, autor de una historia de Grecia y Asia en veintiocho libros y que abarcaba el período que va desde 272-220, constituyeron una fuente para los asuntos de Grecia[114]. Igualmente, Fabio Pictor, que muestra una predilección por la tradición romana, y Filino de Agrigento que, por el contrario, descubre simpatía por Cartago, debieron servir de antecedentes históricos para la narración de los asuntos de Occidente. Desde luego, Polibio se inclina más por Fabio que por Filino. No obstante, se torna difícil saber, con exactitud, lo que Polibio toma de uno o de otro. Los autores[115], en este punto, difieren mucho, aparte de que casi todos admiten que Polibio utilizó otras fuentes literarias.

4. Porque, en efecto, no resulta sorprendente el que tomara noticias e información de Timeo, sobre todo en lo relativo a Hierón[116], pese a que Polibio

---

113 Polibio, XII 25 e.

114 Polibio, II 56, 2; 47, 11.

115 M. Gelzer, «Römische Politik bei Fabius Pictor», *Hermes* 68 (1933), 129-166. P. Pédech, «Sur les sources de Polybe: Polybe et Philinos», *REtAn* 54 (1952), 246-266.

116 Polibio, I 8, 3-9.

muestra cierta aversión hacia él. En la misma línea pudo utilizar a Éforo, de quien tomó, al menos, la idea de historia universal y la de dedicar un libro a la geografía [117].

5. A partir del libro II y, concretamente, respecto a la segunda guerra púnica, se acepta que, por el lado romano, siguieron siendo fuente principal [118] Fabio Pictor y L. Cincio Alimento que, pretor en Sicilia en 210/9 y prisionero [119] de Aníbal, escribió una historia de Roma desde sus orígenes. Por el lado cartaginés, además del ya citado Filino, también Sósilo [120] de Lacedemonia, que, según Diodoro [121], narró en siete libros las empresas de Aníbal. Quizá Sileno de Calacte, como testigo ocular de las hazañas de Aníbal, pudo informar directamente a Polibio [122].

6. De otra parte y ahora no referente a la guerra anibálica, cabe suponer que Polibio conoció la obra de C. Acilio, que escribió en griego una historia romana desde sus comienzos [123] hasta el año 184, pese a los reparos de Walbank [124]. Asimismo, A. Postumio Albino, autor de una historia pragmática [125]. Éstas son las líneas principales de las fuentes literarias. Mas debe observarse que Polibio asume, frente a las fuentes, una postura crítica y nunca de yuxtaposición textual. Baste comparar las opiniones de Fabio y también las de los historiadores de Aníbal sobre las causas de la segunda guerra púnica, para comprender su modo de

---

117 POLIBIO, V 33, 2.

118 POLIBIO, III 8, 1.

119 T. LIVIO, XXI 38, 3.

120 POLIBIO, III 20, 5.

121 XXVI 4.

122 Cf. WALBANK, *Commentary, I*, pág. 28, y MIONI, *Polibio*, página 121.

123 CICERÓN, *De los Deberes* III 32, 1, 5; T. LIVIO, XXV 39.

124 *Commentary, I*, pág. 29.

125 POLIBIO, XXXIX 1.

operar. Para aquéllos, la causa fundamental fue el ataque a Sagunto y la ambición de Asdrúbal y Aníbal. Para Polibio, en cambio, es precisamente la primera guerra púnica, con sus secuelas de odio en los cartagineses y de ambición en los romanos, sobre todo con la toma de Cerdeña [126].

7. De otro tipo son las fuentes de los diversos tratados, grabados en placas de bronce. Se hallaban éstas en el *tabularium* de los ediles curules sobre el Capitolio. No debe dudarse de que Polibio consultó estos tratados, pues son los únicos textos oficiales que cita literalmente [127]. Cierto es que, al respecto, ha surgido la dificultad de que el tratado de 212 entre romanos y etolios, cuyo texto se ha encontrado en Acarnania, no coincide con la versión que trasmite Livio, tomada *al parecer* de Polibio [128]. La dificultad sería, en verdad, grave, si el texto fuera el del propio Polibio.

8. Igualmente puede aceptarse que Polibio consultó los *Annales Maximi* del pontífice Máximo, pese a que su publicación, a cargo de P. Mucio Escévola, debió de ser hecha entre 131-114. Y, por supuesto, pudo examinar los archivos privados [129] de los Escipiones: Polibio cita [130] la copia de dos cartas del Africano, una enviada al rey Filipo y otra al rey Prusias [131].

9. Mucho más dudoso resulta el que Polibio consultara los archivos aqueos. El pasaje XXII 9-10, donde se describe con demasiado detalle una asamblea de la Liga aquea, podría apoyar una respuesta afirmativa.

---

126 Polibio, III 6, 1 y 9, 6.

127 A. Díaz Tejera, «En torno al tratado de paz de Lutacio entre Roma y Cartago», *Habis* 2 (1971), 109-126.

128 Cf. discusión en Pédech, *La Méthode*, pág. 383.

129 R. Laqueur, *Polybius*, Leipzig, 1913, págs. 126-146.

130 X 9, 1.

131 XXI 8.

Son muchos los autores[132] que defienden esta tesis. Sin embargo, el argumento a favor es débil; pues, de un lado, ese calor en la descripción, tratándose de la Liga aquea, puede explicarse de la propia vida familiar de Polibio[133] y, de otro, una respuesta afirmativa obligaría a admitir que Polibio escribió su obra después del año 146, lo que contradice lo defendido anteriormente[134].

10. Más problemático todavía resulta aceptar que el historiador griego consultó los archivos rodios y los archivos del Senado romano. En el primer caso, el pasaje XVI 15, 8, donde Polibio critica a Zenón y a Antístenes por considerar éstos que fueron los rodios los vencedores en la batalla de Lade, «según —dice— se conserva en el Pritaneo de los rodios», no permite, sin más, claro es, una postura positiva. Respecto al segundo caso, la información de las sesiones del Senado podría haberla recibido Polibio del círculo de los Escipiones sin necesidad de una consulta directa. Que ésta le estuviera permitida, no es extraño, pero no hay indicio alguno que lo pruebe.

III. TRANSMISIÓN DEL TEXTO DE LAS «HISTORIAS» DE POLIBIO

A) *Tradición manuscrita*

1. De Polibio, como es normal en una obra de la antigüedad, se dispone de citas de autores clásicos, algunas de interés, como la de Ateneo, porque indican el número del libro del que han sido tomadas. De otra parte, los papiros han sido poco generosos con Poli-

---

132 Cf. MIONI, *Polibio*, pág. 123 y bibliografía.
133 Cf. aquí págs. 7 y sigs.
134 Cf. pág. 22.

bio: el más importante es el *Pap. Berlin 9570*, editado por U. Wilcken y que apoya conjeturas antiguas. Pero el texto de la obra histórica de Polibio nos ha llegado fundamentalmente a través de manuscritos. Y se impone señalar que sobre la tradición manuscrita de Polibio se cuenta con un libro de J. M. Moore[135], que analiza todos los problemas al respecto, con especial atención a la mutua relación entre las distintas familias y, dentro de éstas, de los diferentes manuscritos.

2. Pues bien, dentro de la tradición manuscrita cabe conformar tres grupos diferenciados, no ya por su contenido, sino también por su procedencia. El primer grupo lo constituyen los manuscritos que contienen íntegros los cinco primeros libros. Los más importantes son: *Vaticanus Gr. 124* (A), del siglo X: se trata de un magnífico manuscrito en pergamino; *Londinensis Gr. 11728* (B), del siglo XV, y procede directamente del anterior; *Monacensis Gr. 157* (C), que, sobre base paleográfica, ha sido fechado en el siglo XV y gusta de correcciones propias; *Monacensis Gr. 388* (D), del siglo XIV, que fue colacionado con la edición príncipe; *Parisinus Gr. 1648* (E), de hacia finales del siglo XIV; *Vaticanus Gr. 1005* (Z), de finales del siglo XIV, del que he colacionado[136] la parte dedicada al libro I, y lo he utilizado en mi edición; *Vindobonensis Phil. Gr. 59* (J), un manuscrito excelente del siglo XV: sólo contiene el libro I y no completo, y la parte final del V 94, 9-111-10. También lo he colacionado[137] y ha sido utilizado en mi edición. Este grupo, del que existen otros manuscritos

---

[135] *The manuscript tradition of Polybius*, Cambridge, 1965. Al respecto, cf. mi reseña en *Emerita* 34 (1966), págs. 219 y sigs. Asimismo, mi artículo «Análisis de los manuscritos polibianos *Vaticanus Gr. 1005* y *Vindobonensis Gr. 59* y de sus aportaciones al libro I de las *Historias*», *Emerita* 35 (1968), 121-147.

[136] Cf. Díaz Tejera, *art. cit.*, pág. 121.

[137] Díaz Tejera, *art. cit.*

muy recientes[138], es dividido en dos secciones: una, los manuscritos A y B, con escolios, y otra, C D E Z J, sin escolios, y que recibe el nombre de *tradición bizantina.*

3. El segundo grupo lo forman aquellos manuscritos que derivan de un florilegio antiguo con extractos de los dieciocho primeros libros. A todo este grupo se le denomina *excerpta antigua.* Entre todos los códices sobresale el *Urbinas 102* (F), quizá del siglo X, que es el único manuscrito que contiene extractos de los libros I-XVIII. Ninguno de los demás transmite fragmentos de los cinco primeros libros, y de aquí que el nombre de *excerpta antigua* se aplique, en general, a aquellos manuscritos que contienen fragmentos a partir del VI hasta el XVIII[139]. Con todo, no existe homogeneidad en este grupo, hasta el punto de que se lo divide en tres apartados: a) los manuscritos que contienen extractos de los libros VI-XVIII. Entre ellos, por citar algunos[140], además del *Urbinas 102,* ya mencionado, están el *Monacensis Gr. 338* (D), que tiene la particularidad —y, por eso, fue incluido en el primer grupo— de que transmite íntegros los cinco primeros libros. Lo mismo ha de decirse del *Mediceus Laurentianus Gr. 699* (G). La diferencia entre el D y G consiste en que el D está escrito de la misma mano, mientras que el G presenta distinta mano a partir del VI. Por último, debe añadirse el *Parisinus Bibl. Nat. Gr. 2967,* posiblemente del siglo XV. b) Este apartado lo componen aquellos códices que transmiten extractos de los libros VII-XVIII, pero omiten[141] los del libro VI. Son

---

138 Cf. SCHWEIGHAEUSER, *Polybii «Historiarum» quidquid superest,* Oxford, 1822, pág. 109.

139 MOORE, *ob. cit.,* pág. 55.

140 La lista completa, en MOORE, *ob. cit.,* págs. 56 y sigs.

141 Cf. MOORE, *ob. cit.,* pág. 74.

un total de trece y se les asigna la letra G con subíndice numérico. Entre ellos se encuentra un *Matritensis Gr. 4741,* del siglo XVI. c) El tercer apartado lo forman los manuscritos que ofrecen extractos de los libros VI, XVIII y X, por este orden. Son un total de trece. Se los designa con la letra H seguida de subíndice numérico. Los más básicos son *Mediceus Laurentianus 80, 13* (H), *Marcianus Gr. VII* (H) y *Leidensis Gr. 2* (H).

4. Como se sabe, la edición príncipe de los libros VI-XVIII fue publicada por Hervagen, en Basilea, en el año 1549. Se admite, aunque con ciertas dificultades, que esta edición tuvo como fuente un manuscrito escurialense, numerado VIB6, perdido en el incendio de 1671. Si es así, lo que es previsible, la edición hervagiana sería un superviviente del manuscrito escurialense. De otro lado, conviene señalar que existen manuscritos [142] que contienen pequeñas partes de los *excerpta antiqua.* Entre ellos se cuenta con un *Scorialensis Y-III-10,* posiblemente del siglo XVII y que presenta tres manos diferentes, correspondientes a los distintos extractos.

5. Finalmente, llegamos al tercer grupo, denominado *excerpta constantiniana.* Es la fuente principal para los libros XX-XXXIX, pues del XIX y XL no queda nada, salvo citas de autores antiguos. Estas compilaciones se hicieron por encargo de Constantino Porfirogéneta y abarcaban a los historiadores antiguos. Se dividieron en cincuenta y tres títulos, de los que sólo han sobrevivido seis: *De uirtutibus et uitiis, De sententiis, De insidiis, De stratagematis, De legationibus gentium ad Romanos* y *De legationibus Romanorum ad gentes.* Cada uno de esos títulos está representado por uno o varios manuscritos: a los extractos *De uirtutibus et uitiis* los representa el manuscrito *Turonensis 980*

---

[142] Cf. MOORE, *ob. cit.*, págs. 109 y sigs.

(P); a los extractos *De sententiis*, el *Vaticanus Gr. 73* (M), un palimpsesto descubierto a principios del siglo pasado por Angelo Mai, del siglo X. Es muy importante, porque también contiene extractos de todos los libros anteriores, lo que permite configurar, en comparación con los otros códices, toda la tradición manuscrita de Polibio. Los extractos *De insidiis* los transmite el *Scorialensis I11* (Q), de primera mitad del siglo XVI: para la edición de este título sólo se cuenta con este manuscrito, pues el otro, un *Parisinus*, está muy incompleto. Los extractos *De stratagematis* se encuentran en un *Parisinus Gr. 607* (T), de hacia el siglo X.

6. Mayor complejidad ofrecen los extractos *De legationibus*. Se acepta que tanto los manuscritos de «las delegaciones de los romanos ante los pueblos» como de las de «los pueblos ante los romanos» proceden de un manuscrito *Scorialensis Iω4*, perdido en el incendio ya mencionado de 1671. Aparte esta noticia, varios son los manuscritos[143] que contienen los extractos *De legationibus gentium ad Romanos*: entre ellos un *Scorialensis RIII21*, que debe ser completado con el *Scorialensis RIII13*, pues transmite lo que falta a aquél. Asimismo, son varios los que ofrecen los extractos *De legationibus Romanorum ad gentes*, y también aquí se dispone de un *Scorialensis RIII14*.

B) *Ediciones y traducciones*

1. Dada la complejidad en la transmisión manuscrita de la obra de Polibio, no es de extrañar que a la edición completa de las *Historias*, precedieran ediciones parciales, acompañadas de todo tipo de dificultades y deficiencias. En realidad, hasta la edición de Isaac Casaubon, dada en París, en 1609, no puede afir-

143 Cf. MOORE, *ob. cit.*, pág. 140.

marse que Polibio dispone de una edición más o menos completa.

2. Antes, en 1530, Vicente Heinecker, más conocido con el nombre de Obsopeo, editó los cinco primeros libros y añadió, al final, la versión latina que había confeccionado Nicolás[144] Perotti. Años más tarde, en 1549, en Basilea, Juan Hervagen amplió el texto de edición hasta el libro XVII. Hasta el XV lo tradujo Nicolás Perotti. Por primera vez se editan los extractos antiguos y, según hemos indicado, el manuscrito que sirvió de base fue el *Scorialensis VIB6.* Poco después, comienza, en parte, la edición de los extractos constantinianos, por separado, según los títulos: los primeros fueron los *De legationibus,* a cargo de Fulvio Orsini. Debe decirse que los manuscritos sobre los que Orsini se basó pertenecieron al arzobispo de Tarragona, Antonio Agustín, en los que éste había anotado al margen importantes observaciones y que Orsini utilizó sin mencionarlo.

3. Por entonces aparece la edición de Casaubon, que aprovecha las ediciones parciales anteriores, añade una nueva versión latina y confecciona una sinopsis cronológica. Pero lo importante es señalar que, para los extractos antiguos, utiliza el manuscrito *Urbinas* 102 (F). Con todo, Polibio no era editado completo: faltaban otros títulos de los extractos constantinianos. Henri de Valois publicó los de *De uirtutibus* que luego recoge Jacob Gronov en una edición en tres volúmenes, publicada en 1670 y reimpresa en Leipzig en 1764. Por la misma fecha, 1763-4, ve la luz la edición de Ernesti, sin novedad textual alguna, aunque sí con un interesante glosario. Mas mención aparte merece la edición de Schweighäuser, en ocho volúmenes, publicada en Leipzig en 1789-1795. Lleva traducción —la de

[144] Cf. SCHWEIGHAEUSER, *ob. cit.*, pág. 74.

Casaubon corregida—, un amplio comentario y un léxico que, aunque no completo, ha sido el único hasta estos años en que está en vías de publicación el excelente de Mauersberger. En honor de Schweighäuser hay que hacer notar que todos los estudios posteriores que sobre Polibio se han hecho dependen en gran medida de esta edición.

4. Todavía la edición de Schweighäuser no es completa. Posteriormente a ella se editan los extractos *De sententiis, De insidiis,* y *De stratagematis.* Estas ediciones parciales despiertan la conciencia de que Polibio necesita una edición íntegra y total. Primero aparece la de F. Dübner, patrocinada por la casa Didot, en París y en 1839. Luego, la de Bekker, en Berlín, en 1841. Poco más tarde, la de Dindorf en la colección Teubneriana, en cuatro volúmenes, Leipzig, 1866-68. Esta edición, corregida y muy mejorada por Büttner-Wobst, aparece de nuevo en cinco volúmenes en 1882-1905, y todavía los volúmenes I-II son perfecccionados en su aparato crítico en 1922-24. Para Weidmann, Hultsch realiza una edición en cuatro volúmenes, Berlín, 1867-72, que a mí me parece un modelo de trabajo. Con observaciones muy pertinentes se reeditan los volúmenes I-II en los años 1888 y 1892, respectivamente.

5. A partir de las ediciones de Büttner-Wobst y de Hultsch, el texto de las *Historias* de Polibio ha quedado fijado en su totalidad en relación, naturalmente, con la transmisión de los manuscritos. Pese a ello, ha de añadirse, dentro de la Loeb Classical Library, la de W. Paton, con traducción en seis volúmenes y que ya lleva tres ediciones: la primera apareció en 1922. El texto griego sigue el elaborado por Büttner-Wobst. En vías de publicación, la fundación Budé lleva a cabo la edición de la obra polibiana a cargo de dos especialistas, P. Pédech y J. de Foucault. Esta edición utiliza ya el manuscrito *Vaticanus Gr. 1005* (Z). En España,

la Fundación Bernat Metge ha editado con traducción en catalán los cinco primeros libros, a cargo de A. Ramon y Arrufat, en 1929. Esta edición continúa hoy día bajo la responsabilidad de M. Balasch, que ya ha publicado hasta el libro XII. El texto sobre el que se apoya es, asimismo, el de Büttner-Wobst. Por último, la Colección Hispánica, Alma Mater, ha iniciado una edición a cargo de Díaz Tejera, de la que sólo ha sido publicado un tomo que contiene parte del libro I. Esta edición utiliza por primera vez el manuscrito *Vindobonensis Phil. Gr. 59* (J).

6. En cuanto a traducciones, dejando a un lado las ya citadas por ser a su vez ediciones, indicamos la de Evelyn S. Shuckburgh, *The Historiae of Polybius*, dos vols., Bloomington, 1889. Esta traducción se ha reeditado en 1962 con una introducción de Walbank. En París, y en 1921, Pierre Waltz ha traducido a Polibio en cuatro volúmenes. En Italia, G. B. Cardona, en dos volúmenes y en los años 1948-49, ha realizado una buena traducción acompañada de numerosas noticias sobre la transmisión manuscrita. En Alemania se cuenta con la de Hans Drexler, en dos volúmenes, editada en Zurich en 1961; aparte la traducción en sí, que es excelente, al final se ofrece un índice de los aspectos históricos más interesantes. En España existe una traducción de Ambrosio Ruy Bamba, helenista del siglo XVIII, cuyo título es así: *Historia de Polibio Megapolitano, traducida del griego por D. Ambrosio Rui* (sic) *Bamba*, Madrid, en la Imprenta Real, MDCCLXXXVIII. Se reeditó en 1914. La traducción sigue la edición de Juan Pablo Krauss, hecha en 1764.

A. DÍAZ TEJERA

BIBLIOGRAFÍA

A) *Estudios generales sobre Polibio*

K. J. Beloch, *Griechische Geschichte,* IV 1-2, Leipzig, 1922-27.

U. Cuntz, *Polybius und sein Werk,* Leipzig, 1902.

G. De Santis, *Storia dei Romani,* III 1, Turín, 1907-1923.

K. F. Eisen, *Polybiosinterpretationen. Beobachtungen zu Prinzipien griechischer und römischer Historiographie bei Polybios,* Heidelberg, 1966.

E. Ibendorff, *Untersuchungen zur darstellerischen Persönlichkeit des Polybios,* Rostock, 1930.

B. Lavagnini, *Polibio,* Civiltà moderna, Florencia, 1936.

E. W. Marsden, F. Paschoud, A. Momigliano, *Polybe,* Fondation Hardt, Ginebra, 1974.

K. Meister, *Historische Kritik bei Polybios,* Wiesbaden, 1975.

E. Mioni, *Polibio,* Padua, 1949.

P. Pédech, «Notes sur la biographie de Polybe», *Les Et. Class.* 29 (1961), 145-156.

G. C. Richards, «Polybius of Megalopolis the Greek Admirer of Rome», *Class. Jour.* 40 (1944), 274-291.

C. Schick, «Polibio de Megalopoli; le principali questioni sulle *Storie*», *Paideia* 5 (1950), 369-383.

E. G. Sihler, «Polybius of Megalopolis», *AJPh.* 48 (1927), 38-81.

S. B. Smith, «Polybius of Megalopolis», *Class. Jour.* 45 (1949), 5-12.

R. von Scala, *Die Studien des Polybios,* Stuttgart, 1890.

F. W. Walbank, *Polybius,* Londres, 1972.

F. W. Walbank, P. Pédech, H. Schmitt, D. Musti, G. A. Lehmann, C. Nicolet, C. Wunderer, *Polybios; Lebens- und Welt-*

anschauung aus dem zweiten vorchristlichen Jahrhundert, Leipzig, 1927.
K. ZIEGLER, «Polybios» (1), *RE* 21, cols. 1439-1578 (1953).

B) *Composición de las «Historias»*

A. DÍAZ TEJERA, «La Constitución política en cuanto causa suprema en la historiografía de Polibio», *Habis* 1 (1970), 31-43.
H. ERBSE, «Zur Entstehung des polybianischen Geschitwerkes», *RhM.* 94 (1951), 157-179.
— «Polybios», Interpretationen *Philologus* 101 (1957), 269-297.
M. GELZER, «Die hellenische prokataskeué in zweiten Buch des Polybios», *Hermes* 75 (1940), 23-37.
— *Die Achaica im Geschichtswerk des Polybios*, Berlín, 1940.
— *Über die Arbeitswiese des Polybios*, Sitzung, 1956.
— *Die pragmatische Geschichtsschreibung des Polybios*, Berlín, 1955.
M. GIGANTE, «La Crisi di Polibio», *La Parola del Passato* 6 (1951), 31-53.
R. HARTSTEIN, «Über die Abfassunszeit der *Geschichten* des Polybios», *Philologus* 45 (1886), 715-18, y 53 (1894), 756-762.
R. HERCORD, *La conception de l'histoire dans Polybe*, Lausana, 1902.
R. LAQUEUR, *Polybius*, Leipzig, 1913.
K. LORENZ, *Untersuchungen zum Geschichtswerk des Polybios*, Stuttgart, 1931.
H. NISSEN, «Die Oekonomie der *Geschichte* des Polybios», *RhM.* 26 (1871), 241-282.
P. PÉDECH, «Polybe et l'Éloge de Philopoemen», *REtGr.* 64 (1951), 82-103.
— *La Méthode historique de Polybe*, París, 1965.
K. E. PETZOLT, *Studien zur Methode des Polybios und zu ihrer historische Auswertung*, Munich, 1960.
F. W. WALBANK, «Polybius, Philinus and the first Punic», *Class. Quart.* 39 (1945), 1-18.

C) *Estudios sobre problemas históricos*

R. L. BEAUMONT, «The date of the first treaty between Rome and Carthage», *JRomEst.* 29 (1939), 74-86.

E. J. Bickermann, «Bellum Antiochum», *Hermes* 67 (1932), 47-76.

— «Bellum Philoppicum. Some Roman and Greek views concerning the causes of the second Macedonian War», *Class. Philol.* 40 (1945), 137-148.

J. Carcopino, «Le traité d'Hasdrubal et la responsabilité de la deuxième guerre punique», *REtan.* 55 (1953), 258-293.

A. Díaz Tejera, «En torno al tratado de paz de Lutacio entre Roma y Cartago», *Habis* 2 (1971), 109-126.

J. V. A. Fine, «The background of the social war of 220-217 B. C.», *AJPh.* 61 (1940), 129-165.

J. Vallejo, «De nuevo Polibio y el tratado del Ebro», *Emerita* 20 (1952), 493-498.

D) *Sobre las fuentes de Polibio*

K. J. Beloch, «Polybios Quellen im dritten Buche», *Hermes* 50 (1915), 357-373.

E. Babba, «Studi su Filarco. La biografie plutarchee di Agide e di Cleomene», *Athenaeum* 35 (1957), 3-55 y 193-239.

P. Bung, *Fabius Pictor der erste römische Analist. Untersuchungen zur über Aufbau Stil und Inhalt seines Geschichtswerkes an Hand von Polybios I-II*, tesis doct., Colonia, 1950.

V. La Bua, *Filino-Pollibio, Sileno, Diodoro*, Palermo, 1966.

P. Pédech, «Sur les sources de Polybe. Polibe et Philinos», *REtAn.* 54 (1952), 246-266.

H. Traenkle, *Livius und Polybios*, Basilea, 1977.

J. Valeton, *De Polybii fontibus et auctoritate disputatio critica*, París, 1879.

E) *Sobre el libro VI y su contenido*

C. O. Brink, F. W. Walbank, «The construction of the sixth book of Polybius», *Class. Quart.* 49 (1954), 97-122.

A. Díaz Tejera, «Análisis del libro VI de las *Historias* de Polibio respecto a la concepción cíclica de las Constituciones», *Habis* 6 (1975), 23-34.

K. von Fritz, *The theory of the mixed constitution in Antiquity. A critical analysis of Polybius' political ideas*, Nueva York, 1954.

K. GLASER, *Polybios als politischer Denker*, Viena, 1940.

W. THEILER, «Schichten im 6. Buch des Polybios», *Hermes* 81 (1953), 296-302.

F. W. WALBANK, «Polybius and Roman constitution», *Class. Quart.* 37 (1943), 73-89.

F) *Sobre diversas cuestiones*

A. ÁLVAREZ DE MIRANDA, «La irreligiosidad en Polibio», *Emerita* 24 (1956), 27-65.

M. BALASCH, «La religiosidad en Polibio», *Helmantica* 23 (1972), 365-391.

T. BÜTTNER-WOBST, *Die Florentinen Handschriften des Polybios*, Leipzig, 1894.

A. DÍAZ TEJERA, «Análisis de los manuscritos polibianos *Vaticanus Gr. 1005* y *Vindobonensis Gr. 59* y de sus aportaciones al libro I de las *Historias*», *Emerita* 35 (1968), 121-147.

— «Concordancias terminológicas con la *Poética* en la historia universal: Aristóteles y Polibio», *Habis* 9 (1978), 33-48.

P. FRACCARO, «Polibio e l'accampamento romano», *Athenaeum* (1934), 154-161.

P. PÉDECH, «La méthode chronologique de Polybe, d'après le récit des invasions gauloises», *Comt. rend. de l'Acad. des Inscriptions et Belles-Lettres* (1955), 367-374.

A. ROVERI, «Tyche en Polibio», *Convivium* 24 (1956), 275-293.

J. VALLEJO, «Polibio y la geografía de España», *Emerita* 22 (1954), 278-288.

— «Livio, XXI 17 (XXI 25 y 26), Polibio, III 40 (con III 107) ¿textos irreconciliables?», *Emerita* 12 (1944), 140-152.

F. W. WALBANK, «The geography of Polybius», *Class. Mediaev.* 9 (1947), 155-182.

G) *Léxicos y comentario*

A. MAUERSBERGER, *Polybios-lexicon, a-k...*, Berlín, 1956-1966.

J. SCHWIEGHAEUSER, *Polybii quidquid superest*, vol. VIII, Leipzig, 1975. Reimpreso por separado, Oxford, 1882.

F. W. WALBANK, *A historical Commentary on Polybius, I-III*, Oxford, 1957, 1967, 197...

LIBRO III

Finalidad de la obra

En el primer libro de la obra 1
tomada en su conjunto, es decir, el tercero anterior a éste, dejamos claro que establecíamos como principio de nuestro tratado la Guerra Social, la Anibálica y la de Celesiria: en 2
el mismo libro expusimos, igualmente, las causas que nos hicieron componer los libros precedentes, remontándonos a tiempos anteriores a estos sucesos. Ahora 3
intentaremos exponer científicamente las guerras citadas, las causas por las que surgieron y alcanzaron tan gran extensión; pero antes hablaremos brevemente acerca de mi trabajo[1].

El tema sobre el que intentamos tratar es un único 4
hecho y un único espectáculo, es decir, cómo, cuándo y por qué todas las partes conocidas del mundo cono-

---

1 Polibio considera que en este tercer libro empieza su verdadero trabajo personal. La guerra de los aliados ocupa la mayor parte del libro cuarto y buena parte del quinto. La anibálica es la segunda guerra púnica, como ya se ha notado repetidamente, que llena buena parte de este libro tercero. La guerra de Celesiria es la cuarta guerra entre Antíoco III el Grande y Ptolomeo Filopátor. En cuanto a la fecha de iniciación, hay discordancia: mientras Jules de Foucault, en su edición del tercer libro de Polibio, París, 1971 (citado desde ahora Foucault, *Polybe*, III), pág. 30, la pone en el 219, Bengtson, *Geschichte*, pág. 368, la sitúa entre los años 221/217.

5 cido han caído bajo la dominación romana. Ésta tiene
un principio conocido, una duración delimitada y un
resultado notorio, de modo que creemos que va a ser
útil recordar y recapitular brevemente las partes prin-
cipales de este período, ordenadas de principio a fin.
6 Es de suponer que así, más que de otro modo, se pro-
porcionará a los estudiosos una visión adecuada del
7 conjunto de nuestra empresa. En efecto, dado que el
espíritu progresa mucho si desde el todo llega al co-
nocimiento de los asuntos en detalle, y mucho también
si desde éstos avanza en el conocimiento de la tota-
lidad, creemos que el mejor método y visión es el que
se hace desde ambas perspectivas. Por ello trazaremos
un esquema preliminar de nuestra historia de acuerdo
con lo apuntado.

8 Ya hemos señalado la forma y los límites de esta
9 investigación[2]. Por lo que se refiere a los hechos con-
cretos ocurridos en ella, se empezará por las guerras
ya citadas, y su final coronamiento lo constituirá la
destrucción del reino de Macedonia; el tiempo abar-
10 cado son cincuenta y tres años[3], período que com-
prende acciones tan numerosas y de tanta envergadura
que, en un lapso igual de tiempo, no se han dado jamás
en épocas anteriores. Tomando como punto de partida
la Olimpíada ciento cuarenta[4], en la exposición se se-
guirá el orden siguiente:

2 Tras exponer las causas por las que estalló la gue-
rra ya citada entre cartagineses y romanos, llamada
2 Anibálica, se describirá la invasión de Italia por parte
de los cartagineses, cómo arruinaron la dominación
romana e infundieron a aquéllos un gran temor por

---

2 Al principio mismo de la obra, I 1, 5-6.

3 En los años 210/168.

4 Comprende los años 220/216. Es de notar que los libros XXII y XXIII de Tito Livio reproducen casi literalmente este tercero de Polibio.

sus vidas y por los fundamentos de su patria, mien-
tras que los mismos cartagineses llegaron a abrigar
grandes e imprevistas esperanzas de tomar por asalto
la misma ciudad de Roma.
A continuación intentaremos explicar cómo, en esta 3
época, Filipo de Macedonia[5] libró una guerra contra
los etolios, tras la cual dispuso los asuntos de Grecia
y se lanzó a compartir las esperanzas de los cartagi-
neses. Antíoco y Ptolomeo Filopátor andaban a la 4
greña y, al final, estalló entre ellos una guerra por la
posesión de Celesiria[6]. Los rodios y Prusias declararon 5
la guerra a los bizantinos y les forzaron a cesar en el
cobro de peaje a los que navegaban hacia Ponto[7].
Aquí detendremos nuestra exposición y trataremos 6
de la constitución romana[8]; demostraremos luego que
las características de esta constitución contribuyeron,
al máximo, no sólo a que los romanos dominaran Ita-
lia y Sicilia, sino también a que extendieran su imperio
a los iberos y a los galos[9], y además a que, tras derro-
tar militarmente a los cartagineses, llegaran a concebir
el proyecto de dominar el universo.
Paralelamente a todo ello aclaremos, en una di- 7
gresión, el derrocamiento de la tiranía de Hierón en
Siracusa[10]. Enlazaremos con estos temas los distur- 8
bios ocurridos en Egipto, la coalición, efectuada tras
la muerte del rey Ptolomeo, de Antíoco y Filipo para
repartirse el imperio legado al joven príncipe heredero,

5 Filipo V de Macedonia.

6 La Celesiria es una pequeña región situada entre las cordilleras del Líbano y del Antilíbano.

7 Esto se narra en el libro IV 31-37.

8 Ya se ha dicho más arriba, en una nota, que este estudio se verifica en el libro sexto. El lugar es, exactamente, VI 11-18.

9 La narración polibiana de la campaña romana en la Galia no nos ha llegado.

10 Cf. VII 2-8, y VIII 3-7 y 37. De los disturbios de Egipto no nos queda nada en los extractos restantes de Polibio.

y cómo empezaron las insidias y manejos de Filipo contra Egipto, Caria y Samos, y las de Antíoco contra Celesiria y Fenicia.

3 A continuación, tras una recapitulación [11] de las operaciones de romanos y cartagineses en España, en
2 África y en Sicilia, desplazaremos nuestra exposición a tierras de Grecia, con los grandes cambios que allí hubo. Narraremos las batallas navales de Átalo y de los rodios contra Filipo y la guerra de éste contra los romanos [12], cómo se desarrollaron, sus causas y su
3 desenlace. A esto añadiremos, sin interrupción, el recuerdo de la cólera de los etolios, con la que arrastraron a Antíoco y, desde el Asia, encendieron una guerra contra aqueos y romanos [13].

4 Después de aclarar sus causas y el paso de Antíoco a Europa, explicaremos, en primer lugar, cómo consiguió huir de Grecia; en segundo lugar, cómo, derrotado, abandonó los territorios que están a este lado de la
5 cordillera del Tauro. En tercer lugar, cómo los romanos, tras haber humillado la soberbia de los galos, se aprestaron a dominar, sin admitir rivales, los territorios asiáticos y liberaron a los habitantes de la parte hacia acá del Tauro, del terror de los bárbaros y de
6 la injusticia de los galos. Seguidamente, tras poner la vista en los desastres de etolios y cefalenios [14], entraremos en las guerras que Éumenes trabó contra Prusias y los galos [15]; igualmente, en la guerra que hubo

[11] Aquí hay cierta divergencia en el vertido del verbo griego original. Mientras Schweighäuser traduce «*in brevem summam contrahere*», es decir, «resumir», WALBANK, *Commentary*, ad loc., traduce «recapitular». Foucault elude el problema con una traducción muy libre.

[12] Es la segunda guerra de Macedonia, narrada por Polibio en su libro XVIII.

[13] Todo esto nos ha llegado sólo en parte. Cf. XXI 17.

[14] Cf. XXI 35-32 b.

[15] La guerra de Prusias de Bitinia contra Éumenes II de

entre Ariarato y Farnaces[16]. Luego haremos mención 7
de la pacificación y concordia que reinó en el Peloponeso, así como del auge de la república de Rodas[17], y ofreceremos un resumen de toda nuestra exposición y
de las acciones que contiene. Finalmente, trataremos 8
la expedición de Antíoco Epifanes contra Egipto, la guerra persa y el derrumbamiento del imperio macedonio. Paralelamente a todo ello se irá viendo cómo 9
manejaron los romanos cada asunto y cómo lograron someter todo el mundo a su imperio.

Reflexiones sobre estos sucesos

Si por sí solos los éxitos o los 4
fracasos permitieran emitir un juicio suficiente sobre los hombres o los gobiernos, despreciables o laudables, según el programa inicial nosotros deberíamos pararnos aquí y concluir simultáneamente nuestra exposición e historia con las acciones citadas en último lugar. En efec- 2
to: el lapso de los cincuenta y tres años termina en ellas, y el progreso y el avance del imperio romano ya había culminado. Además, daba la impresión de que 3
era notoria e ineludible para todos la sumisión a los romanos y la obediencia a sus órdenes. Pero los jui- 4
cios sobre vencedores y vencidos extraídos simplemente de los propios combates son insuficientes. Lo que mu- 5
chos han creído un triunfo insuperable, si no se explotó con acierto ha comportado grandes desastres, mientras que a no pocos que han soportado con entereza las desgracias más escalofriantes, éstas han acabado por convertírseles en ventajas. A las acciones 6
mencionadas habría de añadirse un juicio sobre la

Pérgamo estaba en el libro XXII, pero su narración polibiana se ha perdido.

16 Cf. XXIII 9, 1-3; XXIV 1, 1-3; 5; 14-15; XXV 2.

17 Cf. XXI 24, 7; 46, 8.

conducta posterior de los vencedores, sobre cómo gobernaron el mundo, la aceptación y opinión que de su liderazgo tenían los demás pueblos; se deben investigar, además, las tendencias y ambiciones predominantes en cada uno, que se impusieron en las vidas privadas y en la administración pública.

7 Es indiscutible que por este estudio nuestros contemporáneos verán si se debe rehuir la dominación romana o, por el contrario, si se debe buscar, y nuestros descendientes comprenderán si el poder romano es digno de elogio y de emulación, o si merece repro-
8 ches. La máxima utilidad de nuestra historia, en el
9 presente y en el futuro, radica en este aspecto[18]. No hay que suponer que, ni en sus dirigentes ni en sus expositores, la finalidad de las empresas sea vencer y
10 someter a todos. Nadie que esté en su sano juicio guerrea contra los vecinos por el sólo hecho de luchar, ni navega por el mar sólo por el gusto de cruzarlo, ni aprende artes o técnicas sólo por el conocimiento
11 en sí[19]. Todos obran siempre por el placer que sigue a las obras, o la belleza, o la conveniencia.

12 Por eso la culminación de esta historia será conocer cuál fue la situación de cada pueblo después de verse sometido, de haber caído bajo el dominio romano, hasta las turbulencias y revoluciones que, des-
13 pués de estos hechos, se han reproducido. En vistas a la importancia de las acciones que entonces se desarrollaron y al carácter extraordinario de los acontecimientos, pero también —y esto es lo más importante— en razón del hecho de que yo he sido no solamente espectador, sino unas veces colaborador y otras dirigente, he emprendido la redacción, por así decir, de

---

18 Polibio insiste en conceptos ya expuestos, cf. I 1-3.

19 Aquí hay ciertos ecos de doctrina estoica.

una historia nueva, tomando un punto de partida nuevo también.

Los trastornos a que me refería son los siguientes: 5
los romanos hicieron la guerra a los celtíberos y a los vacceos[20], mientras que los cartagineses guerrearon contra Masinisa, rey de Libia[21]. En Asia, Átalo y Pru- 2
sias se combatían mutuamente y el rey de Capadocia, Ariarates, expulsado de su trono por Orofernes con la ayuda del rey Demetrio[22], recuperó el reino que le legara su padre apoyado por Átalo[23]. Por otro lado, 3
Demetrio, hijo de Seleuco, tras reinar en Siria durante doce años, perdió a la vez la vida y el imperio, al coaligarse contra él los demás reyes. Y también los 4
romanos levantaron la acusación de que habían sido objeto los griegos inculpados en la guerra de Perseo y les reintegraron a sus países[24]. Y los mismos romanos 5
atacaron, poco tiempo después, a los cartagineses, con el propósito, primero, de forzarles a expatriarse, y después de aniquilarles totalmente, por las causas que se expondrán a continuación. Paralelamente a estos he- 6
chos, al romper los macedonios la amistad con los romanos y abandonar los lacedemonios la Liga aquea, se inició el proceso que conduciría a la ruina total de Grecia.

De modo que éste es nuestro plan. Pero aún depen- 7
de de la Fortuna que mi vida dure lo suficiente para

20 Es la segunda campaña romana en España contra nativos del país. Quedan fragmentos de su narración en Polibio, XXXV 1-5.

21 Polibio narró esta guerra en el libro XXXI, pero nos queda sólo una leve referencia a ella en XXXI 21.

22 Es Demetrio I Soter, que reinó en Siria (162-150).

23 Átalo II de Pérgamo (160-139).

24 La referencia es a los supervivientes de la batalla de Pidna, en la que los romanos, en el año 168, derrotaron a Perseo, el último rey de Macedonia, e iniciaron prácticamente su dominio universal. Cf., con todo, la nota 20 del libro I.

8 llevar nuestro propósito hasta el final. Sin embargo, estoy convencido de que si nos ocurre lo que es propio de los hombres, el proyecto no quedará en el aire ni le faltarán hombres cabales; su belleza atraerá a muchos que lo tomarán bajo su responsabilidad y se esforzarán por llevarlo a cabo.

9 Después que hemos pasado revista, resumidamente, a las acciones más sobresalientes, con la intención de conducir a los lectores al conocimiento del conjunto y las partes de nuestra *Historia general*, ya es hora, pues, de recordar nuestro propósito y de que abordemos el principio de nuestra materia.

Guerra de Aníbal. Precisiones terminológicas

6 Algunos tratadistas de la historia de Aníbal, al querer señalarnos las causas de la guerra en cuestión entre romanos y cartagineses, aducen primero el asedio
2 de Sagunto por parte de los cartagineses y, en segundo lugar, su paso, en contra de los tratados, del río que
3 los naturales del país llaman Ebro[25]. Yo podría afirmar que éstos fueron los comienzos de la guerra, pero negaría rotundamente que fueron sus causas[26] —¡nada
4 de esto!—, a no ser que alguien diga que el paso de Alejandro a Asia fue la causa de su guerra contra los persas y que el desembarco de Antíoco en Demetrias fue la causa de su guerra contra los romanos; ninguna de estas afirmaciones responde a la verdad y a la ló-
5 gica. ¿Quién creería, en efecto, que radica aquí la verdadera causa de los muchos preparativos que pre-

---

[25] Aquí la confusión de Polibio es segura: no se trata del río Ebro, sino del Júcar.

[26] Un buen comentario a estas precisiones terminológicas lo ofrece Walbank, *Commentary*, ad loc., y Díaz Tejera, *Polibio*, páginas LXXIV-LXXXIV. La impresión general que se extrae es la de que el pensamiento de Polibio no es tan profundo como el de Tucídides.

viamente realizó Alejandro y de los no pocos que Filipo, vivo aún, dispuso para la guerra contra los persas? Lo mismo cabe decir de los etolios, antes de que se les presentara Antíoco, por lo que hace a su guerra contra los romanos. Éstas son cosas propias de hom- 6
bres que no han descubierto en qué se diferencia y cuánto se contrapone el inicio de la causa y el pretexto. Porque la causa y el pretexto son lo primero de todo, y el inicio, en cambio, la última parte de las mencionadas.

Yo sostengo que los inicios de todo son los prime- 7
ros intentos y la ejecución de obras ya decididas; causas son, en cambio, lo que antecede y conduce hacia los juicios y las opiniones; me refiero a nuestras concepciones y disposiciones y a los cálculos relacionados con ellas: gracias a ellas llegamos a juzgar y decidir. Mi aseveración se comprenderá mejor con 8
ejemplos. Cuáles fueron realmente las causas y de 9
dónde surgió la guerra contra los persas, puede verlo cualquiera.

La primera fue la retirada de los griegos bajo el 10
mando de Jenofonte desde las satrapías del interior[27], retirada en la que recorrieron toda el Asia[28], que les era hostil, y, sin embargo, ningún bárbaro osó hacerles frente. La segunda fue el paso de Agesilao, rey de La- 11
cedemonia, en el cual no encontró ningún adversario importante ni de su altura, y, sin realizar sus proyectos, se vio obligado a regresar por los disturbios que

27 No se refiere a las guerras médicas, sino a la campaña de Ciro contra Artajerjes, en la que interviene un cuerpo griego expedicionario de diez mil hombres. Es la obra clásica de JENOFONTE, la *Anábasis*, la que narra este hecho. Esta campaña tuvo lugar en el año 401.

28 Se refiere a la expedición, del año 396, del rey espartano Agesilao al Asia con ocho mil espartanos, en la que no logró nada resonante.

12 estallaron en Grecia. De resultas de esto, Filipo comprendió y dedujo la cobardía y malicia de los persas frente a su propia buena disposición, y la de los macedonios para las acciones bélicas. Puso, además ante sus ojos, la magnitud y la belleza de los trofeos que
13 se seguirían de la guerra. Así que se hubo captado la adhesión unánime de los griegos, usando al punto el pretexto de que corría prisa vengarse de los ultrajes que les habían inferido los persas, tomó impulso y se dispuso a la guerra; disponía todos los preparativos correspondientes.

14 De modo que hay que creer que las causas de la guerra contra los persas son las aducidas en primer lugar; el pretexto, lo que se dijo en segundo lugar, y el inicio, el paso de Alejandro al Asia.

7 Se debe considerar sin la menor duda que la causa de la guerra que estalló entre Antíoco y los romanos
2 fue la cólera de los etolios. Éstos, a la vista del desenlace de la guerra contra Filipo, se creían víctimas de diversos y grandes perjuicios por parte de los romanos, como expliqué más arriba, y no se limitaron a atraerse a Antíoco, sino que pasaron por cualquier acción y humillación, enfurecidos por las circunstancias aludi-
3 das. Debe considerarse un pretexto la liberación de los griegos, que los etolios, recorriendo con Antíoco las ciudades, invocaron de manera falaz y absurda; pero el inicio de la guerra fue el desembarco de Antíoco en Demetrias.

4 He insistido en la diferenciación de estos concep-tos no para reprender a los escritores, sino para adoc-
5 trinar a los estudiosos. ¿Pues para qué serviría a los enfermos un médico que ignorara las causas de las indisposiciones corporales? ¿Cómo puede ser útil un hombre de estado incapaz de calcular el cómo, el porqué y el de dónde ha tomado su punto de partida
6 cada uno de los sucesos? Porque ni aquel médico po-

drá ejercer como es debido el cuidado de los cuerpos ni el hombre de estado será capaz de manipular acertadamente las cuestiones sin el conocimiento de lo antedicho. De modo que nada hay que observar y buscar 7
más que la causa de los acontecimientos, dado que muchas veces los más trascendentales surgen del azar y, en todo caso, siempre es más fácil remediar las primeras opiniones y veleidades.

Causas de la guerra anibálica según el historiador Fabio

Fabio[29], el historiador romano, 8
afirma que la causa de la guerra contra Aníbal fue, además de la injusticia cometida contra los saguntinos, la avaricia y la ambición de poder de Asdrúbal, ya que éste, tras adquirir 2
un gran dominio en los territorios de España, se presentó en el Africa, donde intentó derogar las leyes vigentes y convertir en monarquía la constitución de los cartagineses. Los prohombres de la ciudad, al aperci- 3
birse de su intento contra la constitución, se pusieron de acuerdo y se enemistaron con él. Cuando Asdrúbal 4
lo comprendió, se marchó del Africa y desde entonces manejó a su antojo los asuntos españoles, prescindiendo del senado cartaginés. Aníbal, que desde niño 5
había sido compañero de Asdrúbal y emulador de su manera de gobernar, luego que hubo recibido la dirección de los asuntos de España, dirigió las empresas del mismo modo que él. Esto hizo que ahora la guerra 6
contra los romanos estallara contra la voluntad de los cartagineses, por decisión de Aníbal. Porque ningún no- 7
table cartaginés había estado de acuerdo con el modo

---

29 Fabius Pictor, historiador romano que escribió en griego una historia de Roma desde sus orígenes hasta su propia época. A pesar de que Polibio muestra cierta animadversión hacia él, sin embargo lo utiliza como fuente para las secciones de su historia en las que no dispone de otras. Cf. la nota 16 del primer libro.

8 con que Aníbal trató a la ciudad de Sagunto. Fabio
afirma esto, y luego asegura que tras la caída de la
plaza mencionada los romanos acudieron y exigieron
de los cartagineses que les entregasen a Aníbal o arros-
9 traran la guerra. Ante su afirmación de que ya desde
el principio los cartagineses estaban disgustados por
la conducta de Aníbal, se podría preguntar a este autor
si dispusieron de ocasión más propicia que ésta, o de
manera más justa y oportuna para avenirse a las pre-
tensiones romanas y entregarles al causante de tales
10 injusticias. Así se libraban discretamente, por medio
de terceros, del enemigo común de la ciudad, lograban
la seguridad del país, apartaban la guerra que se les
venía encima y satisfacían con sólo un decreto a los
romanos. A todo esto, ¿qué podría decir Fabio? Nada,
evidentemente.

La verdad es que los cartagineses tanto distaron de hacer cualquier cosa de las indicadas, que, según las iniciativas de Aníbal, guerrearon continuamente durante dieciséis años y no cesaron hasta que, tras poner a prueba todas sus esperanzas, al final vieron en peligro su país y sus vidas.

9 ¿Por qué he mencionado a Fabio y lo que escribió?
2 No por temor de que alguien dé crédito a sus afirma-
3 ciones; pues aún prescindiendo de mi comentario, los
lectores pueden comprobar su propia incoherencia. Lo
que pretendo es advertir a los que toman sus libros
4 que examinen no el título, sino el contenido. Hay quien
no se fija en lo que se dice, sino en la persona que lo
dice, y al saber que el autor fue contemporáneo de
los hechos y que perteneció al senado romano, por
todo ello juzgan, sin más, que es creíble lo que afirma.
5 Digo que no se debe desdeñar la autoridad de un es-
critor, pero tampoco debe juzgársela como suficiente
en sí misma. Es más, los lectores deben formular su
juicio por los hechos en sí.

Causas de la guerra

En cuanto a la guerra entre ro- 6
manos y cartagineses (pues de
ella partió la digresión) hay que
considerar que la primera causa
fue el resentimiento de Amílcar,
el llamado Barca, que era padre natural de Aníbal.
Amílcar, en efecto, en la guerra de Sicilia, no fue derro- 7
tado en su espíritu, ya que comprobaba que había con-
servado intactas sus tropas en Érice, y con el mismo
empeño que él tenía. A causa de la derrota naval de
los cartagineses, se había visto forzado a ceder a las
circunstancias y a firmar los pactos. Pero la cólera le
duraba, y aguardaba siempre una ocasión. Si no se hu- 8
biera producido la revuelta de los mercenarios contra
los cartagineses, en lo que dependía de Amílcar, al
punto habría comenzado otra campaña y los prepara-
tivos para ella. Pero los disturbios internos le ocupa- 9
ron, y se dedicó a estas acciones.

Pero cuando los cartagineses hubieron solventado **10**
los disturbios aludidos, los romanos les declararon la
guerra, y ellos, primero, estaban decididos a todo, en
la suposición de que la justicia de su causa les haría
triunfar. Esto ha sido ya expuesto en los libros ante-
riores, sin los cuales no es posible entender debida- 2
mente ni lo que contamos ahora ni lo que diremos
después. Pero al no ceder los romanos, los cartagineses, 3
cediendo a las circunstancias, y apesadumbrados, nada
pudieron hacer: evacuaron Cerdeña y convirtieron en
deber añadir otros mil doscientos talentos a los tribu-
tos ya impuestos. Lo hicieron para no verse constre- 4
ñidos a una guerra en aquellas circunstancias. Debe
establecerse ésta como la segunda causa, aún más
grave, de la guerra que estalló después.

Amílcar sumó a su ira la cólera de sus conciudada- 5
nos, y tan pronto como reforzó la seguridad de su
patria, después de la derrota de los mercenarios suble-

vados, puso luego todo su interés en los asuntos de España, pues quería aprovechar estos recursos para la
6 guerra contra los romanos. Y hay que tener en cuenta todavía una tercera causa, me refiero al éxito de los cartagineses en los asuntos de España. Porque, por confiar en estas fuerzas entraron llenos de coraje en
7 la guerra citada. Es innegable que Amílcar, aunque murió diez años antes del comienzo de esta segunda guerra, contribuyó decisivamente a su estallido. Ello se puede probar de muchas maneras, pero para merecer crédito bastará con considerar lo que se expone a continuación.

Juramento de Aníbal

11 En la época en que Aníbal, derrotado por los romanos, acabó por exiliarse de su patria[30] y vivía en la corte de Antíoco, los romanos, que intuían ya las intenciones de los etolios, enviaron embajadores a Antíoco para no quedar en la ignorancia acerca de las inten-
2 ciones del rey. Los embajadores, al ver que Antíoco se inclinaba a favor de los etolios y que pensaba declarar la guerra a los romanos, trataron con suma deferencia a Aníbal, con la intención de infundir sospechas
3 a Antíoco, lo que terminó por suceder. A medida que pasaba el tiempo y el rey recelaba cada vez más de Aníbal, surgió la oportunidad de explicarse acerca de
4 la desconfianza surgida entre ellos dos. En el diálogo Aníbal se defendió múltiplemente, y, al final, cuando
5 ya agotaba los argumentos, explicó lo que sigue: cuando su padre iba a pasar a España con sus tropas, Aníbal contaba nueve años y estaba junto a un altar en el
6 que Amílcar ofrecía un sacrificio a Zeus. Una vez que

[30] Fue en el año 195, que marca la desaparición definitiva de Aníbal como figura de primera categoría en la historia, aunque aún toma parte en acciones militares de poca categoría en calidad de aliado de Antígono.

obtuvo agüeros favorables, libó en honor de los dioses y cumplió los ritos prescritos, ordenó a los demás que asistían al sacrificio que se apartaran un poco, llamó junto a sí a Aníbal y le preguntó amablemente si quería acompañarle en la expedición. Aníbal asintió entusias- 7
mado y aun se lo pidió como hacen los niños. Amílcar entonces le cogió por la mano derecha, le llevó hasta el altar y le hizo jurar, tocando las ofrendas, que jamás sería amigo de los romanos. Aníbal pidió entonces a 8
Antíoco que, pues le había confiado su secreto, siempre que tramara algo nocivo a los romanos confiara en él, seguro de que tendría un colaborador leal. Pero en el 9
momento en que llegara a una tregua o amistad con los romanos, en tal caso, podía desconfiar de él sin necesidad de acusaciones, y precaverse; porque siempre intentaría todo lo posible contra los romanos.

Cuando Antíoco lo hubo oído se convenció de que 12
le había hablado con sinceridad y con verdad, y así dejó sus sospechas anteriores. De modo que debemos 2
tener este testimonio por prueba irrefutable del odio de Amílcar, y de sus intenciones, que luego evidenciaron los mismos hechos: tan enemigos hizo de los roma- 3
nos a Asdrúbal, que era el marido de su hija, y a su propio hijo Aníbal, que este odio resultó insuperable. Pero Asdrúbal murió prematuramente, y no pudo hacer 4
notorias a todos sus inclinaciones; Aníbal, en cambio, tuvo la ocasión de demostrar, a carta cabal, el odio que contra los romanos había heredado de su padre.

Por eso, los rectores de la cosa pública deben pre- 5
ocuparse más que nada de que no les pasen desapercibidos los propósitos de quienes hacen desaparecer las enemistades o trabar amistades. Esto a veces se hace cediendo a las circunstancias; otras veces los pactos se hacen por convicción del espíritu. Así se guar- 6
darán de los primeros, porque estos tales espían las circunstancias, y, en cambio, darán crédito a los se-

gundos, que son, qué duda cabe, o súbditos leales o amigos fieles; no vacilarán en ordenarles cualquier cosa que se presente.

7 Como causas de la guerra emprendida por Aníbal hay que tener las dichas; como inicio, lo que se expone a continuación.

Inicio de la guerra

13 Los cartagineses soportaban a duras penas su descalabro en Sicilia; pero aumentaron su cólera, como dije antes, lo ocurrido en Cerdeña y la gran cantidad de
2 dinero que, al final, les fue impuesta. Por ello, así que hubieron sometido la mayor parte de los territorios de España, estuvieron dispuestos a todo lo que se pre-
3 sentara contra los romanos. Cuando les llegó la noticia de la muerte de Asdrúbal, a quien, tras la muerte de Amílcar, habían confiado los asuntos españoles, pri-
4 mero tantearon las preferencias de las tropas. Cuando desde los campamentos se les hizo saber que los soldados habían elegido unánimemente a Aníbal como general, reunieron al instante la asamblea popular y ratificaron por unanimidad la decisión de sus tropas.
5 Aníbal se hizo cargo del mando, y al instante hizo una salida para someter a la tribu de los ólcades[31]. Llegó a Altea, su ciudad más fuerte, y acampó junto a ella.
6 Luego la atacó de manera enérgica y formidable y la tomó en poco tiempo; ello hizo que las demás ciudades,
7 espantadas, se entregaran a los cartagineses. En ellas Aníbal recaudó dinero; tras hacerse con una fuerte suma se presentó en Cartagena para pasar allí el invierno.

8 Trató con liberalidad a sus súbditos, anticipó parte de sus soldadas a sus compañeros de armas y les pro-

---

31 Tribu prerromana que vivía en lo que actualmente es la Mancha. Su supuesta capital, Altea, es ilocalizable.

metió aumentarlas, con lo que infundió grandes esperanzas en sus tropas, y al propio tiempo se hizo muy popular.

Al verano siguiente salió de nuevo, esta vez contra 14
los vacceos[32], lanzó un ataque súbito contra Salamanca y la conquistó; tras pasar muchas fatigas en el asedio de Arbucala[33], debido a sus dimensiones, al número de sus habitantes y también a su bravura, la tomó por la fuerza.

Ya se retiraba, cuando se vio expuesto súbitamente 2
a los más graves peligros: le salieron al encuentro los carpetanos[34], que quizás sea el pueblo más poderoso
de los de aquellos lugares; les acompañaban sus veci- 3
nos, que se les unieron excitados principalmente por los ólcades que habían logrado huir; les atacaban también, enardecidos, los salmantinos que se habían salva-
do. Si los cartagineses se hubieran visto en la preci- 4
sión de entablar con ellos una batalla campal, sin duda
alguna se habrían visto derrotados. Pero Aníbal, que se 5
iba retirando con habilidad y prudencia, tomó como defensa el río llamado Tajo, y trabó el combate en el momento en que el enemigo lo vadeaba[35], utilizando como auxiliar el mismo río y sus elefantes, ya que disponía de cuarenta de ellos. Todo le resultó de manera
imprevista y contra todo cálculo. Pues los bárbaros 6
intentaron forzar el paso por muchos lugares y cruzar el río, pero la mayoría de ellos murió al salir del agua,

32 Tribu prerromana situada en el curso medio del Duero. Estamos en la primavera del año 220.

33 La villa de Toro, en la provincia de Zamora.

34 Vivían en tierras de la actual Castilla la Nueva, aguas arriba del Tajo. Una de sus principales poblaciones era la actual Toledo.

35 Esta llamada batalla del Tajo se libró seguramente no lejos de la capital toledana; en todo caso, entre Toledo y Aranjuez.

ante los elefantes que recorrían la orilla y siempre se
7 anticipaban a los hombres que iban saliendo. Muchos también sucumbieron dentro del río mismo a manos de los jinetes cartagineses, porque los caballos dominaban mejor la corriente, y los jinetes combatían contra los hombres de a pie desde una situación más ele-
8 vada. Al final cruzó el río el mismo Aníbal con su escolta, atacó a los bárbaros y puso en fuga a más de
9 cien mil hombres. Una vez derrotados, nadie de allá del Ebro[36] se atrevió fácilmente a afrontarle, a excep-
10 ción de Sagunto. Pero Aníbal, de momento, no atacaba en absoluto a la ciudad, porque no quería ofrecer ningún pretexto claro de guerra a los romanos hasta haberse asegurado el resto del país; en ello seguía sugerencias y consejos de su padre, Amílcar.

15 Los saguntinos despachaban mensajeros a Roma continuamente[37], porque preveían el futuro y temían por ellos mismos; querían, al propio tiempo, que los romanos no ignorasen los éxitos cartagineses en Es-
2 paña. Hasta entonces los romanos no les habían hecho el menor caso, pero en aquella ocasión enviaron una
3 misión que investigara lo ocurrido. Era el tiempo en que Aníbal ya había sometido a los que quería y se había establecido con sus tropas de nuevo en Carta-

---

36 La expresión griega es vaga, y todo depende de la perspectiva desde la que mire el lector. Si Polibio lo considera, situado él en la situación primera de los cartagineses, el sentido es «al S. del Ebro»; si lo considera desde el centro de gravedad político cartaginés en la Península, Cartago Nova (Cartagena), entonces significaría «al N. del Ebro», que es lo que indudablemente significa, en realidad, la expresión en el lugar 76, 6 de este libro III. Excepto en una estrecha faja litoral del SE. de la península, los cartagineses no ejercieron jamás en España un dominio territorial estricto, aunque depredaran frecuentemente sus riquezas y sus cultivos, o apresaran a sus hombres con fines militares. Cf. la nota 37 del libro I.

37 Estamos en el año 220.

gena, para pasar el invierno. Esta ciudad era algo así como el ornato y la capital de los cartagineses en las regiones de España. Allí se encontró con la embajada 4
romana, la recibió en audiencia y escuchó lo que decían acerca de la situación. Los romanos, poniendo por tes- 5
tigos a los dioses, le exigieron que se mantuviera alejado de los saguntinos (pues estaban bajo su protección) y no cruzara el río Ebro, según el pacto establecido con Asdrúbal. Aníbal, como joven que era, em- 6
bargado de ardor guerrero, que había tenido éxito en sus empresas, y dispuesto desde hacía tiempo a la enemistad con los romanos, les acusaba ante sus emba- 7
jadores, como si fuera él el encargado de velar por los saguntinos, de que, aprovechando una revuelta que había estallado en la ciudad hacía muy poco, habían efectuado un arbitraje para dirimir aquella turbulencia y habían mandado ejecutar injustamente a algunos prohombres. Dijo que no vería con indiferencia a los que habían sido traicionados. Pues era algo innato en los cartagineses no pasar por alto ninguna injusticia. Pero al mismo tiempo Aníbal envió correos a Cartago 8
para saber qué debía hacer, puesto que los saguntinos, fiados en su alianza con los romanos, dañaban a algunos pueblos de los sometidos a los cartagineses. Aní- 9
bal, en resumen, estaba poseído de irreflexión y de coraje violento. Por eso no se servía de las causas verdaderas y se escapaba hacia pretextos absurdos. Es lo que suelen hacer quienes por estar aferrados a sus pasiones desprecian el deber. ¡Cuánto más le hu- 10
biera valido creer que los romanos debían devolverles Cerdeña y restituirles el importe de los tributos que, aprovechándose de las circunstancias, les habían impuesto y cobrado anteriormente, y afirmar que si no accedían, ello significaría la guerra! Pero ahora, al si- 11
lenciar la causa verdadera y fingir una inexistente sobre los saguntinos, dio la impresión de empezar la

guerra no sólo de un modo irracional, sino aun injusto.
12 Los embajadores romanos, al comprobar que la guerra era inevitable, zarparon hacia Cartago, pues que-
13 rían renovar allí sus advertencias. Evidentemente, estaban seguros de que la guerra no se desarrollaría en Italia, sino en España, y de que utilizarían como base para esta guerra la ciudad de Sagunto.

La Iliria

16 Por esto, el Senado romano, al estar de acuerdo con esta hipótesis, juzgó que debía asegurar su situación en la Iliria, porque se preveía que la guerra sería
2 larga y muy lejos del país. Por aquel entonces[38] Demetrio de Faros olvidó los favores que debía a los romanos, y les desdeñó por el miedo que éstos sintieron primero de los galos y después de los cartagineses.
3 Poniendo todas sus esperanzas en la casa real de Macedonia, porque había guerreado junto con Antígono y había participado en sus luchas contra Cleómenes, comienza a devastar y destruir las ciudades ilirias sometidas a la obediencia romana. Había navegado con cincuenta esquifes rebasando el cabo Lisos —infringiendo con ello los pactos— y había talado muchas
4 islas de las Cícladas. Los romanos, al ver todo esto y percatarse de la prosperidad de la casa real de Macedonia, se apresuraron a asegurarse la región oriental de Italia; estaban convencidos de que tendrían tiempo de corregir la necedad de los ilirios y de castigar y
5 reprimir la ingratitud y temeridad de Demetrio. Pero erraron en sus cálculos, pues Aníbal les aventajó con
6 la toma de Sagunto. Ello hizo que la guerra se desarrollara no en España, sino en las inmediaciones de Roma
7 y por toda Italia. No obstante, según sus cálculos, los romanos poco antes del verano enviaron a Lucio Emi-

[38] Estamos en el año 220 también.

lio con tropas a la Iliria, a afrontar los asuntos de allí. Era el año primero de la Olimpíada ciento cuarenta[39].

Aníbal toma Sagunto

Aníbal levantó el campo y avanzó con sus tropas desde Cartagena, marchando hacia Sagunto. 17
Esta ciudad está no lejos del mar, y al pie mismo de una región montañosa que une los límites de la Iberia y de la Celtiberia[40]; dista de la costa unos siete estadios. 2
Sus habitantes se alimentan del país, que es muy feraz, y sobrepasa en fertilidad a todos los de España. 3
Aníbal, pues, acampó allí, y estableció un asedio muy activo, ya que preveía muchas ventajas para el futuro si conseguía tomar la ciudad por la fuerza. 4
Creía, en primer lugar, que quitaría a los romanos la esperanza de trabar la guerra en España, y después que, si intimidaba a todos, volvería más dóciles a los ya sometidos a los cartagineses, y más cautos a los iberos que conservaban todavía la independencia. 5
Pero lo principal era que al no dejar atrás a ningún enemigo, podría continuar su marcha[41] sin ningún peligro. 6
Además, suponía que iba a disfrutar de recursos en abundancia para sus empresas, que infundiría coraje a sus soldados con la ganancia que cada uno lograría, y que con el botín que enviaría procuraría la prosperidad de los cartagineses residentes en la metrópoli. 7
Haciendo tales cálculos, proseguía el asedio con fir- 8

---

39 220/219.

40 La referencia es dudosa. Quizá se aluda a la serranía de Cuenca, pero aun las estribaciones más occidentales de ella distan bastante de Sagunto. Quizás se aluda a los montes del Maestrazgo. Ni tan siquiera Walbank, tan minucioso en sus disquisiciones geográficas, se atreve a dar un nombre para este monte (o cadena montañosa).

41 En marcha hacia Roma. Ocupará buena parte del contenido de este libro.

meza: a veces daba ejemplo a sus tropas y participaba de la fatiga de las operaciones, otras las arengaba y
9 arrostraba audazmente los peligros. Tras sostener penalidades y preocupaciones de todas clases, tomó la
10 ciudad al asalto tras ocho meses. Se apoderó de muchas riquezas, de prisioneros y de bagaje. El dinero, según su propósito inicial, lo reservó para sus propios proyectos; los prisioneros, los distribuyó entre sus soldados, según el merecimiento de cada uno, y remitió el bagaje íntegro a Cartago sin pérdida de tiempo.
11 Al obrar así, ni erró en sus cálculos ni falló en su propósito inicial: aumentó en los soldados el ardor combativo y predispuso a los cartagineses para lo que les anunciaba. Y con tales pertrechos y provisiones él mismo logró muchas cosas útiles después.

Prosigue la guerra en Iliria

18 En aquella época Demetrio, que había intuido los planes de los romanos, envió a toda prisa a Dímale[42] una guarnición considerable, con el avituallamiento correspondiente. En las demás ciudades hizo ejecutar a sus adversarios políticos y entregó el gobierno a sus
2 partidarios. Luego escogió, de entre sus hombres, a los
3 seis mil más valerosos y los apostó en Faros[43]. El general romano, cuando llegó a la Iliria con sus fuerzas y vio al enemigo, confiado en sus pertrechos y en la fortaleza de Dímale, que suponían inexpugnable, decidió iniciar el ataque por ella, con la intención de
4 espantar a sus contrarios. Arengó a los jefes de sus unidades, dispuso las obras en muchos puntos e inició
5 el asedio. Tomó la ciudad en siete días y desmoralizó
6 rápidamente a todos sus adversarios. Por este motivo

42 Lugar de ubicación desconocida, pero con seguridad no lejos de la actual Durazzo.

43 Cf. 16, 23 de este mismo libro.

se le presentaron al punto las gentes de todas las ciu-
dades, para pasársele y confiarse a la lealtad romana.
El cónsul las admitió a todas en condiciones adecua- 7
das a cada caso y luego navegó hacia Faros, contra el
mismo Demetrio.

Asedio de Faros

Enterado, sin embargo, de que 8
la ciudad era un fortín y de que
en ella se habían concentrado
gran cantidad de tropas escogi-
das, y de que, además, estaba
aprovisionada copiosamente y dotada de los pertrechos
necesarios, temió que el asedio resultara difícil y pro-
longado. Tanteó todas sus posibilidades, y al final usó, 9
en esta ocasión, de la estratagema siguiente: navegó 10
de noche hacia la isla con todo su ejército e hizo desem-
barcar a la mayor parte de sus fuerzas en unos lugares
boscosos y abruptos. Al sobrevenir el día navegó osten- 11
siblemente con veinte naves hasta muy cerca del puerto
de la ciudad. Los hombres de Demetrio, al ver las 12
naves, despreciaron su número, y se precipitaron de
la ciudad hacia el puerto, para impedir el desembarco
enemigo.

Así que se trabó el combate la pelea se iba haciendo 19
más encarnizada, y cada vez iban saliendo más hombres
de la ciudad para prestar apoyo; acabaron por salir
todos hacia el lugar de la refriega. Los romanos desem- 2
barcados durante la noche se unieron en este momento
a sus camaradas; habían marchado por lugares encu-
biertos. Ocuparon un montecillo escarpado que hay 3
entre la ciudad y el puerto y cerraron el paso a los
que salían de la ciudad para prestar auxilio. Los hom- 4
bres de Demetrio, al ver lo sucedido, cesaron de acosar
a los desembarcados, y agrupándose y exhortándose
atacaron, con la intención de entablar una batalla cam-
pal contra los ocupantes del montecillo. Los romanos, 5
como vieron que el ataque de los ilirios era enérgico y

ordenado, cayeron sobre sus formaciones provocando el
6 espanto. Simultáneamente a lo que se acaba de relatar, los que habían desembarcado de las naves, al ver lo que pasaba, atacaron la retaguardia enemiga. Los romanos, pues, lanzándose por todos lados, promovieron una confusión y tumulto no pequeño entre los ilirios.
7 Desde ese momento, al ser acosados unos de frente y otros por la espalda, finalmente Demetrio y sus fuerzas se dieron a la fuga; algunos huyeron hacia la ciudad, pero la mayoría se esparció por la isla, campo a traviesa.

8 En previsión de cualquier eventualidad Demetrio tenía fondeados unos esquifes en un lugar apartado, y se retiró hacia ellos. Esperó a la noche, embarcó y se hizo a la mar, presentándose inesperadamente al
9 rey Filipo, en cuya corte pasó el resto de su vida. Fue hombre audaz y corajudo, pero irreflexivo y muy poco
10 razonable, lo cual le ocasionó una muerte en conso-
11 nancia con este carácter de toda su vida. Con el consentimiento de Filipo intentó conquistar, por sorpresa y sin plan preconcebido, la ciudad de Mesene[44]. Y murió en el curso de la acción, cosa que expondremos con detalle cuando llegue su momento[45].

12 El cónsul romano Emilio tomó, pues, Faros al primer embate y la destruyó. Cuando se apoderó del resto de la Iliria y organizó todo según su criterio, ya a finales del verano[46] regresó a Roma y efectuó en ella una entrada triunfal, entre los agasajos populares.
13 Se entendía, en efecto, que había dirigido la acción no sólo con destreza, sino, sobre todo, con valor.

---

44 Ciudad situada en el extremo N. del golfo Pérsico.
45 Esta descripción se ha perdido.
46 Del año 219.

Retorno a los temas de España. Crítica de la historiografía contemporánea

Cuando llegó a los romanos la 20
noticia de la toma de Sagunto, no celebraron ninguna asamblea, ¡no, por Zeus!, para tratar de la guerra, cosa que afirman algunos historiadores que llegan a incluir los discursos pronunciados por los rivales políticos, actuando de manera totalmente absurda. ¿Cómo iba a ser posible 2
que los romanos, que en el año anterior habían advertido a los cartagineses que si invadían el país de los saguntinos les declararían la guerra, se reunieran, tomada ya por la fuerza la ciudad de Sagunto, para deliberar si debían pelear o no? ¿Cómo y de qué forma 3
presentan éstos el extraño abatimiento del senado romano y, al mismo tiempo, afirman que los padres llevaron a la asamblea a sus hijos de doce años, quienes participaron en las discusiones, y no revelaron a nadie, ni siquiera a los parientes, ningún secreto? Nada de esto es lógico ni verídico en absoluto, a no 4
ser que, ¡por Zeus!, la Fortuna hubiera proporcionado a los romanos, entre otras muchas cosas, ser juiciosos ya de nacimiento. Contra semejantes libros, como los 5
que escriben Quéreas y Sósilo [47], no hay que decir más; creo que tienen la disposición y la fuerza no de una historia, sino de cuentos de barbería o de charlatanes vulgares.

Los romanos, al saber lo ocurrido con los saguntinos, eligieron unos embajadores y los enviaron sin di- 6
lación a Cartago [48]. Debían proponer alternativamente 7
dos cosas: si aceptaban la primera, los cartagineses

[47] Son los historiadores aludidos al principio de este capítulo. De Quereas no sabemos nada; Sósilo fue un espartano que sirvió en el ejército de Aníbal, y a lo que parece, tuvo una especial predilección por él.

[48] El porqué y el cómo de esta embajada no están muy claros. Véase la amplia discusión de WALBANK, *Commentary*, ad loc.

sufrían a todas luces daño y vergüenza; la segunda les
representaba el inicio de problemas y de grandes pe-
8 ligros. En efecto, los romanos exigían la entrega del
general Aníbal y de sus consejeros; de lo contrario,
9 habría guerra. Los romanos llegaron a Cartago, se pre-
sentaron al senado cartaginés y expusieron sus condi-
ciones. Los cartagineses escucharon con disgusto aque-
10 llas propuestas; sin embargo, eligieron como portavoz
suyo al más hábil de entre ellos, y empezaron a justi-
ficarse.

21 El portavoz silenció los pactos establecidos por As-
drúbal, como si no hubieran existido, o bien, de exis-
tir, como si para ellos fueran nulos, ya que se habían
2 convenido sin haberles sido consultados. En ello los
cartagineses decían seguir el ejemplo dado por los pro-
pios romanos: en efecto, el tratado concluido en la
guerra de Sicilia por Lutacio, decían, fue convenido
por él, y luego invalidado por el pueblo romano porque
3 se había hecho al margen de su parecer. Los cartagi-
neses urgían y apoyaban toda su defensa en los pactos
4 últimos establecidos en la guerra de Sicilia. Y negaban
que en ellos constara algo escrito acerca de España;
lo único que se ordenaba específicamente era que los
5 aliados de ambos bandos gozaran de seguridad. Y de-
mostraron que entonces los saguntinos no eran aliados
de los romanos; a este propósito leyeron muchas veces
los tratados.

6 Los romanos rechazaron de plano estas justificacio-
nes, afirmando que si Sagunto se mantuviera aún in-
tacta, tal justificación sería admisible, y se podrían
7 tratar los puntos discutibles. Pero como la ciudad
había sido violada, o había que entregar a los culpa-
bles (con lo cual quedaría claro para todos que ellos
no habían participado en la injusticia, sino que esta
8 obra se había llevado a cabo contra su parecer) o, si
se negaban a ello, reconocían que habían participado

⟨en la injuria y aceptaban la guerra⟩. Tales fueron, en resumen, los argumentos que ellos utilizaron.

Nos parece necesario el no dejar de lado este punto, 9
para que ni aquellos a quienes incumbe el deber y la necesidad de ser muy estrictos en este aspecto se apartan de la verdad en sus deliberaciones más indis-
pensables, ni tampoco los estudiosos se confundan, 10
inducidos a error por la ignorancia o la parcialidad de los historiadores; por el contrario, debe haber una visión de conjunto de las obligaciones mutuas que pactaron romanos y cartagineses desde el principio hasta la época actual.

El primer pacto[49] entre romanos y cartagineses se 22
concluye en tiempos de Lucio Junio Bruto y Marco Horacio, los primeros cónsules romanos nombrados después del derrocamiento de la monarquía. Bajo su consulado se consagró el templo de Júpiter[50] capito-
lino. Esto ocurrió veintiocho años antes del paso de 2
Jerjes a Grecia[51]. Lo hemos transcrito traduciéndolo 3
con la máxima exactitud posible, pues también entre los romanos es tan grande la diferencia entre la lengua actual y la antigua, que, algunas cosas, apenas si los
más entendidos logran discernirlas claramente. Los 4
pactos son del tenor siguiente: «Que haya paz entre los romanos y sus aliados y los cartagineses y sus aliados
bajo las condiciones siguientes: que ni los romanos 5
ni los aliados de los romanos naveguen más allá del

49 Los capítulos 22-28 versan sobre los tratados habidos entre romanos y cartagineses. Los conocimientos actuales acerca de estos tratados presentan una problemática ardua y complicada, imposible de tratar aquí. Remito, pues, a WALBANK, *Commentary*, ad loc., donde el mismo comentarista dice ceñirse a lo más esencial, y remite a una bibliografía más amplia.

50 Se traduce «Júpiter» y no «Zeus», por tratarse de una divinidad romana.

51 En el 480.

cabo Hermoso[52] si no les obliga una tempestad, o bien
6 los enemigos. Si alguien es llevado allá por la fuerza, que no le sea permitido comprar ni tomar nada, excepción hecha de aprovisionamientos para el navío o
7 para los sacrificios ⟨y que se vayan a los cinco días⟩.
8 Los que lleguen allí con fines comerciales no podrán concluir negocios si no es bajo la presencia de un he-
9 raldo o de un escribano. Lo que se venda en presencia de éstos, sea garantizado al vendedor por fianza pú-
10 blica, tanto si se vende en África como en Cerdeña. Si algún romano se presenta en Sicilia, en un paraje sometido al dominio cartaginés, gozará de los mismos
11 derechos. Que los cartagineses no cometan injusticias contra el pueblo de los ardeatinos, ni contra el de Antio, ni contra el de Laurento, ni contra el de Circes, ni contra el de Terracina[53], ni contra ningún otro pue-
12 blo latino sujeto a los romanos. Que los cartagineses no ataquen a las ciudades que no les están sometidas, y si las conquistan, que las entreguen intactas a los
13 romanos. Que no levanten ninguna fortificación en el Lacio. Si penetran en él hostilmente, que no lleguen a pernoctar allí.»

23 El cabo Hermoso está junto a la misma Cartago,
2 en la parte norte. Los cartagineses se oponen rotundamente a que los romanos naveguen por allí hacia el Sur con naves grandes, de guerra, porque, según creo,

---

[52] Se trata, sin duda alguna, de un cabo que ahora no podemos determinar, pero que está en la costa tunecina.

[53] Ciudades costeras del Lacio, la más lejana, a 93 kilómetros de Roma, aunque en una fecha tan antigua —estamos en el 508 a. C.— es difícil que Roma tuviera un poder tan amplio. Véase en WALBANK, *Commentary*, ad loc., y en la nota de FOUCAULT, *Polybe*, III, a este lugar, las posibles explicaciones, y alguna posibilidad de corrupción en el texto griego, principalmente en lo que atañe a la ciudad de Laurento.

no quieren que conozcan los parajes de Bisatis[54], ni los de la Sirte Pequeña, la llamada Emporio por la fertilidad de sus tierras. Si alguien permanece allí for- 3
zado por una tempestad o por la presión de los enemigos, y carece de lo preciso para los sacrificios o para el equipamiento de la nave, se avienen a que lo tome, pero nada más; exigen que los que han fondeado allí zarpen al cabo de cinco días. Los romanos tienen 4
permiso de navegar, si es con fines comerciales, hasta Cartago, hasta la región de África limitada por el cabo Hermoso, y también a Cerdeña y a la parte de Sicilia sometida a los cartagineses; éstos les prometen asegurar con una fianza pública un trato justo. Por 5
este pacto se ve que los cartagineses hablan como de cosa propia de Cerdeña y de África; en cambio, al tratar de Sicilia, precisan formalmente lo contrario, dado que hacen los pactos sobre aquella parte de Sicilia que cae bajo el dominio cartaginés. Igualmente los roma- 6
nos pactan acerca de la región del Lacio, y no hacen mención del resto de Italia porque no cae bajo su potestad.

Segundo tratado

Después de éste, los cartagine- 24
ses establecen otro pacto[55], en el cual han incluido a los habitantes de Tiro y Útica. Al cabo Hermo- 2
so añaden Mastia y Tarseyo[56], más allá de cuyos lugares prohiben a los romanos

---

54 Era el área que va de los actuales golfos de Hammamet al de Gabes.

55 Parece que es del año 348. Polibio señala que el pacto lo establecen los cartagineses: quiere dar a entender que todavía están en posición dominante. El área de dominio cartaginés se ha extendido, pero la inclusión de Tiro produce dificultades. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

56 Estos lugares se encuentran indudablemente en la Península Ibérica, pero su localización es insegura. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

3 coger botín y fundar ciudades. El pacto es como sigue:
«Que haya amistad entre los romanos y los aliados
de los romanos por una parte y el pueblo de los carta-
gineses, el de Tiro, el de Útica y sus aliados por la otra,
4 bajo las siguientes condiciones: que los romanos no
recojan botín más allá del cabo Hermoso, de Mastia
ni de Tarseyo, que no comercien en tales regiones ni
5 funden ciudades. Si los cartagineses conquistan en el
Lacio una ciudad no sometida a los romanos, que se
reserven el dinero y los hombres, pero que entreguen
6 la ciudad. Si los cartagineses aprehenden a ciudada-
nos cuya ciudad haya firmado un tratado de paz con
Roma, pero que no sea súbdita romana, que los pri-
sioneros no sean llevados a puertos romanos; pero si
uno desembarca y un romano le da la mano[57], sea
7 puesto en libertad. Que los romanos se comporten
8 igualmente. Si un romano recoge agua o provisiones
de un país dominado por los cartagineses, que este
aprovisionamiento no sirva para perjudicar a nadie de
9 aquellos que están en paz y amistad ⟨con los cartagi-
10 neses. Y que lo mismo⟩ haga el cartaginés. Pero en
caso contrario, que no haya venganza privada; si al-
guien se comporta así, que sea un crimen de derecho
11 común. Que ningún romano comercie ni funde ciudad
alguna, *ni tan siquiera fondee* en África o en Cerdeña[58],
a no ser para recoger provisiones o para reparar una
nave. Si un temporal le lleva hasta allí, que se marche
12 al cabo de cinco días. En la parte de Sicilia dominada

---

[57] Se da esta traducción porque hay una referencia clara a la institución romana de la manumisión: el dueño tocaba la cabeza del esclavo y pronunciaba la fórmula correspondiente, y el esclavo quedaba libre.

[58] Aquí las fuentes textuales griegas presentan una laguna, en el texto subrayado, que traduzco según la restitución, aceptada por Büttner-Wobst y por Walbank, de otros filólogos muy anteriores.

por los cartagineses y en Cartago, un romano puede
hacer y vender todo lo que es lícito a un ciudadano
cartaginés. Y que los cartagineses hagan lo mismo en
Roma.»

En este pacto los cartagineses aumentan sus exi- 13
gencias con respecto a África y Cerdeña, y prohiben a
los romanos todo acceso a estos territorios. Y por el 14
contrario, en cuanto a Sicilia, aclaran que se trata de
la parte que les está sometida. Lo mismo hacen los 15
romanos en cuanto al Lacio: exigen a los cartagineses
que no se dañe a los de Ardea, a los de Antio, a los de
Circe ni a los de Terracina. Estas ciudades son cos-
teras, y por ellas los romanos firmaron el pacto.

Tercer tratado

Los romanos establecieron to- 25
davía un último pacto en la épo-
ca de la invasión de Pirro [59], antes
de que los cartagineses iniciaran
la guerra de Sicilia. En este pac- 2
to se conservan todas las cláusulas de los acuerdos ya
existentes, pero además se añaden las siguientes: «Si 3
hacen por escrito un pacto de alianza contra Pirro,
que lo hagan ambos pueblos, para que les sea posible
ayudarse mutuamente en el país de los atacados. Sea 4
cual fuere de los dos el que necesite ayuda, sean los
cartagineses quienes proporcionen los navíos para la
ida y para la vuelta; cada pueblo se proporcionará los
víveres. Los cartagineses ayudarán a los romanos por 5
mar, si éstos lo necesitan. Nadie obligará a las dota-
ciones [60] a desembarcar contra su voluntad.»

Siempre era obligado hacer un juramento. Se hicie- 6
ron así: en los primeros pactos los cartagineses jura-
ron por los dioses paternos y los romanos por unas

59 Años 279/8.

60 Se refiere a las dotaciones de las naves cartaginesas. Es una restricción a lo estipulado inmediatamente antes.

piedras[61], según la costumbre antigua, y además por
7 Ares y por Enialio. El juramento por las piedras se efectúa así: el que lo formula con referencia a un tratado toma en su mano una piedra, y tras jurar por la
8 fe pública, dice lo siguiente: «Si cumplo este juramento, que todo me vaya bien, pero si obro o pienso de manera distinta, que todos los demás se salven en sus propias patrias, en sus propias leyes, en sus propios bienes, templos y sepulturas, y yo solo caiga así, como
9 ahora esta piedra.» Y tras decir esto, arroja la piedra de su mano.

Últimos tratados

26 Las cosas eran así, y los pactos se conservan todavía hoy en tablas de bronce en el templo de Júpiter Capitolino, en el archivo
2 de los ediles[62]. ¿Quién no se extrañará, naturalmente, del historiador Filino[63], no de que ignore estos pactos (lo cual no es de extrañar, pues incluso ahora los más ancianos romanos y cartagineses, incluso los que parece que más se habían
3 interesado por el tema, los ignoraban), sino de que se atrevió, no sé con qué seguridades, a escribir lo contrario: dice que entre romanos y cartagineses había un pacto según el cual los romanos no podían entrar

---

61 O quizás, simplemente, «por las piedras», como traduce Foucault, quien varía ligeramente el texto griego. Por lo demás, el texto polibiano parece algo confuso. Ares, en mitología romana, es Marte, pero los romanos desconocían, me refiero al pueblo, su advocación de Enialio, típicamente griega. En la mente de Polibio se ha producido una contaminación.

62 Polibio ha leído personalmente, al menos en parte, algunos de estos tratados. Los ediles y los cuestores eran los encargados de custodiar los archivos oficiales romanos, depositados en el templo de Júpiter Capitolino.

63 Filino de Agrigento, historiador contemporáneo de la primera guerra púnica, que historió, y al que Polibio utilizó como fuente.

en ningún punto de Sicilia, ni los cartagineses en nin-
guno de Italia. Según Filino los romanos pisotearon 4
los pactos y los juramentos, puesto que fueron los
primeros en hacer una travesía a Sicilia. Pero tales
pactos no existen, y no hay constancia escrita acerca
de ellos; Filino los cita explícitamente en su segundo 5
libro. De tal cosa hemos hecho mención en la introduc-
ción a nuestra *Historia*, pero dejamos hasta ahora el
tratarla con algún detalle, porque muchos en este tema
se equivocan por fiarse de la obra de Filino. Entendá- 6
monos: si alguien reprocha a los romanos su paso a
Sicilia relacionándolo con el hecho de que habían ad-
mitido sin reservas a los mamertinos a su amistad, y
cuando éstos se la pidieron, les prestaron ayuda, aun-
que los mamertinos habían traicionado no sólo a Me-
sina, sino también a Regio, desde esta perspectiva su
indignación es explicable. Pero si éste supone que la 7
travesía significó la transgresión de pactos y juramen-
tos, aquí su ignorancia es manifiesta.

Porque, acabada la guerra de Sicilia, los romanos 27
hacen unos pactos distintos[64], en los cuales las cláu-
sulas contenidas eran las siguientes: «Los cartagineses 2
evacuarán ⟨toda Sicilia y⟩ todas las islas que hay entre
Italia y Sicilia. Que ambos bandos respeten la seguri- 3
dad de los aliados respectivos. Que nadie ordene nada 4
que afecte los dominios del otro, que no levanten edi-
ficios públicos en ellos ni recluten mercenarios, y que
no atraigan a su amistad a los aliados del otro bando.
Los cartagineses pagarán en diez años dos mil doscien- 5
tos talentos, y en aquel mismo momento abonarán mil.
Los cartagineses devolverán sin rescate todos sus pri- 6
sioneros a los romanos.» Después de esto, al acabar 7
la guerra de África, los romanos, tras amenazar con
la guerra a los cartagineses hasta casi decretarla, aña-

[64] En el año 241.

8 dieron al pacto lo siguiente: «Los cartagineses evacuarán Cerdeña y pagarán otros mil doscientos talentos»,
9 tal como explicamos más arriba. Y a todo lo dicho hay que añadir las últimas convenciones aceptadas por Asdrúbal en España, según las cuales «los cartagineses
10 no cruzarían el río Ebro en son de guerra». Éstos fueron los tratados entre romanos y cartagineses desde el principio hasta los tiempos de Aníbal.

28 Así como comprobamos que el paso de los romanos a Sicilia no significó una transgresión de los juramentos, del mismo modo, a propósito de la segunda guerra, a cuyo fin corresponde el tratado referente a Cerdeña, no podemos encontrar una causa o un pretexto que
2 lo justifique. Está reconocido que los cartagineses evacuaron Cerdeña y debieron añadir la suma indicada de dinero obligados por las circunstancias y contra
3 toda justicia. Pues la acusación formulada por los romanos, de que sus tripulaciones habían resultado dañadas durante la guerra de África, se desvaneció en el momento en que los cartagineses les devolvieron los cautivos y los romanos, en agradecimiento, restituyeron sin rescate a los prisioneros de guerra que retenían.
4 Hemos expuesto esto con detalle en el libro precedente[65].

5 En esta situación las cosas, nos resta ver y examinar atentamente a cuál de los dos bandos se debe achacar la causa de la guerra de Aníbal.

29 Hemos indicado ya las razones aducidas entonces por los cartagineses; ahora expondremos las de los romanos, no las que entonces manifestaron, indignados por la pérdida de Sagunto, aunque se habla de ellas con mucha frecuencia y por muchos.

---

65 Pequeña confusión de Polibio: esto ha sido tratado en el libro primero.

2 En primer lugar, no se debían tener por nulos los pactos establecidos con Asdrúbal, como los cartagineses tienen la desfachatez de afirmar. 3 En efecto: en ellos no constaba, como en los establecidos por Lutacio, «que serán vigentes si los ratifica el pueblo romano»; Asdrúbal había pactado con autoridad omnímoda un tratado en el que se decía «que los cartagineses no cruzarían el río Ebro en son de guerra». 4 En los pactos de Sicilia consta, como reconocen también aquéllos, «que cada parte garantizará la seguridad de los aliados de la otra», y no sólo a los aliados de aquel momento, que era la interpretación ofrecida por los cartagineses. 5 Pues en tal caso se habría añadido «que no se aceptarían otros aliados que los que entonces tenían», o bien «que los aceptados posteriormente no se incluirían en el pacto». 6 Pero no se hizo constar ninguna cláusula en este sentido, con lo cual quedó claro que la seguridad afectaba a los aliados de ambas partes, a los de entonces y a los que se adhirieran posteriormente. 7 Lo cual es muy lógico, pues, por descontado que no iban a hacer unos pactos tales que les privaran de la posibilidad de unirse, según las circunstancias, a aquellos que les parecieran amigos y aliados útiles, 8 o bien que les forzaran, tras aceptar su lealtad, a abandonarles cuando alguien cometiera una injusticia contra ellos. 9 Lo esencial en el pensamiento de ambas partes en los pactos era esto: no molestar a los aliados que entonces tenía cada parte, y que ninguna de ellas debía aceptar a los aliados de la otra. 10 En cuanto a los adquiridos posteriormente, se estipulaba «no reclutar mercenarios entre ellos; ninguna parte ordenaría nada que afectara los dominios de la otra o los de sus aliados; se garantizaba la seguridad de los ciudadanos de ambas partes».

30 Las cosas estaban así, y era notorio que los saguntinos ya se habían aliado con los romanos muy

2 anteriormente a la época de Aníbal. He aquí la máxima prueba de ello, reconocida por los mismos cartagineses: cuando los saguntinos se pelearon entre ellos, no se dirigieron a los cartagineses, a pesar de que los tenían muy cerca y disponían ya de los asuntos de España, sino a los romanos, y gracias a ellos endere-
3 zaron su situación política. Si alguien apunta que la destrucción de Sagunto fue la causa de la guerra, debe concedérsele que los cartagineses la provocaron injustamente, contra el pacto establecido por Lutacio, en el que se estipulaba que los aliados respectivos debían gozar de seguridad, y también contra el pacto firmado por Asdrúbal, según el cual los cartagineses no debían
4 cruzar el río Ebro con fines bélicos. Pero si como causa de esta guerra se aduce la pérdida de Cerdeña por parte de los cartagineses, y el dinero unido a tal pérdida, en este caso se debe reconocer que los cartagineses hicieron con toda razón la guerra de Aníbal; aprovecharon una circunstancia que se les presentaba de vengarse de quienes les habían inferido daños, aprovechándose de otra circunstancia.

La causalidad en la historia

31 Quizás algunos de los que miran sin discernimiento estos hechos nos podrían decir que no era necesaria tanta minuciosidad
2 y puntualización en el tema. Sin embargo, si alguien cree que en toda circunstancia se basta a sí mismo, le diré que, en este caso, el conocimiento del pasado es cosa bella, pero no imprescin-
3 dible. Mas si no hay nadie, en nuestra condición humana, que se atreva a afirmar una cosa así ni para su vida privada ni en los asuntos públicos (efectivamente: ningún hombre sensato, aunque de momento sus negocios marchen viento en popa, fundará razonablemen-

te en ello una esperanza de futuro)[66], entonces afirmo 4
que el conocimiento del pasado no sólo es bello, sino
que es necesario. ¿Pues cómo encontraría ayuda y alia- 5
dos ante las injusticias de que uno se ve víctima, o su
patria?, o bien, si uno pretende ampliar sus dominios
e iniciar unas hostilidades, ¿cómo podría decidir a la
gente a que le ayude en su intento?, y el que está sa- 6
tisfecho de su situación, ¿cómo estimulará hábilmente
a los que han de asegurársela y velar por él si no co-
noce el pasado de cada uno? Porque para el presente 7
siempre hay quienes amoldándose y disimulando al
mismo tiempo, hablan y actúan de modo tal que re-
sulta difícil penetrar en sus intenciones; en muchos,
la verdad resulta enormemente oscurecida. La historia 8
del pasado, en cambio, que comporta la prueba de los
hechos reales, pone verdaderamente de relieve los pro-
pósitos y las decisiones de las personas, y evidencia
de quién se puede esperar agradecimiento, servicio y
asistencia, y de quién lo contrario a tales disposiciones. 9
Por estos hechos, pues, muchas veces y en muchas
ocasiones es posible adivinar quién se va a compade-
cer de nosotros, quién compartirá nuestra cólera e in-
cluso quién va a hacernos justicia. Lo cual representa 10
una gran ayuda para la vida humana, tanto en lo pú-
blico como en lo privado. He aquí por qué los que 11
escriben las historias y los que las leen no deben
preocuparse tanto de la narración de los mismos
hechos como de aquellos que les son anteriores, pre-
sentes o futuros. Ya que si se suprime de la historia 12
el porqué, el cómo, el gracias a quién sucedió lo que
sucedió y si el resultado fue lógico, lo que queda es
un ejercicio, pero no una lección. De momento deleita, 13
pero es totalmente inútil para el futuro.

---

66 A pesar de que el sentido general es claro, el texto griego ofrece aquí numerosas dificultades de transmisión, que se pueden ver en una edición crítica.

32 Por esto, se debe suponer ignorancia en los que estiman que nuestra obra es difícil de adquirir y de
2 leer por el número y la extensión de sus libros. ¡Cuán más fáciles resultan de adquirir y de leer cuarenta libros enhebrados como por un hilo y seguir claramente las acciones desarrolladas en Italia, en Sicilia y en África, enlazando con los hechos descritos por Timeo, después ver la época de Pirro[67], hasta la toma de Car-
3 tago, y conectar con lo sucedido en las otras partes del mundo, desde la fuga de Cleómenes, el rey de Esparta, hasta la confrontación de aqueos y romanos frente al Istmo, que no adquirir y leer las obras que los diversos autores han dedicado a los hechos en par-
4 ticular! Dejando aparte que estas obras son muchas más que nuestras propias *Memorias*[68], es imposible que sus lectores recojan algo seguro. En primer lugar, porque la mayoría de tratadistas no escribe lo mismo
5 acerca de un mismo tema; después, porque omiten las acciones que han sido simultáneas, acciones que juzgadas y contempladas comparativamente, cada una es susceptible de un juicio distinto al que recibiría de considerársela aisladamente, y, finalmente, porque tales autores son incapaces de rozar tan siquiera el aspecto
6 más importante. Afirmamos, en efecto, que las partes más importantes de la historia son lo que se sigue de los hechos, de inmediato o a cierta distancia, y, prin-
7 cipalmente, sus causas. Vemos que la guerra de Antíoco se originó en la de Filipo, ésta en la de Aníbal, y la de Aníbal en la de Sicilia; los hechos que hubo entre ellas representan muchas y variadas peripecias, pero convergen en un mismo fin.

---

67 El texto griego presenta aquí una laguna que no se señala en la traducción, porque, aun así, hay sentido completo y coherente. Puede verse cualquier edición crítica.

68 Otra manera que tiene Polibio de denominar su propia obra.

Todo esto puede ser visto y entendido por la lectura de historias universales[69], pero es imposible verlo por las guerras mismas, como la de Perseo o la de 8
Filipo, a menos que quien lea las confrontaciones tal 9
como vienen expuestas por ellos crea que se ha hecho con un conocimiento claro de la disposición y el desarrollo de toda la guerra. Pero esto no es así, sino 10
que creo que la diferencia que hay entre aprender y sólo escuchar es la misma que existe entre nuestra *Historia* y las exposiciones particulares.

Inicios de la guerra de Aníbal

33 Los embajadores romanos (de ahí arrancó nuestra digresión) escucharon el alegato cartaginés y no añadieron nada. El de ma- 2
yor edad mostró su manto a los senadores cartagineses, y les dijo que allí les llevaba la guerra y la paz; lo sacudiría y les soltaría lo que eligieran. El sufeta[70] cartaginés les dijo que soltaran 3
lo que a ellos les pareciera bien. Cuando el romano 4
dijo que les soltaba la guerra, la mayoría de los componentes del senado alzó la voz y gritó que la aceptaban. Y con estas palabras los embajadores y el senado cartaginés se separaron.

Aníbal pasaba el invierno en Cartagena. Primero 5
licenció a los iberos hacia sus ciudades respectivas, con la intención de tenerlos dispuestos y animosos para el futuro. A continuación dio instrucciones a su 6
hermano Asdrúbal[71] acerca de cómo debía ejercer el

69 Sobre el concepto estricto de «historia universal» en Polibio, léase Díaz Tejera, *Polibio*, págs. CXI-CXV.

70 El texto griego dice «rey», pero este título no existía entre los cartagineses; debe de tratarse del sufeta de más edad. Los sufetas eran los dos magistrados supremos de Cartago y de otras repúblicas fenicias.

71 No se trata del yerno de Amílcar, muerto ya, sino de un hermano de Aníbal. Saldrá todavía otro hermano de éste, Magón; ambos desempeñan cargos militares.

gobierno y la autoridad sobre los iberos, y de cómo
debía hacer los preparativos contra los romanos en el
caso de que él mismo se encontrara ausente en cual-
7 quier otro sitio. En tercer lugar se preocupó de la
8 seguridad de los asuntos de África. Con cálculo propio
de un hombre prudente y experto hizo pasar soldados
de África a España y de ésta al África, estrechando
con semejante plan la lealtad mutua de ambas pobla-
9 ciones. Los que pasaron al África fueron los tersitas
y los mastios, y además los oretanos iberos[72] y los
10 ólcades. Los soldados procedentes de estos pueblos
sumaban mil doscientos jinetes y trece mil ochocien-
11 tos cincuenta hombres de a pie. Además de éstos había
baleares[73] ⟨en número de ochocientos setenta⟩, cuyo
nombre significa propiamente «honderos». Los habitan-
tes de estas islas usan principalmente hondas, y este
uso ha dado nombre a las islas y a sus moradores.
12 La mayoría de los citados fue acantonada en Meta-
gonia[74] del África, pero algunos lo fueron en la misma
13 Cartago. A ella mandó también Aníbal cuatro mil in-
fantes, en calidad a la vez de rehenes y refuerzo, pro-

---

[72] De los tersitas no se sabe nada; los mastios parece que habitaban la región actual entre Cartagena y Cádiz; otros autores les llaman bastetanos. Los oretanos vivían en la región entre el Guadiana y el Guadalquivir. Es indudable que Polibio les aplica el gentilicio de iberos, lo que significa una procedencia distinta de estos oretanos con referencia a los otros. Véase Walbank, *Commentary*, ad loc.

[73] Son numerosos los testimonios de la antigüedad clásica según los cuales las Baleares proporcionaban, por aquel entonces, excelentes honderos. Puesto que lanzar se dice en griego *bállein*, lo más probable es que estemos ante una etimología popular por parte de Polibio. De todos modos, el eminente filólogo mallorquín don Francisco de Borja Moll me comunica telefónicamente que ésta es la única etimología conocida del nombre «Baleares», sin que exista otra. Cf. la nota 69 del libro II.

[74] Parece ser la plaza española de soberanía de Ceuta.

cedentes de las ciudades llamadas de los metagonitas.
En España dejó a su hermano Asdrúbal cincuenta 14
quiquerremes, dos cuatrirremes y cinco trirremes. De
estas naves, treinta y dos quinquerremes y las cinco
trirremes tenían sus dotaciones. Le confió también 15
como caballería cuatrocientos cincuenta libiofenicios[75]
y africanos, trescientos ilergetes[76] y mil ochocientos
hombres reclutados entre los númidas: los masilios,
los masasilios, los macneos y los mauritanos que viven
en la costa[77]; como infantería, once mil ochocientos 16
cincuenta soldados de a pie africanos, trescientos ligures, quinientos baleares y veintiún elefantes.

Nadie debe extrañarse de la exactitud de esta enu- 17
meración acerca de las disposiciones de Aníbal en España, aunque apenas la usaría uno que hubiera dispuesto personalmente las acciones en todas sus partes.

---

75 Los libiofenicios eran los habitantes de las ciudades alrededor de las Sirtes y de la costa atlántica de Africa, que gozaban, respecto a Cartago, del derecho de *conubium*, es decir, sus ciudadanos podían contraer matrimonio con mujeres cartaginesas, y viceversa.

76 Aquí traduzco «ilergetes»; la transcripción del texto griego es «lergetes», sin duda alguna. Foucault se inclina por creer que se trata de una tribu norteafricana desconocida, cf. FOUCAULT, *Polybe*, III, pág. 71, nota al pie; WALBANK, *Commentary*, ad loc., los identifica con los conocidos ilergetes que habitaban las llanuras de Lérida y de la Violada, al S. de la provincia de Huesca.

77 La costa es la de Africa. Los «númidas» es un término genérico, que incluye, más o menos, a los siguientes. Los masilios vivían entre el cabo Tretum y la provincia romana de Africa. Los masasilios (o masesilios: la tradición manuscrita griega es insegura), eran también númidas que vivían al O. de los anteriores. Los macneos vivían en territorio de la nación actual de Túnez. Pero FOUCAULT, *Polybe*, III, pág. 71, en nota al pie, siguiendo a Schweighäuser, señala que en el texto griego hay una corrupción textual, y que debe leerse «vacceos», en cuyo caso se trataría de la conocida tribu prerromana de nuestra península. Cf. la nota 32 de este libro III.

Que nadie nos condene precipitadamente si hemos procedido de modo semejante a algunos historiadores que pretenden dar visos de verdad a sus falsedades.
18 Pues nosotros hemos encontrado en el cabo Lacinio[78] esta enumeración grabada por orden de Aníbal en una tablilla de bronce en la época en que él se paseaba por Italia; hemos creído que, al menos en esta materia, la tablilla es totalmente fiable, y por esto hemos decidido dar crédito a la inscripción.

Últimos preparativos de la marcha

34 Aníbal, después de tomar sus previsiones acerca de la seguridad de las operaciones en África y en España, esperaba con impaciencia la llegada de los
2 mensajeros que le habían enviado los galos. En efecto: había investigado exhaustivamente la fertilidad de la tierra situada al pie de los Alpes y alrededor del Po, el número de sus habitantes, la audacia bélica de estos
3 hombres, y lo que le importaba más, la aversión que abrigaban contra los romanos como consecuencia de la guerra que tratamos en el libro anterior para familiarizar a los lectores con lo que ahora se va a expo-
4 ner. Por esto, Aníbal se aferraba a esta esperanza y hacía toda clase de promesas; enviaba con gran interés legados a los jefes de los galos que habitaban en la parte de acá de los Alpes y a los de los mismos Alpes.
5 Suponía que sólo entablaría en Italia la guerra contra los romanos si podía superar las dificultades del terreno y llegar a los lugares antedichos, y si podía usar a los galos como aliados y colaboradores para el plan
6 que tenía fijado. Al llegar los mensajeros y anunciar la buena disposición y las esperanzas de los galos, diciendo, además, que el paso de los Alpes sería muy duro y difícil, pero no imposible, Aníbal congregó a

[78] A diez kilómetros de Crotona, al S. de la costa italiana.

sus tropas desde los lugares donde habían invernado[79]
al comienzo de la primavera. Acababa de saber lo ocu- 7
rrido en Cartago, y esto le infundió ánimos. Confiado
en la buena disposición de sus conciudadanos, exhor-
taba abiertamente a sus tropas para la guerra contra
los romanos. Expuso muy claramente de qué modo 8
los romanos habían exigido la entrega de su persona
y la de todos los oficiales de su campamento; les in-
dicó, además, la fertilidad del país al que iban a mar-
char, y también la buena disposición y alianza de los
galos. Al ofrecérsele para el combate las tropas entu- 9
siásticamente, las felicitó, les indicó el día en que se
iniciaría la marcha y disolvió la asamblea.

Aníbal realizó los mencionados preparativos duran- 35
te el invierno. Dispuso una seguridad suficiente para
los asuntos de Africa y los de España, y cuando llegó
el día señalado, se puso en marcha con noventa mil
soldados de a pie y alrededor de doce mil de caballería.
Cruzó el río Ebro y sometió a las tribus de ilergetes y 2
bargusios, también a los ernesios y a los andosinos[80],
hasta llegar a los llamados Pirineos. Redujo a todos 3
estos pueblos, tomó por la fuerza algunas ciudades más
pronto de lo que hubiera esperado, pero le costaron
numerosas y duras luchas en las que perdió no pocos
hombres. Dejó a Hannón como gobernante de todo el 4
territorio desde el río[81] hasta los Pirineos, y de los
bargusios, pues desconfiaba mucho de ellos porque
eran amigos de los romanos. Del ejército de que dis- 5
ponía separó para Hannón diez mil hombres de in-
fantería y mil jinetes, y también dejó la impedimenta
de los que marchaban con él. Licenció y mandó a sus 6

---

79 Estamos en el año 218.

80 Sobre los ilergetes, cf. la nota 76. Bargusios, ernesios y andosinos son tribus prerromanas que vivían, sin duda, en las costas mediterráneas españolas, pero de localización imposible.

81 Aquí se debe de tratar del Ebro.

hogares a un número de soldados igual al mencionado, con la intención de dejarles bien dispuestos hacia él, y dejar entrever a los restantes la esperanza del retorno a la patria, no sólo a los iberos que marchaban a la campaña con él, sino también a los del país que se quedaban en sus casas. Quería que todos se pusieran en movimiento con buen ánimo por si eventual-
7 mente precisaba de su ayuda. Tomando, pues, el resto de las tropas ligeras, cincuenta mil soldados de a pie y unos nueve mil jinetes, los condujo a través de los montes llamados Pirineos para pasar el río que se
8 llama Ródano. Tenía un ejército no tan numeroso como útil y excepcionalmente entrenado por lo continuo de sus luchas en España.

36

Excurso geográfico

Para evitar que el desconocimiento de los lugares convierta mi exposición en ininteligible habrá que explicar de dónde partió Aníbal, los lugares que atravesó, sus dimensiones y a qué partes llegó de Ita-
2 lia. Y deberemos decir no los nombres mismos de parajes, ríos y ciudades, como hacen algunos historiadores que suponen que esta práctica ya es totalmente suficiente para dar un conocimiento claro de las cosas.
3 Estoy convencido de que, si se trata de lugares conocidos, la mención de los nombres ayuda no poco a la memoria. Pero si se trata de lugares desconocidos, su mención desnuda equivale a la pronunciación de pala-
4 bras sin significado, que penetran en el oído, pero no hallan soporte en la mente: no se puede relacionar lo dicho con algo conocido, y la exposición resulta con-
5 fusa e incomprensible. Por lo cual hay que presentar algún método que posibilite a los que hablan de lugares desconocidos llevar a sus oyentes, en la medida de lo posible, a nociones verdaderas y conocidas.

El conocimiento primero y principal, común a todos 6
los hombres, es la distribución y ordenamiento del espacio que nos rodea. Todos, incluso las personas de menos luces, conocemos el Norte, el Sur, el Este y el
Oeste. El segundo conocimiento es aquel por el cual 7
repartimos, en relación con los puntos señalados, los lugares de la tierra: los situamos siempre, por una referencia mental, en uno de aquellos puntos, y así llegamos a nociones familiares referidas a lugares desconocidos y jamás vistos.

Establecido esto acerca de la tierra en su totalidad, 37
lo lógico será llevar a nuestros lectores al conocimiento del mundo hoy habitado, distribuyéndolo según estos
principios. Lo dividimos en tres partes y le damos tres 2
nombres. La primera parte del mundo se llama Asia,
la segunda África y la tercera Europa. Estas partes 3
vienen limitadas por el río Tanais[82], por el Nilo y por
la entrada de las columnas de Hércules. El Asia viene 4
situada entre el Nilo y el Tanais, y cae debajo de la región celeste comprendida entre el Nordeste y el Sur.
El África está entre el Nilo y las columnas de Hércu- 5
les, y cae debajo de la región celeste que va del Sur al Suroeste y al Oeste, hasta el poniente equinoccial,
que acaba junto a las columnas de Hércules. Estas dos 6
regiones, contempladas en su conjunto, ocupan la parte meridional del Mar Mediterráneo, de Este a
Oeste. Europa está situada frente a Asia y África, al 7
norte de ambas, y se extiende sin interrupción de
Oriente a Occidente. La parte más importante y más 8
profunda está al Norte, entre el río Tanais y el de Narbona[83], no muy distante, a poniente, de la ciudad

[82] El río Don. Las columnas de Hércules, citadas a continuación, ya se notó anteriormente que son el estrecho de Gibraltar.

[83] El río Aude.

de Marsella y de las bocas del Ródano, por donde el
río citado desemboca en el mar de Cerdeña [84].
9 Desde el Narbona, el territorio de su entorno lo ha-
bitan los galos, hasta los montes llamados Pirineos,
que se extienden, en una línea continua, desde el Me-
10 diterráneo hasta el Mar Exterior. El resto de Europa,
que discurre desde dichos montes hasta poniente y
hasta las columnas de Hércules, está rodeado por el
Mediterráneo y el Mar Exterior; la parte que se ex-
tiende a lo largo del Mediterráneo hasta las columnas
11 de Hércules se llama España [85]. La parte que se extien-
de a lo largo del Mar Exterior, llamado también el Gran
Mar, no tiene aún una denominación común porque
ha sido explorada sólo recientemente; está habitada en
su totalidad por tribus bárbaras muy numerosas, de
las que daremos razón en una sección posterior.
38 Por lo que se refiere a Asia y a África, que conver-
gen en Etiopía, nadie puede decir exactamente, al me-
nos hasta nuestra época, si en su prolongación hacia
el Sur es tierra firme o bien si está rodeada de mar.
2 Asimismo, la parte que tiende hacia el Norte, entre
el Tanais y el río Narbona, hasta hoy nos es descono-
cida, a no ser que desde ahora nos informemos inves-
3 tigándolas a fondo. De los que escriben o hablan de
estas regiones hay que pensar que son unos ignoran-
tes e inventores de fábulas.
4 He explicado todo esto para que mi narración no
sea totalmente oscura para los que ignoran los lugares,
sino que puedan considerar, al menos, las divisiones
generales y guiarse en mis afirmaciones por algún co-
nocimiento, tomando como punto de partida los espa-
5 cios celestes. Igual que al mirar solemos volver siempre

84 Es decir, el mar Tirreno.

85 El traductor es ahora más consciente que nunca del anacronismo. Cf. la nota 37 del libro I.

el rostro hacia lo que nos muestran, es preciso volver nuestro pensamiento y dirigirlo a los parajes que sin interrupción se nos muestran a lo largo de la exposición.

Prosigue la narración

Pero dejemos estas considera- 39
ciones y sigamos el hilo de la narración que nos hemos propuesto.
En esta época los cartagineses 2
dominaban todas las partes de África que miran al Mar Interior, desde los altares de Fileno[86], que están en la Sirte Mayor, hasta las columnas de Hércules. La longitud de esta costa es de más 3
de dieciséis mil estadios. Habían cruzado la entrada 4
de las columnas de Hércules y se habían apoderado de toda España hasta el promontorio que, en el Mar Mediterráneo, es el final de los montes Pirineos[87]; estos montes separan a los españoles de los galos. Desde este lugar a la entrada de las columnas de Hér- 5
cules hay unos ocho mil estadios. Desde las columnas 6
de Hércules a Cartagena hay unos tres mil; en esta ciudad inició Aníbal su expedición contra Italia. [A Cartagena algunos la llaman Nueva Cartago[88].] Desde 7
esta ciudad hasta el río Ebro hay dos mil seiscientos estadios, y desde este río hasta Ampurias[89] mil seiscien-

86 Seis kilómetros tierra adentro desde la Sirte Mayor. Fileno: Polibio da el nombre en singular (Fileno), pero la referencia es a dos hermanos cartagineses que consintieron en ser sepultados vivos para salvar a Cartago. Cf. SALUSTIO, *La guerra de Yugurta* 79.

87 El cabo de Creus, en la provincia de Gerona.

88 Desde el punto de vista del texto griego, lo que se ha puesto entre corchetes parece ser una nota marginal de un lector, que un copista posterior incluyó en el texto.

89 La ciudad griega, con un posterior asentamiento romano, establecida sobre un antiguo poblado ibérico; sus ruinas se pueden visitar. La gente del poblado ibérico parece que se desplazó hasta un montículo en la localidad próxima de Ullastret, donde,

los estadios, ⟨desde Emporio hasta Narbona unos seis-
8 cientos⟩. Y desde aquí hasta el paso del Ródano alrededor de mil seiscientos estadios. [Los romanos han medido y señalado cuidadosamente estas distancias emplazando mojones cada ocho estadios] [90].

9 Desde el vado del Ródano, marchando junto al río remontando su curso, hasta el lugar en que las vertientes de los Alpes dan ya a Italia, hay mil cuatrocien-
10 tos estadios. Pero queda el paso mismo de los Alpes, unos mil doscientos estadios, que Aníbal debía reco-
11 rrer para llegar a las llanuras del río Po, en Italia. De modo que, contando desde Cartagena, la cifra total de estadios que debía recorrer era de unos nueve mil.
12 De todos estos lugares, por lo que se refiere a las distancias, había recorrido ya casi la mitad, pero si se considera la dificultad, le restaba la mayor parte del camino.

40

Hechos en la Galia Cisalpina

Aníbal atacó los desfiladeros pirenaicos con un gran temor a los galos, porque aquellos parajes son sumamente escarpados.
2 Los romanos, en ese mismo tiempo, ya habían oído de boca de los embajadores enviados a Cartago lo decidido allí y los discursos que se pronunciaron. Supieron que Aníbal había cruzado el río Ebro con su ejército más pronto de lo que ellos suponían, y resolvieron enviar a España a Publio Cornelio Escipión con sus legiones [91], y a Tiberio Sempronio a África.

---

hacia los años cuarenta, se descubrió el poblado ibérico más importante de Cataluña, que lleva el nombre de la localidad, Ullastret.

[90] También aquí lo incluido entre corchetes parece una anotación marginal de un comentarista primitivo, que un copista posterior introdujo en el texto.

[91] Es el año 218, año conocido en la historia de España,

Mientras éstos reclutaban las tropas y hacían los 3
preparativos restantes, los romanos se apresuraron a organizar las colonias que ya habían planeado enviar a la Galia (Cisalpina). Pusieron gran ardor en amura- 4
llar las ciudades, y ordenaron a sus futuros habitantes que se personaran en ellas en el plazo de treinta días. Cada ciudad iba a tener unos seis mil. Fundaron la 5
primera colonia en la parte de acá del río Po y la llamaron Placentia[92]; la segunda, en la parte de allá del río, y la llamaron Cremona.

Apenas fundadas estas ciudades, los galos llamados 6
boyos (que desde hacía tiempo buscaban, sin encontrarla, una ocasión para deshacerse de la amistad de los romanos), se envanecieron fiados, por las declaraciones de sus mensajeros, en la llegada de los cartagi- 7
neses, y desertaron de los romanos, abandonando los rehenes entregados al final de la guerra pasada, que hemos descrito en el libro anterior a éste.

Llamaron a los insubres, que compartían con ellos 8
la cólera por los hechos de antes, y devastaron las tierras que los romanos habían distribuido en lotes. Persiguieron a los fugitivos hasta Mutina[93], que era colonia romana, y la asediaron. Entre los que encerra- 9
ron allí había tres hombres notables, que habían sido enviados para repartir las tierras; uno de ellos era Cayo Lutacio, que anteriormente había sido cónsul, y dos antiguos pretores. Los tres creyeron oportuno 10
parlamentar con los boyos, a lo que éstos accedieron. Pero cuando los romanos hubieron salido, los boyos, menospreciando cualquier derecho, les cogieron prisioneros; esperaban que así recuperarían a sus propios rehenes.

---

pues en él empieza el período de romanización de la Península Ibérica.

92 Es la actual Piacenza.

93 La actual Módena.

11 Lucio Manlio, al que habían nombrado pretor, y estaba en aquellos parajes con sus fuerzas, cuando oyó lo ocurrido, acudió en su socorro a marchas for-
12 zadas. Pero los boyos se enteraron de su llegada y le tendieron una celada en unos encinares, y al tiempo de llegar los romanos en el paraje boscoso se vieron asaltados a la vez desde todas partes; los boyos les
13 infligieron muchas bajas. Los supervivientes primero emprendieron la huida, pero cuando alcanzaron unas alturas, allí se reagruparon como para poder efectuar con dificultad una honrosa retirada. Los boyos persistieron en su persecución y les cercaron en la aldea lla-
14 mada Tannes[94]. Cuando en Roma se enteraron de que los boyos habían atrapado la legión cuarta y la asediaban enérgicamente, enviaron al punto en su ayuda las legiones puestas a disposición de Publio Cornelio Escipión, al mando de un pretor; ordenaron a aquél reclutar y concentrar más legiones de entre los aliados.

Aníbal cruza el Ródano

41 Esto fue lo que pasó en la Galia Cisalpina desde el principio hasta la llegada de Aníbal. La situación evolucionó tal como hemos descrito en los libros precedentes y ahora mismo.

2 Los cónsules romanos, cuando terminaron los preparativos para sus operaciones, zarparon a principios de verano para las acciones que tenían asignadas. Publio puso rumbo a España con sesenta naves, y Tiberio Sempronio al Africa con ciento sesenta naves quin-
3 querremes. Y se aplicó a la guerra de manera tan imponente y hacía tales preparativos en Lilibeo, juntando todo lo que podía desde cualquier parte, que daba la impresión de que nada más desembarcar ase-
4 diaría Cartago. Publio Cornelio Escipión costeó la Li-

[94] La actual Taneto, entre Parma y Módena.

guria, y en cinco días llegó de Pisa a la región de
Marsella. Fondeó junto a la primera boca del Ródano, 5
la llamada Masaliota, e hizo desembarcar a sus fuer-
zas, pues le llegaba la voz de que Aníbal cruzaba ya 6
los montes Pirineos. Sin embargo, estaba convencido
de tenerle todavía a gran distancia, tanto por las di-
ficultades de los lugares como por la multitud de galos
que había de por medio. Pero Aníbal, que había so- 7
bornado a unos galos con dinero y sometido a otros
por la fuerza, se presentó inesperadamente con su
ejército y se dispuso a cruzar el Ródano; el Mar de
Cerdeña le quedaba a la derecha. Cuando Escipión tuvo 8
noticia de la presencia del enemigo, no acababa de
creerlo, por la prontitud de aquella llegada, así que
quiso averiguar la verdad. Concedió un descanso a las
tropas que habían arribado por mar y deliberó con
sus oficiales acerca de qué clase de terreno debían
elegir para presentar batalla al enemigo. Mandó como 9
avanzadilla a sus trescientos jinetes más bravos, dán-
doles como guías y auxiliares a unos galos que casual-
mente estaban a sueldo de los masaliotas.

Aníbal, así que llegó a los parajes próximos al río, 42
intentó cruzarlo allí donde su curso es todavía único,
a una distancia del mar que un ejército haría en unos
cuatro días. Se concilió de todas las formas imagina- 2
bles la amistad de los pueblos ribereños: les compró
las barcas y los esquifes, suficientes en número, puesto
que muchos de los que habitan la región del Ródano
se dedican al tráfico marítimo. Adquirió de ellos tam- 3
bién la madera necesaria para fabricar barcas, por lo
cual al cabo de dos días tenía construidas muchísimas,
pues sus hombres se empeñaban en no depender del
vecino y en depositar en sí mismos la esperanza de
cruzar el río. Pero entonces se concentró en la otra 4
orilla una gran multitud de bárbaros con la intención
de impedir el paso del río a los cartagineses. Aníbal 5

se percató muy bien de que en aquellas circunstancias ni podría forzar por la violencia el paso del río, porque el número de enemigos apostados era incalculable, ni podría aguartar allí sin que el adversario le atacara por todas partes.

6 A la tercera noche envía parte de sus fuerzas, con unos guías naturales del país, bajo el mando de
7 Hannón[95], el hijo del sufeta Bomílcar. El contingente marchó unos doscientos estadios curso arriba del río, hasta llegar a un lugar en que la corriente se divide y
8 forma una pequeña isla, y se quedaron allí. Fijando y atando troncos de un bosque vecino, en breve tiempo armaron muchas balsas, suficientes para lo que entonces necesitaban; en ellas cruzaron el río con seguridad
9 y sin que nadie les estorbara. Tomaron un lugar abrupto, y aquel día permanecieron allí tanto para descansar de las penalidades anteriores como para prepararse para la operación siguiente, según las órdenes que
10 tenían. Aníbal hizo algo muy parecido con las tropas
11 que habían quedado con él. Lo que le ofrecía más dificultades era hacer cruzar el río a los elefantes, que eran treinta y siete.

43 De todos modos, al llegar la quinta noche, los que habían cruzado el río por la parte superior de su curso, al amanecer avanzaron por su orilla contra los bárba-
2 ros apostados en ella. Aníbal, que tenía ya dispuestos sus propios soldados, esperaba el momento de cruzar. Había llenado los esquifes con caballería ligera y las
3 barcas con infantería más ligera. Los esquifes estaban situados arriba y contra corriente; a continuación los transportes ligeros. Así serían los esquifes los que soportarían la fuerza mayor de la corriente, y el paso de las demás embarcaciones sería más seguro durante la
4 travesía. Idearon también arrastrar los caballos a popa

---

95 Un tercer Hannón; éste, sobrino de Aníbal.

de los esquifes, para que nadaran. Un solo hombre
conducía por las riendas tres o cuatro a la vez, a cada
lado de la popa, de modo que ya inmediatamente, en
el primer paso, trasladaron un buen número de ca-
ballos.

Los bárbaros, al ver el intento de los enemigos, sa- 5
lieron desordenadamente de sus atrincheramientos, con-
vencidos de que frustrarían con facilidad el desembarco
cartaginés. Aníbal vio que en la orilla opuesta sus sol- 6
dados estaban ya cerca, pues, según lo convenido, le
habían señalado su presencia mediante humaredas.
Ordenó a todos sus hombres embarcar a la vez, y a
los que dirigían las embarcaciones navegar contra co-
rriente. La operación se hizo rápidamente, porque los 7
que estaban en las embarcaciones rivalizaban entre
ellos, con gran griterío, en su pugna contra la fuerza
del río. Ambos ejércitos estaban frente a frente, en 8
las dos orillas: unos se asociaban a las dificultades
de sus camaradas, y les seguían con gritos en sus es-
fuerzos, mientras que los bárbaros entonaban cantos
de guerra y llamaban al combate. El espectáculo era
sobrecogedor y producía angustia.

En el momento en que los bárbaros abandonaron 9
sus barracas, los cartagineses que estaban en aquella
orilla les acometieron de manera súbita e inesperada.
Algunos prendieron fuego al campamento, pero la ma-
yoría atacó directamente a los que acechaban la tra-
vesía. Los bárbaros, sorprendidos por aquella inespe- 10
rada maniobra, unos retrocedieron para proteger sus
barracas, otros se defendieron y entablaron combate
con los atacantes. Cuando comprendió que la acción 11
se desarrollaba según sus cálculos, Aníbal rápidamente
organizó a los que habían desembarcado, les arengó y
trabó pelea contra los bárbaros. Los galos, ante aquel 12
desorden y ante un hecho tan inesperado, volvieron
pronto la espalda y se dieron a la fuga.

44 El general cartaginés, pues, dominó a la vez el paso del río[96] y a los enemigos. Luego se dedicó inmediatamente a hacer pasar a los hombres que quedaban en
2 la otra orilla. Tras pasar a todas sus fuerzas en poco tiempo, aquella noche acampó en la misma orilla del
3 río. Al enterarse, al día siguiente, de que una flota romana había fondeado en la desembocadura, envió quinientos jinetes nómadas a inspeccionar dónde es-
4 taban, cuántos eran y qué hacían los enemigos. Al mismo tiempo dispuso que unos hombres adiestrados pasaran los elefantes.

5 Él reunió a sus fuerzas y les presentó a Mágilo y a otros reyezuelos, que habían acudido allí desde las llanuras del Po. A través de un intérprete hizo saber a
6 sus tropas los planes que habían acordado. Lo que infundió más ánimos a aquella masa de hombres fue, primero, el ver con sus propios ojos a aquellos que les incitaban y que les decían que ellos mismos cola-
7 borarían en una guerra contra los romanos. En segundo lugar, la seguridad y la promesa de que les guiarían por unos lugares en los que no les iba a faltar nada necesario para marchar contra Italia con toda seguri-
8 dad y en poco tiempo. Hablaron, además, de la fertilidad del país al que iban a llegar, de su extensión, del coraje de los hombres en compañía de los cuales iban
9 a combatir contra las fuerzas romanas. Los galos, después de hablar así, se retiraron. Tras ellos se des-
10 tacó Aníbal en persona, y en primer lugar recordó a aquella multitud las gestas ya cumplidas, en las que, afirmó, ellos mismos habían afrontado muchos peligros y empresas azarosas, sin fracasar en ninguna por
11 haber seguido su parecer y consejo. De modo que les

96 No sabemos el lugar exacto por donde Aníbal cruzó el Ródano, pero fue, ciertamente, entre las ciudades de Aviñón y Tarascón.

incitó a estar confiados, al ver que lo más arduo de la empresa estaba superado; pues habían vencido el paso del río y habían visto por sí mismos la adhesión y la
predisposición de los aliados. Por eso creía que podían 12
despreocuparse de cada una de las operaciones porque caían bajo su incumbencia personal. En cambio, debían cumplir las órdenes, ser hombres valientes y a la
altura de las gestas pasadas. La muchedumbre aplaudió 13
y evidenció gran empuje y ardor. Aníbal les felicitó, y tras rogar a los dioses por todos sus planes les despidió diciéndoles que se cuidaran y que se prepararan con empeño; la marcha iba a iniciarse a la aurora siguiente.

Ya se había disuelto aquella asamblea cuando lle- 45
garon los númidas enviados en misión de reconocimiento. La mayoría de los que habían salido había muerto y los restantes habían huido precipitadamente,
porque no lejos de su propio campo se habían trope- 2
zado con la caballería romana, enviada por Publio con la misma finalidad, y ambos destacamentos pusieron tal coraje en la escaramuza que murieron en ella ciento cuarenta jinetes entre galos y romanos, y más de doscientos jinetes númidas. Después de la refriega los ro- 3
manos siguieron la persecución y se acercaron al atrincheramiento cartaginés, que examinaron; dieron la vuelta y regresaron para explicar a su general la presencia del enemigo. Llegaron, pues, a su campamento,
y la anunciaron. Escipión transportó inmediatamente 4
sus bagajes a las naves, levantó todo su campamento y avanzó hacia el río, deseando establecer contacto con
el enemigo. Al día siguiente de la asamblea Aníbal, al 5
amanecer, hizo avanzar toda la caballería en dirección al mar, en situación de observadora, e iba haciendo salir del atrincheramiento a sus fuerzas de a pie para
emprender la marcha. Él personalmente se quedó en 6
espera de los elefantes y de los hombres que había

dejado a su cuidado. El paso de los elefantes se efectuó como sigue:

46 Construyeron un gran número de balsas muy sólidas, ataron fuertemente entre sí a dos de ellas y las adosaron a la tierra firme, a la orilla misma del río; entre ambas tenían una anchura como de cincuenta
2 pies. Por la parte externa de éstas ataron otras que encajaran con ellas, y alargaron así la plataforma hacia
3 el curso del río. Consolidaron el lado de la corriente con cables fijados en tierra, atándolos a los árboles que crecían en la orilla, para que toda la obra resis-
4 tierra y no cediera, yéndose río abajo. Cuando hubieron construido el conjunto de esta plataforma proyectada hacia adelante, de una anchura de dos pletros[97], añadieron a las últimas balsas dos más excepcionalmente resistentes, atadas estrechamente, y a éstas otras, de la misma manera, pero de modo tal que las amarras
5 fueran fáciles de cortar. Además, habían fijado a las balsas muchas correas: con ellas los esquifes que iban a remolcar las balsas impedirían que éstas fueran arrastradas por el río, y al retenerlas con fuerza contra la corriente permitirían transportar y pasar a los ele-
6 fantes sobre tales artilugios. Recubrieron las balsas con mucha tierra, que echaron encima hasta nivelarlas; las allanaron y les dieron el mismo color del camino
7 que conducía al vado a través de la tierra firme. Los elefantes están acostumbrados a obedecer a los indios hasta llegar al agua, pero en modo alguno se atreven a penetrar en ella. Los indios hicieron avanzar por la tierra apisonada a un par de hembras, que los elefan-
8 tes siguieron. Así que situaron en las últimas balsas a los elefantes, cortaron las amarras que las unían a las otras, tiraron con los esquifes de los cables y pronto

---

97 El área de un pletro es 0,087 de hectárea, unos treinta metros cuadrados.

separaron de la tierra apisonada los elefantes y las bal-
sas que los transportaban. Tras esta operación los ani- 9
males al principio se pusieron a dar vueltas y embes-
tían hacia todas partes; pero, rodeados por la corriente,
se acobardaron y se vieron forzados a permanecer en
su sitio. De esta manera, atando cada vez dos balsas, 10
hicieron cruzar encima de ellas la mayoría de los ele-
fantes. Algunos, con todo, se lanzaron aterrorizados al 11
río a mitad de la travesía, y ocurrió que sus indios
murieron todos, pero los elefantes se salvaron. Pues,
gracias a la fuerza y longitud de sus trompas, que le-
vantaban por encima del agua, inspirando y exhalando
a la vez, resistieron la corriente, haciendo erguidos la
mayor parte de la travesía.

Cuando los elefantes hubieron sido trasladados, Aní- 47
bal los recogió, y con ellos y los jinetes formó la reta-
guardia. Y avanzó paralelamente al río, desde el mar
en dirección a Oriente; se marchaba como si fuera
hacia el interior del continente europeo.

El Ródano tiene sus fuentes orientadas hacia po- 2
niente, encima del golfo Adriático, en la vertiente norte
de los Alpes; fluye en dirección Sudoeste y desemboca
en el Mar de Cerdeña. Corre casi siempre por un valle 3
en cuya parte norte habitan los galos ardieos[98], pero
por el Sur le bordean en toda su longitud las estriba-
ciones de los Alpes que miran hacia el Norte. Las lla- 4
nuras del Po, de las que hemos hablado largamente,
están separadas del valle del Ródano por la citada
cordillera, que arranca en Marsella y cubre todo el
golfo Adriático; esta cadena montañosa es la que, par- 5
tiendo de la región del Ródano, franqueó Aníbal para
invadir Italia.

Algunos de los autores que han tratado este paso 6
de los Alpes quieren sobrecoger a los lectores mediante

98. Es un linaje totalmente desconocido.

narraciones portentosas sobre los lugares citados, y no caen en la cuenta de que cometen las dos faltas más directas contra el género histórico, pues narran men-
7 tiras y, además, se contradicen a sí mismos: presentan a Aníbal como general sin parangón por su previsión y audacia, y al mismo tiempo nos lo muestran,
8 sin duda alguna, como el más irracional; entonces, incapaces de encontrar solución y salida a sus embustes, introducen dioses e hijos de dioses en la historia cien-
9 tífica. En efecto, establecen que la fragosidad y las dificultades de los Alpes son tales que, no ya los caballos y los ejércitos, junto con los elefantes, sino que ni tan siquiera la infantería ligera los pasaría con
10 facilidad; y como también nos describen aquellos parajes como tan desiertos que, a no ser que un dios o un héroe hubiera guiado a los hombres de Aníbal, todos se hubieran visto en una situación difícil y hubieran perecido, es evidente que estos autores caen en ambos errores citados.

48 Porque, ante todo, ¿qué general nos parecería más
2 absurdo que Aníbal, qué jefe más inhábil? ¿Él, comandante de un ejército tan enorme, hombre que abrigaba las esperanzas de un triunfo total en sus empresas, no iba a conocer ni las rutas del país ni los parajes —según afirman estos autores—, ni, en absoluto, las
3 tierras ni los hombres a los que se dirigía, y, lo que ya es el colmo, incluso si se lanzaba a una empresa posible?

4 Pero lo que no admiten ni los generales derrotados irremisiblemente y que se ven en dificultades de todo género, es decir, entrar con sus tropas en parajes desconocidos, estos autores se lo achacan a Aníbal cuando en sus planes tenía todavía intactas las más
5 bellas esperanzas. Igualmente es manifiesta la falacia de estos autores cuando nos dicen que los lugares en
6 cuestión son un desierto abrupto e impracticable. Ig-

noran, en efecto, que los galos transalpinos, que habitan junto al río Ródano, ya muchas veces antes de la presencia de Aníbal, y no en tiempos remotos, sino muy poco antes, habían cruzado los Alpes, cosa que sabe todo el mundo, para oponerse a los romanos y luchar codo a codo con los galos que habitan las llanuras del Po, tal como hemos explicado en los libros anteriores.
Tales autores no saben además que los mismos Alpes 7
son habitados por una población muy numerosa, y al ignorar totalmente lo dicho, afirman que un héroe se
apareció a los cartagineses y les mostró el camino. Por 8
esto es natural que deban recurrir a algo semejante a aquello a que recurren los autores trágicos. Éstos, al final de sus dramas, necesitan de un *deus ex machina*, puesto que sus planteamientos iniciales son irraciona-
les y absurdos. Es inevitable que a estos autores les 9
ocurra algo semejante, y que se inventen apariciones de dioses y de héroes, puesto que propusieron principios poco fiables y falsos. ¿Cómo sería posible poner
un final razonable a unos comienzos absurdos? Pero 10
Aníbal desarrolló sus planes no como éstos escriben,
sino con un alto sentido práctico: había averiguado de 11
modo concluyente la fertilidad del país al que se proponía acudir, la aversión de sus habitantes contra los romanos, y para el paso de los lugares intermedios difíciles se había servido de guías y de unos jefes indígenas que iban a participar de sus mismas esperanzas.

Hacemos estas afirmaciones con una seguridad total, 12
por habernos documentado sobre las operaciones a través de personas que tomaron parte directamente en aquellos sucesos, y por haber visitado personalmente los lugares y haber hecho la ruta de los Alpes para tener una visión y un conocimiento exactos.

Cuando hacía tres días que los cartagineses habían 49
iniciado la marcha, Escipión, el general romano, llegó

al paso del río. Comprobó que el adversario ya había
2 partido, y se maravilló a más no poder, ya que estaba persuadido de que jamás osaría efectuar la marcha hacia Italia por aquellos lugares, entre otras razones porque los bárbaros de aquellos parajes eran muchos
3 y muy traidores. Pero al ver que los cartagineses se habían arriesgado, regresó rápidamente hacia las naves,
4 llegó donde estaban y embarcó a sus tropas. Envió a su hermano a las operaciones de España, y él personalmente viró en redondo y navegó hacia Italia, con el afán de adelantarse al adversario, y, a través de la Etruria, encontrarle al pie de los Alpes.

5 Aníbal marchó ininterrumpidamente durante cuatro días desde que cruzara el río, y llegó a un lugar llamado La Isla [99], país muy poblado y rico en trigo, cuyo nom-
6 bre se debía a su misma forma: por un lado fluye el río Ródano y por el otro el Isère; cuando conflu-
7 yen dan a este lugar la figura de una punta. Tanto en dimensiones como en forma es un lugar parecido al que en Egipto se llama El Delta, sólo que en éste el mar forma uno de los lados, que ciñe las desembocaduras de los ríos; aquí el lado correspondiente lo forman montañas difícilmente practicables, de penetración penosa y casi, por así decir, inaccesibles.

8 Aníbal, pues, llegó a este lugar y se encontró en él con dos hermanos que se disputaban la realeza, y que
9 se habían enfrentado ya con sus dos ejércitos. El mayor de estos hermanos se atrajo a Aníbal y le pidió colaboración y ayuda para hacerse con el poder. El cartaginés accedió, pues era claro el provecho que en aquel mo-
10 mento iba a obtener. De modo que le ayudó militarmente, y tras expulsar al otro, obtuvo muy buena co-
11 laboración por parte del vencedor; pues no sólo abasteció abundantemente de trigo y de otras provisiones

99 Es, sin duda alguna, un lugar de la cuenca del Isère.

a su ejército, sino que al cambiarle las armas viejas y gastadas renovó así su fuerza de manera muy oportuna. Además, como avitualló a la mayoría con vesti- 12
dos y calzados, les procuró la mayor facilidad para cruzar los montes. Y lo que es más importante: los 13
cartagineses temían su paso por la región de los galos llamados alóbroges, y este rey les cubrió la retaguardia con su propio ejército; así dispuso que los cartagineses avanzaran sin peligro hasta llegar al paso de los Alpes.

Aníbal pasa los Alpes

Tras una marcha de diez días 50
a lo largo del río, unos ochocientos estadios, Aníbal inició la ascensión de los Alpes[100], y cayó en los mayores riesgos. Pues mien- 2
tras los cartagineses se encontraban aún en la llanura, los jefes de las tribus de los alóbroges se mantuvieron distanciados de ellos, tanto por temor a la caballería como a los bárbaros que cerraban la marcha. Pero 3
cuando éstos se hubieron retirado a sus tierras y los hombres de Aníbal empezaban ya el avance por terrenos difíciles, entonces los jefes alóbroges concentraron un número de tropas suficientes y se adelantaron a ocupar lugares estratégicos, por los cuales los hombres de Aníbal debían efectuar inevitablemente la ascensión. Si hubieran logrado mantener oculta su inten- 4
ción hubieran podido destruir totalmente el ejército de los cartagineses; pero como fueron descubiertos, aunque causaron grandes estragos en los hombres de Aníbal, no fueron menores los que se infirieron a sí mismos. El general cartaginés, en efecto, sabedor de 5

---

[100] Napoleón Bonaparte, que parece que se interesó por la ciencia militar, sostenía que esta ascensión de los Alpes se había iniciado por el pequeño San Bernardo. Por lo demás, el trazado de la ruta más probable de Aníbal en su paso de los Alpes puede verse en *Weltatlas,* pág. 31.

que los bárbaros se habían anticipado a ocupar posi-
ciones estratégicas, acampó en sus mismas estribacio-
6 nes y permaneció allí. Envió a algunos galos de los
que actuaban como guías para que indagaran las inten-
7 ciones del adversario y toda su disposición. Los envia-
dos cumplieron las órdenes, y Aníbal pudo saber que
el enemigo de día observaba cuidadosamente el orden
y custodiaba los parajes, pero que de noche se retira-
ban a una ciudad no lejana. Se ajustó, pues, a esta tác-
8 tica, y dispuso la acción como sigue: tomó sus fuerzas,
avanzó a la vista de todos, se aproximó a los lugares
9 abruptos y acampó no lejos del enemigo. Cuando so-
brevino la noche ordenó encender hogueras, y dejó
allí la mayor parte de sus tropas. Equipó a los hom-
bres más aptos como soldados de infantería ligera,
durante la noche pasó los desfiladeros y tomó las po-
siciones que habían sido ocupadas antes por el adver-
sario, puesto que los bárbaros se habían retirado, según
su costumbre, a la ciudad.

51 Logrado esto, cuando vino el día, los bárbaros, aper-
cibidos de lo ocurrido, primero desistieron de sus in-
2 tenciones. Pero después, al ver la gran cantidad de
acémilas y a los jinetes que marchaban con dificultad y
lentamente por aquellas fragosidades, se decidieron por
3 esa circunstancia a cortar la marcha. Cuando llegó el
momento, los bárbaros atacaron por todas partes, y el
desastre de los cartagineses fue muy grande, no tanto
4 por los hombres, sino por aquellos parajes. La vereda,
en efecto, no sólo era estrecha y pedregosa, sino tam-
bién empinada, de manera que cualquier movimiento
o cualquier perturbación hacía que se despeñaran por
5 los precipicios muchas acémilas con sus cargas. Los
que provocaban más este desorden eran los caballos
heridos; cada vez que una herida les desbocaba, unos
caían de bruces sobre las acémilas y otros se precipi-
taban hacia adelante y arrastraban consigo todo lo

que en la aspereza se les presentaba; se producía una confusión enorme. Al ver esto Aníbal y calcular que 6
si se perdían todos los bagajes ni aun los que consiguieran eludir el riesgo se salvarían, recogió a los que de noche habían tomado las posiciones estratégicas y se lanzó en ayuda de los suyos que abrían la marcha.
Allí murieron muchos bárbaros, puesto que Aníbal ata- 7
caba desde lugares más altos, pero no menos cartagineses. En efecto: la confusión que ya acompañaba a 8
la marcha se acrecentó por el griterío y el combate de los citados. Sólo cuando hubo matado a la mayoría 9
de los alóbroges y obligado a los restantes a replegarse y a huir a sus tierras Aníbal logró que, a duras penas, atravesaran aquellos lugares difíciles las acémilas y los acemileros supervivientes. Él mismo, pasado el pe- 10
ligro, reunió a todos los hombres que pudo y atacó la ciudad desde la que el enemigo le había agredido. La 11
sorprendió casi desierta, pues las posibles ganancias habían atraído a sus habitantes, y se adueñó de ella. En este lugar Aníbal obtuvo muchas cosas útiles, tanto para el presente como para el futuro. De momento 12
se hizo con una gran cantidad de caballos y de acémilas, junto con muchos hombres suyos que habían caído prisioneros. Tuvo, además, abundancia de trigo y de ganado para dos o tres días, y, sobre todo, infundió 13
temor a las tribus vecinas, de manera que los habitantes de las proximidades ya no se atrevieron sin más a molestarle durante la ascensión.

Aníbal estableció allí su campamento, aguardó un 52
día y se puso de nuevo en marcha. En las jornadas si- 2
guientes condujo con seguridad su ejército hasta cierto punto, pero en el día cuarto se volvió a ver expuesto a grandes riesgos. En efecto, los que habitaban los luga- 3
res por los que pasaba tramaron de común acuerdo un engaño y le salieron al encuentro con coronas y ramos de olivo, lo cual entre casi todos los bárbaros

es señal de amistad, al igual que el caduceo entre los
4 griegos. Tales lealtades no acababan de convencer a
Aníbal, e intentaba con sumo cuidado averiguar sus
5 intenciones y su entero propósito. Ellos afirmaron que
conocían bien la toma de la ciudad y la ruina de los
que habían intentado dañarle, y le aclararon que es-
taban allí por esto, porque no querían hacer ni sufrir
nada malo; le prometieron, además, que le entregarían
6 rehenes. Durante mucho tiempo Aníbal anduvo preca-
vido y desconfiaba de lo que le iban diciendo. Con
todo, calculó ⟨que si aceptaba⟩ aquellos ofrecimientos,
quizás convertiría en más cautos y pacíficos a los que
se le habían presentado, pero que si no los aceptaba,
los tendría por enemigos declarados. Se avino, pues, a
lo que le decían, y simuló aceptar aquellas amistades.
7 Los bárbaros entregaron los rehenes, aportaron reba-
ños en abundancia y, en suma, se entregaron sin reser-
vas ellos mismos en sus manos, de modo que Aníbal y
los suyos acabaron por creer tanto en ellos que les
tomaron por guías en los lugares difíciles que iban a
8 seguir. Los bárbaros, pues, les guiaron durante dos
días, y entonces una masa de bárbaros que les iba si-
guiendo les ataca cuando cruzaban un desfiladero di-
fícil y escarpado.

53 En aquella ocasión se hubiera perdido, simplemen-
te, todo el ejército de Aníbal. Pero éste guardaba to-
davía un punto de desconfianza, y, en previsión del
futuro, había situado bagajes y caballería abriendo la
marcha; la infantería marchaba, cerrándola a retaguar-
2 dia. Ésta, pues, estaba al acecho, lo cual aminoró el
desastre, pues los soldados de a pie contuvieron el
3 ataque de los bárbaros. Sin embargo, y a pesar de
que salió del trance, perdió gran cantidad de hombres,
4 de acémilas y de caballos. El enemigo, en efecto, había
ocupado las alturas; los bárbaros, avanzando por las
cumbres, hacían caer peñascos, que rodaban contra

unos, lanzaban a mano piedras contra otros, y así les
causaron tanto riesgo y confusión que Aníbal se vio 5
forzado a pernoctar con la mitad de su ejército en un
lugar yermo, rocoso y pelado, separado de sus caballos
y de sus acémilas; les iba cubriendo, hasta que a duras
penas logró, durante la noche, salvar el desfiladero. Al 6
día siguiente, cuando el enemigo se hubo ya retirado,
estableció contacto con jinetes y acémilas, y progresó
hacia los pasos más avanzados de los Alpes, sin en-
contrarse ya ningún grupo organizado de bárbaros, y
hostigado sólo por pequeñas bandas y en ciertos para-
jes; unos por retaguardia y otros por vanguardia, le 7
privaron de algunas acémilas con asaltos bien calcu-
lados. En todas estas acciones a Aníbal le fueron de 8
gran utilidad los elefantes: el enemigo no osaba atacar
por los lugares por los cuales éstos pasaban, ya que la
extraña figura de estos animales les resultaba impo-
nente.

Al cabo de nueve días llegó a la cumbre, donde 9
acampó y aguardó dos, con la intención de hacer des-
cansar a los que se habían salvado y recobrar a los
rezagados. En esta ocasión muchos de los caballos que 10
habían perdido el tino y muchas de las bestias de
carga que la habían arrojado de sí siguieron sorpren-
dentemente el rastro, lo recorrieron y volvieron a es-
tablecer contacto con el campamento.

La nieve se iba acumulando ya sobre las cumbres, 54
puesto que se aproximaba el ocaso de las Pléyades[101].
Aníbal vio a sus tropas desmoralizadas tanto por las
penalidades precedentes como por las que preveían.
Congregó a sus hombres e intentó estimularles, toman- 2
do para ello como única ocasión la vista de Italia; pues
está tan próxima a los montes en cuestión que si se
mira a la vez a ambos lados, los Alpes parecen estar

101 Estamos a finales de septiembre del año 218.

3 dispuestos como la acrópolis de toda Italia. Por eso Aníbal iba mostrando a sus hombres las llanuras del río Po, y les recordaba en resumen la buena disposición de los galos que la habitaban; al propio tiempo les indicaba la situación de Roma. Y así logró infundir
4 elevada moral a sus soldados. Al día siguiente levantó el campamento e inició el descenso. En él ya no encontró adversarios, fuera de algunos malhechores emboscados, pero los parajes mismos y la nieve le hicieron perder casi tantos hombres como los que había perdido
5 en la subida. La bajada se hacía por rutas estrechas y en pendiente, y la nieve había borrado los caminos; todo el que caía fuera de la senda y se extraviaba, se
6 despeñaba precipicio abajo. Sin embargo, los hombres de Aníbal soportaron también estas penalidades, puesto
7 que ya estaban habituados a las cosas así. Pero llegaron a un lugar muy angosto que no podían atravesar ni los elefantes ni las acémilas; su longitud era de estadio y medio. La pendiente, antes ya muy pronunciada, lo era todavía más, por un reciente desprendimiento. Allí el ejército volvió a desmoralizarse y a re-
8 troceder. Primero el general cartaginés intentó dar un rodeo y evitar aquel mal paso, pero la nieve caída hacía también imposible esta solución, y Aníbal renunció al intento.

55 Lo que ocurría era raro y desacostumbrado. Porque sobre la nieve primera y la que quedaba del invierno anterior estaba la nieve recién caída, fácil de hollar por dos motivos: su precipitación era reciente, y por esto se trataba de nieve blanda, sin un espesor
2 excesivo. Pero cuando la habían pisado y caminaban encima de la capa inferior helada no lograban fijar el pie, sino que patinaban resbalando con ambos pies; ocurría lo mismo que cuando se camina por lugares
3 fangosos. Lo que seguía era peor: pues los hombres, al
4 no poder romper la capa inferior de nieve, cuando se

caían, pretendían ayudarse con las rodillas o con las manos para levantarse, y entonces los miembros en los que se apoyaban resbalaban todavía más, ya que el terreno presentaba una pendiente muy fuerte. Las 5
acémilas, si caían, cuando intentaban levantarse rompían la capa inferior de nieve congelada, pero quedaban aprisionadas en ella por el peso de la carga que transportaban y por la congelación de la nieve antigua.

Por aquí Aníbal ya no esperó nada, y acampó en la 6
cresta de la cordillera, de la que había mandado retirar la nieve; después él personalmente dirigió a sus soldados en la excavación de un camino en la roca, con un trabajo muy penoso. Pero en un solo día consiguió 7
abrir un paso suficiente para las acémilas y los caballos; los hizo pasar inmediatamente y acampó en lugares en los que no había nieve; allí mandó las bestias al pasto. Luego envió a los númidas para que, trabajando 8
en cuadrillas, abrieran camino. Este trabajo también fue muy arduo, pero en poco menos de tres días hizo pasar a los elefantes, que estaban ya casi exhaustos por el hambre: las crestas de los Alpes y los parajes 9
próximos a los pasos carecen totalmente de árboles; todo es yermo, debido a que siempre hay nieve, en invierno y en verano; en cambio, desde la mitad de las laderas hasta el pie de los montes, por las dos vertientes los parajes están llenos de árboles y de vegetación y son totalmente habitables.

Aníbal, cuando hubo reunido toda su fuerza, em- 56
prendió el descenso, y al tercer día de su partida de los precipicios citados llegó a la llanura. Había per- 2
dido muchos combatientes, unos a manos de los enemigos, o a causa de los ríos, durante la marcha, y muchos hombres en los barrancos y lugares difíciles de los Alpes, y no sólo hombres, sino aun acémilas y caballos en cantidad superior. Al final, toda la marcha 3
desde Cartagena le duró cinco meses, y el paso de los

Alpes quince días. Llegó, pues, audazmente a las lla-
4 nuras del Po, al pueblo de los insubres. Había salvado una parte de los soldados de África, doce mil de a pie y ocho mil iberos; la cifra de caballos de que disponía, en conjunto, no iba mucho más allá de los seis mil, como el mismo Aníbal señala en la estela que, en el cabo Lacinio, contiene un recuento de sus tropas.

5 Por aquel mismo tiempo, como dije más arriba, Escipión había confiado fuerzas a su hermano Cneo, con el encargo de que atendiera los asuntos de España e hiciera enérgicamente la guerra a Asdrúbal. Él zarpó
6 con unos pocos hombres hacia Pisa. Hizo la marcha a través de la Etruria, y tomó de los pretores el mando de los ejércitos que, a sus órdenes, hacían la guerra a los boyos. Acudió a las llanuras del Po y acampó allí, ansioso de trabar batalla.

Digresión sobre la historia

57 Nosotros, una vez que en nuestra exposición hemos llevado los jefes de ambos bandos y la guerra a Italia, antes de empezar a narrar las batallas queremos discurrir brevemente acerca de lo que consideramos adecuado a nuestra obra.

2 Algunos se preguntarán sin duda cómo, tras haber hecho una larga exposición acerca de los parajes del África y de España, no hemos tratado con más detalle la entrada de las columnas de Hércules, el Mar Exte-
3 rior ni las características que este mar tiene, ni las Islas Británicas, ni la producción de estaño. Nada hemos dicho sobre las minas de oro y de plata que hay en España. Todos son temas muy discutidos por los
4 autores, que los tratan en prolijos discursos. Nosotros, sin embargo, los hemos omitido no por creer que estos temas sean ajenos a la historia, sino porque no queremos ni prolongar la exposición en cada punto ni apartar de la descripción sistemática a los lectores es-

tudiosos. Además, consideramos que no había que men- 5
cionar estos puntos de forma marginal o dispersa, sino
tratarlos en su entidad, dando a cada uno su lugar
oportuno, e investigar así, en la medida de lo posible,
lo que hay de verdad en cada uno.

Por eso, que nadie se extrañe si, en lo que sigue, 6
al llegar a las regiones en cuestión, los aspectos de
este tipo también quedan omitidos; las razones se han
dado ya. Si algunos intentan oír, por todos los medios, 7
temas semejantes en conjunto y en detalle, quizás ig-
noren que les ocurre algo parecido a los comilones en
los banquetes. En efecto: los tragones comen todo lo 8
ofrecido, pero no extraen verdadero placer de ninguno
de los manjares, no obtienen ninguna digestión útil
para el futuro, ninguna nutrición provechosa, bien al
contrario. Los que durante su lectura se comportan así 9
no extraen debidamente de ella ninguna instrucción
inmediata ni una utilidad para el porvenir.

No hay parte de la historia que, como ésta, re- 58
quiera más corrección y circunspección; esto es claro
por muchas razones, pero ante todo por las siguientes:

Casi todos o, al menos, la mayoría de tratadistas 2
que han intentado explicar las peculiaridades y dispo-
siciones de los países más extremos del universo que
habitamos han errado en multitud de puntos. Éstos 3
no pueden ser en absoluto descuidados: debemos re-
futarlos no de una manera marginal y al azar, sino con
conocimiento de causa. Debemos hablar no en tono 4
de reproche ni de rechazo, más bien de alabanza, pero
corrigiendo su ignorancia, porque sabemos que estos
autores, si hubieran tenido las oportunidades de ahora,
habrían modificado y rehecho muchas de sus afirma-
ciones. En las épocas anteriores han sido pocos los 5
griegos que se han dedicado a explorar estas regiones
más alejadas; la empresa ofrecía dificultades ímprobas.
En efecto, los peligros del mar eran innumerables, pero 6

7 muchos más eran los riesgos por tierra. Y aun en el
caso de que alguien, por gusto o por necesidad, hu-
biera conseguido llegar a los confines del mundo, ni
8 aun así habría alcanzado su propósito, porque es muy
difícil ser testigo ocular de ciertas cosas, debido a que
algunos lugares son incivilizados, y otros están desier-
tos. Todavía es más difícil conocer y aprender de pa-
9 labra lo que sea, por la diferencia de lenguas. Incluso
si se llegara a conocerlas, es aún más arduo que las
cosas precedentes usar con moderación de este cono-
cimiento, rechazar lo fantástico y monstruoso y honrar
la verdad por el honor que cada cual se debe a sí
mismo, sin narrar nada que no responda a la realidad.

59 En épocas pretéritas resultaba no difícil, sino prác-
ticamente imposible una descripción ajustada a la reali-
dad de las regiones citadas, por lo cual no debemos
reprochar a los historiadores sus errores y omisiones.
2 Lo justo es admirarse y alabarles por lo que conocieron
y progresaron en el conocimiento de estas materias en
sus épocas.

3 Pero en la nuestra, en Asia por el imperio de Ale-
jandro y en las demás regiones por el dominio de los
romanos se puede viajar y navegar casi por todas par-
4 tes. Los hombres emprendedores se han visto libres
por fin de la preocupación que representan las accio-
nes guerreras y políticas, y esto les ha proporcionado
muchas ocasiones de investigar y de instruirse en el
5 estudio de los temas citados. Sería conveniente y ne-
cesario un conocimiento más real de lo que antes se
6 ignoraba. Esto es lo que intentaremos hacer cuando
encontremos en nuestra *Historia* un lugar adecuado.
Querríamos que los que quieren saber por curiosidad
participaran de un conocimiento más completo de lo
7 enunciado. Fue principalmente por esto por lo que
afrontamos los peligros y las penalidades que nos ocu-
rrieron en un viaje por Africa, por España, por la Galia

y por el Mar Exterior que cierra estos países, para proporcionar a los griegos el conocimiento de estas partes del universo, y corregir la ignorancia de nuestros antepasados sobre estos temas. 8

9 Ahora, volviendo al punto de partida de la digresión, intentaremos aclarar las luchas ocurridas en Italia en las confrontaciones entre romanos y cartagineses.

Aníbal y Escipión, frente a frente en Italia

60 Ya hemos precisado el número de soldados con que Aníbal llegó a Italia. 2 Tras su entrada, acampó en las mismas estribaciones de los Alpes, y de momento procuró que sus tropas se repusieran. 3 Todo su ejército estaba en una situación lamentable no sólo por las ascensiones y descensos y por las penalidades de la travesía; la escasez de víveres y los nulos cuidados corporales lo habían deteriorado enormemente. 4 Ante estas privaciones y lo continuo de las calamidades muchos se habían desmoralizado por completo. Las dificultades del terreno habían imposibilitado a los cartagineses transportar provisiones abundantes para tantas decenas de millares de hombres, e incluso se perdió la mayor parte de lo que acarreaban cuando perdieron las acémilas. 5 Cuando cruzó el Ródano, Aníbal tenía unos treinta y ocho mil hombres de infantería y más de ocho mil jinetes, pero en los pasos perdió casi la mitad de las fuerzas, como apunté más arriba. 6 Los supervivientes tenían algo de salvajes en su aspecto y en su comportamiento, como consecuencia de la continuidad de las penalidades aludidas. 7 Aníbal puso mucha atención en su cuidado, y recuperó a sus hombres tanto en sus cuerpos como en sus espíritus. Hizo igualmente que se repusieran los caballos.

8 Tras esto, rehechas ya sus tropas, los turineses, que viven al pie de los Alpes, andaban peleando con los insubres, pero recelaban de los cartagineses; 9 pri-

mero Aníbal les había ofrecido su amistad y alianza.
Pero al serle rechazadas, acampó junto a la ciudad,
que era muy fuerte, y en tres días la rindió por asedio.
10 Mandó decapitar a sus oponentes, con lo cual infundió
tal pavor a los bárbaros que habitaban en las cerca-
nías que acudieron todos inmediatamente a ofrecerle
11 su lealtad y sus personas. El resto de los galos que
habitaban las llanuras se apresuró a asociarse a las
empresas de los cartagineses, según el acuerdo ante-
12 rior. Pero debido a que las legiones romanas habían
rebasado a la mayor parte de estos galos y les habían
interceptado, permanecían inactivos; algunos incluso
se vieron forzados a militar con los ejércitos romanos.
13 Al ver esto Aníbal, decidió no perder tiempo, sino se-
guir adelante y hacer algo para infundir confianza a
los que estaban dispuestos a participar en sus espe-
ranzas.

61 Tales eran sus propósitos. Sabía, además, que Es-
cipión había cruzado el Po con sus tropas y que estaba
2 cerca. Al principio no hacía caso a los mensajeros: no
dejaba de pensar que pocos días antes le había dejado
en los pasos del Ródano, y calculaba cuán larga y di-
fícil sería la navegación desde Marsella a Etruria.
3 Sabía, además, por sus informadores, cuán enorme y
dura era para un ejército la marcha desde el Mar Ti-
4 rreno a través de Italia hasta los Alpes. Pero como las
informaciones que le llegaban eran cada vez más fre-
cuentes y claras, se admiró y quedó sobrecogido ante
5 los planes y la gesta del cónsul. Y Escipión experimen-
tó algo semejante. Primero creyó que Aníbal ni tan
siquiera iba a intentar el paso por los Alpes con un
ejército tan heterogéneo. Si llegaba a atreverse, Esci-
pión suponía que, evidentemente, la ruina de Aníbal
6 iba a ser total. Calculando así, cuando se enteró de
que Aníbal había salvado el obstáculo, y se encontraba
ya en Italia, asediando algunas ciudades, quedó pas-

mado de la audacia del hombre y de su coraje. Lo 7
mismo sintieron los habitantes de Roma ante lo que
se les venía encima. Apenas si acababa de cesar el 8
rumor de que los cartagineses habían tomado Sagunto,
y tras haber deliberado sobre ello, habían mandado
uno de los cónsules al África a asediar la propia ciu-
dad de Cartago, y al otro a España, para que allí gue-
rreara contra Aníbal, cuando les llega la noticia de
que Aníbal está allí con un ejército y de que está ya
asediando algunas ciudades en Italia. Lo ocurrido les 9
pareció increíble, y perturbados mandaron inmediata-
mente mensajeros a Tiberio, que se encontraba en Li-
libeo, a señalarle la presencia del enemigo; debía aban-
donar sus planes y correr a toda prisa en socorro de
su país. Tiberio concentró inmediatamente a los hom- 10
bres de su flota y los envió con la orden de que na-
vegaran en dirección a la patria. A través de los tribu-
nos tomó juramento a sus fuerzas de tierra, y les
señaló el día en que debían presentarse en Rímini
para pernoctar allí. Ésta es una ciudad junto al Mar 11
Adriático, situada en el límite meridional de la llanura
del Po. Había movimientos simultáneos en todas par- 12
tes, lo que ocurría eran noticias inesperadas para todos,
y ello producía en cada uno una inquietud acerca del
futuro que no se podía tomar a la ligera.

En este momento, Aníbal y Escipión ya estaban uno 62
cerca del otro, y se propusieron arengar a sus propias
fuerzas, exponiendo cada uno lo adecuado a las cir-
cunstancias presentes.

Aníbal emprendió la exhortación de la manera si- 2
guiente: congregó a su gente e hizo conducir allí a 3
algunos jóvenes de los prisioneros [102] que había cogido

---

102 Aunque la dramática escena que sigue la narra también Tito Livio (la ha recogido de Polibio), los comentaristas coinciden en afirmar que se trata de una invención de Polibio.

cuando hostigaban su marcha a través de las aspere-
4 zas de los Alpes. Estos jóvenes habían sido maltratados siguiendo instrucciones concretas de Aníbal, en vista a sus propios designios: arrastraban pesadas cadenas, estaban rendidos de hambre y tenían el cuerpo molido
5 a palos. Les puso, pues, en medio, y al propio tiempo exhibió unas panoplias galas, las que habitualmente adornan a los reyes cuando éstos se disponen a un duelo; además de esto, hizo traer unos caballos y unos
6 sayos[103] riquísimos. Entonces preguntó a los jóvenes quiénes de ellos estaban dispuestos a luchar entre sí. La condición era que el vencedor se llevaría los premios propuestos, y el vencido se libraría de los males
7 presentes mediante la muerte. Los jóvenes gritaron todos a la vez y dijeron que querían entablar un duelo personal. Aníbal ordenó echarlo a suertes, y mandó que los dos que resultaran elegidos se armaran y lu-
8 charan uno contra el otro. Así que los jóvenes oyeron esto levantaron las manos en súplica a los dioses, pues todos anhelaban ser ellos los elegidos por la fortuna.
9 Cuando se vio el resultado del sorteo, los agraciados
10 exultaban de alegría, al revés de los restantes. Después del duelo, los prisioneros supervivientes felicitaban no menos al vencedor que al muerto, pues éste se veía ya libre de muchos y grandes males, que ellos su-
11 frían aún intensamente. El estado de ánimo era semejante en muchos cartagineses; pues al comparar la calamidad de aquellos a los que se volvían a llevar vivos, les compadecían y todos tenían por feliz al muerto.

63 Cuando con el espectáculo expuesto hubo infundido en el ánimo de sus tropas la disposición que pre-
2 tendía, Aníbal avanzó personalmente y dijo que había ordenado conducir allí a aquellos prisioneros para que

103 Es el *sagulum* de los romanos, pieza de vestir con franjas verticales de distintos colores.

el ejército viera claramente en las desgracias ajenas su propia situación; así reflexionaría mejor sobre la situación presente. La Fortuna, en efecto, les había 3
encerrado en una coyuntura semejante y les había impuesto un combate idéntico; los trofeos propuestos eran paralelos. Era inevitable, pues, vencer, morir o 4
caer vivos en manos de sus enemigos. El premio del triunfo no consistía en caballos ni en sayos, sino en convertirse en los hombres más felices: se apoderarían de las riquezas de Roma. Si en el combate les pasaba 5
algo[104], habrían luchado hasta el último aliento por la más bella de las esperanzas, y acabarían su vida en la pelea, sin haber sufrido otra calamidad. Pero los 6
vencidos o los que huyeran por amor a la vida o eligieran vivir de otra forma participarían de todos los males y desgracias. Si recordaban la longitud del ca- 7
mino efectuado desde sus patrias respectivas, el número de guerras que hubo de por medio, si consideraban la anchura de los ríos que habían vadeado, no habría nadie tan necio ni tan torpe que, huyendo, esperara alcanzar la patria. Por eso creía que ellos debían 8
desechar totalmente esta esperanza, y que tuvieran, ante su situación, la misma opinión que se habían formado ante las desgracias ajenas. Pues igual que ante 9
aquellos jóvenes, todos consideraban feliz tanto al vencedor como al muerto, y, en cambio, compadecían a los vivos, de igual manera Aníbal pensaba que ellos debían opinar acerca de sí mismos. Todos debían acudir a los combates para vencer, y si esto resultaba imposible, para morir. Les pedía que no admitieran 10
en modo alguno la esperanza de sobrevivir derrotados. Si adoptaban este razonamiento y designio, era evidente 11
que les seguirían a la vez la salvación y la victoria, porque todos los que por preferencia o por necesidad 12

[104] Eufemismo: morían.

adoptan un tal propósito, jamás se engañan en cuanto
13 a vencer a sus adversarios. Y siempre que el enemigo tenga la esperanza opuesta, que es lo que ahora acontece a los romanos, pues es evidente que si huyen la gran mayoría logrará salvarse, ya que tienen su patria a un paso, en este caso está claro que la audacia de los desesperados se convertirá en irresistible.

14 La gran mayoría aprobó el ejemplo y el discurso, y cobró el empuje y el ardor que pretendía el que les exhortaba. Entonces Aníbal les felicitó y les despidió al tiempo que les anunciaba que al día siguiente al alborear levantarían el campo.

64 Escipión había cruzado en aquellos mismos días el río Po, y pensaba pasar también el río Tesino. Ordenó a los pontoneros que tendieran puentes, y concentran-
2 do al resto de las fuerzas las arengó. La mayoría de las cosas que les dijo se referían al honor de la patria y de las gestas de los antepasados; en cuanto a la situa-
3 ción presente, les habló de esta manera: afirmó que, aunque de momento ellos no tuvieran ninguna experiencia del enemigo, el mero hecho de saber que iban a luchar contra cartagineses les debía hacer tener una
4 esperanza indiscutible de victoria. Debían pensar, sin la menor duda, que era cosa absurda e indigna que los cartagineses se opusieran a los romanos, cuando habían sido derrotados por ellos tantas veces y les habían pagado muchos tributos, y casi habían sido sus
5 esclavos durante tanto tiempo ya. «Y cuando, además de lo dicho, hemos aprendido a conocer a estos hombres hasta el punto de que no se atreven a mirarnos cara a cara [105], ¿qué debemos pensar acerca del futuro

105 Aquí la tradición manuscrita del texto griego ofrece ciertas dificultades, que se pueden comprobar en las ediciones críticas. El texto griego transmitido, efectivamente, es algo incoherente, y los mismos editores Büttner-Wobst modificaron

si hacemos una previsión correcta? Ni aún su propia 6
caballería, que trabó combate con la nuestra junto al Ródano[106], se salió con honor, antes bien, tras sufrir grandes pérdidas, huyó vergonzosamente hasta alcanzar su propio campamento; su general, con todo su 7
ejército, cuando supo la presencia de nuestros soldados, se retiró de una manera muy parecida a una desbandada, y fue por su propia decisión, por miedo, por lo que utilizó la ruta de los Alpes.» Y añadió que ahora 8
Aníbal estaba allí, tras haber perdido la mayor parte de su ejército, y lo que le quedaba era impotente e inútil por las malas condiciones en que estaba. Había perdido también la mayor parte de sus caballos, y el resto no servía para nada debido a la duración de la marcha y a sus dificultades[107]. Con todo esto Escipión intentaba 9
demostrarles que les bastaría con mostrarse al enemigo. Lo que más les pedía es que cobraran ánimo al 10
ver que él estaba allí; puesto que jamás habría abandonado la flota y las acciones de España, a las que había sido enviado, y no habría acudido tan aprisa si no se hubiera convencido, de manera absolutamente lógica, de que esta acción era necesaria para la patria, y de que, además, era cosa clara en ella la victoria.

La autoridad del orador y la verdad de lo que les 11
decía hizo que todos cobraran ánimo para la lucha. Escipión les felicitó por su empuje y les despidió con la recomendación de que estuvieran prestos a las órdenes.

---

su lectura en su segunda edición (1904). Mi traducción responde a esta segunda lectura.

106 Se refiere a la escaramuza narrada en el cap. 45 de este mismo libro.

107 A pesar de haberlos desaprobado, Polibio introduce aquí un discurso en estilo directo. Cf. la nota 160 del libro II.

65 *Primeras batallas: el Tesino*[108]

Al día siguiente, ambos jefes avanzaron por la orilla del río[109] que da a los Alpes; los romanos tenían la corriente a la izquierda y los cartagineses a la derecha. Al
2 cabo de dos jornadas supieron por los forrajeadores que los dos ejércitos estaban cerca uno del otro; se quedaron en el lugar en que estaban y acamparon.
3 Al amanecer, tomando ambos generales toda su caballería, y Escipión también a sus infantes armados de jabalinas, se adelantaron por la llanura, con el deseo
4 de inspeccionarse mutuamente las fuerzas. Así que se aproximaron y vieron la polvareda levantada, al ins-
5 tante se alinearon para la batalla. Escipión situó delante a los infantes armados de jabalinas, y con ellos a los jinetes galos; dispuso el resto de frente y avan-
6 zaba lentamente. Aníbal colocó al frente su caballería bridada[110], y el resto de ella, sin freno, y así se enfrentó al enemigo. Había dispuesto a ambas alas la caballería númida, en vistas a una operación envolvente.
7 Los dos jefes y los jinetes de los dos bandos estaban con gran moral para la pelea, y el primer choque fue tal que la infantería ligera romana no consiguió disparar con antelación sus jabalinas, y se replegaron rápidamente a través de los huecos que entre sí dejaban los escuadrones, pasmados ante la arremetida enemiga y temiendo acabar pateados por los jinetes que
8 se echaban encima. Entonces, pues, las caballerías cho-

[108] En Walbank, *Commentary*, pág. 398, hay un plano de la batalla del Tesino.

[109] Polibio no llega a decir su nombre, pero aparte de que nos lo da Tito Livio, el río en cuestión no puede ser otro que el Tesino, que fluye de manera sensiblemente paralela a los Alpes.

[110] Por oposición a los númidas, que montaban a caballo sin freno.

caron frontalmente, y su encuentro fue indeciso duran-
te mucho tiempo. Lo que había era a la vez un combate 9
de caballería y de infantería, porque durante la misma
lucha descabalgó una gran cantidad de combatientes. 10
Pero tras la operación envolvente de los númidas, que
atacaban por la espalda, los infantes romanos armados
de jabalinas que antes habían rehuido el choque contra
la caballería cartaginesa se vieron aplastados por el
número y violencia de los númidas. Y la caballería, 11
que primero luchaba de frente contra los cartagineses,
perdió muchos hombres, pero infligió pérdidas aún ma-
yores al enemigo. Mas cuando los númidas cargaron
por la espalda se dio a la fuga; unos se dispersaron y
otros se agruparon en torno a su comandante.

Escipión, pues, levantó el campo y avanzó, a tra- 66
vés de la llanura, hacia el puente tendido sobre el río
Po; quería que sus fuerzas se anticiparan a cruzarlo
primero: veía que los terrenos eran llanos y que el 2
enemigo era superior en caballería. Además, él mismo
estaba gravemente herido; por esto decidió apostar sus
fuerzas en un lugar seguro. Durante algún tiempo Aní- 3
bal supuso que los romanos le presentarían batalla con
sus fuerzas de infantería, pero al ver que habían levan-
tado el campamento, les persiguió hasta la primera
orilla y hasta el puente tendido encima[111]. Encontró 4

[111] Aquí hay un problema de crítica textual importante, porque condiciona, incluso, la ubicación de la batalla. La palabra griega que aquí se traduce por «primer» no consta en todas las fuentes manuscritas; si se admite la supresión, se admite automáticamente que la batalla se libró a orillas del Po y no del Tesino. No obstante, con Büttner-Wobst y la mayoría de editores, admito como genuina en el texto griego la palabra que significa «primer». Esto implica la existencia de dos puentes, cosa que Polibio tampoco dice explícitamente, pero que se deduce incuestionablemente del desarrollo de la batalla. Paton, tan parco en las notas en su edición, anota este lugar, e indica que la batalla se libró cerca de la población actual de Vigerano.

que la mayoría de las tablas habían sido arrancadas,
pero hizo prisioneros a los custodios del puente, que
5 estaban todavía allí; eran unos seiscientos. Sin embar-
go, cuando se enteró de que el resto de los romanos
estaba ya muy lejos, dio la vuelta e hizo la marcha
por las márgenes del río, deseoso de encontrar un lugar
donde se pudiera tender fácilmente un puente sobre
6 el Po. Al cabo de dos días se detuvo, y sirviéndose, a
modo de puente, de embarcaciones fluviales para el
paso, encargó a Asdrúbal el traslado de las tropas; él
mismo, después de cruzar, inmediatamente entabló ne-
gociaciones con unos embajadores de lugares próximos
7 que se habían presentado. Pues así que se produjo su
victoria, todos los galos limítrofes se apresuraron, se-
gún el propósito inicial, a hacerse amigos de los carta-
8 gineses, a ayudarles y a salir a campaña con ellos. Aní-
bal, pues, recibió amablemente a los presentes, y
cuando se le hubieron juntado las tropas de la otra
orilla, avanzó paralelamente al río, en una marcha
opuesta a la anterior, pues ahora la hacía río abajo,
9 ansioso de establecer contacto con el enemigo. Escipión,
que había cruzado el río Po, y había acampado junto a
la ciudad de Placencia, colonia romana, se curaba a sí
mismo y a los demás heridos, y, creyendo haber apos-
tado a su ejército en un lugar seguro, permanecía
10 inactivo. Pero Aníbal, que al cabo de dos días de haber
cruzado el río, llegó cerca del enemigo, al tercer día
11 situó a sus tropas a la vista de los romanos. Mas nadie
le salía al encuentro, y acampó, dejando unos cincuenta
estadios de intervalo entre ambos campamentos.

67 Los galos que combatían entre los romanos, al ver
que las esperanzas de los cartagineses eran más brillan-
tes, tramaron un complot, y aguardaban una ocasión
para atacar a los romanos; entre tanto permanecían
2 en sus tiendas. Cuando los soldados que estaban junto
a la misma empalizada cenaron y se retiraron a des-

cansar, las galos dejaron pasar la mayor parte de la no-
che hasta la tercera guardia[112]; entonces atacaron a los
romanos acampados junto a ellos. Mataron a muchos 3
e hirieron a no pocos; al final decapitaron a los muer-
tos y se pasaron a los cartagineses; eran dos mil, y
poco menos de doscientos jinetes. Aníbal les acogió be- 4
névolamente a su presencia, les estimuló y prometió
a todos recompensas adecuadas; luego les remitió a
sus ciudades de origen, para que explicaran a sus con-
ciudadanos cómo les había tratado y les animaran a
aliarse a él. Sabía que todos, cuando se hubieran ente- 5
rado de la traición que sus propios conciudadanos ha-
bían cometido contra los romanos, se aliarían, sin duda
alguna, a sus empresas. Al tiempo de éstos se presen- 6
taron también los boyos y entregaron a Aníbal aquellos
tres hombres enviados por los romanos para proceder
a la distribución de tierras, de los que se habían apo-
derado por traición al principio de la guerra, como
más arriba dije[113]. Aníbal acogió su lealtad y estableció 7
con ellos también amistad y alianza, pero les devolvió
a los hombres con el encargo de que los custodiaran
para poder recibir a cambio de ellos a sus propios re-
henes, según sus planes iniciales. Escipión, indignado 8
por la traición sufrida, calculó que si ya antes los galos
les habían sido hostiles, ahora ocurriría que todos los
de alrededor se inclinarían por los cartagineses. Creyó,
pues, indispensable precaverse ante el futuro; llegó la 9
noche, y al amanecer levantó el campo y marchó en
dirección al río Trebia[114] y a las colinas que se levan-
tan junto a él, confiando tanto en la aspereza de aquella
región como en los aliados que habitaban en sus inme-
diaciones.

112 De tres a seis de la madrugada.
113 En 40, 9 de este mismo libro.
114 Afluente del Po por su margen derecha.

Clastidio. Batalla de Trebia

68 Aníbal, tras conocer su marcha, envió sin dilaciones a los jinetes númidas, y no mucho después a los restantes. El ejército, mandado por él mismo, seguía
2 inmediatamente detrás. Los númidas cayeron sobre el
3 campamento abandonado y lo incendiaron. Ello favoreció enormemente a los romanos, ya que si la caballería cartaginesa, que les perseguía muy de cerca, les hubiera atrapado con los bagajes en el terreno llano,
4 muchos habrían muerto a manos de los jinetes. Pero entonces la mayoría consiguió cruzar el río Trebia; de los que quedaron atrás en la retaguardia, unos murieron y otros cayeron vivos en manos de los cartagineses.
5 Escipión cruzó el río citado y acampó junto a las
6 primeras colinas[115], y tras rodear el campamento de un foso y de una empalizada, recibió a Tiberio Sempronio con las fuerzas que traía; cuidaba su propia herida con gran interés, pues deseaba estar en condi-
7 ciones de participar en el próximo combate. Aníbal estableció su campamento a unos cuarenta estadios de
8 distancia del enemigo. La gran masa de galos que habitaba aquellas llanuras se había sumado a las esperanzas de los cartagineses; aprovisionaba en abundancia su ejército y estaba dispuesta a colaborar con los hombres de Aníbal en cualquier trabajo y empresa.
9 En Roma, cuando se supo lo ocurrido en el combate de caballería, hubo sorpresa, porque el hecho era algo imprevisto, pero no faltaron pretextos para creer
10 que lo sucedido no era una derrota: unos culpaban la precipitación del general, otros la perversa voluntad
11 de los galos, a juzgar por la deserción reciente. En suma, puesto que sus tropas de a pie estaban intactas,

115 Cerca de la población actual de Rivagano, en la margen derecha del río Trebia.

se suponía que, en conjunto, también las esperanzas continuaban íntegras. Así, cuando Tiberio Sempronio 12 llegó y cruzó Roma con sus tropas, creyeron que con su sola presencia decidirían la contienda. A los solda- 13 dos concentrados en Rímini según su juramento, su general les recogió y avanzó, deseoso de juntarse con las fuerzas de Escipión. Unidos ya ambos ejércitos, 14 hizo acampar a los suyos junto a sus compatriotas. Quería que sus hombres se recuperaran, pues durante cuarenta días habían marchado ininterrumpidamente desde Lilibeo hasta Rímini. Al propio tiempo iba haciendo los preparativos para la batalla. Deliberaba con 15 gran interés con Escipión, preguntándole acerca de lo ya sucedido, y discutía con él la situación presente.

En aquellos mismos días Aníbal había tomado por 69 traición la ciudad de Clastidio[116]: se la entregó un hombre de Bríndisi a quien la habían confiado los romanos. Dueño de la fortaleza y de su depósito de trigo, 2 lo utilizó para aquella oportunidad, y se llevó consigo a los hombres hechos prisioneros sin inferirles ningún daño: quería proporcionar una prueba de sus disposi- 3 ciones para que los que se vieran atrapados por las circunstancias no desesperaran, temerosos, de su salvación junto a él. Al traidor, le honró de manera magnifi- 4 cente, confiando en que la esperanza depositada en los cartagineses atrajera a los que ejercían algún gobierno.

Pero después observó que algunos galos que habi- 5 taban entre el río Po y el Trebia y que habían pactado amistad con él, enviaban mensajeros también a los romanos; creían que de esta manera estarían seguros igualmente frente a los dos contrincantes. Aníbal, pues, 6 envió dos mil soldados de infantería y unos mil de caballería, entre galos y númidas, con la orden de hacer un pillaje en las tierras de aquéllos. Estas tropas en- 7

[116] Actualmente Casteggio, cerca de Pavía.

viadas cumplieron su misión y recogieron botín en abundancia; rápidamente los galos se presentaron ante
8 la empalizada romana en demanda de ayuda. Tiberio Sempronio buscaba desde hacía tiempo una ocasión para intervenir; tomó esto como pretexto y envió la mayor parte de su caballería, y con ella un millar de
9 soldados de a pie, armados de jabalinas. Éstos combatieron con gran ardor al otro lado del Trebia y disputaron el botín a los enemigos; lograron que los galos
10 y los númidas se retiraran a su propio vallado. Los jefes del campamento cartaginés comprendiendo al instante lo que ocurría, ayudaban con sus reservas desde sus posiciones a los que estaban en situación difícil; al ocurrir esto, fueron los romanos los que volvieron la espalda y se retiraron, a su vez, a su propia empa-
11 lizada. Tiberio Sempronio, al verlo, envió a todos sus jinetes y a los lanceros. Ante su ataque, los galos cedieron de nuevo y se fueron retirando en vistas a su
12 propia seguridad. El general cartaginés no estaba preparado para jugárselo todo en una batalla. Juzgaba que una batalla decisiva no debe librarse sin un plan preconcebido ni por cualquier oportunidad, lo que hay
13 que reconocer que es propio de un buen general. De momento retuvo a los que estaban junto a él en la empalizada, y les obligó a revolverse y a afrontar al enemigo, pero les impidió que salieran en su persecución y le afrontaran; les reclamaba por medio de sus oficia-
14 les y de trompeteros. Los romanos aguardaron un breve tiempo y se retiraron: habían perdido a algunos de los suyos, pero habían causado muchas más bajas a los cartagineses.

70 Tiberio, exaltado y alborozado por aquel triunfo, ansiaba entablar lo antes posible una acción decisiva.
2 Debido a la enfermedad de Escipión, tenía la ocasión de tratar aquella situación según sus criterios persona-
3 les. Pero, con todo, quería saber también la opinión

de su colega en el mando, y dialogaba con él acerca de
estos temas. En cuanto a la situación de entonces, Es-
cipión creía lo contrario: suponía que las legiones, si 4
durante el invierno se ejercitaban, mejorarían su pre-
paración. Creía, además, que la versatilidad de los galos
no les mantendría leales a los cartagineses cuando éstos
estuvieran inactivos y se vieran obligados a permane-
cer ociosos, sino que harían alguna cosa nueva contra
ellos. Y por encima de todo esperaba que él, personal- 5
mente, curado ya de la herida, sería de una utilidad
positiva para los intereses comunes. Por todas estas 6
previsiones pedía a Sempronio que se atuviera a lo pla-
neado. Éste sabía que todo aquello había sido dicho 7
de modo acertado y oportuno, pero empujado por su
amor a la gloria y confiando en la situación, se apre-
suró, de un modo irracional, a jugarse él mismo el todo
por el todo, sin que Escipión pudiera participar en la
batalla, ni los cónsules nombrados pudieran tomar el
mando, aunque era ya el tiempo de hacerlo. Evidente- 8
mente, Tiberio Sempronio no cumplía con su deber, ya
que escogía no lo oportuno en aquella situación, sino
su propia oportunidad.

Aníbal tenía una idea muy semejante a la de Esci- 9
pión en cuanto a la situación de entonces, y deseaba
todo lo contrario, entablar batalla con el enemigo. Pre-
tendía, antes que nada, aprovechar el ardor de los galos 10
cuando todavía estaba intacto. Además, iba a pelear
contra unas tropas romanas bisoñas, todavía no experi-
mentadas. En tercer lugar, quería combatir mientras
duraba todavía la invalidez de Escipión. Y lo que pre-
tendía, por encima de todo, era hacer algo y no perder 11
el tiempo inútilmente: quien ha situado sus ejércitos
en un país extranjero y se dispone a empresas increí-
bles, sólo tiene una manera de salir adelante: renovar
constantemente las esperanzas de los aliados.

12 Aníbal, pues, sabedor del ataque inmediato de Tiberio Sempronio, estaba en estas condiciones.

71 Desde hacía tiempo se había fijado en que entre los campamentos había un lugar llano y pelado, que era muy propio para una emboscada: corría por él un riachuelo en cuyas orillas había zarzas y espinos que las recubrían totalmente; Aníbal se propuso tender allí una trampa al enemigo y aplastarle.

2 En efecto: iba a pasar fácilmente desapercibido, ya que los romanos desconfiaban de lugares boscosos, puesto que los galos preparaban sus celadas en ellos; en cambio, no sospechaban de lugares llanos y sin ve-
3 getación: no se daban cuenta de que para ocultarse sin sufrir daño los emboscados son más adecuados estos lugares que los boscosos: en ellos se puede divisar desde muy lejos; en la mayoría de estos parajes hay
4 escondrijos suficientes. Un riachuelo cualquiera con una pequeña escarpadura, a veces unas cañas, unos helechos o cualquier planta espinosa es suficiente para ocultar no sólo la infantería sino con frecuencia incluso la caballería, con tal de que se tenga la mínima precaución de colocar las armas debajo, pegadas al suelo,
5 y de esconder los cascos debajo de los escudos. Entonces, el general cartaginés deliberó con su hermano Magón y los demás consejeros acerca de la batalla inmi-
6 nente, y todos aprobaron sus planes. Durante la cena del ejército Aníbal llamó a Magón, su hermano, joven lleno de ardor e instruido desde su infancia en el arte de la guerra, y reunió asimismo a cien hombres de ca-
7 ballería e igual número de infantería. Todavía no había caído la noche cuando eligió a los hombres más vigorosos de todo el campamento y les dijo que en
8 concluyendo la cena se presentaran en su tienda. Les incitó y les infundió el coraje que la ocasión requería, tras lo cual hizo que ellos mismos seleccionaran de sus propias formaciones a los diez soldados más va-

lientes, y que se dirigieran con ellos a un lugar de la
acampada. Ellos cumplieron la orden, y a éstos, que 9
eran mil soldados de caballería y otros tantos de in-
fantería, Aníbal les mandó de noche a la emboscada;
a su cabeza puso unos guías, y dio instrucciones a su
hermano en cuanto al momento del ataque. Él mismo, 10
al rayar el día, concentró a la caballería númida, hom-
bres excepcionalmente sufridos, les exhortó, prometió
recompensas a los más valientes, y les mandó que se
aproximaran al atrincheramiento enemigo, que cruza-
ran rápidamente el río y que, provocando escaramuzas,
hicieran mover a los romanos; intentaba coger al ad-
versario en ayunas y no preparado para lo que se le
echaba encima. Juntó también a los demás comandan- 11
tes, les arengó de modo semejante para la refriega,
dispuso que todos tomaran alimento y que se pusieran
muy a punto armas y caballos.

Cuando vio que la caballería númida se aproximaba, 72
Tiberio envió al punto a la suya propia, con la orden
de establecer contacto con el enemigo y atacarle. A 2
continuación hizo salir a sus lanceros de a pie, unos
seis mil [117], e iba moviendo también desde el vallado
al resto de sus tropas, como si su aparición fuera a
decidir todo; pues estaba excitado por el número de
sus hombres y por lo sucedido la víspera con sus ji-
netes. La estación era ya el solsticio de invierno [118], y 3
el día era muy nevoso y extremadamente frío. Los hom-
bres y caballos romanos habían salido prácticamente
todos en ayunas, por así decirlo. Inicialmente el ardor
y el afán sostuvieron a las tropas romanas. Pero al 4
atravesar el río Trebia, cuyo caudal había crecido de-
bido a las lluvias caídas por la noche en los lugares

117 Son los *velites* de las legiones romanas, infantería arma-
da de lanzas.

118 Hacia el 20 de diciembre del año 218.

situados encima de los campamentos, la infantería
realizó la travesía a duras penas, porque el agua les
5 llegaba al pecho. Esto, y el hambre y el frío, produjo
grandes penalidades al ejército romano, pues el día
6 había avanzado mucho. Los cartagineses habían comido
y bebido dentro de sus tiendas, tenían bien dispuestos
a sus caballos, se untaban con grasa y se armaban al-
rededor de las fogatas.

7 Aníbal acechaba la ocasión, y así que vio que los
romanos se habían puesto a cruzar el río, mandó por
delante, como cobertura, a sus lanceros de a pie y a
los baleares, en conjunto unos ocho mil hombres, y
8 luego hizo salir al grueso de su ejército. Avanzó ocho
estadios frente a su propio campamento, y formó una
sola línea con su infantería, veinte mil hombres en
9 número, iberos, galos y africanos. Distribuyó su caba-
llería por las alas, en número de más de diez mil, con-
tando la de los aliados galos; dividió a sus elefantes y
los situó delante de las dos alas.

10 En aquel momento Tiberio llamaba hacia sí a su
propia caballería, al ver que no tenían nada que hacer
contra aquel enemigo, ya que los númidas se retiraban
con facilidad, dispersándose, pero se revolvían y ataca-
ban de nuevo con audacia y temeridad; los númidas
11 acostumbran a pelear de este modo. Sempronio alineó
su infantería según la táctica habitual romana. Los ro-
manos propiamente dichos eran dieciséis mil, y sus
12 aliados unos veinte mil. Entre los romanos un ejército
completo para operaciones de gran envergadura cuen-
ta con este número de hombres, esto cuando las cir-
cunstancias llevan a pelear conjuntamente a los dos
13 cónsules. A continuación distribuyó su caballería por
las alas, unos cuatro mil hombres, y avanzó contra el
enemigo altaneramente, en orden y haciendo la pro-
gresión paso a paso.

Cuando los dos bandos estaban ya cerca uno de 73
otro, la infantería ligera que precedía ambas formaciones trabó combate. Los romanos se vieron en inferio- 2
ridad en muchos lugares; a los cartagineses, por el contrario, la acción les era ventajosa, porque los lan- 3
ceros romanos sufrían penalidades ya desde la aurora. Y habían disparado la mayoría de sus dardos en la refriega contra los númidas; las jabalinas que les restaban habían quedado inutilizadas por la persistencia de la humedad. Y lo mismo ocurría a la caballería y a 4
todo el ejército. Los cartagineses, totalmente al revés: 5
formados, y con un vigor intacto, sin experimentar fatiga, eran siempre efectivos y se afanaban allí donde fuera necesario. Por eso, cuando en sus espacios va- 6
cíos recogieron a los que habían iniciado el combate y se enzarzaron las tropas de la infantería pesada, la caballería de los cartagineses presionó en el acto desde ambas alas al enemigo; era muy superior en número de caballos y la fatiga no había hecho mella en ella, pues acababa de entrar en acción. La caballería ro- 7
mana retrocedió, y al quedar desguarnecidas las alas de su formación, los lanceros cartagineses y la masa de los númidas rebasaron las avanzadillas propias, cayeron sobre los flancos romanos, en los que causaron grandes estragos, y no les permitieron combatir a los que les atacaban de frente. Las infanterías pesadas, 8
que en ambos bandos ocupaban el frente y el centro de las formaciones respectivas, sostuvieron durante largo tiempo un cuerpo a cuerpo, con lo cual la pugna no se decidía.

En aquel momento se levantaron los númidas que 74
estaban en la emboscada y atacaron súbitamente por la espalda a los romanos que luchaban en el centro; en las tropas romanas se produjo una gran confusión y dificultad. Al final las dos alas de las fuerzas de 2
Tiberio, presionadas fuertemente por los elefantes y en

los flancos por la infantería ligera, volvieron la espal-
da, y en su huida se vieron empujados hasta el río
3 que tenían a retaguardia. Al ocurrir esto, de los roma-
nos colocados en el centro del combate, los que for-
maban detrás morían por el ataque de los emboscados
4 y lo pasaron mal; los que estaban en primera línea,
forzados, derrotaron a los galos y a una parte de los
africanos: mataron a muchos de ellos y rompieron las
5 líneas cartaginesas. Pero al ver que sus camaradas de
las alas habían sido derrotados, renunciaron tanto a
prestarles ayuda como a regresar a su campamento:
pensaron que la caballería cartaginesa era demasiado
numerosa. Además, el río era un obstáculo, y la lluvia
6 caía continua y pesadamente sobre sus cabezas. Se
mantuvieron, pues, en formación, y se retiraron agru-
pados en seguridad hacia Placencia, en número no in-
7 ferior a diez mil. La mayoría de los restantes murió
junto al río por la acción de los elefantes y de la
8 caballería cartaginesa. Los soldados de infantería que
consiguieron escapar y la mayoría de la caballería se
retiraron también, como se dijo antes, y llegaron con
los demás a Placencia.
9 El ejército de los cartagineses, que había acosado
hasta el río al enemigo, ya no pudo progresar más de-
10 bido a la lluvia, y se retiró a su campamento. Todos
estaban contentos sobremanera, porque las cosas les
habían salido a derechas. En total habían muerto unos
pocos iberos y africanos: la mayoría de bajas eran de
11 galos. Pero la lluvia y una nevada que cayó posterior-
mente los puso también en tan mala situación que se
les murieron todos los elefantes menos uno, y también
perecieron de frío muchos hombres y caballos.
75 Tiberio Sempronio, aunque sabía lo ocurrido, que-
ría ocultarlo lo más posible a los de Roma, y envió
unos mensajeros que explicaran que se había librado
una batalla, pero que el tiempo invernal les había frus-

trado la victoria. Los romanos, primero, dieron fe a 2
tales anuncios, pero poco después se enteraron de que los cartagineses les habían llegado a acechar el campamento, de que todos los galos se habían decidido por su amistad, de que los suyos habían abandonado el 3
campamento, que después de la batalla se habían retirado y se habían concentrado todos en las ciudades[119], y de que eran aprovisionados desde el mar remontando el curso del Po; supieron, en suma, con demasiada claridad lo ocurrido en la batalla. A pesar de que les 4
parecía un hecho paradójico, se dedicaron con gran intensidad a custodiar los puntos peligrosos y a efectuar otros preparativos. Enviaron legiones a Cerdeña y a Sicilia, y, además, guarniciones a Tarento y a otros lugares estratégicos; equiparon, también, sesenta naves quinquerremes. Cneo Emilio y Cayo Flaminio, que 5
acababan de ser nombrados cónsules, concentraron a los aliados, y reclutaron legiones nuevas para ellos. Establecieron además depósitos de víveres, unos en 6
Rímini y otros en Etruria, porque pensaban hacer la marcha por estos lugares. Enviaron legados a Hierón 7
en demanda de ayuda, y éste les mandó quinientos cretenses y mil peltastas[120]; los romanos lo iban disponiendo activamente todo, porque siempre que les rodea 8
un peligro real son muy temibles, tanto particular como colectivamente.

Los hechos de España

En la misma época Cneo Cor- 76
nelio, nombrado por su hermano Publio comandante de las fuerzas navales, según dije más arriba[121], zarpó con toda la flota desde las bocas del Ródano y alcanzó España por los parajes cer-

119 Piacenza y Cremona.
120 Cf. nota 169 del libro II.
121 Cf. nota 49, 4 de este libro.

2 canos a la ciudad llamada Ampurias[122]. Empezando
desde allí hacía desembarcos e iba asediando a los ha-
bitantes de la costa hasta el río Ebro que le rechazaban;
en cambio, trató benignamente a los que le acogieron,
3 y les protegió de la mejor manera posible. Aseguró,
pues, las poblaciones costeras que se le habían pasado,
y avanzó con todo su ejército hacia los territorios del
4 interior. Había reunido ya un gran número de aliados
de entre los españoles. A medida que avanzaba se atraía
5 a unas ciudades y sometía a otras. Los cartagineses de-
jados en estos parajes al mando de Hannón acamparon
frente a los romanos cerca de una ciudad llamada
Cissa[123]. Cneo Cornelio formó a sus tropas y libró un
combate del cual salió victorioso, con lo que se adueñó
de muchas riquezas, ya que las tropas cartaginesas que
habían marchado a Italia habían confiado sus bagajes a
6 los cartagineses de aquí. Cneo Cornelio convirtió en
amigos y aliados a todos los naturales del país que ha-
bitaban al norte del Ebro; cogió vivo al general de los
7 cartagineses Hannón y al caudillo ibero Indíbil[124]; éste
detentaba el mando de aquellos lugares de tierra aden-
tro, y había sido siempre muy amigo de los cartagi-
8 neses. Enterado muy pronto de lo sucedido, Asdrúbal
cruzó el río Ebro y acudió a prestar ayuda.

9 Se enteró de que las tripulaciones de la flota ro-
mana, dejadas allí, al saber los triunfos de sus ejérci-
tos de tierra, se habían dispersado de manera confiada
10 y negligente; concentró, pues, unos ocho mil hombres

---

122 Cf. nota 89 de este libro.

123 El P. ANTONIO RAMON, *Polibi*, III, pág. 21, nota al pie, sugiere que se trata de la población de Guissona, a las orillas del río Ció, en la provincia de Lérida.

124 Una respetable tradición le hace jefe de los ilergetes que vivían por tierras leridanas. El gran dramaturgo catalán ÁNGEL GUIMERÀ le hizo protagonista de su tragedia *Indibil i Mandoni*.

de infantería de su propio ejército y mil jinetes, sorprendió diseminados por el país a los romanos de las naves, mató a muchos de ellos y obligó a los demás a huir hacia sus propias embarcaciones.

Asdrúbal entonces se retiró, cruzó de nuevo el río 11
Ebro y se preocupó de la guarnición y defensa de los parajes situados detrás del río; pasó el invierno en
Cartagena; Cneo alcanzó de nuevo a su flota, castigó 12
según la usanza romana[125] a los culpables de lo sucedido, concentró en un solo punto a sus fuerzas terrestres y navales y estableció su campamento de invierno
en Tarragona. En previsión del futuro repartió el botín 13
en partes iguales entre sus soldados, lo cual les infundió gran ardor para el futuro y simpatía hacia él.

En Italia

Tal era la situación en España. 77
Llegada la primavera[126], Cayo Flaminio recogió sus fuerzas, avanzó a través de la Etruria y acampó junto a la ciudad de los
arretinos. Cayo Servilio, a su vez, se dirigió a Rímini 2
para vigilar por aquí la invasión de los enemigos.

Aníbal, que pasaba el invierno en territorio galo, 3
retenía en custodia a los romanos que había cogido prisioneros en la batalla, y les suministraba los víveres
justos para sobrevivir; a los aliados de los romanos, 4
en cambio, ya de buenas a primeras les trató con humanidad; después los reunió y les dijo, en tono exhortatorio, que no se había presentado a pelear contra
ellos, sino a su favor, y contra los romanos, por lo cual 5
era indispensable, afirmó, que si estaban en su sano
juicio se hicieran amigos de él, ya que se encontraba 6
allí, ante todo, para lograr la libertad de los italianos,

---

125 La usanza romana era decapitar a los culpables del desastre.

126 Del año 217.

y al propio tiempo para salvar las ciudades y al país que cada uno de ellos había perdido a manos de los romanos.

7 Tras estas afirmaciones les remitió a todos a sus países sin exigir rescate, con la intención a la vez de atraerse de este modo a los que habitaban Italia, y de que éstos se enajenaran su simpatía hacia los romanos; pretendía además excitar a los que pensaban que la dominación romana había causado algún daño a sus ciudades o a sus puertos[127].

78 Además, durante el período invernal usó de esta
2 estratagema, ciertamente fenicia. Temía la inconstancia de los galos, e incluso algún atentado contra su persona, porque sus relaciones con ellos eran muy recientes, de modo que se preparó unas pelucas, adaptadas a las diversas edades de la vida y a sus distintos
3 aspectos, y las utilizó cambiándolas constantemente; también se mudaba los vestidos, adecuándolos a aqué-
4 llas. Todo esto le hizo difícil de reconocer no sólo a los que le habían visto alguna vez de pasada, sino incluso
5 a los que le trataban habitualmente. Veía también que los galos estaban molestos porque la guerra se desarrollaba en su propio territorio, y que estaban impacientes y deseosos de llevarla a tierras enemigas, aparentemente por su odio a los romanos, pero en realidad más por el provecho a obtener. Aníbal, pues, tomó la decisión de levantar el campo lo más pronto posible y satisfacer los deseos de sus tropas.

6 Por eso, al tiempo de cambiar la estación se informó por los que parecía que conocían mejor el

127 Aquí hay un problema de tradición manuscrita que condiciona la traducción. Aquí se ha adoptado la lectura de los códices, que es la aceptada por Büttner-Wobst; Schweighäuser propone una variante textual que, de aceptarse, da el sentido: «a los que pensaban que es difícil decir los puertos que los romanos quitaron a los galos».

país y supo que las rutas que llevaban a tierra enemiga eran largas y familiares al adversario; en cambio, había un camino que, a través de las marismas, conducía a la Etruria. La marcha iba a ser penosa, pero breve, y, además, inesperada para Flaminio y los suyos. Como 7
por su natural estas empresas le eran habituales, Aníbal determinó avanzar por esta ruta. Por el campamento corrió el rumor de que el general les iba a 8
conducir por terrenos pantanosos, y todo el mundo mostró sus reservas ante tal itinerario, porque se imaginaban las ciénagas y los atolladeros de aquellos parajes.

Cuando se hubo asegurado cuidadosamente de que 79
los lugares de la ruta eran cenagosos, pero firmes, Aníbal levantó el campo. Situó en vanguardia a los africanos y a los iberos, y, además, al contingente más útil de todo su ejército. Y entre éstos colocó el bagaje 2
para que, de momento, disfrutaran de provisiones; para el futuro ya no le importaba en absoluto el aprovisionamiento; pensaba que, al llegar a territorio enemigo, si era vencido, ya no precisaría de nada indispensable, y si triunfaba en una batalla campal, no carecería de provisiones. Detrás de los hombres cita- 3
dos colocó a los galos, y, cerrando la formación, a la caballería. Puso a su hermano Magón como jefe de 4
la retaguardia, más que nada porque los galos eran blandos y aborrecían las penalidades; si, al sufrirlas, intentaban retroceder, Magón podría impedírselo con la caballería, que se les echaría encima.

Los iberos y los africanos hicieron la marcha por 5
las marismas aún no removidas, y la concluyeron con penalidades soportables, puesto que todos eran gente sufrida y habituada a tales dificultades, pero los galos 6
avanzaban difícilmente, ya que el fondo de las marismas había sido revuelto y hollado. Soportaron aquella dificultad penosa y difícilmente, como hombres que

7 no estaban acostumbrados a aquellas molestias. No lograron retroceder por los jinetes que tenían detrás.
8 Todos lo pasaron muy mal, principalmente porque no podían dormir, ya que marcharon continuamente cuatro días y tres noches a través del agua; los que lo sufrieron más, y perecieron en número mayor que los
9 restantes, fueron precisamente los galos. La mayoría de las acémilas cayó en los lodazales y murió; su caída,
10 con todo, prestaba una utilidad a los hombres, porque si se sentaban encima de ellas y de los bagajes lograban emerger del agua y descabezar un breve sueño
11 durante la noche. No pocos caballos perdieron las pezuñas debido a la marcha continua encima del lodo.
12 Y el mismo Aníbal se salvó con dificultad a lomos del único elefante superviviente, pasando muchas penalidades. Sufría, además, dolores terribles por una fuerte inflamación ocular que padecía y que acabó privándole de la visión en un ojo, ya que en aquella situación no se podía detener ni cuidar.

80 Aníbal atravesó, pues, increíblemente aquellos lugares pantanosos[128], y tras sorprender en la Etruria a Flaminio, que había acampado delante de la ciudad de los arretinos, entonces lo hizo él mismo a la salida de
2 las marismas; quería que sus fuerzas se recuperaran, e informarse al propio tiempo sobre el enemigo y los
3 territorios que tenía delante. Supo que aquel país rebosaba de recursos de toda clase y que Flaminio era un hombre ávido de popularidad y un demagogo total, desconocedor absoluto de cómo se dirigen las empresas bélicas; además tenía una confianza ciega en sus propias fuerzas.

4 Aníbal, pues, pensó que si lograba rebasar el campamento romano y establecerse él mismo en el país

[128] Estas marismas estaban en los territorios de Bolonia a Pistoya.

que tenía a la vista, Flaminio, recelando la burla de sus tropas, no podría contemplar con indiferencia que el país fuera devastado; herido en su orgullo, Flaminio estaría dispuesto a seguirle a cualquier lugar, afanoso de triunfar él solo, sin esperar la llegada del que compartía el mando con él.

Por todo ello Aníbal supuso que Flaminio le daría 5
muchas oportunidades de atacarle. Todo esto lo calculaba con lógica y sentido práctico.

Reflexiones sobre el carácter de los generales

No sería natural decir otra 81
cosa: si alguien cree que en el arte de la guerra hay algo más importante que conocer las preferencias y el carácter del general enemigo, es un ignorante y está cegado por la
soberbia. Así como en los duelos personales o en las 2
luchas cuerpo a cuerpo el que pretente vencer ha de examinar cómo podrá alcanzar su objetivo y qué parte de sus antagonistas se muestra desnuda y desarma-
da[129], igualmente es indispensable que los responsa- 3
bles máximos de una empresa guerrera examinen no qué parte del cuerpo está al descubierto, sino qué parte del espíritu del general adversario se muestra vulnerable.

Porque muchos por su indolencia y por una inope- 4
rancia total arruinan no sólo las empresas del estado,
sino que, simplemente, pierden sus propias vidas. Por 5

129 Posible reflejo de la muerte de Héctor, *Ilíada* XXI 318-325: «... tal la punta fulgía, de la espada de Aquiles, acerada, que él en su diestra mano blandiendo iba, meditando cómo la muerte dar al divino Héctor, y atisbando por qué parte cedería mejor su bella carne. Mas Héctor lleva el cuerpo totalmente cubierto por las armas que a Patroclo —bellas armas broncíneas— le quitara, y sólo como un claro aparecía, la parte en que del hombro separan las clavículas el cuello y por donde es más rápida la muerte...» (traducción del P. Daniel Ruiz Bueno).

la pasión que sienten por el vino muchos no logran conciliar el sueño si no se enajenan y emborrachan;
6 otros, en su afán de placeres venéreos, por el transporte que éstos comportan, no sólo arruinaron sus ciudades y haciendas, sino que perdieron incluso su vida con deshonor.
7 La cobardía y la flojedad en la vida privada reportan oprobio a quienes las tienen, pero si se dan en un comandante en jefe, constituyen una calamidad pública
8 y el mayor de los desastres. Pues no sólo convierten en ineficaces a los esclavizados por ellas, sino que muchas veces exponen a los mayores riesgos a los que les
9 están confiados. La temeridad, la audacia y el coraje irracional, e incluso la vanagloria y la soberbia son cosas que van muy bien al enemigo, pero muy peligrosas para los amigos; un hombre así es accesible a cual-
10 quier asechanza, emboscada o engaño. Si alguien pudiera apercibirse de los errores de los demás y atacar al adversario allí por donde el general enemigo es principalmente vulnerable, su triunfo total sería inmediato.
11 Si alguien priva a una nave de su timonel, toda la embarcación y sus hombres caerán en manos del enemigo: de la misma manera, si alguien en la guerra es capaz de manipular por previsión y cálculo al general enemigo, muchas veces logrará vencer totalmente, hom-
12 bre por hombre, a sus oponentes. En aquella ocasión Aníbal, por haber previsto y calculado lo que se refería al general enemigo, no se engañó en su plan.

Avance de Aníbal

82 En efecto, tan pronto como Aníbal levantó el campo, partiendo de la región de Fiésole, rebasó mínimamente el campamento romano e invadió la región que te-
2 nía delante, Flaminio se excitó al punto y se llenó de
3 furor: se creía víctima del desdén del enemigo. Después, al quedar devastado el país y señalar las colum-

nas de humo que la ruina era total, el romano se
irritó; creía que lo ocurrido era intolerable. Algunos 4
oficiales romanos eran del parecer de que no se debía
seguir de cerca al enemigo, y mucho menos trabar
combate, sino precaverse y tener en cuenta que la
caballería cartaginesa era muy numerosa; ante todo
era indispensable aguardar al segundo cónsul y dar la
batalla con los dos ejércitos romanos reunidos. Pero 5
Flaminio desestimó estas opiniones, y a duras penas
soportó la presencia de los que las manifestaban. Les 6
incitó a pensar en lo que, naturalmente, dirían los que
habían quedado en Roma si el país llegaba a ser des-
truido casi en las puertas de la ciudad, esto cuando
ellos estaban acampados en la Etruria, en la retaguar-
dia del enemigo.

Cuando habló en estos términos, finalmente, levantó 7
el campo y avanzó con sus tropas sin examinar ni la
oportunidad ni el territorio, con el sólo afán de caer
sobre el enemigo, como si la victoria de los romanos
fuera algo incuestionable. Tal fue la confianza que in- 8
fundió en las multitudes, que mayor que el de los hom-
bres que empuñaban armas era el número de los que,
ajenos a la formación, les seguían, ávidos de ganancia:
llevaban cadenas, grilletes y todo tipo de objetos por
el estilo[130].

Aníbal, por su parte, avanzaba por la Etruria en 9
dirección a Roma; tenía a la izquierda la ciudad lla-
mada de Crotona y los montes que la circundan; a la
derecha, el lago llamado Trasimeno[131]. A medida que 10
progresaba quemaba y talaba el país; quería provocar
el coraje del adversario. Cuando vio que Flaminio es- 11
taba ya en contacto con él se apercibió de unos parajes

---

130 Cadenas y grilletes para llevarse como esclavos, comprados, a los cartagineses caídos prisioneros en manos de los romanos.

131 En la Umbría, no lejos de Perusa.

aptos para la lucha y se dedicó a preparar la batalla.

83 En el camino había un valle en pendiente, y en toda su longitud, a ambos lados, se levantaban collados altos y contiguos [132]; por la parte delantera opuesta este desfiladero estaba obstaculizado en toda su abertura por un monte escarpado y difícil; por la parte de atrás había un lago que dejaba sólo un paso muy estrecho en dirección al desfiladero, al pie de la cadena montañosa.

2 Aníbal lo atravesó bordeando el lago y ocupó personalmente la altura que se oponía frontalmente al camino; acampó allí con los africanos y los iberos.
3 Destacó a los baleares y a los lanceros de la vanguardia bajo los collados de la derecha del desfiladero, y
4 los situó estirando su línea lo más posible. Y lo mismo hizo con los galos: les mandó que rodearan los collados de la izquierda, y les extendió en una hilera continua, de manera que los últimos ocupaban ya el acceso que, entre el lago y las cadenas montañosas, conduce
5 hacia el lugar mencionado. Aníbal lo había dispuesto todo durante la noche, y había rodeado de emboscadas el valle en pendiente; después quedó a la expectativa.
6 Flaminio le seguía los pasos, deseoso de establecer
7 contacto con los enemigos. En la víspera había acampado junto al lago, ya muy entrado el día. Cuando apuntó el alba del siguiente mandó que su vanguardia avanzara y bordeara el lago hasta la misma entrada del valle, con intención de atacar al adversario.

---

132 El lugar exacto de la batalla de Trasimeno ha sido muy discutido, pero es obvio que aquí no se puede ni esbozar la discusión. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc., con un gráfico de la batalla en la pág. 416.

Batalla del lago Trasimeno

El día era muy brumoso. Aníbal, así que la mayoría de romanos que marchaban había penetrado en el valle, y la vanguardia del adversario había establecido contacto con él mismo, dio la consigna, que transmitió a todos los emboscados, y atacó por todas partes al 84
enemigo. Su aparición resultó inesperada a los hom- 2
bres de Flaminio; debido a las condiciones atmosféricas les era difícil comprender la situación. El enemigo arremetía desde muchos lugares dominantes y se les echaba encima. Los comandantes y los oficiales romanos no sólo no podían acudir a prestar ayuda
allí donde era necesario, sino que ni tan siquiera se 3
apercibían de lo que pasaba, porque les atacaban por la vanguardia, por la retaguardia y por los flancos.
Ocurrió, por consiguiente, que la mayoría murieron en 4
la misma formación en marcha, sin defensa posible; en la práctica se vieron entregados por la impericia
de su jefe. Perecían sin esperárselo, cuando todavía 5
discutían lo que se debía hacer. En aquella ocasión el 6
mismo Flaminio, indeciso y abatido por aquella calamidad, murió a manos de unos galos que se le abalan-
zaron encima. En el desfiladero murieron unos quince 7
mil romanos, que no cedieron a las circunstancias, pero que no pudieron hacer nada: según su costumbre, dieron la máxima importancia a no huir y a no abandonar la formación.

Los que, en la marcha, se vieron copados dentro 8
del valle, entre el lago y la cadena montañosa, perecieron de manera vergonzosa y aún más miserable.
En efecto: rechazados hacia el lago, unos se lanzaron, 9
obcecados, y nadaron cargados con las armas hasta ahogarse; la mayoría se adentró en el agua lo más posible y permanecieron allí sacando únicamente la
cabeza. Cuando la caballería cartaginesa les alcanzó 10

comprendieron que estaban perdidos sin remisión: le-
vantaban los brazos y suplicaban que les cogieran vi-
vos; emitían voces de todas clases. Al final, unos mu-
rieron a manos del enemigo y otros se incitaron a
11 darse muerte mutuamente. Es verdad que quizá seis
mil romanos del desfiladero derrotaron al adversario
que tenían delante, pero no lograron cercarle ni pres-
tar apoyo a los suyos, porque no veían nada de lo
que sucedía, siendo así que hubieran podido ser de
12 gran utilidad en la batalla. En su anhelo de avanzar,
progresaban convencidos de que caerían encima de al-
gún enemigo; sin apercibirse de ello, llegaron a ocupar
13 las alturas. Ya eran dueños de ellas cuando escampó
la niebla y comprendieron la magnitud del desastre;
incapaces ya de cualquier cosa porque el enemigo lo
dominaba y lo ocupaba todo, dieron la vuelta y se
14 replegaron a una aldea etruria. Después de la batalla
Aníbal mandó allí a Maharbal con los iberos y algunos
lanceros, que asediaron la aldea. Los romanos, rodea-
dos de tantas calamidades, depusieron las armas y se
entregaron a condición de salvar sus vidas.
15 La guerra total librada entre romanos y cartagine-
ses en Etruria acabó de esta manera.
85 Cuando fueron conducidos a su presencia los pri-
sioneros romanos que se habían rendido con condicio-
nes, y al propio tiempo los demás, Aníbal les reunió
2 a todos, en número de más de quince mil. En primer
lugar puso en claro que Maharbal no tenía competen-
cia, si él personalmente no se la otorgaba, de ofrecer
seguridades a los que se habían entregado por un
pacto; después lanzó acusaciones contra los romanos.
3 Cuando acabó, repartió a los romanos cogidos prisio-
neros entre los batallones cartagineses para su custo-
dia, y a los aliados de los romanos les remitió a sus
4 propias patrias sin exigir rescate alguno. Les repitió
las mismas palabras que a los de antes: que estaba allí

no para combatir contra los italianos, sino contra los
romanos en pro de la libertad de los italianos.

Hizo descansar a sus tropas e hizo enterrar a los 5
muertos más ilustres de su propio ejército, que, en nú-
mero, eran unos treinta. Todos los muertos eran unos
mil quinientos, galos en su mayoría. Después de hacer 6
esto, deliberó con su hermano y sus amigos dónde y
cómo debería emprender el ataque, seguro ya de la
victoria final.

Al llegar a Roma la noticia de la desgracia aconte- 7
cida, los magistrados de la ciudad fueron incapaces de
disimular, o al menos de velar la magnitud del desas-
tre, enorme como era: se vieron forzados a declarar
el hecho a la multitud, para lo cual habían congre-
gado la asamblea del pueblo. Cuando el pretor subió 8
a la tribuna y declaró a la multitud reunida: «Hemos
perdido una gran batalla», se produjo tal consterna-
ción que quienes habían vivido ambas circunstancias
creyeron que lo sucedido entonces era mucho peor que
lo ocurrido en la propia batalla. Y es lógico que fuera 9
así: hacía muchísimo tiempo que ni de palabra ni de
hecho se había reconocido una derrota, y el pueblo no
soportó el desastre con moderación ni con dignidad.
Pero no obró igual el senado, sino que se mantuvo en 10
las previsiones oportunas, y deliberó acerca del cómo
y qué debía hacer en el futuro cada uno.

Aníbal marcha hacia el Adriático. Situación en Roma

Precisamente durante los días 86
de esta batalla Cneo Servilio, el
cónsul que mandaba en la región
de Rímini situada frente a la 2
costa del Adriático, allí donde
las llanuras galas limitan con el resto de Italia, no
lejos de la desembocadura de las bocas del Po en el
mar, sabedor de que Aníbal había invadido la Etru- 3
ria y de que había acampado frente a Flaminio, se
propuso juntársele con todas sus tropas. Pero imposi-

bilitado por la lentitud de su ejército destacó a toda
prisa a Cayo Centenio, a quien confió cuatro mil ji-
netes; por si las necesidades lo exigían, quería que
4 éste se adelantara antes de llegar él mismo. Aníbal se
enteró del socorro enemigo cuando la batalla ya había
concluido, y envía a Maharbal con los lanceros y parte
5 de la caballería. Éstos acometieron a los hombres de
Cayo, y en la primera refriega mataron casi a la mitad
de ellos; persiguieron a los restantes hasta una loma,
y al día siguientes los cogieron prisioneros a todos.

6 En la ciudad de Roma hacía tres días que se había
anunciado la pérdida de la batalla; la consternación
había alcanzado su punto máximo, y cuando sobrevino
este segundo desastre, no sólo el pueblo, sino el mismo
7 senado cayó en un profundo desaliento. Dejaron de
lado la discusión de los asuntos del año y la provisión
de las magistraturas, y deliberaron a fondo sobre la
situación; creían que ella y las circunstancias presen-
tes exigían un dictador[133].

8 Aníbal, aunque confiaba ya en una victoria total,
por el momento renunció a acercarse a Roma; iba
recorriendo el país y lo devastaba impunemente: di-
9 rigía su marcha en dirección al Mar Adriático. Atra-
vesó los territorios de los umbros y el de los picenos,
10 y al cabo de diez días llegó a la región adriática. Se
había apoderado de un botín tan grande, que su ejér-
cito se veía incapaz de llevar y de transportar sus ga-
nancias. Además, durante la marcha causó muchas
11 bajas al enemigo; tal como ocurre en la conquista de
ciudades, también entonces se pasó la orden de matar
a todos los hombres en edad militar que encontraran.
Y esto lo hacía por su odio congénito contra los ro-
manos.

---

133 El mismo Polibio explica, algo más abajo (87, 7-8), la figura jurídica del dictador romano.

En esta ocasión, cuando Aníbal acampó en la costa 87
del Adriático, en una tierra muy fértil, que da frutos de todas clases, puso un interés especial en curar y recuperar a sus hombres, no menos que a los caballos.
Había pasado el invierno al aire libre en el territorio 2
de los galos; el frío y la falta de cuidados, las penalidades posteriores y el paso por los lugares pantanosos habían producido en casi todos los caballos y también en los hombres la llamada sarna del hambre
y malestares semejantes. Aníbal, convertido en dueño 3
de un país ubérrimo, restableció el cuerpo de sus caballos y el cuerpo y el espíritu de sus hombres. Cambió el equipo de los africanos a la manera romana, con armas escogidas de entre tantos despojos como
había capturado. También en este momento mandó 4
por mar legados a Cartago, que describieran lo sucedido. Pues entonces por primera vez tocó la costa
desde que había penetrado en Italia. Cuando los oye- 5
ron, los cartagineses exultaron de alegría, y pusieron todo su interés y providencia en ayudar, de todos los modos posibles, a las acciones de Italia y de España.

Los romanos, por su parte, nombraron dictador a 6
Quinto Fabio[134], hombre de prudencia excepcional y de ilustre nacimiento. Todavía hoy entre nosotros los hombres de su linaje son llamados Máximos, es decir, los más grandes, debido a las acciones y a los éxitos
de aquél. He aquí las diferencias que hay entre un dic- 7
tador y los cónsules. Éstos tienen, cada uno, un cortejo de doce lictores, mientras que el dictador lo tiene de
veinticuatro. Los cónsules muchas veces necesitan del 8
senado para ejecutar sus planes; el dictador es un general que goza de plenos poderes. Cuando ha sido nombrado, en Roma se anulan todas las magistratu-

134 Ha pasado a ser proverbial en la historia bajo el nombre de *Fabius Maximus* o bien *Fabius Cunctator* (= el precavido).

9 ras[135], a excepción de los tribunos de la plebe. Pero de esto se hará una exposición más detallada en otro lugar[136]. Los romanos, pues, nombraron un dictador, y junto con él a Marco Minucio como comandante de la caballería. Éste está sometido al dictador, pero le sustituye en el mando cuando algo retiene al dictador en otra parte.

88 Aníbal iba moviendo su campamento en etapas breves, y no salía de la región adriática. Disponía en abundancia de vino añejo y con él lavaba a los caballos;
2 era una medicina para su mal estado y su sarna. Lo mismo hacía con los hombres: curaba a los heridos y procuraba que los restantes soldados adquirieran vigor
3 y valor para las necesidades que se aproximaban. Atravesó y devastó las tierras de los pretutios con la población de Adria, después las de los marrucinos y las de los frentenianos[137]; luego avanzó hacia Yapi-
4 gia[138]. Este país está dividido en tres partes, el territorio de los daunios, el de los peucetios y el de los
5 mesapios; Aníbal invadió el primero, la Daunia. Em-

---

135 Esto no es exacto: las magistraturas no se anulaban, pero sí quedaban bajo el control del dictador, que podía revocar sus decisiones.

136 En los extractos que han quedado de la obra de Polibio no se encuentra la exposición anunciada aquí.

137 Los pretutios ocupaban el S. de la región del Piceno; los marrucinos estaban al S. de éstos, y los frentenianos ya bordeaban el Adriático. Un mapa interesante y detallado de la península italiana en esta época, *Weltatlas*, pág. 38.

138 Es la Apulia central, pero el término en Polibio parece alcanzar, además, la Calabria. La Daunia está al S. del monte Gargano; los peucetios habitaban la región de Bari, y los mesapios, la de Brindisi. En el texto original, después de los daunios, hay una laguna, en la que falta, evidentemente, uno de los nombres en que estaba dividida la *provintia* de Yapigia. Con Büttner-Wobst, se da aquí el nombre de peucetios, que es el que, por otro lado, nos dan otras fuentes de tradición.

pezó por aquí, por Luceria[139], que era colonia romana, e iba devastando el país. Posteriormente cambió de 6
emplazamiento y acampó junto al lugar llamado Ibonio[140], recorrió el territorio de Argiripa[141] y saqueó impunemente toda la Daunia.

Entretanto, Fabio, tras su investidura, ofreció sa- 7
crificios a los dioses, salió con su colega en el mando y con las cuatro legiones alistadas para esta circunstancia. Cerca de Narnia[142] estableció contacto con las 8
fuerzas romanas que habían salido de Rímini para prestar ayuda. Relevó a su jefe, Cneo Servilio, del mando del ejército de tierra, y le envió a Roma con una escolta, con la orden de que si los cartagineses se movían por mar, acudiera siempre a proteger los lugares que corrieran peligro. Y él personalmente, 9
junto con su ayudante en el mando, tomó a sus órdenes las tropas y acampó delante de los cartagineses, en el lugar llamado Eca[143], que distaba del enemigo unos cincuenta estadios.

Aníbal supo de la presencia de Fabio y se propuso 89
aterrorizar súbitamente al enemigo. Hizo salir a su ejército, lo aproximó al atrincheramiento romano y lo formó en orden de combate. Esperó algún tiempo sin que saliera nadie, y se retiró nuevamente a su propio campamento. Pues Fabio había decidido no exponerse 2
ni arriesgar una batalla; procuraba por encima de todo la seguridad de sus tropas, y se atuvo firmemente a

139 La actual Lucera.

140 La grafía de este topónimo es insegura, quizás sea Vibinum; sea como sea, es la actual Hippone.

141 Es la actual Arpi.

142 Aquí el texto ofrece el nombre de Daunia, pero los editores, a excepción de Schweighäuser, modifican el texto y apuntan Narnia, en la orilla izquierda del río Avens, en la Italia central.

143 Se desconoce la ubicación de este topónimo, pero debía de estar al N. de la Apulia.

3 esta decisión. Primero los suyos le desdeñaron y no
faltó quien le tildara de cobarde, como si la batalla le
empavoreciera, pero con el tiempo hizo que todos re-
conocieran que en aquellas circunstancias nadie hubie-
ra sido capaz de comportarse de manera más atinada
4 y juiciosa. Los hechos, en efecto, testificaron muy
pronto a favor de sus cálculos, y fue natural que ocu-
5 rriera así: sucedía que las tropas adversarias se habían
ejercitado en la guerra continuamente, desde su más
temprana juventud; contaban con un jefe que había
crecido entre ellos, acostumbrado desde niño a opera-
6 ciones en campo abierto. Habían vencido en muchas
batallas en España, y dos veces seguidas a los romanos
y a sus aliados. Y por encima de todo debía tenerse
en cuenta que habían renunciado a todo, y que la
única esperanza de salvación que tenían estaba en
vencer.

7 La situación del ejército romano era exactamente
8 la contraria. Por lo cual era desaconsejable arriesgar
una batalla decisiva cuando lo más probable era que
iban a ser derrotados. En sus cálculos, Fabio se volvió
hacia lo que les era ventajoso, fue constante en ello,
9 y dirigió la guerra de este modo. Las ventajas de los
romanos consistían en un aprovisionamiento práctica-
mente ilimitado y en una gran abundancia de soldados.

90 Así pues, en el tiempo que siguió siempre marcha-
ba paralelamente al enemigo, y se adelantaba a ocupar
2 los lugares estratégicos según su experiencia. Dispo-
nía en su retaguardia de provisiones abundantes, por
lo que jamás permitió que sus soldados se dispersaran
a forrajear ni que ni una sola vez se apartaran del
atrincheramiento: vigilaba que estuvieran siempre jun-
tos y concentrados, y acechaba lugares y oportunida-
3 des. De este modo cogió prisioneros y mató a muchos
enemigos que, despreciando al adversario, se habían
diseminado para forrajear, desde su propio campa-

mento. Obraba así porque quería reducir el número 4
de enemigos, siempre limitado, y restablecer y hacer
recobrar poco a poco la confianza y el espíritu de sus
propios hombres, derrotados en batallas campales por
medio de éxitos parciales. No era en absoluto capaz 5
de lanzarse deliberadamente a una confrontación deci-
siva. Marco Minucio, su subordinado en el mando, no 6
estaba de acuerdo con semejante proceder: participaba
de las ideas de la masa y denigraba a Fabio delante de
todos, afirmaba que se encaraba con la situación de
manera floja y remisa; él, personalmente, deseaba con
ardor exponerse y arriesgarse a una batalla.

Los cartagineses devastaron, pues, los lugares cita- 7
dos, rebasaron los Apeninos y bajaron al territorio de
los samnitas, muy fértil, y que durante mucho tiempo
se había visto libre de guerra. Allí tuvieron tal sobre-
abundancia de provisiones, que ni consumiéndolas ni
destruyéndolas podían agotar el botín. Recorrieron 8
también el campo de Benevento[144], que era colonia ro-
mana, y conquistaron la ciudad de Venusa[145], que no
estaba amurallada, repleta, además, de toda clase de
ajuares. Los romanos les iban siguiendo constante- 9
mente los pasos, conservando una distancia de uno o
dos días de marcha: rehusaban acercarse más al ene-
migo y trabar combate con él. Aníbal, viendo que 10
Fabio rehuía la batalla, pero que no acababa de reti-
rarse del campo abierto, avanzó audazmente hacia las
llanuras que rodean Capua[146], al lugar llamado Faler-

144 Era la capital de los samnitas.

145 Esta Venusa, en el país de los samnitas, nos es desconocida; no hay que confundirla con la Venusa de la Apulia (116, 3). Pero hay que notar que algunos editores, siguiendo a Tito Livio, XII -3, leen aquí Telesia.

146 Capua, a la altura de Benevento, al O. de esta ciudad, a orillas del río Calor. Falerno debía ser un villorrio sin importancia.

11 no. Pensaba que una de dos: o bien forzaría al enemigo a luchar o bien haría patente a todos que su dominio era indisputado, y que los romanos le cedían
12 el campo abierto. Esperaba que con esto las ciudades intimidadas desertarían una tras otra de los romanos.
13 Hasta entonces, a pesar de que éstos habían perdido dos batallas [147], ninguna ciudad italiana se había pasado a los cartagineses, sino que se mantenían leales, aun
14 cuando algunas habían sufrido mucho. Esto puede ser un indicio del respeto y de la estimación de que gozaba la república romana entre los aliados.

Aníbal en el país de los samnios y en la Campania

91 El cálculo de Aníbal era muy lógico: las llanuras de Capua son las más famosas de Italia por su fertilidad y por su belleza; se extienden a lo largo de la costa
2 y poseen mercados a los que concurren navegantes procedentes de casi todo el mundo que se dirigen a
3 Italia. En estas llanuras hay también las ciudades más
4 bellas e ilustres de esta península. En su franja costera se levantan Sinuesa [148], Cumas y Puzzoli, además de Nápoles, y finalmente el pueblo de los nucerios.
5 Tierra adentro, la parte nórdica está habitada por los calenos y los tianitas [149], la parte oriental y la del sur
6 la habitan los daunios y los nolanos [150]. En la parte central de estas llanuras está situada la ciudad de
7 Capua, la más próspera de todas. La descripción que los mitógrafos hacen de estas llanuras es muy justifi-

---

147 En realidad son tres, pero Polibio omite sistemáticamente la batalla del Tesino.

148 La actual Mondragone.

149 Territorio de las actuales ciudades Calvi y Teano.

150 Nola, al S. de la Campania y al E. del Vesubio. En cuanto a los daunios, algunos editores escriben aquí caudios, pero en la traducción se acepta, con Büttner-Wobst, la lectura de los manuscritos.

cada. Se les llama también Campos Flegreos[151], igual que a otras llanuras célebres: no es extraño que los dioses se pelearan por ellas, por su belleza y su fertilidad. Además de lo apuntado, estas llanuras están bien 8
defendidas y son de acceso difícil: están rodeadas por el mar, y, en su mayor parte, por una gran cadena montañosa que ofrece sólo tres entradas desde tierra adentro, angostas y escabrosas, la primera por el país 9
de los samnitas, ⟨la segunda por el Lacio⟩[152] y la otra por la región de Hirpino[153]. Por todo lo cual los car- 10
tagineses se dispusieron a acampar allí teatralmente para intimidar a todos ante algo inesperado, representar a los enemigos fugitivos y hacer patente que eran ellos los que dominaban el campo.

Con este cálculo, pues, Aníbal partió del territorio 92
de los samnitas y pasó el desfiladero por el collado llamado Eribiano[154]. Acampó junto al río Volturno, que divide en dos partes aproximadamente iguales la citada llanura. Estableció su campamento en la parte que da 2
hacia la ciudad de Roma, y lanzando a sus forrajeadores por todas partes, devastaba la llanura impunemente. Fabio quedó impresionado por la operación y la 3
audacia enemiga, pero se atuvo aún más a sus decisiones. Marco Servilio, su subordinado en el mando, y 4
todos los tribunos y centuriones del ejército, creían que habían cogido al enemigo en buena situación, y

---

151 Cf. Aristófanes, *Aves* 824; Heródoto, VII 123, etc.

152 Aquí el texto ofrece una laguna, en la que ofrezco, traducida, la restitución de Büttner-Wobst; otros editores restituyen Erídano.

153 Puras exageraciones por parte de Polibio: la «gran cadena montañosa» son moderadas colinas, y desde Italia central hay por lo menos ocho accesos a esta región.

154 Es lo que Tito Livio llama *mons Callicula* (XXII 5, 3), una colina al S. de la actual Pietravaivano. Un gráfico de la situación de las fuerzas de Fabio y las de Aníbal, en Walbank, *Commentary*, pág. 428.

juzgaban que debían apresurarse a establecer contacto
con él en las llanuras, sin tolerar que fueran arrasa-
5 dos los territorios más famosos. Hasta que llegó a aque-
llos lugares Fabio se daba prisa y fingía estar de acuer-
6 do con quienes estaban tan animosos y belicosos. Pero
al acercarse al Falerno se dejaba ver por las cadenas
montañosas y se movía paralelamente al enemigo, de
modo que, aunque daba la impresión a los aliados de
7 no ceder el terreno al adversario, sin embargo no hacía
bajar su ejército a la llanura, y esquivaba cualquier
tipo de batalla campal; le movían a ello las causas ya
dichas y, además, la evidencia de que el enemigo le
superaba enormemente en caballería.

8 Aníbal, después de provocar al enemigo y devastar
toda la llanura, se hizo con un botín enorme; luego
levantó el campo. No quería echar a perder el botín,
sino depositarlo en un lugar donde pudiera pasar el
invierno; así su ejército gozaría de bienestar no sólo
en aquel momento, sino que dispondría siempre de re-
9 cursos en abundancia. Quinto Fabio adivinó este plan
y que Aníbal iba a emprender la retirada por donde
había venido; se percató, además, de que los parajes
10 eran angostos y muy adecuados para un ataque. Apostó,
pues, en la misma salida, a unos cuatro mil hombres,
les arengó para que utilizaran su bravura oportuna-
mente, ya que el lugar era muy estratégico; él perso-
nalmente con la mayor parte de su ejército acampó en
una colina que dominaba la entrada a los desfiladeros.

93 Los cartagineses llegaron y establecieron el campa-
mento en la llanura, al pie mismo de las montañas;
Quinto Fabio creía que lograría arrebatarles el botín
sin lucha, y aún más, que, por ser el lugar muy estra-
tégico, le permitiría culminar favorablemente aquellas
2 operaciones. Estaba entregado de lleno a la reflexión:
pensaba cómo y por dónde aprovecharía la posición
ventajosa, y quiénes y desde dónde arremeterían con-

tra el adversario. Los romanos se preparaban para el 3
día siguiente, pero Aníbal lo previó, porque era lo más
natural, y no dio tiempo ni ocasión a los planes ene-
migos. Llamó a Asdrúbal, el jefe de sus servicios de 4
intendencia, y le encargó que a toda prisa atara el
máximo número posible de haces de leña seca, fuera
la que fuera; debía elegir, además, de entre los bueyes
de labranza cogidos en el botín, unos dos mil de los
más vigorosos, y agruparlos delante del campamento.
Hecho esto, reunió a los soldados de intendencia y les 5
indicó una prominencia que estaba entre su propio
campamento y los desfiladeros por los que se disponía
a hacer la marcha; les ordenó que cuando se diera la
contraseña dirigieran con fuerza y energía a los bueyes
hasta que llegaran a las alturas. Después mandó cenar 6
a todo el mundo y retirarse a descansar hasta que lle-
gara el momento. Al caer la tercera vigilia [155] de la 7
noche hizo salir a los de la intendencia y les indicó
que ataran los haces a los cuernos de los bueyes. Lo 8
hicieron rápidamente, porque eran muchos hombres,
y entonces mandó prender fuego a los haces, azuzar a
los bueyes y dirigirlos hacia las cimas [156]. Detrás de los 9
de intendencia dispuso a los lanceros, con la orden
de ayudar algo a los que dirigían a los bueyes; cuando
los animales hubieran emprendido la primera carrera
ellos debían correr a ambos lados y con gran griterío
ocupar las crestas, para prestar ayuda y trabar com-
bate con el enemigo, si por casualidad les disputaban
aquellas alturas. Simultáneamente él situó sus fuerzas, 10
primero las pesadas, detrás de ellas su caballería, a
continuación el botín y finalmente a los iberos y a los
galos. Así se dirigió a los desfiladeros y las salidas.

---

155 A las tres de la madrugada.

156 Foucault, *Polybe*, III, pág. 151, señala una estratagema semejante en la primera guerra europea, en el frente ítalo-austríaco.

94 Los romanos que custodiaban los desfiladeros, así que vieron las llamas avanzar hacia las cumbres, creyeron que Aníbal se lanzaba por allí. Abandonaron el paso difícil y se fueron a apoyar a los de las crestas.
2 Al acercarse a los bueyes, las llamas les pusieron en apuros, pues se imaginaron y creyeron que sucedía
3 algo peor de lo que en realidad pasaba. Cuando llegaron los lanceros, se estableció entre ambos bandos una ligera escaramuza: los bueyes se lanzaron en medio, y los dos bandos quedaron en las crestas, pero separados, y se mantuvieron esperando el día, porque no alcanzaban a comprender lo sucedido.

4 Quinto Fabio, perplejo ante los acontecimientos, y, según el poeta, «sospechando que allí había engaño»[157], pero decidido, según su propósito inicial, a no jugarse nada al azar ni a entablar una batalla decisiva, permaneció inactivo en su campamento y aguardó el día.
5 Entonces Aníbal, puesto que las cosas le habían salido según sus cálculos, hizo pasar sin riesgo por los desfiladeros a sus tropas con el botín[158], puesto que los defensores de las angosturas las habían abandonado.
6 Al alborear se apercibió de los romanos que, en las cumbres, hacían frente a sus lanceros; envió allí a algunos iberos que trabaron combate y mataron a un millar de romanos; recuperaron fácilmente a su propia infantería ligera y descendieron del monte.

7 Aníbal, pues, después de haber salido de esta manera de Falerno, desde entonces ya acampaba sin riesgo. Miraba y pensaba dónde y cómo iba a pasar el invierno: había infundido gran miedo y perplejidad a las ciudades y a los hombres de Italia.

8 La reputación de Quinto Fabio fue mala entre el grueso de la población, que le supuso cobarde porque

[157] La cita es de Homero, *Odisea* X 232.
[158] A principios de septiembre del año 217.

había dejado escapar a los adversarios en un sitio tan ventajoso; él, con todo, no se apartó de sus propósitos. Mas obligado al cabo de pocos días a dirigirse 9
a Roma por razón de ciertos sacrificios, confió el mando del ejército a su lugarteniente, con la orden expresa, que encareció, de que no se pusiera tanto interés en dañar al enemigo como en no sufrir ellos mismos nada malo. Pero Marco Servilio no hizo el menor caso; mien- 1
tras Fabio le decía esas cosas, él ya estaba dispuesto, sin vacilar lo más mínimo, a arriesgar todo y a librar una batalla.

Hechos de España

La situación en Italia era la 9
descrita. En la misma época en que se desarrollaban las operaciones citadas, Asdrúbal, el general cartaginés en España, que 2
durante el invierno había equipado las treinta naves que le dejara su hermano, y además había dotado otras diez, a principios del verano zarpó de Cartagena con sus cuarenta naves fuertemente revestidas y confió a Amílcar[159] el mando de la flota. Al propio tiempo, 3
desde sus campamentos de invierno concentró sus fuerzas de a pie y levantó el campo. Con las naves hacía la travesía paralelamente a la costa, y con las tropas de a pie marchaba por la orilla; al cartaginés le urgía establecer contacto entre ambos ejércitos en el río Ebro. Cneo Escipión adivinó los proyectos de los car- 4
tagineses e inicialmente pensó oponérseles ⟨por mar y por⟩ tierra desde sus campamentos de invierno. Pero 5
cuando conoció el número de soldados adversarios y la importancia de sus preparativos renunció a enfrentárseles por tierra; equipó treinta y cinco naves —había

[159] Es difícil decir de qué Amílcar se trata. La tradición manuscrita griega no es segura; algunos códices tienen aquí Himilcón.

tomado de su ejército de tierra los hombres más aptos
para este servicio naval—, zarpó de Tarragona, y al
6 cabo de dos días llegó a la región del Ebro. Fondeó a
una distancia de ochenta estadios del enemigo y envió
por delante, en función de exploración, dos naves rá-
pidas marsellesas, pues éstas siempre navegaban a la
cabeza de las formaciones y eran las primeras en en-
tablar combate, y se prestaban, sin reservas, a cualquier
7 servicio. Los marselleses han colaborado noblemente,
más que otros pueblos, a las empresas romanas, mu-
chas veces también en tiempos posteriores, pero princi-
8 palmente durante la guerra anibálica. Cuando las naves
exploradoras anunciaron que la flota del enemigo es-
taba fondeada en la desembocadura del río Ebro, Cneo
Escipión levó anclas inmediatamente, con la intención
de caer de improviso sobre el adversario.

96 Asdrúbal y los suyos, al señalarles sus vigías, ya de
lejos, la navegación del enemigo, dispusieron que sus
fuerzas de tierra se ordenaran junto a la costa al tiem-
po que ordenaban a las dotaciones embarcar en sus
2 naves. Los romanos ya no estaban lejos; los cartagine-
ses dieron la señal de combate entonando un grito de
guerra, decididos a librar la batalla naval. Se trabaron,
pues, con el enemigo, y durante breve tiempo le dispu-
taron la victoria; no mucho después comenzaron a
3 replegarse. La reserva de infantería situada junto a
la costa no les aprovechó tanto, por infundirles valor
en la batalla, como les perjudicó, ya que les ofrecía
4 una esperanza cierta de salvación. Tras perder dos
naves con sus tripulaciones, y los remos y la marinería
5 de cuatro, huyeron, replegándose hacia tierra. Los ro-
manos les persiguieron bravamente y ellos lanzaron
las naves hacia la costa; sus tripulantes saltaron de
ellas y se salvaron corriendo hacia sus formaciones.
6 Los romanos se aproximaron audazmente a tierra firme
y remolcaron a las naves enemigas que lograron re-

mover; se hicieron al mar abierto con gran alegría: habían vencido al adversario en la primera embestida, se habían hecho con el dominio del mar y habían arrebatado veinticinco naves al enemigo.

Las operaciones de España adquirieron desde este 7
momento perspectivas más brillantes, debido al éxito
reseñado. Y los cartagineses, al enterarse de la derrota 8
sufrida, dotaron al instante setenta naves y las despacharon, ya que estaban convencidos de que, para cualquier intento, les era indispensable el dominio del mar.
Esta flota tocó primero Cerdeña, desde aquí se dirigió 9
a los territorios de Italia junto a Pisa[160]; la marinería creía que allí establecería contacto con los hombres
de Aníbal. Pero los romanos desde la propia Roma se 10
hicieron a la mar con ciento veinte navíos pentarremes, y los cartagineses, sabedores de esta salida, zarparon de nuevo hacia Cerdeña, y después, de nuevo a
Cartagena. Cneo Servilio, con la escuadra referida, 11
persiguió a los cartagineses durante algún tiempo, convencido de que les alcanzaría, pero por ser mucha la
distancia renunció. Entonces ancló primero en Lilibeo, 12
en Sicilia, después zarpó de nuevo hacia África, a la 13
isla de Cercina[161], y cobró dinero a sus habitantes para no devastarles el país; de retorno se apoderó de la isla de Cosira[162], dejó una guarnición en la pequeña
ciudad y se dirigió de nuevo a Lilibeo. Finalmente, 14
fondeó allí su flota, y al cabo de poco tiempo se reintegró a su ejército de tierra.

160 Esta ciudad, que salió ya anteriormente, no debe ser confundida con la ciudad italiana que hoy lleva este nombre; la Pisa de que ahora se trata (cuya grafía latina es *Pisae*) estaba situada en la misma desembocadura del río Arno, en el mar Tirreno.

161 Hoy llamada Kerbenah. El cronista catalán medieval Ramon Muntaner sitúa en ella una acción de los almogávares. Es una isla diminuta al N. de la Pequeña Sirtis.

162 Es la isla llamada actualmente de Pantelaria.

97 Los del senado se enteraron de la victoria de Cneo en la batalla naval, y convencidos de que era útil, y aún más, necesario, no desatender las operaciones de España, sino oponerse a los cartagineses y extender
2 la guerra, equiparon veinte naves, nombraron almirante, según su decisión inicial, a Publio Cornelio Escipión, y con gran celo le mandaron junto a su hermano Cneo, con quien dirigió colegiadamente los asuntos de
3 España. Angustiaba a los romanos la idea de que si los cartagineses dominaban tal país, adquirirían provisiones abundantes y muchos hombres, pugnarían más por dominar el mar y ayudarían a sus ejércitos de
4 Italia, enviando tropas y dinero a Aníbal. Atribuyeron, pues, gran importancia a esta guerra, y despacharon a las naves y a Publio. Éste llegó a España, entró en contacto con su hermano y fue de una gran utilidad
5 para las empresas conjuntas. En efecto: los romanos antes jamás se habían atrevido a cruzar el Ebro, sino que se contentaban con la amistad y confianza de los que habitaban al norte de este río. Pero entonces lo cruzaron, y por primera vez tuvieron el valor de operar en el otro lado. Y aquí les ayudó mucho una casualidad.

6 Cuando hubieron intimidado a los iberos que habitaban en las inmediaciones del vado, se llegaron hasta la ciudad de Sagunto y acamparon a unos cuarenta estadios de distancia, junto al templo de Afro-
7 dita. Ocuparon un lugar muy estratégico porque les ofrecía seguridad contra el enemigo, y además era apto
8 para que les aprovisionaran desde el mar. La flota iba costeando paralelamente a su avance.

9 Y entonces se dio el cambio de situación siguiente:

98 Cuando Aníbal emprendió su marcha hacia Italia, de cuantas ciudades españolas desconfiaba, tomó como rehenes a los hijos de los hombres más ilustres y los concentró, en su totalidad, en la ciudad de Sagunto,

porque ésta era de acceso difícil, y además confiaba
mucho en los hombres que dejaba allí. Había un ibero, 2
de nombre Abílix, no inferior ni en fama ni en situación a cualquier otro ibero, y encima daba la impresión de superar mucho a los otros en su buena disposición
y lealtad hacia los cartagineses. Este hombre consideró 3
la situación, juzgó que eran más brillantes las esperanzas depositadas en los romanos y reflexionó consigo mismo sobre la devolución de los rehenes, una estratagema digna de un ibero y de un bárbaro. Conven- 4
cido de que entre los romanos podía llegar a ser un hombre de gran prestigio si les aportaba conjuntamente lealtad y utilidad, rompiendo sus pactos con los cartagineses, se aprestó a entregar los rehenes a los romanos: se había percatado de que Bóstar, el general 5
cartaginés enviado por Asdrúbal para impedir que los romanos cruzaran el río, pero que no se había atrevido a oponérseles, después de retirarse, acampaba en Sagunto, al lado del mar; era un hombre ingenuo y benigno por naturaleza, que le tenía una gran confianza.
Abílix, entonces, habla de los rehenes con Bóstar, y le 6
dice que los romanos han cruzado el río; los cartagineses ya no podrán retener por el miedo sus dominios en España, pero las circunstancias exigen la benevolencia de los sometidos; ahora que los romanos se han 7
aproximado y se han situado frente a Sagunto, amenazando la ciudad, si él, Bóstar, hace salir a los rehenes y los devuelve a sus padres y a sus ciudades, arruinaría las ambiciones de los romanos. Pues éstos querían hacer precisamente lo mismo si eran ellos los que se apoderaban de los rehenes. Bóstar, pues, debía conci- 8
liarse la benevolencia de todos los iberos para con los cartagineses, prever el futuro y pensar también en la seguridad de los rehenes. Y si era él mismo, añadió, el que tratara personalmente el asunto, acrecentaría, multiplicándolo, el agradecimiento. En efecto, al resti- 9

tuir los muchachos a sus ciudades, no sólo se atraería
la adhesión de los padres, sino también de la masa de
las poblaciones, al poner bajo su vista con esta con-
ducta la estima y la magnitud de los cartagineses para
10 con sus aliados. Además, le insinuó la cantidad de ob-
sequios que él personalmente recibiría de los que
hubieran recuperado a sus hijos; pues los padres, al
verse inesperadamente en posesión de sus allegados
más próximos, rivalizarían en mostrar su liberalidad
11 hacia el autor de tal decisión. Abílix añadió además
muchas más cosas por el estilo y con el mismo tono,
y logró persuadir a Bóstar a seguir sus proposiciones.
99 Abílix señaló el día en que se presentaría con unos
hombres de confianza para llevarse a los jóvenes, y se
2 fue. Por la noche se presentó en el campamento ro-
mano, y juntándose con algunos iberos que luchaban
al lado de los romanos, a través de ellos logró llegar
3 hasta los generales. Les demostró con abundancia de
pruebas la inclinación y conversión de los iberos hacia
ellos si recuperaban a los jóvenes que habían entre-
gado como rehenes, y se ofreció a entregarles los jó-
4 venes. Publio Cornelio y los suyos acogieron esta
propuesta con mucho entusiasmo, y le prometieron
grandes recompensas. Abílix entonces se retiró a su
residencia, tras señalar día, tiempo y lugar en que de-
5 berían aguardarle los receptores. Tras esto, tomó con-
sigo los jóvenes traídos desde Sagunto, y salió de noche,
porque quería pasar desapercibido, pasó el atrinchera-
miento romano, llegó al lugar determinado en el mo-
mento preciso e hizo entrega de todos los rehenes a
6 los generales romanos. Publio y los suyos honraron
excepcionalmente a Abílix y le emplearon para efectuar
la restitución de los rehenes a sus ciudades de origen,
7 haciendo que le acompañaran algunos amigos. Él iba
recorriendo las villas y, mediante la entrega de los mu-
chachos, ponía a la vista de todos la bondad y magnani-

midad de los romanos, y junto a ellas, la desconfianza y la dureza de los cartagineses; poniendo como ejemplo su propia mudanza empujó a muchos iberos a hacerse amigos de los romanos.

Bóstar, que había entregado los rehenes al enemigo 8
de la manera más ingenua que lo que su edad permitía suponer, corrió riesgos muy superiores al normal.
Pero como la estación estaba ya muy entrada, los dos 9
bandos esparcieron sus fuerzas para pasar el invierno. La Fortuna había prestado una ayuda suficiente a los romanos con el caso de estos muchachos para los proyectos futuros.

Y ésta era la situación en España.

Italia. Desarrollo de los hechos en la Apulia

Habíamos dejado a Aníbal[163]. **100**
Sus exploradores le informaron de que en la región de Luceria y en el país llamado Gerunio[164] había trigo en abundancia; este último lugar era muy adecuado para silo. El cartaginés, 2
pues, determinó pasar allí el invierno, y avanzó, marchando junto al monte Liburno[165], hacia los lugares mencionados. Llegado a Gerunio, que dista de Luceria 3
doscientos estadios, primero envió mensajeros y procuró atraerse la amistad de los habitantes de aquellas regiones, ofreciéndoles garantías de lo que les anunciaba. Sin embargo, nadie le hizo el menor caso, por 4
lo que emprendió el asedio de la plaza. Se adueñó del país rápidamente, mató a sus habitantes, pero conservó

163 Cuando salió del territorio de Falerno, 94, 7.

164 Sobre Luceria, cf. 85, 5. Gerunio estaba ciertamente en la Apulia, pero su localización es incierta.

165 La grafía de este nombre en la tradición manuscrita griega es insegura, y, por tanto, lo es su localización. Algunos manuscritos tienen «Taburno», en cuyo caso sería un monte tocante a Caudio; en otros se lee Tifernus, actualmente el monte Matese.

intactas la mayoría de las casas, y también las mura-
llas, pues quería almacenar el trigo allí para el invierno.
5 Hizo acampar su ejército delante de la ciudad, y for-
tificó el campamento con un foso y un atrinchera-
6 miento. Listo ya todo esto, mandó dos partes de su
ejército a aprovisionarse de trigo, con la orden de que
diariamente cada una debía proporcionar a los suyos
una cantidad determinada; la contribución de cada
grupo se debía remitir a los encargados de este servi-
7 cio. Aníbal mismo con la otra parte custodiaba el cam-
pamento y protegía a sus forrajeadores allí donde se en-
8 contraran. La mayor parte del país era llana y se podía
recorrer fácilmente. El número de forrajeadores car-
tagineses era prácticamente incalculable, y como era
la estación más apropiada para la recolección, la canti-
dad de trigo recogida cada día era enorme.

101 Marco Minucio recogió de manos de Fabio el mando
de las tropas. Primero siguió por las crestas, en para-
lelo, a los cartagineses; confiado siempre en caer sobre
2 ellos alguna vez. Pero cuando se enteró de que las
tropas de Aníbal ya habían tomado Gerunio y de que
recogían el trigo del país, de que habían acampado
ante la ciudad protegiéndose con una estacada, aban-
donó las alturas y descendió por una cresta que lle-
3 gaba al llano. Alcanzó una montaña que está encima del
territorio de Larino[166], llamada Calena, y acampó en
torno a ella, resuelto a trabar combate con el enemigo
4 a cualquier precio. Aníbal vio la aproximación del ene-
migo, y permitió salir a forrajear a sólo una tercera
parte de su ejército; retuvo las dos restantes y avanzó
desde la ciudad dieciséis estadios en dirección al ad-
versario. Acampó en la cima de una loma: con ello

166 Larino está a la altura de Roma, pero no lejos de la costa adriática. La localización del monte aquí aludido es insegura.

pretendía intimidar al enemigo y proporcionar al tiem-
po seguridad a sus forrajeadores. Entre ambos cam- 5
pamentos había una altura situada estratégicamente,
desde la cual se dominaba el campamento enemigo;
Aníbal mandó unos dos mil lanceros y consiguió ocu-
parla cuando todavía era de noche. Al alborear, Marco 6
Minucio lo vio, hizo salir a sus tropas ligeras y asaltó
la colina. Se produjo una escaramuza violenta, de la 7
que, al final, salieron victoriosos los romanos, que tras-
ladaron todo su campamento a este lugar. Al tener en- 8
frente el campamento romano, Aníbal retuvo durante
cierto tiempo la mayor parte de su ejército con él.
Pero cuando pasaron muchos días se vio obligado a 9
dividir sus tropas y enviar una parte a apacentar ga-
nado y otros a forrajear, pues se esforzaba, según su 10
plan inicial, en no echar a perder su botín y en reunir
la máxima cantidad de trigo posible; así durante el in-
vierno sus hombres dispondrían de todo en abundancia,
y no menos sus acémilas y sus caballos. En efecto: las 11
máximas esperanzas de su ejército, Aníbal las deposi-
taba en su cuerpo de caballería.

Fue entonces cuando Marco Minucio vio que la ma- 102
yor parte de los enemigos se había diseminado por el
país para las tareas reseñadas; escogió la hora más
oportuna del día e hizo salir a sus fuerzas. Se apro- 2
ximó al campamento de los cartagineses, hizo formar
a sus tropas pesadas, repartió en grupos a su caba-
llería y a sus tropas ligeras y los mandó contra los fo-
rrajeadores con la orden de no coger ningún prisionero
vivo. Ante esto, la situación de Aníbal se convirtió en 3
muy delicada, pues no podía oponerse de manera se-
gura a la formación contraria ni podía prestar socorro
a los suyos, esparcidos por el territorio. Los romanos 4
que habían sido enviados contra los forrajeadores ma-
taron a muchos de éstos por estar esparcidos, y los
que se mantenían en la formación desdeñaron tanto a

los cartagineses que llegaron a arrancarles la estacada:
lo único que no hicieron fue asediarles.
5 Aníbal, pues, estaba en mala situación, pero no se
movió, a pesar de la tormenta que le zarandeaba. Iba
rechazando a los que se aproximaban, y custodiaba a
6 duras penas su campamento, hasta que Asdrúbal rea-
grupó a los que habían huido del territorio hacia el
atrincheramiento de Gerunio, que eran unos cuatro mil,
7 y se presentó para ayudar. Esto fue para Aníbal un
respiro, y se atrevió a efectuar una salida: formó a
sus tropas a poca distancia del campamento y con
gran esfuerzo rechazó el peligro que se cernía sobre
8 él. Marco Minucio había causado muchas bajas al ene-
migo en la refriega junto a la estacada, y había matado
todavía un número mayor de cartagineses en el terri-
torio; entonces se replegó con grandes esperanzas de
9 cara al futuro. Al día siguiente los cartagineses aban-
donaron la estacada y Marco subió y ocupó el campa-
10 mento adversario. Aníbal, que temía que por la noche
los romanos encontraran desguarnecida la empalizada
de Gerunio y se apoderaran de los bagajes y de los
depósitos, determinó retirarse y establecer de nuevo
11 su campamento en aquel lugar. Desde entonces los
cartagineses forrajearon con más cuidado y más pro-
tección, y los romanos lo contrario, con más confianza
y más audacia.

103 En Roma se dio más importancia a lo sucedido de
la que en realidad tenía, y la gente exultaba; poseídos
antes de una desconfianza total, ahora creían que se
2 les ofrecía un cambio hacia algo mejor; además pen-
saban que antes la inactividad y el recelo de las le-
giones no se debía a un acobardamiento de las tropas,
3 sino a la precaución del general. Todo el mundo acu-
saba y reprochaba a Fabio el no haber aprovechado
con audacia las oportunidades; en cambio, alababan
tanto a Marco por lo sucedido, que ocurrió lo que

nunca había pasado: le concedieron también plenitud 4
de poderes[167], convencidos de que iba a poner un rápido fin a sus problemas. Es innegable que entonces hubo dos dictadores para una misma empresa, cosa
jamás vista antes entre los romanos. Marco Minucio, 5
cuando tuvo claro el afecto de la masa y la potestad que el pueblo le había otorgado, sintió doblemente el afán de desafiar y de atreverse contra el enemigo.
También Fabio llegó donde estaban las tropas; los he- 6
chos no le habían hecho cambiar nada; permanecía
aún más firme en su opción inicial. Vio que Marco se 7
había envanecido, que le llevaba la contraria en todo y que estaba totalmente decidido a arriesgar una batalla, por lo cual le dio a elegir: o ejercer el mando por turno, o partirse las fuerzas y actuar cada uno se-
gún sus propias decisiones. Marco Minucio prefirió 8
esto último, la partición. Se dividieron, pues, el ejército, y acamparon separadamente el uno del otro, a doce estadios de distancia.

Aníbal sabía unas cosas por prisioneros capturados, **104**
y los hechos que veía le hacían adivinar las otras. Comprendía la rivalidad de los generales romanos y la va-
nidad y la ambición de Marco. Y creyó que lo que 2
ocurría entre los enemigos no le era adverso, sino favorable. Dirigió su atención a Marco: pretendía rebatir
su audacia y superarle en ardor. Entre el campamento 3
cartaginés y el de Marco había un montecillo que podía ser perjudicial a los dos bandos, por lo que determinó ocuparlo. Pero intuía claramente, por el éxito romano anterior, que Marco Minucio acudiría inmediatamente

167 Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc. O estamos ante un error de Polibio, la existencia de dos dictadores, o bien ante el primer paso de lo que más tarde se constata plenamente en la historia de Roma: la desaparición del *dictator* como figura jurídica en la república romana.

para obstaculizar su intento, de modo que ideó lo que
sigue.
4 Los lugares que rodeaban la eminencia eran áridos,
pero ofrecían muchas cavernas y hendiduras de todas
clases; por la noche envió, en grupos de doscientos o
trescientos a los lugares más aptos para emboscarse,
quinientos jinetes y un total de unos cinco mil infantes
5 armados a la ligera. Para que no fueran vistos al ama-
necer por los forrajeadores romanos, al despuntar el
6 día ocupó la loma con su infantería ligera. Marco Mi-
nucio, al ver lo ocurrido, lo creyó un signo de buena
suerte; mandó al punto a su infantería ligera con la
orden de luchar y de pelear por aquel lugar; después
7 envió a la caballería, y a continuación marchó él mismo
con las tropas pesadas, igual que la vez anterior, ac-
tuando en cada caso más o menos de la misma manera.
105 Acababa de amanecer, y los pensamientos y los ojos
de todos estaban fijos en los que habían trabado com-
bate en la loma; no se sospechaba la carga de los
2 emboscados. Aníbal enviaba ininterrumpidamente re-
fuerzos a sus hombres de la colina, siguiendo él perso-
nalmente paso a paso con su caballería y con sus
tropas; resultó que los de a caballo trabaron pronta-
3 mente combate entre ellos. Al ocurrir esto, la infan-
tería ligera romana se vio presionada por la gran masa
de caballería enemiga, y al huir hacia sus fuerzas pe-
4 sadas produjo una gran confusión. Y fue entonces
cuando se dio la señal a los cartagineses emboscados,
los cuales aparecieron y atacaron por todos lados; y
no sólo sobre la infantería ligera, sino que sobre todo
5 el ejército romano se abatió un grave peligro. Fabio
se dio cuenta de lo que pasaba, y, temiendo sufrir una
derrota decisiva, efectuó una salida con sus fuerzas y
6 socorrió con gran celo a los que corrían peligro. Como
se aproximó a toda prisa, los romanos recobraron su
ánimo, y, a pesar de haber deshecho ya toda su forma-

ción, de nuevo se reagruparon en torno a sus estandartes, se retiraron y se refugiaron entre los hombres de Fabio. La infantería ligera había sufrido muchas bajas, pero aún más las legiones, que perdieron la flor y nata de sus hombres.

Aníbal y los suyos temieron el estado íntegro y el 7
orden de las legiones que acudían a reforzar, de modo
que desistieron de la persecución y de la batalla. Para 8
los que habían asistido personalmente a la refriega quedó claro que todo se perdió por la temeridad de Marco Minucio, y que todo hasta entonces, y también entonces, se había salvado por la prevención de Fabio.

Los habitantes de Roma reconocieron, por fin, clara- 9
mente, la diferencia real entre la vanagloria y la precipitación de un soldado, y la previsión y el cálculo se-
guro y razonable de un general. Enseñados por los 10
acontecimientos, los romanos establecieron de nuevo un campamento único con una sola estacada, y desde entonces atendieron ya a Fabio y a sus consejos.

Los cartagineses abrieron un foso en el espacio in- 11
termedio entre la loma y su propio campamento, rodearon con una estacada la cima del monte, que ahora dominaban, y dejaron allí una guarnición, tras la cual, ya sin peligro, dispusieron su propia invernada[168].

Campaña de Italia. Batalla de Cannas

Al llegar el tiempo de los co- **106**
micios consulares[169], los romanos eligieron cónsules a Lucio Emilio y a Cayo Terencio, tras cuya designación los dictadores deja-
ron sus cargos. Los cónsules del año anterior, Cneo 2
Servilio y Marco Régulo (que había sido nombrado tras la muerte de Flaminio) fueron nombrados pro-

168 Se trata del invierno del año 217.

169 Del año 216.

cónsules[170] por Lucio Emilio; tomaron el mando de los acampados y dispusieron las operaciones militares se-
3 gún su parecer. Tras deliberar conjuntamente con el senado, Emilio llamó inmediatamente a filas la parte de tropas que faltaban para completar la campaña,
4 y las envió. Pusieron en claro a Cneo que no debía en modo alguno entablar una batalla decisiva, pero sí, en cambio, librar escaramuzas continuas y lo más duras posible: así los procónsules entrenarían y harían cobrar ánimo a los soldados bisoños para las batallas
5 decisivas. En efecto: les parecía que había contribuido no poco a los desastres anteriores el hecho de usar soldados recién reclutados y sin ninguna preparación.
6 Ellos personalmente confiaron al pretor[171] Lucio Postumio, nombrado general, una legión, con la que le mandaron al país de los galos: querían producir escisiones entre los galos que militaban a favor de Aní-
7 bal. Previeron también la recuperación de la flota que invernaba en Lilibeo, y enviaron a los generales romanos de España todo lo requerido para sus operaciones.
8 Los cónsules, pues, pusieron gran empeño en esto y
9 en los demás preparativos. Cneo Servilio recibió sus órdenes y lo dispuso todo según ellas, por lo cual omitiremos escribir más sobre el particular. No se hizo nada decisivo, ni, simplemente, digno de mención, tanto por las órdenes recibidas como por el cariz que
10 presentaban las circunstancias. Hubo, en cambio, escaramuzas y choques parciales en gran número, en las

170 Los que eran cónsules, si les tocaba cesar en el cargo durante una guerra, permanecían en el cargo mediante la llamada *prorrogatio imperii*, hasta que acabara la campaña; durante el período supletorio recibían el título de procónsules.

171 Aquí se trata de un *praetor militaris*, jefe militar y la figura más antigua de pretor en la república romana, pero más tarde aparecerán el *praetor urbanus*, que vigilaba la administración de justicia, y el *praetor peregrinus*, que atendía los asuntos de los extranjeros.

que los jefes romanos alcanzaron prestigio, pues parecía que lo disponían todo con energía y coraje.

Los dos ejércitos pasaron el invierno y la prima- 107
vera acampados uno frente al otro. Cuando la época del año les permitió aprovisionarse de las cosechas anuales, Aníbal hizo salir a sus tropas de la fortifica-
ción de Gerunio: creyó conveniente obligar como fuera 2
al enemigo a combatir, por lo que ocupó la ciudadela
de la ciudad llamada Cannas[172]. Los romanos habían 3
depositado en ella su trigo y el resto de sus provisiones procedentes de los parajes de Canusio[173], y desde esta ciudad lo trasladaban al campamento según lo exigieran las necesidades.

La ciudad había sido arrasada ya antes, pero en- 4
tonces la pérdida de la ciudadela y de las provisiones perturbó a las tropas romanas en no pequeño grado,
puestas en situación difícil no sólo por la falta de avi- 5
tuallamiento, al ser conquistado aquel lugar, sino también porque la ciudadela estaba colocada estratégica-
mente en medio de los parajes circundantes. Los jefes 6
romanos enviaban mensajeros a Roma continuamente para recibir instrucciones acerca de lo que debían hacer; si se aproximaban al enemigo ya no podrían rehuir la batalla, puesto que el país estaba arruinado
y todos los aliados vacilaban. Los senadores decidieron 7
combatir, presentar batalla al enemigo. Pero ordenaron a Cneo Servilio que se contuviera y ellos enviaron a los cónsules.

---

172 Primera aparición de este nombre, que será fatídico para los romanos. *Cannae* (actualmente Monte di Canne) estaba situada en la orilla derecha del Aufidus (hoy el Ofanto), a poca distancia de la desembocadura del río. La discusión acerca de la topografía véase en WALBANK, *Commentary*, ad loc., y un gráfico de la batalla, en *Weltatlas*, pág. 51.

173 Canusio estaba en las inmediaciones de Cannas.

8 Todos miraban hacia Paulo Emilio, quien infundía
grandes esperanzas por la honradez de su vida anterior
y porque parecía que poco tiempo antes había condu-
cido con coraje y a la vez con serenidad la guerra con-
9 tra los ilirios. El senado romano se propuso afrontar
el peligro con ocho legiones, cosa inaudita entre los
romanos. Cada legión tendría unos cinco mil hombres,
10 y además los aliados. Los romanos, en efecto, tal como
hemos dicho en alguna parte anterior, se manejan
siempre con cuatro legiones. Una legión comprende
normalmente unos cuatro mil hombres de infantería
11 y doscientos jinetes. Pero si se presenta alguna empre-
sa de riesgo capital aumentan en cada legión a cinco
mil el número de infantes y a trescientos el de jinetes.
12 En cuanto a los aliados, el número de soldados de a
pie lo equiparan al de las legiones, pero el de jinetes
13 lo triplican. Confían a cada uno de los cónsules dos
legiones y la mitad de los aliados, y los mandan así a
14 las operaciones. La mayoría de los combates los deci-
den con un cónsul, dos legiones y el número indicado
de aliados; raras son las veces en que aprestan todas
sus fuerzas para una sola oportunidad y un solo com-
15 bate. Pero entonces estaban aterrorizados: temían tanto
al futuro que determinaron afrontar el riesgo no con
cuatro, sino con ocho legiones romanas a la vez.

108 Exhortaron a los hombres de Paulo Emilio, pusie-
ron ante sus ojos la trascendencia del resultado de la
batalla para ambos bandos y les enviaron con la orden
de arriesgarse totalmente, con valor y de manera digna
2 de la patria. Éstos se unieron al resto de las tropas
y, reuniendo a todo el contingente, le expusieron la de-
cisión del senado; pronunciaron una arenga a tono con
aquellas circunstancias, palabras salidas de la expe-
riencia personal de Paulo Emilio, que era quien aren-
3 gaba a las tropas. La mayor parte de su discurso
tocó los desastres sufridos recientemente; pues esto

era lo que había hecho cundir el desánimo, y aquí la
gran mayoría precisaba de aliento. Por esto procuró 4
imbuirles la idea de que encontrarían no una o dos
causas de las derrotas sufridas en las batallas precedentes, sino muchas más, que les habían conducido a
aquel final. Pero entonces ya no les quedaba ningún 5
pretexto, si eran verdaderamente hombres, para no
vencer al enemigo. Jamás los dos cónsules habían com- 6
batido juntos y con todos sus efectivos, ni antes
se habían utilizado tropas entrenadas, sino bisoñas y
que no habían ni tan siquiera visto nada terrible. Y 7
por encima de todo: antes no sabían absolutamente
nada del enemigo, se le habían opuesto en formación
casi sin haberle visto y se habían lanzado así a batallas
decisivas. Pues los derrotados junto al río Trebia ha- 8
bían llegado de Sicilia el día anterior y formaron ya
al alborear del día siguiente. Y los que lucharon en 9
Etruria no pudieron ver al enemigo no ya antes, sino
incluso durante la batalla, ya que el aire se llenó de
niebla. «Pero ahora la situación es absolutamente 10
opuesta a las antedichas:

En primer lugar —dijo—, estamos aquí los dos 109
cónsules, y no vamos a participar con vosotros únicamente nosotros en los combates, sino que, además,
hemos dispuesto que los del año pasado estén aquí y
tomen parte activa en los mismos. Y vosotros no sola- 2
mente habéis visto el armamento, la táctica y el número de enemigos, sino que, además, lleváis combatiendo casi cada día, y en ello habéis cumplido dos
años. Y si en el detalle todo tiene una disposición 3
opuesta a la de las batallas anteriores, es lógico que
el desenlace de la lucha sea también el contrario. En 4
efecto: sería absurdo, es más, imposible, por así decirlo, que si en muchas escaramuzas parciales, combatiendo contra un número igual de enemigos, habéis
vencido las más de las veces, ahora, cuando formáis

todos a la vez, y así sois más del doble que el adver-
5 sario, seais derrotados. Por lo cual, soldados, cuando
todo está dispuesto para vuestra victoria, la empresa
requiere ya únicamente de vuestro coraje y de vuestra
determinación. Sobre ello me imagino que ya no con-
6 viene exhortaros más. Para los que combaten a sueldo
junto a otros, o para los que, por una alianza, van a
arrostrar un peligro en pro de los vecinos, lo más te-
rrible es la batalla misma; el resultado no les afecta
demasiado. Para tales hombres sería precisa una ex-
7 hortación de aquel género. Pero si se trata de hombres
como vosotros ahora, a quienes os peligra no lo ajeno,
sino lo propio, es decir, vuestras mismas personas, la
patria, las mujeres y los hijos, y para quienes el re-
sultado de la batalla se diferencia enormemente de los
peligros presentes, se necesita sólo una mención, no
8 un estímulo. Porque, ¿quién no preferiría vencer en la
lucha, y si no fuera posible, morir en ella combatiendo,
a vivir para ver la ruina y el insulto inferido a los que
9 os dije? Por lo cual, soldados, haced incluso caso omi-
so de lo que os he hablado, pero poneos, vosotros mis-
mos, a la vista la diferencia entre el triunfo y la
derrota, y lo que se sigue en ambos casos. Disponeos
para la batalla no porque corran peligro las legiones
10 de la patria, sino ella misma en su integridad. Vosotros
sois su último recurso, y no tendrá con qué oponerse
al enemigo si la ocasión presente se decide de modo
11 desfavorable. La patria sustenta en vosotros su ardor
y su fuerza, ha depositado en vosotros todas sus es-
12 peranzas de salvación. No debéis ahora defraudarla.
Dad a la patria la gratitud debida, y haréis patente a
todos los hombres que las derrotas anteriores no se
debieron a que los romanos sean menos capaces que
los cartagineses, sino a la inexperiencia de aquellos
combatientes, y también a las dificultades ofrecidas
por las circunstancias.»

Tras arengarles con estas palabras y otras por el 13
estilo, Paulo Emilio despidió al ejército.

Al día siguiente los cónsules levantaron el campo 110
y guiaron las tropas hacia el lugar en el que oían decir
que habían acampado los enemigos. Llegaron al cabo
de dos días y acamparon a unos cincuenta estadios
del enemigo. Paulo Emilio observó que los parajes de 2
alrededor eran llanos y pelados, y sostuvo que allí no
convenía trabar combate, ya que el enemigo les aven-
tajaba en caballería. Lo que debían hacer era avanzar
y atraerle hacia lugares tales en los que el grueso de
la batalla lo soportara la infantería. Pero Cayo Varrón, 3
poco experimentado, era de la opinión contraria, y ello
motivó discusiones y tirantez entre ambos jefes, que
era lo peor que podía ocurrir. Al día siguiente corres- 4
pondía el mando a Varrón, ya que los cónsules, según
era usual, se alternaban cada día en el ejercicio del
mando. Cayo Varrón, pues, levantó el campo y avanzó;
quería aproximarse al enemigo, pese a que Paulo Emi-
lio se oponía y protestaba airadamente.

Aníbal tomó consigo a su infantería ligera y a su 5
caballería, les salió al encuentro, cayó sobre ellos cuan-
do todavía marchaban, trabó combate inesperadamente
y produjo una gran confusión entre los romanos. Éstos 6
sostuvieron la primera carga haciendo avanzar algunas
secciones de su infantería pesada, después enviaron a
sus arqueros y a su caballería, con lo que lograron
ventaja en este combate generalizado, porque los car-
tagineses no disponían de una reserva digna de este
nombre y porque algunos manípulos romanos ya lo-
graban combatir entre su propia infantería ligera. Pero 7
sobrevino la noche y separó a ambos bandos; el ataque
de los cartagineses no había tenido el éxito que éstos
esperaban.

Al día siguiente, Paulo Emilio, que ni se decidía a 8
combatir, ni podía tampoco retirar con seguridad a su

ejército, acampó con las dos terceras partes de él junto
al río llamado Aufidio (que es el único que atraviesa
9 los Apeninos, una cordillera continua que separa todas
las vertientes de Italia, las que van al Mar Tirreno y
las que van al Mar Adriático; el Aufidio fluye a través
de esta cordillera, tiene sus fuentes en las vertientes
10 etruscas de Italia, pero desemboca en el Adriático), y
para la tercera parte construyó una empalizada al otro
lado del río, hacia el este del vado; se mantenía a una
distancia de unos diez estadios de su propio campa-
11 mento, y a un poco más del de los enemigos. Con
todo ello pretendía proteger a los forrajeadores que
salían del campamento y hostigar al propio tiempo a
los forrajeadores cartagineses.

111 Entonces Aníbal comprendió que la situación le
invitaba a combatir, a librar batalla contra el enemi-
go, pero temía que el fracaso reciente hubiera abatido
el ánimo de los suyos. Creyó que el momento exigía
2 una arenga, y congregó a sus hombres. Reunidos ya,
les hizo contemplar los lugares de alrededor, y pre-
guntó qué cosa mejor hubiera podido pedir a los dio-
ses, en las circunstancias presentes, cuando se les con-
cendía librar la batalla decisiva en un paraje en que
su caballería les hacía muy superiores al enemigo.

3 Todos aprobaron esta afirmación, porque era evi-
dente. «Por consiguiente —añadió Aníbal—, dad gra-
cias a los dioses, ya que ellos cuando han llevado al
4 enemigo a este terreno nos preparan la victoria. Y en
segundo lugar, dádmelas a mí, puesto que he forzado
al adversario a la lucha. Ahora ya no puede rehuirla, y
5 luchará en un terreno que nos es ventajoso. No me
parece en modo alguno que sea preciso estimularos
con muchos argumentos a que tengáis buen ánimo y
6 coraje en la refriega. Tal exhortación era necesaria
cuando no teníais experiencia de lo que es combatir
contra los romanos, y yo mismo os hice muchos dis-

cursos en los que os aducía ejemplos. Pero cuando 7
habéis vencido a los romanos en tres grandes batallas
consecutivas, ¿qué palabra os podría infundir más con-
fianza que los propios hechos? En las luchas habidas 8
hasta ahora habéis conquistado el país y os habéis
apoderado de sus bienes, según nuestras promesas;
siempre evitamos mentir en todos los discursos que
os dirigimos. El combate de ahora será por las ciuda-
des y las riquezas contenidas en ellas. Cuando las ha- 9
yáis conquistado, seréis de inmediato dueños de toda
Italia; lejos ya de las penalidades, convertidos en amos
de toda la riqueza de los romanos, os convertiréis en
jefes y señores de todo gracias a la batalla de ahora.
De manera que lo que hoy necesitamos no son pa- 10
labras, sino hechos. Estoy persuadido de que, con la
voluntad de los dioses, no tardará mucho en confir-
marse mi promesa.»

Les dijo estas cosas y otras por el estilo, que sus 11
hombres aplaudieron con entusiasmo. Él les felicitó y
aprobó su ánimo; luego despidió a los soldados. Esta-
bleció su campo sin dilación, y construyó una empa-
lizada en la misma orilla del río donde estaba el mayor
de los dos campamentos romanos.

Al día siguiente ordenó a todos sus hombres que 112
prepararan las armas y que estuvieran prestos. Y al
día siguiente formó a sus tropas junto al río: su inte-
rés en luchar contra el enemigo era evidente. Paulo 2
Emilio no estaba satisfecho con aquel lugar, y veía
que los cartagineses pronto se verían obligados a cam-
biar de sitio el campamento por la necesidad de avi-
tuallarse. Permaneció, pues, inactivo, y se limitó a re-
forzar las guardias de su acampada. Aníbal aguardó 3
mucho tiempo sin que nadie le saliera al encuentro,
por lo que hizo entrar de nuevo a sus tropas en su
atrincheramiento. Envió a sus númidas contra los agua-
dores del campamento romano más pequeño. Los nú- 4

midas llegaron hasta la misma empalizada enemiga y
estorbaban la aguada, y Cayo Varrón se excitó todavía
más contra éstos; también las tropas se sentían impe-
lidas a la batalla; soportaban con disgusto su aplaza-
5 miento, porque a los hombres el tiempo de espera se
les hace difícil, pero cuando algo se ha decidido, hay
que soportarlo todo, incluso lo que parezca más te-
rrible.

6 Cuando en Roma se enteraron de que los dos ejér-
citos estaban acampados frente a frente y que cada
día se producían refriegas de avanzadillas, la ciudad
7 estaba animada y temerosa. El pueblo temía por el
futuro, puesto que se habían sufrido tantas derrotas;
suponían y se imaginaban ya en sus pensamientos lo
que les iba a ocurrir si ahora les sobrevenía un desca-
8 labro total. Todos los oráculos que tenían corrieron
entonces de boca en boca, todo templo y toda casa
rebosaba de signos y de prodigios; de ahí que plega-
rias y sacrificios, súplicas e imploraciones a los dioses
9 agitaran la ciudad. En las circunstancias difíciles los
romanos tienden a propiciarse dioses y hombres, y no
juzgan nada indecoroso o innoble si se hace en tales
tiempos.

113 Al día siguiente, nada más tomar el mando Cayo
Varrón, al alborear movió a la vez las tropas de las
2 dos acampadas. Hizo que las del campamento mayor
cruzaran el río, y las formó al instante; juntó a ellas
las del otro campamento y las ordenó en un línea
3 continua, orientada hacia el Sur. Situó a la caballería
romana junto al mismo río, en el ala derecha, y ex-
tendió a las tropas de a pie a continuación, en la
misma línea; ponía los manípulos mucho más com-
pactos, y lograba así que la profundidad de sus for-
4 maciones fuera muy superior a su frente. Colocó a la
caballería aliada en el ala izquierda. Delante de todo
el ejército, a una cierta distancia, situó a la infantería

ligera. Incluyendo a los aliados, los romanos dispo- 5
nían de unos ochenta mil hombres de a pie y de algo
más de seis mil de a caballo.

En aquel mismo momento Aníbal hizo cruzar el río 6
a sus baleares y a sus lanceros, y los puso al frente de
su ejército. Hizo salir del atrincheramiento al resto de
sus hombres, cruzó la corriente por dos lugares dis-
tintos y formó a sus tropas contra el enemigo. Al lado 7
mismo del río, en el flanco izquierdo, puso a los jine-
tes iberos y a los galos frente a la caballería romana,
a continuación la mitad de su infantería pesada afri-
cana, y seguidamente a los iberos y a los galos; a su
flanco dispuso el resto de los africanos; en el ala
derecha situó a la caballería númida. Los extendió a 8
todos en una sola línea, tomó personalmente las for-
maciones de iberos y de galos y les hizo avanzar sin
que perdieran el contacto con los demás. Todo se des-
arrollaba según un plan preconcebido[174]: se formaba
una figura convexa en forma de media luna; las líneas
de sus flancos perdían en espesor a medida que avan-
zaban. Aníbal quería que sus africanos durante la ba- 9
talla le sirvieran de retaguardia, y que iberos y galos
pelearan en primera fila.

El armamento de los africanos era romano, pues 114
a todos ellos Aníbal les había dotado con él, escogién-
dolo del botín de las batallas anteriores. Los iberos 2
y los galos tenían el escudo muy parecido, pero en
cambio las espadas eran de factura diferente. Las de 3
los iberos podían herir tanto de punta como por los fi-
los; la espada gala, en cambio, servía sólo para herir de
filo, y ello aun a cierta distancia. Sus secciones esta- 4
ban dispuestas alternadamente. Los galos iban desnu-

[174] Ha habido discusión sobre el sentido de la expresión griega subyacente (*katà lógon*), que las más de las veces significa «proporcionalmente» o bien «progresivamente», pero aquí estos sentidos no encajan; es preferible la traducción dada.

dos, los iberos vestían unas túnicas delgadas de lino, con
el borde de púrpura, según el uso de sus regiones; el
conjunto ofrecía una visión extraña y sobrecogedora.
5 El número de jinetes de que disponían los cartagine-
ses era de diez mil; el de soldados de infantería, no
muy superior a los cuarenta mil, incluidos los galos.
6 Paulo Emilio mandaba el ala derecha romana, la iz-
quierda Cayo Varrón y el centro lo mandaban Marco
Atilio y Cneo Servilio, los cónsules del año precedente.
7 El ala izquierda cartaginesa la mandaba Asdrúbal, la
derecha Hannón y en el centro estaba el propio Aníbal,
8 que tenía a su lado a Magón, su hermano. Como dije
más arriba, la formación romana miraba hacia Occi-
dente, y la de los cartagineses hacia Oriente, de modo
que cuando salió el sol no molestó en ningún momento
a los dos bandos.

115 Las avanzadillas iniciaron la refriega[175]. Al princi-
pio el choque entre las infanterías ligeras se mantenía
2 indeciso. Pero a medida que, desde su izquierda, la
caballería ibera y gala se aproximaba a los romanos,
estos jinetes convirtieron aquello en una batalla autén-
3 tica y a la manera bárbara; se combatía no según la
norma de arremetidas y retiradas alternativas, antes
bien, los jinetes atacaban montados, pero luego desca-
4 balgaban y entablaban duelos individuales. En ello sa-
lieron victoriosos los cartagineses, y en la lucha ma-
taron a la mayoría de sus adversarios, a pesar de que
los romanos lucharon noblemente y con coraje. Aco-
rralaron luego junto al río a los supervivientes y los
mataron también; los cartagineses no usaron de piedad
con los que les llegaron a las manos. Entonces en-
traron en combate las fuerzas de infantería, que se-
5 guían a las ligeras. Las formaciones de iberos y de
galos resistieron algún tiempo y lucharon varonilmente

175 La batalla de Cannas se libró el 2 de agosto del año 216.

contra los romanos, pero después, acosados por el ene-
migo que presionaba, cedieron y se replegaron, rom-
piendo la figura de la media luna. Los batallones ro- 6
manos les persiguieron con furia y lograron romper
fácilmente las formaciones enemigas, porque la de los
galos carecía de profundidad, y la de los romanos se
había engrosado precisamente desde las alas al centro
y al lugar en que se combatía. El centro y las alas 7
cartaginesas no entraron en combate al mismo tiempo,
sino en primer lugar el centro, ya que los galos, debido
a la formación en figura de media luna, se habían ade-
lantado mucho más que las alas; lo convexo de la
figura avanzaba de cara al enemigo. En su persecución 8
los romanos corrieron hacia el centro y hacia aquellas
partes del enemigo que cedían; las rebasaron tanto,
que ahora tenían a ambos lados, en los flancos que
ofrecían, a los africanos, que eran los dotados con ar-
mamento pesado. De éstos, los que estaban a la derecha 9
giraron hacia la izquierda, cargaron por el flanco de-
recho y cayeron de costado sobre el flanco enemigo,
y los del ala izquierda giraron a su derecha y se des- 10
plegaron por el flanco izquierdo. La situación mostra-
ba por sí misma lo que se debía hacer. Ocurrió lo que 11
había calculado Aníbal: en su persecución de los galos,
los romanos fueron cogidos en medio por los africa-
nos. Y entonces ya no mantuvieron sus formaciones, 12
sino que se revolvían individualmente y por batallones,
y luchaban contra los que les atacaban de flanco.

Paulo Emilio, a pesar de que desde el principio es- 116
taba en el ala derecha y participaba en la lucha de la
caballería, quedaba aún entre los supervivientes. Pero 2
según las palabras que pronunciara en la alocución,
quería encontrarse siempre en el corazón de la lucha.
Al ver que la decisión de la batalla radicaba en las
fuerzas de infantería, galopó hacia el centro de la 3
formación romana, y al tiempo que él mismo combatía

y golpeaba con sus manos al adversario, excitaba y estimulaba a los soldados que tenía alrededor.

4 Y lo mismo hacía Aníbal, pues desde el principio
5 se encontraba en esta sección de sus tropas. Los númidas que, apostados en el ala derecha, habían asaltado a la caballería enemiga, no hicieron ni sufrieron gran cosa por lo peculiar del combate, pero mantuvieron inactivo al enemigo atrayéndoselo y luego ata-
6 cándole por todos lados. Cuando Asdrúbal y los suyos, tras matar, junto al río, a casi todos los jinetes romanos, desde el ala izquierda corrieron a apoyar a los númidas, entonces la caballería de los aliados previó el asalto, lo esquivó y se retiró.

7 En aquella ocasión parece que Asdrúbal se comportó de manera práctica y prudente. Sabedor, en efecto, de que los númidas, que eran muchos en número, eran muy eficaces y terribles contra los que ya se daban por vencidos, les dejó los que huían, y él condujo a sus propios hombres hacia el choque de la infantería, in-
8 teresado en apoyar a los africanos. Cargó por la espalda contra las legiones romanas con arremetidas sucesivas; sus escuadrones atacaban por muchos lugares al mismo tiempo, y así infundió ánimo a los africanos y abatió y llenó de pavor el espíritu de los romanos.

9 Allí sucumbió, herido mortalmente, Paulo Emilio, con las armas en la mano. Fue un varón que realizó no menos que cualquier otro durante toda su vida, hasta el último momento, lo que en justicia se debe a la patria.

10 Los romanos, mientras combatieron frente a frente, de cara a los enemigos que les rodeaban, resistieron
11 bravamente. Pero los de las primeras filas iban cayendo, y al final murieron todos, y entre ellos Marco Atilio y Cneo Servilio, los cónsules del año anterior, hombres

nobles y que en el peligro se habían mostrado dignos
de Roma.

Mientras ocurría este combate y esta masacre, los 12
númidas persiguieron a los jinetes que huían, mata-
ron a gran número de ellos y forzaron al resto a dejar
sus monturas. Unos pocos romanos consiguieron huir 13
a Venusa, entre los cuales se encontraba Cayo Terencio
Varrón, el general, hombre de espíritu deshonroso, cuyo
mando fue totalmente ineficaz para su propia patria.

De este modo acabó la batalla que en Cannas li- **117**
braron romanos y cartagineses; en ella actuaron hom-
bres nobilísimos, tanto entre los vencedores como entre
los vencidos, cosa evidenciada por los hechos mismos.
De los seis mil jinetes romanos, lograron escapar hasta 2
Venusa, con Cayo Varrón, sólo setenta, y unos tres-
cientos de los aliados se salvaron esparcidos por di-
versos villorrios. Durante la lucha cayeron prisioneros 3
unos diez mil soldados de infantería, los que habían
permanecido fuera de la batalla. Desde el campo mismo
de la lucha sólo unos tres mil lograron huir a las ciu-
dades circundantes. Todos los demás, unos setenta mil, 4
murieron bravamente. Tanto entonces como en las
ocasiones anteriores fue la caballería cartaginesa la
que decidió la victoria. Quedó claro para la posteri- 5
dad que en los azares de la guerra vale más poseer
la mitad de infantería, pero ser muy superior en caba-
llería, que no trabar combate en igualdad total de
condiciones que el enemigo. De los de Aníbal, murie- 6
ron cuatro mil galos, y otros mil quinientos entre ibe-
ros y africanos.

Los romanos cogidos prisioneros, lo fueron fuera 7
de la batalla; la causa fue la siguiente: Paulo Emilio 8
había dejado diez mil soldados de infantería en su
propio campamento para que si Aníbal, descuidando
el suyo, hacía formar a todos sus hombres, los roma-
nos asaltaran el campamento adversario durante la

9 batalla y así se apoderarían del bagaje enemigo. Si
Aníbal, en cambio, preveía cualquier eventualidad y de-
jaba en su campo una guarnición numerosa, en la
batalla decisiva los romanos lucharían contra menos
10 hombres. Estos romanos fueron aprisionados así: Aní-
bal, efectivamente, dejó una guarnición considerable
en su campamento; así que empezó la batalla, los ro-
manos, siguiendo las instrucciones recibidas, la asedia-
ron, atacando a los defensores del campamento carta-
11 ginés. Éstos ofrecieron primero una resistencia tenaz,
pero pronto se vieron en situación difícil. Mas Aníbal
ya había decidido totalmente la batalla, por lo que
corrió en apoyo de los suyos, hizo retroceder a los
romanos y les cercó en su propio campamento. Mató
12 unos dos mil y cogió prisioneros a los restantes. Del
mismo modo, los númidas asediaron a los jinetes ad-
versarios que se habían refugiado en las fortalezas de
la región y se los llevaron prisioneros: eran unos dos
mil, que anteriormente habían sido puestos en fuga.

118 Decidida la batalla del modo descrito, la situación
2 tomó el giro esperado por ambos contendientes. Por
su triunfo, los cartagineses sometieron prácticamente
3 el resto de Italia. Los tarentinos se les pasaron inme-
diatamente, los de Argiripa y algunos de Capua lla-
maron a Aníbal. Los demás miraron con respeto, todos
4 ya, hacia los cartagineses, que confiaban en apoderarse
de Roma al primer asalto. Los romanos, por su parte,
5 debido a esta derrota, abandonaron al punto su idea
de dominar a todos los italianos. Se habían asustado
ante el grave riesgo que corrían sus personas y el suelo
de la patria; esperaban la presencia de Aníbal en cual-
6 quier momento. Y como si la Fortuna quisiera hacer
rebosar la medida y combatir a favor de los hechos
ya consumados, al cabo de pocos días, cuando el terror
poseía todavía a la ciudad de Roma, el general enviado

a la Galia Cisalpina[176], cayó inesperadamente en una emboscada de los galos, y perecieron él y sus tropas, sin que se salvara nadie. El Senado, sin embargo, no 7
omitió nada de lo realizable: incitó al pueblo, aseguró la ciudad y deliberó varonilmente acerca de aquella situación; esto se notó en los hechos posteriores. Enton- 8
ces la derrota de los romanos era innegable y habían perdido su reputación guerrera, pero la peculiaridad 9
de su constitución y la prudencia de sus deliberaciones no sólo les permitieron recobrar el dominio de Italia (tras derrotar a los cartagineses), sino que poco tiempo después se hicieron dueños del universo.

Epílogo

Por eso cerraremos este libro 10
sobre estas acciones. Hemos descrito los hechos de Italia y de España en la Olimpíada ciento cuarenta. Cuando hayamos na- 11
rrado los hechos de Grecia en la misma Olimpíada, y lleguemos a este mismo hecho cronológico, trataremos de la constitución romana. Consideramos que su ex- 12
posición no sólo es apropiada al plan conjunto de la historia, sino que será una gran aportación para los hombres estudiosos y para los de acción que deseen establecer o reformar sus instituciones políticas.

---

176 Cf. 106, 6.

LIBRO IV

Recapitulación

1 En el libro anterior tratamos las causas de la segunda guerra que estalló entre romanos y cartagineses, y expusimos la invasión de Italia por Aníbal.
2 Además describimos las luchas habidas entre ambos bandos hasta la batalla librada junto al río Aufidio y la
3 ciudad de Cannas. Ahora vamos a explicar la historia de Grecia en esta misma época, simultánea a los hechos precedentes, a partir de la Olimpíada ciento cuarenta.
4 Pero primero recordaremos brevemente al lector el prefacio de nuestra obra, tal cual lo expuse en el segundo libro, a propósito de los hechos de Grecia[1] y principalmente de la Confederación aquea, a causa del auge inesperado que este estado ha tomado en épocas
5 anteriores y en esta misma. En efecto, tras empezar por Tisámenes, uno de los hijos de Orestes, y afirmar que desde él su linaje detentó el reino hasta Ogigo[2], y que posteriormente los aqueos tomaron la excelente decisión de servirse de una constitución democrática, hasta que fueron desmembrados por los reyes de Ma-
6 cedonia en pueblos y ciudades, luego nos dedicamos

[1] La referencia es a II 37-70.

[2] Cf. II 41, 4. Pero aquí sale un personaje fabuloso, Ogigo, que allí no sale, y que ningún mitógrafo griego cita.

a contar cómo y cuándo se inició su restablecimiento y quiénes fueron los primeros que se coaligaron con
ellos. Siguiendo estos sucesos, aclaramos de qué modo 7
y con qué política los aqueos se atrajeron a las ciudades e intentaron que todos los peloponesios actuaran
bajo un mismo nombre y constitución. Tras unas con- 8
sideraciones generales acerca de este intento, trazamos una exposición detallada y continua de los hechos que condujeron a la caída de Cleómenes, rey lacedemonio.
Y a continuación del resumen de los hechos contenidos 9
en nuestra *Introducción,* hasta las muertes de Antígono, de Seleuco y de Ptolomeo[3] (que murieron casi simultáneamente), anunciamos que comenzaríamos nuestra propia historia por los hechos que siguieron al período citado.

Creemos, en efecto, que éste es un punto de partida 2
excelente, en primer lugar porque el libro de Arato acaba, concretamente, en estos sucesos con los que decidimos enlazar nuestra exposición prosiguiendo el
relato de los asuntos de Grecia; en segundo lugar, 2
porque esta época coincide con la inmediatamente posterior y con los sucesos que caen dentro de nuestra historia, de tal suerte que algunos hechos los hemos vivido nosotros mismos y otros nuestros padres, unos personalmente y otros los hemos oído de testigos
oculares. No nos pareció que ofreciera certeza ni en 3
en los juicios ni en las afirmaciones el ir remontando épocas para escribir de oídas lo que ya se sabía de
oídas. Comenzamos en esta época, principalmente, 4
porque en ella se puede decir que la Fortuna ha renovado el universo.

En efecto: Filipo[4], hijo legítimo de Demetrio, reci- 5
bió el gobierno de Macedonia cuando casi era todavía

[3] Cf. la nota 149 del libro I.

[4] Filipo V de Macedonia. Cf. la nota 5 del libro III.

6 un niño. Aqueo, rey de las regiones de acá del Tauro, tenía no sólo la prestancia de un soberano, sino el poder
7 efectivo. Antíoco, llamado el Grande, recibió el imperio de Siria un poco antes, a la muerte de su hermano Seleuco; era todavía muy joven.
8 En esta época Ariarates[5] obtuvo el imperio de Capadocia, y por el mismo tiempo Ptolomeo Filopátor
9 se hizo señor de Egipto. Al cabo de poco Licurgo fue nombrado rey de los lacedemonios, y algo antes los cartagineses habían nombrado a Aníbal general para
10 las guerras que hemos considerado. Tal renovación en todas las dinastías debía ser el inicio de unos hechos inauditos. Esto es lo que ya ha ocurrido y suele ocurrir, de acuerdo con la naturaleza. Y es lo que entonces
11 sucedió. Romanos y cartagineses se enzarzaron en la guerra ya expuesta, en la misma época Antíoco y Ptolomeo se pelearon por la Celesiria; los aqueos y Filipo hicieron la guerra contra los etolios y los lacedemonios[6], cuyas causas fueron las siguientes:

3

Orígenes de la guerra de los aliados

Hacía ya tiempo que los etolios soportaban con disgusto la paz y el subsistir con sus propios recursos, acostumbrados como estaban a vivir a costa de los vecinos, y además necesitaban de muchas provisiones, debido a su fanfarronería innata. Ésta les ha esclavizado, y llevan siempre una vida avara y brutal, sin respetar la propiedad privada; todo lo consideran botín
2 de guerra. Sin embargo, en el tiempo anterior, mientras Antíoco vivió, permanecieron inactivos porque
3 temían a los macedonios. Pero cuando murió y dejó

---

5 Ariarates V de Capadocia, que reinó en 220-163 (téngase en cuenta que accedió al trono siendo niño, Diodoro, XXXI 19, 6).

6 La narración de esta guerra es el contenido básico de este libro IV.

a su hijo Filipo, niño aún, a éste le menospreciaron, y
buscaban excusas y pretextos para entrometerse en el
Peloponeso, llevados por su vieja costumbre de sa-
quearlo; creían, al propio tiempo, que se bastaban
a sí mismos para una guerra contra los aqueos. Éste 4
era su propósito, y aprovecharon una nimiedad que
se les ofreció fortuitamente para justificar sus inten-
ciones.

Dorímaco de Triconio era hijo de aquel Nicóstrato 5
que había roto la tregua durante la fiesta solemne de
los beocios[7]. Era joven, pero imbuido de la violencia
y rapacidad etolia. Fue enviado en misión oficial a la
ciudad de Figalea[8], en el Peloponeso, ya en el límite 6
de los montes de Mesenia. Figalea formaba parte de
la Confederación etolia. Dorímaco iba oficialmente a 7
proteger la ciudad y el país circundante, pero las ins-
trucciones que en realidad tenía eran las de observar
lo que ocurría en el Peloponeso. Unos bandoleros se 8
pusieron de acuerdo con él y se le presentaron en Fi-
galea. En justicia, éste no podía concederles ningún
botín, porque estaba todavía en plena vigencia la paz
general entre los griegos establecida por Antígono[9];
apurado Dorímaco, al final les concedió saquear los re- 9
baños de los mesenios, a pesar de que se trataba de
amigos y aliados. Los bandidos, primero se limitaban 10
a expoliar los rebaños de la frontera, pero después
su insolencia fue en aumento y se dedicaron a asaltar

7 Aunque aquí lo cite, Polibio se ocupará de ello más tarde, IX 34, 11.

8 Ciudad al O. del Peloponeso, al N. de la Mesenia. Su nombre actual es Paulitsa.

9 Aquí la expresión de Polibio no es exacta; no es que Antígono Dosón estableciera de hecho una paz, sino que, después de la guerra cleoménica, Grecia quedó efectivamente sin guerras.

las alquerías, para lo cual aparecían inopinadamente por la noche.

11 Todo esto indignaba a los mesenios, que enviaban legados a Dorímaco. Éste, al principio, no les hacía caso, porque quería beneficiar a sus subordinados y extraer provecho él personalmente, ya que participaba
12 de las presas. Pero la presencia de los legados se hacía cada vez más insistente, ya que las rapiñas menudeaban. Ante ello, Dorímaco afirmó que acudiría personalmente a Mesenia a justificarse delante de los acusa-
13 dores de los etolios. Pero cuando llegó, al presentársele los perjudicados, ridiculizó a unos, tomó el pelo a otros e insultó e intimidó a los restantes.

4 Se encontraba todavía en la ciudad de Mesenia cuando los bandidos se acercaron de noche, echaron unas escaleras y asaltaron la alquería llamada de Quirón. Degollaron a los que ofrecieron resistencia, ataron al resto de los esclavos y se llevaron consigo el ganado.
2 Los éforos de los mesenios, dolidos ya desde hacía tiempo tanto de lo que ocurría como de la permanencia de Dorímaco en su ciudad, creyeron que entonces la insolencia ya era intolerable, y le llamaron a la
3 reunión de la Magistratura. Allí Esciro, un éforo [10] de los mesenios que durante toda su vida había gozado de gran prestigio entre sus conciudadanos, aconsejó no permitir que Dorímaco saliera de la ciudad si no restituía a los mesenios todo lo que habían perdido; en cuanto a los asesinados, debía obligársele a la entrega de los asesinos para que recibieran su castigo.
4 Todos aprobaron las oportunas palabras de Esciro;

---

[10] Éforo era un título bastante común de los magistrados del Peloponeso, aunque los más famosos eran los de Esparta. Etimológicamente el término significa «guardián»; el conjunto de los éforos gobernaba, en todos los aspectos, las ciudades del Peloponeso. Su institución se atribuye míticamente a Licurgo, legislador espartano.

Dorímaco, enfurecido, les dijo que eran unos simples
de remate si creían que con ello afrentaban sólo a
Dorímaco y no a la Confederación etolia. Consideraba
que lo que allí pasaba era absolutamente terrible, y
dijo a los mesenios que estaban urdiendo su propia
ruina, y que la sufrirían con justicia. En aquella época 5
había en Mesenia un tipo de baja estofa llamado Ba-
birtas, que procuraba por todos los medios mostrarse
afeminado. Si le hubieran puesto la túnica y el som-
brero de Dorímaco hubiera sido imposible distinguirle
de él, pues tenía su misma voz, y se le parecía tam- 6
bién en el resto del cuerpo; Dorímaco lo sabía. Cuando 7
hablaba, pues, de manera soberbia y arrogante a los
mesenios, Esciro, enfurecido, le soltó: «¿Crees que
vamos a hacer caso de ti y de tus amenazas, Babirtas?»
Ante tales palabras y tal actitud, Dorímaco cedió al 8
punto, y consintió en dar satisfacción a los mesenios
por todas las injurias sufridas. Pero aquel dicho lo 9
soportó con tanta acritud y pesadumbre que, de re-
greso a Etolia, atizó sólo por eso la guerra contra los
mesenios.

Entonces el general de los etolios era Aristón[11]. 5
Pero éste no era muy apto para las empresas guerre-
ras por ciertas debilidades corporales, y además era
pariente de Dorímaco y de Escopas, a quien, en cierto
modo, había cedido todo el mando militar. En público 2
Dorímaco no se atrevía a incitar a los etolios a una
guerra contra los mesenios, porque no disponía de
motivos suficientes; todos sabían que su pretensión
nacía de aquel insulto y de sus propios delitos. Aban- 3
donó, pues, esta táctica, pero privadamente azuzaba a
Escopas para que compartiera sus puntos de vista

[11] La Confederación Etolia elegía anualmente a su general en Termo, en la asamblea ordinaria de los etolios. La elección de Aristón fue para el año 221/220.

contra Mesenia. Le indicaba que los macedonios no eran peligrosos por la edad de su monarca (Filipo con-
4 taba a la sazón no más de diecisiete años), aducía también la hostilidad de los lacedemonios contra los mesenios, y le recordaba cómo los eleos les eran aliados propicios; con esto le demostraba que la invasión
5 de Mesenia sería para ellos segura. Y lo decisivo en un argumento etolio: le ponía a la vista el provecho a extraer del territorio de los mesenios, que estaba indefenso y era el único del Peloponeso que había quedado
6 intacto durante la guerra de Cleómenes. A todo esto añadía la popularidad de que gozaría entre la masa de
7 los etolios. De los aqueos sostenía que si les impedían el paso no podrían acusar a los etolios de que éstos se defendieran; si, en cambio, permanecían inactivos,
8 no les estorbarían la invasión. Y aseguraba que no les faltarían pretextos contra los mesenios, porque éstos desde hacía tiempo se comportaban injustamente, diciendo a macedonios y a aqueos que iban a aliarse con
9 ellos. Con tales palabras y otras por el estilo Dorímaco estimuló tanto a Escopas y a sus amigos, que éstos sin tan siquiera esperar a la asamblea general de la Confederación etolia, sin consultar a los apócletos[12] ni hacer ninguna de las cosas requeridas para tales pla-
10 nes, movidos por sus propios impulsos y juicios, declararon la guerra simultáneamente a mesenios, epirotas, aqueos, acarnanios y macedonios.

Inicio de las hostilidades

6 Enviaron inmediatamente piratas por mar, los cuales se encontraron casualmente, cerca de Citera, con una nave real macedonia; la condujeron con su tripulación a Etolia, donde vendieron el navío con sus

[12] Los apócletos venían a constituir una mesa permanente de la Asamblea de la Confederación Etolia.

oficiales y sus marineros. Devastaron la costa del Epiro, 2
y para tal fechoría usaron naves cefalenias[13]; además intentaron apoderarse de Tirión[14], en la Acarnania.
También enviaron ocultamente, por el Peloponeso, a 3
algunos hombres, que consiguieron tomar el fuerte llamado de Clarion[15], en el centro del territorio de Megalópolis. Usaron este fuerte como mercado de venta de despojos; concentraban en él el producto de sus
robos. Sin embargo, lo asedió y lo tomó en pocos días 4
Tixómeno, general de los aqueos, ayudado por Taurión, a quien Antígono había encargado velar por los intereses reales del Peloponeso. Pues por la guerra de 5
Cleómenes el rey Antígono retenía Corinto con el consentimiento de los aqueos[16]; luego que se apoderó de Orcómeno por la fuerza, no devolvió esta plaza a los
aqueos, sino que la usurpó y se la quedó con la in- 6
tención —al menos a mí me lo parece— de dominar la entrada del Peloponeso y además proteger sus territorios interiores mediante la guarnición y el arsenal
situados en Orcómeno. Dorímaco y Escopas aguarda- 7
ban el momento en que a Timóxeno le quedara ya poco tiempo de mando, y Arato, nombrado por los aqueos general para el año siguiente, no ejerciera to-
davía su autoridad militar. Concentraron todas las tro- 8
pas etolias en Rion[17] y prepararon las naves de trans-

13 Cefalenia es una isla del mar Jonio.

14 Población situada en el fondo del golfo de Ambracia; actualmente se llama Hagios Vasilios.

15 Su localización no se ha logrado.

16 Cf. II 54, 1 y 20, para Orcómeno.

17 El texto griego dice claramente Rion, y así vierten los distintos traductores de Polibio. Walbank no comenta este lugar. Sin embargo, una ojeada al mapa de la Grecia clásica quizás hiciera dudar. El cabo Rion está en la Acaya, casi en su punto más septentrional, pero frente a él, en el Epiro, está el cabo Antirrion. ¿No será aquí donde se concentraron los etolios? ¿A qué, si no, preparar las naves de transporte? Si en realidad

porte, dispusieron las de los cefalenios, hicieron pasar sus hombres al Peloponeso e iniciaron la marcha contra
9 Mesenia. A su paso por los territorios de los de Patras, de Fares y de Tritea[18] declaraban su intención de no
10 dañar en nada a los aqueos, pero aquella horda no fue capaz de respetar el país, porque los etolios ante la ganancia no tienen freno; y así, causando daño y devastación lo atravesaron hasta que llegaron a Figalea.
11 Desde ella lanzaron un ataque imprevisto y audaz, e invadieron el país de los mesenios, sin tener en cuenta ni la amistad ni la alianza que desde tiempos inmemoriales les unía a ellos, ni cualquier otra cosa; mucho menos atendieron lo que la justicia define entre los
12 hombres. Colocando su propia rapacidad por encima de todo talaron los campos impunemente, porque los mesenios no se atrevieron a salirles al encuentro.

7 Cuando correspondió según la ley[19], los aqueos acu-
2 dieron a Egio[20] y se reunieron en asamblea. Los de Patras y los de Fares refirieron los delitos cometidos contra su territorio durante el paso de los etolios. Los mesenios se hicieron presentes mediante una embajada, y pidieron ayuda, víctimas de una injusticia
3 y de una violación de tratados. Los aqueos atendieron a estas quejas y se asociaron a la indignación de los de Patras y de Fares; también se compadecieron de
4 los mesenios. Con todo, creyeron que lo peor era que los etolios, sin haberles dado nadie permiso, ni tan siquiera haberlo solicitado, se hubieran atrevido, en

---

se concentraron en Rion, éstas ya habrían servido, y su mención sería superflua.

[18] Patras está donde la ciudad actual del mismo nombre; Fares está en el curso medio del río Pierus (actualmente Kamenitsa); Tritea no sabemos dónde estaba, pero de todos modos debía de asentarse aguas arriba del río.

[19] En mayo del año 220.

[20] Población en la costa del golfo de Corinto.

contra de lo pactado[21], a pisar con un ejército la Acaya. Todo ello les enfureció, y así votaron una ayuda 5
a los mesenios, que el general concentrara el ejército aqueo y que los decretos que allí promulgaran los asambleístas tuvieran fuerza de ley en los respectivos territorios.

Timóxeno, que era todavía el general, ya que aún 6
no había cesado su período de mando, desconfiaba de los aqueos, porque por aquel entonces habían descuidado su entrenamiento militar, por lo que aplazaba la marcha e incluso cualquier concentración de hombres. En efecto: después de la caída de Cleómenes, rey 7
de Esparta, todos los peloponesios, cansados de las guerras pasadas y confiando en la duración de aquel estado de cosas, desatendieron su formación militar. 8
Pero Arato, indignado y enfurecido por la desvergüenza de los etolios, se tomó la cosa con más coraje, tanto más cuanto desde tiempos pasados tenía con los etolios ciertas diferencias. Se apresuró, pues, a concentrar a 9
los aqueos bajo las armas, y tenía gran interés en luchar contra los etolios. Al final, cinco días antes de 10
reiniciarse el período de mando que le correspondía, recibió de Timóxeno el sello del estado. Escribió a las ciudades y concentró en Megalópolis a los hombres en edad militar.

Debido a la peculiaridad de su carácter, me parece 11
indicado hacer un breve inciso acerca de la personalidad de Arato.

Retrato de Arato

Arato tenía las cualidades que 8
debe tener un hombre de estado: era orador hábil, poseía claridad 2
de ideas y sabía ocultar sus decisiones. No había quien le igualara en moderación cuando dirimía diferencias políticas,

21 Cf. II 44, 1. Es el tratado del año 239.

3 sabía ganarse amigos y adquirir aliados. Era también
muy diestro en organizar golpes de mano, estrata-
gemas y emboscadas contra los enemigos, y en llevar-
4 las a cabo con paciencia y audacia. Testimonios de
esto claros, es más clarísimos, los dan los autores de
historias particulares: las tomas de Sición y de Man-
tinea[22], la expulsión de los etolios de Pelene; la más
preclara de sus gestas la constituye la acción del Acro-
5 corinto. Pero este mismo hombre, cuando debía com-
batir a campo abierto, era lento en sus concepciones,
poco audaz en sus operaciones e incapaz de afrontar
6 un riesgo cara a cara. Por eso, Arato llenó el Pelopo-
neso de trofeos que le concernían, y en él fue siempre
7 presa fácil para los enemigos. La naturaleza de los hom-
bres presenta variedad de formas, no sólo en los cuerpos
sino también, y aún más, en los espíritus; en actividades
de tipo diferente, un mismo hombre está bien dotado
para unas y no para otras; si se trata de empresas simila-
res, es a la vez muy entendido pero muy lento, muy audaz
8 pero muy negligente. Y esto no es paradójico, sino habi-
9 tual y conocido para los aficionados a la observación. En
las cacerías algunos son audaces en la lucha contra
las fieras, y éstos mismos son cobardes si se trata de
empuñar las armas contra el enemigo, y, en la guerra
misma, hay quien es experto y eficaz en encuentros
cuerpo a cuerpo, pero inútil en la acción general, ali-
10 neado junto a otros. La caballería tesalia, por ejemplo,
si lucha formada en escuadrones y falanges, es inven-
cible, pero si la ocasión y el lugar la fuerzan a com-
batir aisladamente, hombre contra hombre, es lenta y
poco útil. Con los etolios ocurre exactamente lo con-

---

22 Para Sición, cf. II 43, 3 (año 251); para Mantinea, II 57, 2 (año 227); la gesta del Acrocorinto, II 43, 4 (año 243); la de Pelene Polibio no la explica, sólo la menciona aquí.

trario. Los cretenses si se trata de emboscadas, de pi- 11
llaje y de robar al enemigo, de ataques nocturnos y de cualquier acción que sea con engaño, realizada por una cuadrilla, son invencibles; en cambio, para un ataque frontal en formación son cobardes y de espíritu mezquino. Aqueos y macedonios son todo lo contrario. He expuesto esto para que los lectores no desconfíen de mis afirmaciones si en algún lugar parecen encontradas, acerca de algún personaje, si se trata de hechos del mismo género.

Prosigue la narración

Concentrados, pues, los hom- 9
bres en edad militar, con su armamento en Megalópolis, según el decreto de los aqueos (pues de
ahí partió nuestra digresión), los 2
mesenios se dirigieron otra vez al pueblo suplicando que se les tuviera en cuenta, ya que de manera tan clara habían visto violados sus pactos: querían entrar en la alianza general, y urgían que se les inscribiera,
junto con los demás. Pero los jefes aqueos rehusaron 3
la alianza: alegaban que no era lícito añadir a nadie sin el consentimiento de Filipo y de los demás aliados.
En efecto, la Liga establecida por Antígono en la época 4
de Cleómenes obligaba todavía a todos: aqueos, epirotas, focenses, macedonios, beocios, acarnanios y te-
salios. Sin embargo, dijeron que saldrían en su ayuda, 5
con la única condición de que los allí presentes depositaran a sus propios hijos en Lacedemonia como fianza de que los mesenios no harían la paz con los
etolios sin el consentimiento de los aqueos. Los lace- 6
demonios habían salido en campaña según el pacto de los coaligados; estaban en los montes de Mesenia, pero en realidad más como observadores y reserva que en
calidad de combatientes. Arato resolvió de este modo 7
el problema de los mesenios, y envió legados a los etolios que les explicaran lo acordado y que les invi-

taran a retirarse del territorio de los mesenios y a no tocar la Acaya; de lo contrario trataría a los trans-
8 gresores como enemigos. Escopas y Dorímaco oyeron estas advertencias; sabedores de que los aqueos se habían concentrado, creyeron que entonces les conve-
9 nía hacer caso de aquellas demandas. Enviaron, pues, al punto correos a Cilene[23] para Aristón, jefe supremo de los etolios: pedían que les mandara a toda prisa
10 naves de carga desde Elea a la isla de Feas[24]. Y al cabo de dos días ellos mismos levantaron el campo, mandaron el botín y avanzaron en dirección a Elea. Los etolios siempre habían conservado la amistad con los eleos, ya que a través de su territorio podían penetrar en el Peloponeso para sus pillajes y sus rapiñas.

10 Arato esperó dos días, y creyendo ingenuamente que los etolios culminarían la marcha en la dirección en que la habían iniciado, despachó a sus casas a todos
2 los aqueos restantes y a todos los lacedemonios; se quedó con tres mil hombres, trescientos jinetes y con los soldados de Taurión. Con tales efectivos avanzó hacia Patras, con el propósito de situarse en el flanco
3 etolio. Al enterarse los de Dorímaco de que las tropas de Arato marchaban contra ellos y tomaban posiciones, se angustiaron por si les atacaban mientras estuvieran ocupados en el embarque, pero como deseaban encen-
4 der la guerra, enviaron el botín en las naves, tras disponer para su custodia un número suficiente de hombres adecuados, y ordenaron a los jefes de la expedición que fueran a encontrarles a Rion, ya que ellos
5 embarcarían allí. Primero ellos mismos vigilaron el envío del botín y lo escoltaron, pero después cambia-
6 ron de dirección como hacia Olimpia. Al oír que Tau-

[23] Lugar no identificado; seguramente en la costa de la Élide.

[24] Feas, en realidad, no es una isla, sino el puerto de Olimpia, en el cabo Ictis, en la Acaya, frontero a la isla de Zacintos.

rión con las tropas mencionadas estaba en Clitoria[25],
juzgaron que no podrían salir de Rion sin peligro y
sin combatir, y decidieron que les convenía, en interés 7
propio, atacar cuanto antes a las tropas de Arato, porque
todavía eran pocos y no preveían el futuro. Supo- 8
nían que si lograban poner en fuga a los aqueos podrían
emprender la travesía con seguridad desde Rion,
donde, por lo demás, Arato proponía concentrar de
nuevo la Liga de los aqueos. Y si Arato, intimidado, 9
rehuía el combate y no aceptaba la batalla, los etolios
se retirarían sin peligro en el momento que juzgaran
conveniente. Con estos razonamientos avanzaron y 10
acamparon cerca de Metridio[26], en el país de Megalópolis.

Batalla de Cafias

Los jefes aqueos conocieron la 11
presencia de los etolios, y dispusieron
las cosas tan rematadamente mal que no omitieron necedad
por exagerada que fuera.
En efecto: regresaron del territorio de Clitoria y 2
acamparon cerca de Cafias[27]. Cuando los etolios hacían 3
la marcha desde Metidrio, a través del territorio de
Orcómeno, los jefes aqueos sacaron a sus fuerzas y
las formaron en la llanura de Cafias; tomaron como
defensa el río que fluye a través de ella. Los etolios, 4
tanto por las dificultades de terreno que presentaba
la ruta (pues incluso antes del río había fosos, infranqueables
en su mayoría) como por la demostración de
presteza para la lucha evidenciada por los aqueos, según
sus planes iniciales rehusaron enfrentarse al ene-

---

25 Población situada en el límite de la Arcadia y la Acaya.

26 Ciudad antigua radicada a poco menos de cinco kilómetros de la población actual de Vitina, en el centro de la Arcadia.

27 Cafias está situada en el extremo NO. de la llanura de Orcómeno, cerca de la ciudad moderna de Cotussa. Los etolios dejaron la villa a su derecha.

5 migo, e hicieron una marcha muy ordenada en di-
rección a lugares elevados, a Oligirto[28], dándose por
satisfechos si nadie les atacaba y les obligaba a pelear.
6 Cuando la marcha de los etolios hacia las alturas había
progresado bastante y la caballería cerraba la marcha,
pero estaba aún en la llanura, cerca ya de la altura
llamada Propo[29], Arato y sus oficiales mandan allí a su
propia caballería y a su infantería ligera, al frente de
cuyas tropas pusieron a Epístrato de Acarnania. Dieron
orden de establecer contacto con la retaguardia etolia
7 y tantear al adversario. Pero en realidad, si se debía
combatir, convenía entablar combate no con la reta-
guardia, cuando el enemigo había ya atravesado la lla-
nura, sino con la vanguardia, en el preciso momento
8 en que entraba en ella. Así la batalla se habría librado
íntegramente en una planicie, en lugar sin accidentes
geográficos, en los que los etolios se manejaban muy
mal tanto por su armamento como por toda su forma-
ción; en terreno llano, por el contrario, los aqueos
eran muy poderosos, por razones naturalmente opues-
9 tas a las aducidas. Y ahora abandonaban los lugares
y las circunstancias que les eran propicios y bajaron
allí donde el enemigo tenía ventaja. De modo que el
desenlace de la operación se correspondió con el plan-
teamiento de la batalla.

12 Las infanterías ligeras de ambos bandos trabaron
combate, y la caballería de los etolios se replegó, sin
abandonar la formación, hacia las alturas, interesada
2 en establecer contacto con su propia infantería. Arato
y sus oficiales no se percataron completamente de lo
que estaba sucediendo ni calcularon debidamente lo
que se iba a seguir; así que vieron que la caballería

28 Unas lomas que están al NE. de la llanura de Cafias, modernamente llamadas de Skipiezza.

29 Esta palabra tomada como substantivo común significa «contrafuerte».

etolia retrocedía, creyeron que huía y mandaron a la 3
infantería pesada desde las alas con la orden de apoyar
y de establecer contacto con su infantería ligera; ellos
personalmente hicieron girar todo el ejército hacia un
ala y lo guiaron corriendo con ardor. La caballería 4
etolia cruzó la llanura, y así que alcanzó a su propia
infantería se detuvo y aguardó; fue juntando a sus 5
hombres en los espacios de las alas y les arengaron,
pues los soldados de la columna en marcha, al oír los
gritos de sus compañeros, acudían también rápida-
mente, a paso ligero, y las reforzaban continuamente.
Cuando creyeron que su número era suficiente se re- 6
volvieron y atacaron la avanzadilla aquea de caballería
y de infantería ligera. Eran superiores en número y
atacaban desde lugares ventajosos. La refriega duró
largamente, pero al final los etolios pusieron en fuga
al adversario. Mientras que aquellos aqueos cedían y 7
huían, los de la infantería pesada que acudían a apo-
yarles se presentaban sin orden, dispersamente; unos
quedaron perplejos ante lo que ocurría, y otros dieron
de frente con los que se retiraban y huían; se vieron
forzados a dar la vuelta y a hacer lo mismo. Total, que 8
los derrotados en el enfrentamiento no fueron más de
quinientos, pero los fugitivos más de dos mil. La situa- 9
ción enseñaba por sí misma a los etolios lo que debían
hacer: acosaron con gritos frenéticos y furiosos hasta
no poder más. Los aqueos se retiraron hacia sus tropas 10
pesadas, creyendo que se mantenían en seguridad en
su formación inicial, y al principio la retirada se hacía
en buen orden y les salvaba. Pero al ver que también 11
sus tropas pesadas habían abandonado los lugares se-
guros, que en su marcha estaban muy lejos y que se
habían desbandado, unos se dispersaron también en
desorden y se retiraron a ciudades vecinas; otros, al 12
darse de frente con las falanges que venían a ayudar-
les no necesitaron del enemigo, sino que ellos mismos,

aterrorizándose, les obligaban a huir en desorden.
13 Como queda dicho, huyeron a las ciudades, pues Orcómeno y Cafias, que estaban cerca, salvaron a muchos. De no ser así, los aqueos hubieran corrido el riesgo
14 de perecer todos absurdamente. La batalla de Cafias acabó de esta manera.

13 Los de Megalópolis habían sabido que los etolios habían acampado no lejos de Metridio, y acudieron al toque de trompeta con todo su ejército[30] para prestar
2 apoyo al día siguiente de la batalla: lo que encontraron fue que debieron enterrar a los que creían vivos y dispuestos a afrontar al enemigo y que habían sucum-
3 bido a manos de éste. Cavaron un foso en la llanura de Cafias, agruparon los cadáveres y rindieron honores de todo tipo a aquellos desgraciados.

4 Los etolios, que habían alcanzado aquel éxito de manera inesperada por su caballería y su infantería ligera, desde aquel momento hicieron correrías por el centro del Peloponeso con la más absoluta impunidad.
5 Fue entonces cuando se dio su tentativa contra la ciudad de Pelene[31] y cuando saquearon el territorio de Sición; después se retiraron a través del Istmo[32].

6 Éstas fueron la causa y el pretexto de la Guerra Social; el principio debe buscarse en el decreto de todos los aliados, promulgado inmediatamente después,
7 ya que los aqueos se reunieron en la ciudad de Corinto y aprobaron la medida; el consejo se reunió bajo la presidencia del rey Filipo[33].

---

30 Cf. la nota 146 del libro II.

31 Pelene, situada en la punta E. de la Acaya, en dirección a Sición.

32 De Corinto.

33 El contenido de este decreto se detalla más abajo, en el capítulo 25.

La asamblea de los aqueos

El pueblo de los aqueos al 14
cabo de pocos días se reunió en
su asamblea ordinaria, y tanto en
público como en privado mostra-
ba su animadversión contra Ara-
to, pues le creían responsable claro del desastre refe-
rido. Sus enemigos políticos le acusaban y aducían 2
pruebas contundentes, lo cual irritó y exasperó más a
la masa reunida. La primera falta clara parecía ser 3
que había tomado el mando militar cuando no le co-
rrespondía aún, ocupando el tiempo de otro, y que
había emprendido unas acciones en las que era cons-
ciente de que había fracasado muchas veces. En segun- 4
do lugar, y esto era más grave, había licenciado a los
aqueos cuando los etolios se encontraban todavía en
el Peloponeso Central, sobre todo sabiendo que Esco-
pas y Dorímaco tenían prisa en remover la situación
y en hacer estallar la guerra. Se le reprochaba en ter- 5
cer lugar haber aceptado batalla con pocos efectivos
contra el enemigo sin que urgiera ninguna necesidad,
cuando podía retirarse sin riesgo alguno a las ciuda-
des vecinas, concentrar allí a los aqueos y atacar enton-
ces al adversario si lo creía de todo punto indispensa-
ble. Pero lo último y lo más imperdonable era que, 6
decidido a combatir, se planteó la situación de manera
temeraria e irreflexiva; abandonó la llanura y no em-
pleó sus hoplitas[34], arriesgando con su infantería li-

[34] Este término, frecuentísimo en Tucídides, sale relativamente poco en Polibio. Los hoplitas formaban la infantería pesada de los ejércitos de las ciudades griegas. Se pagaban su propio armamento: un yelmo, una coraza y unas grebas de bronce. En el brazo izquierdo embrazaban un escudo, con el que se protegían, y con la mano derecha manejaban una espada de hierro. Si la llevaban colgada al cinto, como arma supletoria, manejaban una lanza de fresno con la punta metálica. En rigor, una armadura así recuerda ya la de los héroes de la *Ilíada*. Los vasos cerámicos griegos muestran, en sus pinturas,

gera una batalla en terreno montañoso contra los etolios, para los que nada podía ser más familiar y fa-
7 vorable. Pero Arato se adelantó y recordó su actuación política anterior y sus empresas; después se defendió de las acusaciones: probó que no había sido culpable de lo sucedido, y pidió perdón si había tenido alguna negligencia en la batalla pasada; sin embargo, creía que debía mirarse al conjunto, y ello de manera
8 humana, y no acerbamente. Entonces la asamblea cambió de opinión de manera tan rápida y magnánima que mostró enorme descontento a los enemigos políticos de Arato que le habían atacado, y desde entonces todo se decidió según el parecer de Arato[35].

9 [Esto ocurrió en la Olimpíada precedente; lo que seguirá durante la ciento cuarenta][36].

15 Los decretos que tomaron los aqueos fueron los siguientes: enviar embajadas a los epirotas, a los beocios,
2 a los focenses, a los acarnanios y a Filipo, para poner en claro cómo los etolios habían penetrado por dos veces en son de guerra en la Acaya, rompiendo los pactos, para pedirles ayuda, según los acuerdos, y que
3 los mesenios fueran admitidos en la alianza. Solicitaban, además, que el general hiciera una leva de cinco mil hombres de infantería y de quinientos de caballería, que apoyara a los mesenios si los etolios volvían
4 a invadir su territorio, y que se fijara, para los lacedemonios y los mesenios, el número de jinetes y de tropas

---

hoplitas en abundancia; cf., por ejemplo, Jean Charbonneaux, Roland Martin, François Villard, *Grecia arcaica* (traducción del francés de José Antonio Mínguez), Madrid, 1969, pág. 313 (ilustración 359).

[35] Esta asamblea tuvo lugar en pleno verano del año 220.

[36] Lo encerrado entre corchetes es tenido por Walbank, *Commentary*, ad loc., como una nota marginal que un copista posterior introdujo en el texto. La Olimpíada 139 abarca los años 224/220, y la 140, los años 220/216.

de infantería que debían aportar a las operaciones
comunes. Todo ello se aprobó; los aqueos soportaron 5
con entereza el desastre sufrido y no abandonaron a
los mesenios ni su propio propósito, mientras que los
embajadores cumplían su misión entre los aliados. El 6
general, según el decreto, reclutó las tropas aqueas;
asignó, además, a los lacedemonios y a los mesenios
que aportaran, cada ciudad, dos mil quinientos solda-
dos de infantería y doscientos cincuenta de caballería,
de manera que, en conjunto, para las operaciones fu- 7
turas, los soldados de infantería eran diez mil, y mil
los de caballería.

Los etolios, cuando les llegó el tiempo de su asam- 8
blea ordinaria, se reunieron y acordaron guardar la paz
con los lacedemonios, los mesenios y todos los demás,
pero esta actuación era malvada, pues su propósito era
humillar y destruir a los aliados de los aqueos; en 9
cuanto a éstos, votaron tener paz si abandonaban su
alianza con los mesenios; en caso contrario debían
declararles la guerra, cosa la más irracional. En efecto: 10
ellos eran aliados a la vez de aqueos y mesenios, y de-
claraban la guerra a los primeros si éstos mantenían
su amistad y alianza con los mesenios, y hacían una
paz por separado con los aqueos si éstos elegían la ene-
mistad con los mesenios. De forma que apenas puede 11
comprenderse la maldad de los etolios por lo retorcido
de sus propias empresas.

Los epirotas y el rey Filipo escucharon a los emba- **16**
jadores y admitieron a los mesenios en la alianza; en 2
cuanto a los hechos de los etolios, se indignaron al
punto, pero no se extrañaron demasiado, ya que no
habían hecho nada raro, al contrario, algo habitual en
ellos. Por eso no lo tomaron muy a pecho, sino que 3
votaron mantener la paz con los etolios; una injusticia
permanente acostumbra a ser más dispensada que una

4 maldad irracional e inesperada[37]. Por lo menos los etolios se comportaban de esta manera, saqueaban Grecia continuamente y hacían la guerra a muchos sin declaración previa. Ni tan siquiera se dignaban dar explicaciones cuando les acusaban, sino que se chanceaban si alguien les pedía cuentas de lo ocurrido o,
5 por Zeus, de sus planes futuros. Los lacedemonios que debían, ello era reciente, su libertad a Antígono y a la generosidad de los aqueos, se sentían obligados a no hacer nada contrario a los macedonios y a Filipo, por lo que enviaron secretamente legados a los etolios, y pactaron ocultamente alianza y amistad con ellos.

6 Los aqueos habían reclutado ya a su juventud, y los lacedemonios y los mesenios habían aportado ya su concurso cuando Escerdiledas[38] y Demetrio de Faros navegaron a un tiempo desde Faros con noventa esquifes y rebasaron Lisos[39], rompiendo su pacto con los
7 romanos. Abordaron primero Pilos, contra la que lan-
8 zaron algunos ataques fracasados. Después Demetrio, con cincuenta de aquellos esquifes, se dirigió a las islas, y navegando entre las Cícladas saqueó unas e
9 impuso contribución a otras. En su navegación, Escerdiledas fingió que se dirigía a su país, pero en realidad puso rumbo a Naupacto[40] con cuarenta esquifes, aten-

[37] ¡Qué atinada observación de Polibio! En el mundo actual se arma la gran tremolina por un quítame allá esas pajas ocurrido en alguna nación libre de Occidente, y se acepta sin rechistar la opresión y la represión sistemáticas de más de medio mundo, porque le ha tocado vivir así.

[38] Este personaje ha salido ya en II 5, 6. Sobre Demetrio de Faros, cf. Walbank, *Commentary*, ad loc. Sucedió a Teuta en el gobierno de Iliria.

[39] Cf. nota 36 del libro II, y, además, para la exacta situación de la plaza, *Weltatlas*, pág. 9.

[40] Plaza etolia muy importante, situada en la costa S. de esta región.

diendo la petición del rey Aminas de Atamania[41], pa-
riente suyo. A través de Agelao pactó con los etolios 10
la partición del botín, y les prometía unírseles si in-
vadían la Acaya.

Agelao, Dorímaco y Escopas, pues, tras hacer estos 11
tratos con Escerdiledas, y entregárseles la ciudad de Cineta[42], concentraron el ejército de los etolios y, juntamente con los ilirios, invadieron la Acaya.

Toma de Cineta

Aristón, el general de los eto- 17
lios, afectaba ignorancia acerca de lo que ocurría, y estaba inactivo en su ciudad; afirmaba que no hacía la guerra a los aqueos, sino que mantenía la paz, con lo que se portaba de
manera simple y pueril. Evidentemente, es natural que 2
parezca necio y vano el que supone que con palabras
logrará encubrir la evidencia de los hechos. Las tropas 3
de Dorímaco hicieron la marcha a través de la Acaya
y llegaron inesperadamente a Cineta. Los cinetenses, 4
que eran arcadios, desde hacía mucho tiempo vivían revoluciones continuas y formidables; había entre ellos muchas matanzas y destierros, y además rapiñas y re-
distribuciones de tierras. Al final se impusieron los 5
partidarios de los aqueos, y retuvieron la ciudad, situando una guarnición en las murallas y a un aqueo
como general de la ciudad. Así estaban las cosas, cuan- 6
do poco antes de la llegada de los etolios los exiliados

[41] La Atamania es un pequeño país sin poblaciones excesivamente importantes, separada de la Tesalia y de la Etolia por la cordillera del Pindo; limita el N. con la Macedonia y al O. con el Epiro y la Ambracia; entre la Ambracia y la Etolia tenía una mínima salida al mar por el golfo de Ambracia. En cuanto al rey Aminas, Dindorf apunta que la tradición manuscrita es errónea, y que se debe escribir Aminandro (cf. XVI y XVIII 1). Tomo la referencia del P. Antonio Ramon.

[42] Esta plaza debía de encontrarse en la Mesenia, pero su localización no se ha logrado.

enviaban mensajes a sus conciudadanos y solicitaban
7 la reconciliación y su regreso al país. Los que regían la
ciudad se avinieron a ello, pero enviaron legados a los
aqueos: querían que tal reconciliación se hiciera con
8 su licencia. Los aqueos asintieron de buen grado, convencidos de que así se captaban la benevolencia de
los dos bandos, la de los que gobernaban la ciudad,
que ya habían depositado en ellos todas sus esperanzas, y la de los repatriados, que iban a alcanzar su
9 salvación debido a su conformidad. Los cinetenses despidieron de su ciudad la guarnición y al general aqueo,
se reconciliaron con los exiliados, a los que invitaron
a regresar, en número de casi trescientos, aunque les
exigieron las garantías tenidas como las más sólidas
10 entre los humanos. Los expatriados regresaron, y aunque no encontraron causa o pretexto para recomenzar
las diferencias, todo lo contrario, así que llegaron empezaron a conspirar contra su país y sus salvadores.
11 Yo creo que en el mismo instante en el que se juraban
mutua fidelidad encima de los animales sacrificados,
ya entonces maquinaban una impiedad contra lo divi-
12 no[43] y contra los que les otorgaban su confianza. En
efecto: así que gozaron de sus derechos políticos, al
punto se atrajeron a los etolios y les vendieron la ciudad, deseosos de destruir irremisiblemente al mismo
tiempo a los que les habían salvado y a la ciudad que
los crió.

18 Tramaron esta empresa con una gran audacia, como
sigue: algunos de los repatriados habían sido nombra-
2 dos polemarcos[44]: este cargo conlleva abrir y cerrar

[43] Creo que aquí hay un argumento muy fuerte para defender las creencias religiosas de Polibio. Cf. nuestro artículo, BALASCH, «La religiosidad...», pág. 385.

[44] Esta palabra, etimológicamente, significa «jefe militar», pero jurídicamente no designaba lo mismo en todas las ciudades de Grecia. En Atenas el polemarco era el tercero de los

las puertas de la ciudad, y en el tiempo intermedio ser depositarios de las llaves; además pasarse el día de guardia en los torreones. Los etolios, ya prepara- 3 dos, con las escaleras dispuestas, aguardaban la oportunidad. Los anteriormente exiliados que ejercían el 4 cargo de polemarcos degollaron a sus colegas en el mismo torreón y abrieron el portón. Hecho esto, algu- 5 nos etolios penetraron por allí, mientras otros adosaban las escaleras y con ellas forzaron el paso y se apoderaron de las murallas. Todos los de la ciudad, 6 intimidados ante aquellos hechos, estaban apurados, sin saber qué hacer ante tal situación. No podían acudir ininterrumpidamente contra los que habían penetrado por el portón debido a que otros entraban por el muro, ni podían defender adecuadamente la muralla a causa de los que entraban por la puerta. Los etolios 7 se hicieron rápidamente con la ciudad, y en medio de sus injusticias realizaron una obra justísima: a los primeros que decapitaron fueron a los que les habían introducido en la ciudad y se la habían entregado; así se adueñaron de sus bienes [45]. Pero con todos los demás 8 cinetenses hicieron lo mismo. Al final se instalaron en las casas, agujerearon los muros para descubrir tesoros y torturaron a muchos cinetenses de quienes sospechaban que habían escondido algún ajuar muy valioso o alguna otra cosa de gran precio.

Tras maltratar de esta manera a los de Cineta le- 9 vantaron el campo, dejaron allí una guarnición en la

---

arcontes o magistrados, en Esparta era el comandante de una mora, cuerpo de cuatrocientos hombres; en Etolia sus funciones eran más bien ciudadanas, algo así como la policía (al igual que los escitas atenienses).

[45] Aquí la traducción es conscientemente algo inexacta; el griego, traducido rigurosamente, significa «medios de vida». Pero hay que pensar que las víctimas de la rapiña no serían precisamente los pobres.

10 muralla y avanzaron en dirección a Lusos[46]. Llegados
al templo de Ártemis, que está entre Clítor y Cineta,
considerado entre los griegos como lugar de asilo, ame-
nazaron con robar el ganado y las otras posesiones de
11 la diosa. Los lusiatas fueron astutos y les dieron al-
gunos adornos de la divinidad, con lo que conjuraron
la impiedad de los etolios y lograron no sufrir nada
12 irreparable[47]. Los etolios lo aceptaron así, levantaron
al instante el campo y lo establecieron junto a la
ciudad de Clítor.

19 En aquel mismo tiempo Arato, el general de los
aqueos, envió legados a Filipo en demanda de ayuda,
concentró a los reclutados y mandó llamar a las tropas
lacedemonias y mesenias consignadas en los pactos.
2 Los etolios primero insinuaron a los de Clítor que aban-
3 donaran a los aqueos y se les aliaran. Los de Clítor
rechazaron de plano estas propuestas, y entonces los
etolios les atacaron; adosaron las escaleras en los mu-
4 ros e intentaron tomar la ciudad. Pero los de dentro
se defendieron con valor y audacia y los etolios ce-
dieron ante tal situación, y alzaron el campo, se diri-
gieron de nuevo hacia Cineta y saquearon de paso los
5 ganados de la diosa, que se llevaron. Cineta, en primer
lugar, la dieron a los eleos, quienes no aceptaron, y
entonces los etolios decidieron reservársela para sí

[46] Lusos estaba a medio camino entre Cineta y Clítor; ya se ha advertido que la primera de las ciudades no se ha localizado.

[47] La tradición manuscrita del texto griego es aquí dudosa, pero lo que, en todo caso, variaría sería el valor sintáctico de la expresión, no su sentido, que, en líneas generales, es el mismo siempre. Otra traducción posible es: «conjuraron la impiedad de los etolios para no sufrir nada irreparable». Aquí me aparto de la lectura de Büttner-Wobst, que abona la segunda traducción, y admito la de Foucault, *Polybe*, III, ad loc., que me parece, sintácticamente, más coherente (me refiero al texto griego, claro está).

mismos, y nombraron a Eurípidas gobernador de la
plaza. Pero después temieron ante el anuncio de la 6
expedición de los macedonios, por lo que incendiaron
la ciudad y se retiraron, marchando de nuevo en dirección a Rion[48], pues habían decidido hacer por aquí
la travesía. Taurión se enteró de la incursión de los 7
etolios y de los hechos de Cineta, y al ver además que Demetrio de Faros había zarpado de las islas en dirección a Cencreas[49], le exhortaba para que apoyara a los aqueos, transportara sus esquifes a través del Istmo
y acechara la travesía de los etolios. Demetrio regre- 8
saba de las islas con más provecho que gloria, puesto que los rodios le seguían de cerca, de modo que atendió con agrado la propuesta de Taurión, quien sufragó los gastos originados por el transporte de los esqui-
fes. Demetrio, pues, atravesó el Istmo, pero llegó dos 9
días después del paso de los etolios; saqueó algunos parajes de la costa etolia y zarpó de nuevo hacia
Corinto. Los lacedemonios descuidaron culpablemente 10
el envío de ayuda a que les obligaba el pacto; mandaron unos destacamentos mínimos de infantería y de caballería, con lo que querían salvar las apariencias.
Arato, que mandaba a los aqueos, en aquella ocasión 11
pensó de manera más política que militar: hasta en- 12
tonces permaneció a la expectativa. No olvidaba el desastre reciente, y aguardó a que Escopas y Dorímaco, tras la ejecución de todos sus planes, regresaran a su país, aunque lo hicieran por lugares estrechos, donde un ataque era fácil: sólo necesitaban de un toque de clarín.

Los cinetenses, a los que los etolios habían causado 13
grandes desgracias e infortunios, lo tenían mucho más

---

48 Aquí Rion es un nombre aceptable. Cf. la nota 17 de este libro.

49 Pequeña localidad al S. de Argos.

merecido que todos los demás; así pensaba todo el mundo.

20

Carácter de los arcadios. Digresión sobre la música

El conjunto de los pueblos de la Arcadia goza de cierta fama de virtud entre todos los griegos no sólo por su humanitarismo y la hospitalidad[50] de sus usos y costumbres, sino ante todo por su respeto ante lo divino.
2 Por esto merece la pena investigar un poco el salvajismo de los cinetenses y cómo, siendo innegable que eran arcadios, en aquella ocasión su ferocidad y su perfidia sobrepasaron en mucho a las de los demás griegos.

3 Yo creo que fue porque los cinetenses fueron los primeros, y los únicos arcadios, que abandonaron algo que los antiguos habían instituido de manera admirable y muy adecuado por su propia naturaleza a todos
4 los que habitan la Arcadia: a todos los hombres les es útil practicar la música, esto es, la verdadera mú-
5 sica, pero a los arcadios les es imprescindible. No debemos dar crédito a la afirmación, indigna de él, que hace Éforo[51] en el proemio de la *Historia General*, donde establece que la música ha sido introducida en-
6 tre los hombres para seducirles y engañarles. Tampoco debemos creer que los antiguos cretenses y lacedemonios adoptaran sin ningún fundamento la flauta y el

---

[50] Todavía hoy la Arcadia, llamada la Suiza griega, porque es la única región griega que no sale al mar y es, además, montuosa, es un país eminentemente agrícola. Sus alquerías o casas de campo, que recuerdan las masías catalanas, acostumbran a tener plantados, alrededor de la casa, una hilera de cipreses. El número de tales árboles significa el número de personas que, en caso de necesidad, puede albergar hospitalariamente la alquería.

[51] Éforo de Cime, historiador griego procedente del Asia Menor. Fue discípulo de Isócrates. Vivió en el siglo IV a. C., sin que se pueda precisar más. Su obra se ha perdido.

ritmo para la guerra, en sustitución de la trompeta, ni que los arcadios primitivos incorporaran porque 7 sí en su vida pública la música hasta tal punto que la hicieran como nodriza no sólo de los niños, sino aun de los jóvenes hasta los treinta años, a pesar de la gran austeridad con que vivían en todo lo demás.

Es cosa reconocida y notoria que casi sólo entre 8 los arcadios la ley[52] fuerza a los niños a acostumbrarse ya desde su primera infancia a entonar himnos y peanes[53] con los cuales cada uno, según costumbres ancestrales, glorifica a los dioses y héroes del país. Posteriormente aprenden los aires de Filóxeno y de 9 Timoteo[54], y danzan en los teatros cada año, en las Dionisíacas[55], con gran emulación, acompañados por flautistas profesionales, los niños en competiciones infantiles y los jóvenes en las llamadas varoniles.

E igualmente durante toda su vida, cuando organi- 10 zan banquetes, llaman poco a cantores extranjeros; se llaman más entre sí, e imponen a cada uno que cante

52 Aquí el texto griego es ambiguo, y se presta a dos sentidos: a) que la ley obliga a los niños a que aprendan música, o bien b) que se habitúa a los niños a cantar según las leyes de la música. Parece más lógica la primera interpretación.

53 El peán era un canto solemne, ordinariamente polifónico, que se cantaba en ocasiones adecuadas, especialmente en honor de Apolo, pero también de otras divinidades. Homero ya lo menciona en sus poemas. Podía ser canto fúnebre, de gozo, de guerra, etc.

54 Filóxeno de Citera (435-380) vivió en la corte de Dionisio el Tirano; era poeta ditirámbico. Timoteo, poeta y músico, fue contemporáneo suyo (450/360). Con él, acaba la gran poesía lírica griega. Los griegos conocían de oídas al autor de una melodía; cf. la primera escena de la comedia de ARISTÓFANES *Los Acarnienses*.

55 Las fiestas en honor de Dionisio (el Baco de los latinos) se celebraban en diversas épocas del año, y su elemento principal eran las representaciones teatrales, aunque había también canto y danza. Sobre las Dionisíacas de Atenas, cf. MANUEL BALASCH, *Aristófanes*, I, Barcelona, 1969, págs. 41-42.

11 cuando le corresponda. No sienten vergüenza de confesar su ignorancia si se trata de otros conocimientos, pero no pueden negarse a entonar una canción, puesto que todos las aprendieron por obligación; no pueden tampoco reconocer que las saben, pero negarse
12 a ejecutarlas: es entre ellos una cosa humillante. Los jóvenes se ejercitan en marchas militares al son de la flauta, en buen orden, y se entrenan en las danzas para ofrecer un espectáculo a sus conciudadanos todos los años en el teatro, a iniciativa del estado, que sufraga los gastos.

21 Creo que los antiguos introdujeron estas costumbres no como un lujo o como algo superfluo, sino porque veían que cada uno trabajaba por su cuenta, y que la vida se les hacía dura y difícil; consideraron además la austeridad de costumbres que les ha tocado como consecuencia de la pobreza del medio y de la tristeza casi general de la región circundante, características a las que todos los hombres hemos acabado
2 por asimilar nuestra naturaleza. Es por ésta, y no por otra causa, por la que nos diferenciamos muchísimo unos de otros según las razas y los usos[56] de todo tipo en costumbres, talla y pigmentación, y aun en la ma-
3 yoría de las actividades. Los antiguos arcadios querían suavizar y templar la dureza y la severidad de la naturaleza, y por ello introdujeron el arte musical, y además establecieron que la mayoría de las asambleas y sacrificios fueran comunes, sin diferencias para hombres y mujeres, e instituyeron también coros de don-
4 cellas y de muchachos. Lo idearon todo, en suma, con

56 El sentido griego de la palabra *diástasis* es aquí incierto; siguiendo a Schweighäuser, lo he traducido por «uso», muy afín a «institución». Walbank y Foucault interpretan el término en sentido temporal: las (grandes) distancias que nos separan a unos de otros. Pero es evidente que las instituciones «separan» a unos pueblos de otros.

el interés de amansar y de dulcificar por la institución
de unas costumbres la rudeza de su espíritu. Los ci- 5
netenses menospreciaron esto finalmente cuando en verdad necesitaban al máximo de esta ayuda, puesto que tienen el clima y el relieve peores de toda la Arcadia. Además, impulsados por ofensas y por envidias
mutuas, acabaron por convertirse en tan salvajes que 6
en ninguna de las ciudades griegas hubo impiedades
mayores ni más continuas. He aquí una prueba de la 7
desgracia de los cinetenses en este punto concreto y de la aversión de los arcadios restantes hacia sus prácticas.

En aquella ocasión [57] en que los cinetenses cometie- 8
ron la gran matanza, enviaron mensajeros a los lacedemonios; en las ciudades arcadias en las que entraron durante su marcha, todas las demás les echaron al
punto por medio de heraldos, y los de Mantinea, cuan- 9
do los cinetenses ya se hubieron ido, hicieron una purificación ritual y llevaron en círculo a las víctimas por toda su ciudad y todo su territorio.

Debíamos decir esto para evitar que una sola ciudad 10
acarree calumnias a todo el linaje de los arcadios, y también para que no haya en Arcadia habitantes que crean que casi siempre la música se ejercita entre ellos como algo superfluo, y se apresten a desdeñar su
cultivo. Y también de cara a los cinetenses, para que, 11
si el dios les da buena suerte, se humanicen volviéndose hacia la educación, y de ella principalmente a la música. Sólo así podrán acabar con el salvajismo que
entonces se adueñó de ellos. Nosotros, tras haber ex- 12
puesto los sucesos de los cinetenses, regresamos al punto donde iniciamos esta digresión.

57 De todo lo que aquí cuenta Polibio no conocemos nada que no sea por él. En realidad, la historia de Cineta nos es desconocida.

Filipo, en el Peloponeso

22 Los etolios, pues, tras realizar todo esto en el Peloponeso, regresaron sin peligro a su territorio.
2 Filipo, que acudió con tropas en ayuda de los aqueos, se presentó en Corinto, pero demasiado tarde, por lo que envió correos a todos los aliados; les urgía que enviaran inmediatamente legados a Corinto para deliberar sobre
3 los intereses comunes. Él mismo levantó el campo y se dirigió a Tegea, sabedor de que los lacedemonios se habían enzarzado en revoluciones internas y matanzas.
4 Acostumbrados a ser gobernados por reyes y a obedecer en todo a sus jefes, los lacedemonios, liberados entonces inesperadamente por Antígono, ya no tenían un rey entre ellos, por lo que se peleaban; suponían
5 que todos tenían el mismo derecho a gobernar. Al principio dos de los éforos no manifestaban su opinión, pero los otros tres, convencidos de que por su juventud Filipo no podría jamás poner orden en la situación del Peloponeso, se habían hecho partidarios
6 de los etolios. Pero cuando, contra lo que ellos esperaban, los etolios desaparecieron a marchas forzadas del Peloponeso y Filipo se presentó todavía más aprisa
7 desde Macedonia, los tres éforos desconfiaron de uno de los dos restantes, de Adimanto; éste conocía todos sus planes y no estaba muy de acuerdo con lo que estaba pasando. Los tres éforos temían que, una vez Filipo allí, Adimanto le delatara todo lo que se había
8 tramado. En connivencia con algunos jóvenes, estos éforos pregonaron por heraldos que los que estaban en edad militar se presentaran con sus armas en el templo de Atenea Calcieca[58], como si los macedonios estuvie-

---

[58] Calcieca significa «la de casa de bronce». Las ruinas de este templo han sido descubiertas en el N. de la Acrópolis de Esparta. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

ran a punto de llegar a la ciudad. Ante cosa tan inespe- 9
rada, los convocados se concentraron al punto. Adiman-
to, disgustado por lo ocurrido, se adelantó e intentó
exhortar y hacer comprender «que era antes cuando 10
debían haberse ordenado estos pregones y estas con-
centraciones, cuando oíamos que los etolios, nuestros
enemigos, se acercaban a las fronteras de nuestro país,
y no ahora, cuando nos enteramos de que los macedo-
nios, que son nuestros bienhechores, nuestros salvado-
res, se nos aproximan con su rey». Insistía todavía en 11
este punto cuando los jóvenes conjurados se abalanza-
ron sobre él y le mataron, y con él a Estenelao, a Alcá-
menes, a Tiestes, a Biónidas y a muchos más ciudada-
nos. Polifonte, y otros con él, previeron astutamente 12
lo que iba a ocurrir y se pasaron a Filipo.

Después de esto los éforos que quedaban en fun- 23
ciones enviaron al punto a Filipo unos que acusaran
a los asesinados y que le pidieran que retrasara su
llegada hasta que la ciudad se hubiera recobrado de
la revolución pasada; debían informarle también de
que se proponían mantener toda su justicia y humani-
dad para con los macedonios. Los legados encontraron 2
al rey que estaba ya junto al monte Partenio[59], y ha-
blaron según sus instrucciones. El rey les escuchó e 3
indicó a los que habían llegado que regresaran inmedia-
tamente a su país y que comunicaran a los éforos que
él no interrumpiría su avance y que acamparía en
Tegea; creía que los éforos debían mandarle sin tar-
danza hombres prestigiosos que trataran con él aquella
situación. Los que habían salido al encuentro de Fi- 4
lipo hicieron lo que se les decía, y los jefes de los
lacedemonios, al oír la solicitud del rey, le mandaron
diez hombres. Éstos se dirigieron a Tegea y se presen- 5

[59] Situado entre Tegea y Argos. La primera de estas ciudades está en el centro de la Arcadia.

taron en el consejo del rey, presididos por Omias. Allí acusaron a Adimanto y a los suyos como culpa-
6 bles de la revuelta; prometieron a Filipo cumplir lo estipulado en la alianza, y en cuanto a su adhesión a Filipo, no ceder en ella ante nadie, ni aun ante los que
7 parecieran ser sus amigos más verdaderos. Los lacedemonios manifestaron esto y otras cosas por el estilo y se retiraron, pero los participantes en el consejo di-
8 ferían en sus opiniones. Algunos, conocedores de la perfidia de los espartanos y convencidos de que Adimanto y los suyos habían perecido por su adhesión hacia ellos, y de que los lacedemonios proyectaban hacer causa común con los etolios, aconsejaban a Filipo hacer un escarmiento con aquéllos tratándoles de la misma manera que Alejandro había tratado a los
9 tebanos así que recibió el imperio[60]. Otros, en cambio, entre los más ancianos, afirmaban que una cólera así era excesiva ante lo ocurrido: lo que se debía hacer era castigar a los culpables, destituirles y poner el mando y el gobierno en manos de amigos del rey.

24 Finalmente habló el rey, si es que pueden atribuirse al rey los pareceres de entonces, ya que no es natural que un muchacho de diecisiete años pueda tomar decisiones acertadas en cuestiones de tal enver-
2 gadura. Pero a los historiadores nos corresponde atribuir a los jefes supremos las opiniones determinantes de las decisiones. Quienes las oyen, sin embargo, deben entender que es natural que tales argumentos y decisiones correspondan a los que rodean al rey familiar-
3 mente, y sobre todo a sus consejeros, en cuyo caso lo más normal será atribuir a Arato el parecer manifes-
4 tado por el rey. Filipo dijo que las injusticias que entre

[60] Se refiere a Alejandro Magno, que, en el año 335, aplastó un levantamiento de los tebanos contra él y mandó arrasar la ciudad, a excepción de la casa del poeta Píndaro.

sí cometieran los aliados, le correspondía a él corregirlas sólo de palabra o por escrito, con amonestaciones, y que sólo, añadió, «lo que dañaba a la alianza 5
común necesitaba de una corrección y castigo por parte de todos. Públicamente, los lacedemonios no han per- 6
judicado a la alianza común, y han anunciado que se comportarán con nosotros con toda justicia y así resultaría indecoroso disponer contra ellos algo irreparable». En efecto, dijo que sería absurdo que si su 7
padre, que les venció cuando eran enemigos, no les trató mal, él, en cambio, maquinase contra ellos, por una cosa tan pequeña, algo irremediable. Se impuso, 8
pues, el parecer de que debía pasarse por alto lo ocurrido, y rápidamente el rey mandó a Petrayo, uno de sus familiares, junto con Omias y sus hombres, a comprometer al pueblo espartano a favor de la adhesión hacia él y hacia los macedonios, y para que, al mismo tiempo, dieran y recibieran los juramentos de alianza. Él mismo, con su ejército, levantó el campo y se di- 9
rigió a Corinto. En su decisión tocante a los lacedemonios había dado a los aliados un bello ejemplo de su espíritu político.

Inicio de la guerra

Filipo acogió, pues, a los que le 25
llegaban a Corinto desde las ciudades aliadas, se reunió con ellos y les consultó qué debía hacer y cómo se debía proceder con los etolios. Los beocios les acusaron de que en tiempo de 2
paz habían saqueado el templo de Atena Itona[61], los focenses de que habían salido en campaña contra Ambriso y Daulio[62] con el fin de conquistar estas ciudades, los epirotas de que les habían devastado el país. 3

61 Este templo estaba en Coronea, y en él se celebraban los juegos beocios, de los que no sabemos casi nada.

62 Ciudades situadas en las estribaciones orientales del Parnaso; el ataque se produjo entre los años 228/224.

Los acarnanios expusieron de qué modo los etolios habían organizado una acción contra Turio[63], y aún se
4 habían atrevido a atacar, de noche, la ciudad. Además de todo ello los aqueos les reprochaban que habían ocupado Clario, en el territorio de Megalópolis, que en su marcha habían talado el país de los patreos y el de los fareos, que habían expoliado Cineta y, en Lusos, el templo de Ártemis, que habían asediado Clítor; por mar habían acechado la ciudadela de Pilos y por tierra Megalópolis justo cuando empezaba a repoblarse, pues querían destruirla otra vez, ahora con el con-
5 curso de los ilirios. Los diputados de los aliados oyeron todo esto y decretaron por unanimidad declarar
6 la guerra a los etolios. Encabezaron el decreto con las causas citadas, y añadieron la declaración. Acordaron que los aliados se prestarían ayuda mutua en el caso de retención, por parte de los etolios, del territorio o de la ciudad de algunos de ellos contando a partir de la muerte de Demetrio, el padre natural[64] de Filipo.
7 Decretaron igualmente que restablecerían en todas partes las constituciones patrias en las ciudades que contra su voluntad se habían visto forzadas a ingresar en la Confederación etolia: los ciudadanos poseerían sus ciudades y territorios sin guarniciones, sin pagar tributos, como hombres libres, y vivirían según las
8 leyes e instituciones ancestrales. Y redactaron en el decreto que se ayudaría a los anfictiones[65] a restable-

---

63 La Acarnania es la región más occidental de la Grecia central; la plaza de Turio es ilocalizable. Walbank ni tan siquiera la cita en su comentario.

64 Cuando se dice de Amílcar Barca que es padre natural de Aníbal (III 9, 6), o aquí que Demetrio II de Macedonia fue padre natural de Filipo V, se indica solamente que no son hijos adoptivos. Los griegos conocieron también la categoría de hijos ilegítimos, pero entre ellos no equivalía a nuestro concepto de hijos naturales.

65 Los anfictiones eran los diputados de las ciudades grie-

cer sus leyes y el dominio de su templo, del que los etolios les habían privado con la intención de disponer por sí mismos de los asuntos de este santuario.

Se aprobó este decreto en el año primero de la 26
Olimpíada ciento cuarenta[66], y con ello la llamada Guerra Social se inició de modo justo para reparar las injusticias cometidas. Los diputados enviaron inmedia- 2
tamente legados a los aliados para que en cada ciudad el pueblo ratificara el decreto, y así todos desde su país hicieran la guerra a los etolios. A éstos, Filipo 3
les mandó una carta aclarándoles que si tenían algo justo para decir contra aquellas acusaciones, todavía ahora podía haber una reunión y saldar las diferencias mediante negociaciones. Pero si habían supuesto que 4
el hecho de que lo expolien y lo saqueen todo sin ningún tipo de declaración previa haría que las víctimas no fueran protegidas, y que, en el caso de serlo, ellas iban a ser consideradas como causantes de la guerra, los etolios serían los más necios de los hombres. Cuando los jefes etolios recibieron esta carta, 5
primero creyeron que Filipo no acudiría, y así fijaron un día determinado en el que se presentarían en Rion. Pero cuando supieron que Filipo se había presentado, 6
enviaron un correo que aclarara que antes de la asamblea de los etolios ellos no podían decidir nada por su cuenta referente a los asuntos generales. Los aqueos 7
se reunieron en la asamblea correspondiente, aprobaron el decreto y autorizaron los saqueos contra los etolios. El rey se presentó en la asamblea de Egio e 8
hizo un largo discurso que los aqueos acogieron con

gas reunidos en confederación política y religiosa; sus asambleas se reunían en Delfos durante la primavera y en Antela (casi en el golfo de Malia, en su parte meridional) en el otoño. Su función consistía en velar por los intereses comunes de Grecia.

[66] El 220.

agrado, y renovaron con el propio Filipo los sentimientos de amistad existentes ya con sus antepasados.

27 En aquella época correspondía a los etolios elegir sus magistrados, y nombraron general a Escopas, precisamente el culpable de todos los crímenes aducidos.
2 Yo no sé cómo calificar esta elección. Pues hacer la guerra sin declaración, pero atacar con el ejército íntegro[67], llevarse las propiedades de los vecinos, no castigar a los culpables, al contrario, honrar y elegir por generales a los cabecillas de tales acciones, todo esto
3 me parece que rebasa cualquier malignidad. ¿Qué otro nombre se podría aplicar a tales crímenes? Lo que sigue
4 atestigua mis afirmaciones. Cuando Fébidas tomó a traición la plaza de Cadmea[68], los lacedemonios castigaron al culpable, pero no retiraron la guarnición, como si la injusticia se compensara con el daño de su causante: se debía hacer lo contrario, que era lo que
5 realmente interesaba a los tebanos. Otra vez, cuando la paz de Antálcidas[69], proclamaron que devolverían la libertad y la autonomía a las ciudades, pero no revo-
6 caron a los harmostes[70]. Echaron de su ciudad a los de Mantinea, aliados y amigos suyos, y afirmaron que no eran injustos con ellos, ya que les dispersaban de

---

67 Cf. la nota 146 del libro II.

68 Cadmea era la acrópolis o ciudadela de Tebas, que, según la tradición, había sido construida por el héroe legendario Cadmo. Fébidas era un general espartano que la tomó en el año 383.

69 Por la paz de Antálcidas (386), llamada también paz del Rey, porque el emperador persa Artajerjes la impuso a los griegos, se disuelve la liga Beocia, y se determinan las esferas de influencia de Esparta y de Atenas; la ciudad de Mantinea, que es la que aquí interesa, fue demolida y sus habitantes esparcidos por los antiguos poblados que la habían convertido en una plaza fuerte. Cf. nota 20 del libro I.

70 Los harmostes eran los gobernadores militares impuestos por los espartanos en las plazas que ocupaban.

una a muchas poblaciones. Es una maldad tan igno- 7
rante como evidente[71] la del que cree que si él cierra
los ojos los vecinos no ven nada. A ambos estados, 8
Esparta y Etolia, esta mala política les fue causa de
los máximos desastres, y así los que reflexionan rectamente no deberán jamás emularla, ni en privado ni en público.

El rey Filipo ajustó los tratos con los aqueos, le- 9
vantó el campo con su ejército y se dirigió a Macedonia.
Quería efectuar los preparativos bélicos. Con el decre- 10
to citado dio bellas perspectivas de una clemencia y una magnanimidad verdaderamente reales no sólo a los aliados, sino a todos los griegos.

Sincronismo

Todo esto se realizó en el mis- 28
mo tiempo en que Aníbal, dueño ya de todo el país al sur del Ebro, se disponía a atacar la ciudad de
Sagunto. Si las primeras tentati- 2
vas de Aníbal hubieran sido contemporáneas con las acciones de Grecia, es evidente que hubiéramos debido tratar estas últimas yuxtaponiéndolas a las otras del libro anterior, tras establecer un paralelismo con los asuntos de España, siguiendo un orden cronológico.
Pero puesto que las operaciones de Italia, las de Gre- 3
cia y las de Asia han tenido en sus guerras unos principios particulares, aunque el final haya coincidido en el tiempo, decidimos hacer la narración también por separado, hasta llegar a aquel momento en el que las empresas citadas se entrelazan y empiezan a tender a
una única conclusión. Así la exposición de los inicios 4
será siempre más clara y más evidente el enlace que

[71] En realidad, el texto griego presenta aquí una laguna que los editores restituyen cada uno a su manera. La laguna es larga, de toda una línea del manuscrito, lo que hace que sólo se pueda intuir vagamente el sentido de lo omitido. Aquí se traduce según la restitución de Büttner-Wobst.

hemos indicado, pues mostraremos cómo, cuándo y
por qué razones se ha dado. Lo que seguirá será ya
historia general.
5 El enlace de estas empresas se dio hacia el final de
esta guerra, en el año tercero de la Olimpíada ciento
cuarenta[72]. Por eso expondremos los sucesos siguien-
tes de un modo general, según el orden cronológico,
6 y los anteriores por separado, como ya dije, sólo que
en cada ocasión recordaremos lo ya explicado en el
libro anterior. Así a los que atienden la narración les
resultará no sólo fácil de seguir, sino también impo-
nente.

Los preparativos bélicos

29 Mientras pasaba el invierno en
Macedonia Filipo alistó con sumo
cuidado a las tropas para la em-
presa inminente. Al propio tiem-
po aseguró sus fronteras contra
2 los bárbaros que estaban junto a su país. Posterior-
mente se reunió con Escerdiledas, se puso audazmente
en sus manos y trató con él de amistad y de alianza.
3 Le prometió, por un lado, que le apoyaría en sus ope-
raciones contra la Iliria, y por otro acusó a los etolios,
fáciles de acusar; no le costó nada convencerle de que
4 cediera a sus requerimientos. En efecto: las injusticias
cometidas por las naciones se diferencian de las priva-
das sólo por el número y la magnitud de sus conse-
cuencias. En la vida privada, la asociación de sinver-
güenzas y ladrones suele fracasar porque no se tratan
con justicia unos a otros; en suma, por faltar a la
5 palabra dada entre sí. Y es lo que entonces ocurrió a
los etolios, que habían pactado con Escerdiledas que
le darían parte del botín si invadía con ellos la Acaya.
6 Él se dejó convencer, y los ayudó; entre todos saquea-
ron la ciudad de los cinetenses, cogieron prisioneros y

[72] El año 218.

ganado en gran cantidad, pero entonces los etolios no hicieron partícipe en nada a Escerdiledas de lo que habían cogido. Esto suscitó en él una cólera oculta. 7
Filipo hizo una breve alusión al hecho, que Escerdiledas recogió al punto, y se dispuso a entrar en la alianza general, a condición de cobrar veinte talentos anuales y de luchar contra los etolios por mar, por lo que zarparía con veinte esquifes.

Actitud de los acarnanios y de los epirotas

Filipo, pues, se dedicaba a es- 30
tas negociaciones. Los embajadores enviados a los aliados llegaron en primer lugar a la Acarnania y se entrevistaron con los jefes. Los acarnanios ratificaron noblemente el de- 2
creto, y desde su país hicieron la guerra a los etolios, a pesar de que más que con cualquier otro se hubiera debido tener indulgencia con ellos si por temor hubieran diferido o, incluso, omitido la guerra contra sus vecinos. En efecto: están situados en la frontera etolia 3
y reducidos a sus solas fuerzas resultan fácilmente superables. Téngase en cuenta ante todo que hacía muy poco que habían sufrido una experiencia terrible por el odio que profesaban a los etolios. Pero tanto en 4
la vida privada como en la pública no hay nada que los hombres nobles valoren tanto como el deber, cosa que los acarnanios han observado casi siempre en grado no menor al de cualquier otro griego, a pesar de la pequeñez de su fuerza. Nadie, pues, debe vacilar, en 5
momentos difíciles, en aliarse, para sus empresas, con los acarnanios no menos que con los otros griegos, pues tanto en la vida privada como en la pública tienen firmeza y amor a la libertad. Los epirotas, por el con- 6
trario, cuando hubieron oído a los embajadores, ratificaron de modo semejante el decreto, pero votaron hacer la guerra a los etolios cuando el rey Filipo la hubiera iniciado. Y a los embajadores de los etolios les 7

declararon que habían decidido mantener la paz con ellos, actuando de manera equívoca e innoble.

8 Los aqueos enviaron también legados al rey Ptolomeo[73] a solicitar de él que no enviara dinero a los etolios y que no les aprovisionara de nada que perjudicara a Filipo y a sus aliados.

Reacción de los mesenios

31 Los mesenios, por cuya causa comenzó la guerra, respondieron a los embajadores aqueos que Figalea está en su frontera, pero que los etolios la retienen; ellos no iniciarían la guerra hasta que la plaza les fuera
2 arrebatada a los etolios. Impusieron esta respuesta, contra el parecer del pueblo, los éforos en funciones, Enis y Nicipo y algunos otros del grupo oligárquico, unos ignorantes, al menos en mi opinión, que se apar-
3 taron grandemente de una decisión correcta. Yo afirmo que la guerra es algo terrible, pero no tanto, en modo alguno, que debamos soportarlo todo antes de
4 entrar en un conflicto bélico. ¿Por qué nos enorgullecemos tanto de la igualdad, de la libertad de expresión, de la misma palabra libertad si luego no hay nada
5 preferible a la paz? Desaprobamos a los tebanos supervivientes de las guerras médicas porque se apartaron de la lucha en pro de Grecia y eligieron, por miedo, la causa persa, y no alabamos a Píndaro, quien estuvo de acuerdo con ellos en que se mantuviera la paz en estos versos:

6 *Quien pretenda situar en la calma*
la comunidad de los ciudadanos, que busque
de la magnánima tranquilidad
la espléndida luz[74].

---

[73] Ptolomeo IV Filopátor (221-204?). Cf. nota 180 del libro II.
[74] Es el fr. 109 de Píndaro en la edición de Bergk.

De momento dio la impresión de hablar persuasi- 7
vamente, pero muy poco después se comprobó que
había hecho la afirmación más perniciosa y vergon-
zosa, pues la paz con justicia y decoro es la más bella 8
y provechosa de las adquisiciones, pero si la acompa-
ñan la maldad o la esclavitud censurables, es lo más
vergonzoso y perjudicial de todo.

Los jefes de los mesenios, de tendencia oligárquica, 32
se guiaban por su provecho particular e inmediato, y
tenían siempre a la paz en una estimación excesiva.
Por ello, aunque se habían encontrado en situaciones 2
críticas, lograron bastantes veces eludir horrores y
peligros, pero esta política les acumuló cada vez más
lo más duro de aquellos horrores, y fueron los causan-
tes de que su patria debiera afrontar las desgracias
más grandes. Creo que la causa es la siguiente: eran 3
vecinos de los dos pueblos más importantes del Pelo-
poneso, por no decir de toda Grecia, de los arcadios y
los laconios. Uno de éstos les fue siempre enemigo 4
irreconciliable desde que ellos ocuparon el país, el otro
les fue amigo y protector. Ahora bien: los mesenios
no dieron un tratamiento noble ni a su enemistad con-
tra los lacedemonios ni a su amistad con los arcadios.
Cuando los lacedemonios estaban en guerra civil o 5
contra un tercero, ello les ocupaba, y ocurría lo que
convenía a los mesenios, quienes siempre estaban en
paz y sin peleas con los vecinos; su territorio no estaba
en el lugar del conflicto. Pero cada vez que los lace- 6
demonios estaban en paz y sin problemas, se dedicaban
a dañar a los mesenios. Entonces éstos eran incapaces 7
de afrontarles, porque los lacedemonios son potentes,
pero los mesenios tampoco se habían ganado amigos
verdaderos, por lo cual o bien se veían forzados a so-
portar el peso de la servidumbre, o bien, si querían
rehuir la esclavitud, debían exiliarse, dejando su país
con sus mujeres y sus hijos. Esto último lo sufrieron 8

9 muchas veces y en tiempos no lejanos. ¡Ojalá que el estado actual del Peloponeso continúe prosperando, para que nadie necesite del consejo que les voy a dar!
10 Pero si vuelven a verse poseídos por perturbaciones y cambios, para los mesenios y los megalopolitanos sólo veo una esperanza de que conserven su país por más tiempo: que, según el parecer de Epaminondas[75], se pongan de acuerdo y se alíen sinceramente, unos y otros, en todo tiempo y ocasión.

33 Este consejo se ve innegablemente confirmado por
2 hechos antiguos. Entre otras muchas cosas, los mesenios dedicaron en tiempos de Aristómenes[76] incluso una estela junto al altar de Zeus Lobuno[77]; en ella grabaron la inscripción siguiente:

3 Halló el tiempo un castigo contra un mal rey, no lo dudes,
y Mesenia el traidor, con el concurso de Zeus,
cómodamente. No es fácil que al dios eluda un perjuro.
¡Salve, rey Zeus, paladín! ¡Sé de la Arcadia tutor!

4 Fue cuando se vieron privados de su patria cuando grabaron esta inscripción en la que suplican a los dioses que salven la Arcadia como si se tratara, creo yo, de
5 una segunda patria. Y obraron así con razón, pues los arcadios no sólo acogieron a los mesenios huidos de su patria tras el desastre de la guerra de Aristómenes, y les hicieron ciudadanos partícipes de sus propios hogares, sino que decretaron dar a sus hijas en matri-
6 monio a los mesenios que estuvieran en edad. Además,

---

75 Esta opinión del famoso general tebano sólo la cita Polibio.

76 Aristómenes es un personaje antiguo, y muy obscuro, del siglo VII, o quizás del VI, pero no posterior.

77 Este altar estaba en el monte Liceo, en la Arcadia, hacia el S. de la montaña.

al descubrir la traición del rey Aristócrates en la batalla llamada de Tafro[78], le ejecutaron y extinguieron todo su linaje. Pero no es preciso remontarnos tan 7
lejos: los últimos hechos después del sinecismo[79] entre Megalópolis y Mesene pueden ofrecer suficiente garantía acerca de nuestras afirmaciones. En aquellos tiem- 8
pos en que tras la batalla de Mantinea no era clara la victoria de ningún griego debido a la muerte de Epaminondas, los lacedemonios se oponían a que los mesenios participaran en los pactos, pues abrigaban la esperanza de apoderarse de la Mesenia. Sin embargo, 9
los megalopolitanos y todos sus aliados de Arcadia pusieron tanto empeño en que los aliados aceptaran a los mesenios y éstos participaran en pactos y juramentos, que lo lograron; los lacedemonios fueron los únicos excluidos del tratado. Quien piense, en el futuro, en 10
todo esto, ¿no juzgará que hemos dicho con razón lo que acabamos de exponer?

Tenía que decir esto por los arcadios y los mese- 11
nios, para que recuerden las calamidades que los lacedemonios han hecho caer sobre sus patrias, y mantengan sinceramente la lealtad y la confianzas mutuas. No 12
deben abandonarse al miedo[80] ni desear excesivamente la paz; no deben dejarse en la estacada, unos a otros, en los momentos críticos.

---

78 Cf. PAUSANIAS, IV 17 y 22. Tomado como substantivo común, Tafro significa «fosa»; algunos traducen «la batalla de la Fosa».

79 Sinecismo o fundación. FOUCAULT, *Polybe*, III, ad loc., traduce erróneamente «reagrupación». Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

80 El miedo de la guerra. Pero se sobreentiende suficientemente, por lo que es excesivo ponerlo entre paréntesis en el cuerpo de la traducción, como hace Foucault.

34 *En la Lacedemonia* Los lacedemonios —pues esto se enlaza con lo anteriormente expuesto— acabaron haciendo[81] lo que es usual en ellos: despacharon sin respuesta a los embajadores de los aliados: su maldad y su necedad les
2 habían puesto en un gran apuro. Creo que lleva razón el dicho de que muchas veces una audacia excesiva
3 se convierte en locura, y suele acabar en nada. Después fueron nombrados otros éforos; se trataba precisamente de los hombres que desde el principio habían suscitado la revuelta y habían promovido la matanza a que aludimos. Estos éforos mandaron un mensaje
4 a los etolios solicitando de ellos un embajador. Los etolios les atendieron satisfechos, y al cabo de poco
5 llegó como embajador a Lacedemonia Macatas, quien se dirigió al instante a los éforos...[82]. ...(ellos) opinaban que Macatas debía poder hablar al pueblo. Exigían, además, que se restableciera la realeza según las leyes patrias, sin dejar por más tiempo inactivo, de manera
6 ilegal, el cetro de los Heraclidas. La situación, en conjunto, no satisfacía a los éforos, pero eran incapaces de afrontar las presiones, y temían además una conjuración de los jóvenes. En cuanto al asunto de los reyes, aseguraron que pensarían sobre ello más tarde, y con-
7 cedieron el acceso a la asamblea a Macatas. Reunido

[81] El texto griego es aquí algo equívoco, y se presta a dos traducciones igualmente aceptables: a) la que se da en el texto, y b) «hicieron, sin duda alguna».

[82] En el texto griego original hay, sin duda alguna, una laguna que ocupa una línea. El sentido debe ser, más o menos: «y éstos le retuvieron e impidieron que se presentara en la asamblea del pueblo. Entonces los jóvenes, enfurecidos, acudieron allí y promovieron alborotos». Esto, naturalmente, es una paráfrasis del sentido de lo omitido en la laguna, pues en ella no hay espacio para tanto texto. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

el pueblo, Macatas avanzó e hizo una larga exhortación
para que los lacedemonios se decidieran a aliarse con
los etolios, a los que alababa sin razón y con mentiras;
acusaba de manera temeraria y gratuita a los macedo-
nios. Cuando Macatas se hubo retirado se armó una 8
gran discusión: unos abogaban por los etolios e inci-
taban a establecer una alianza con ellos, pero no fal-
taban quienes les contradecían. Algunos ancianos re- 9
cordaron al pueblo los beneficios recibidos de Antígo-
no y de los macedonios, y los daños que les habían
inferido Caríxeno y Timeo cuando los etolios salieron
a campaña con todo su ejército y les destruyeron el
país [83], llevándose como esclavos a los periecos [84]; lle-
garon a acechar a la ciudad de Esparta, introduciendo
en ella, con violencia y engaño, a los exiliados. Los 10
lacedemonios cambiaron de opinión y al final se con-
vencieron de que debían mantener su alianza con Fi-
lipo y los macedonios; Macatas regresó fracasado a 11
su país.

Los que habían instigado la sedición desde el prin- 35
cipio no podían ceder, en modo alguno, a las circuns-
tancias, y de nuevo se propusieron cometer la más
impía de las acciones; para ello corrompieron a algu-
nos jóvenes. En cierto sacrificio tradicional los que 2
estaban en edad militar debían desfilar con sus armas
hacia el templo de Atenea Calcieca, y los éforos debían
llevar los preparativos para el rito sin moverse del

[83] Esta invasión tuvo lugar hacia el año 240, y los citados eran los jefes etolios.

[84] Cuando los dorios invadieron el Peloponeso, en la Laconia dividieron a los nativos en dos grandes grupos, los hilotas y los periecos. Estos últimos eran fundamentalmente los habitantes del valle del Eurotas, y recibieron un *status* tolerable. No eran ciudadanos espartanos, pero sí hombres libres que podían ejercer libremente cualquier profesión. Su única obligación era la de acompañar, en calidad de infantería pesada, a los espartanos cuando salían en campaña.

3 recinto sagrado. En aquella ocasión algunos jóvenes
que desfilaban con sus armas atacaron de golpe a los
éforos mientras éstos realizaban el sacrificio y los de-
gollaron, a pesar de que aquel santuario ofrecía asilo
inviolable a todos los que se refugiaban en él, incluso a
4 los condenados a muerte[85]. Pero entonces la crueldad
de aquellos temerarios llegó a tal punto de desprecio
que asesinaron a todos los éforos junto al altar y a la
5 mesa del sacrificio. Y prosiguieron la ejecución de sus
planes: de entre los ancianos mataron a Gíridas y a
sus partidarios, y desterraron a los que se oponían a
los etolios. Eligieron a los éforos de entre ellos mismos
y establecieron una alianza con la Confederación eto-
6 lia. Cleómenes y la simpatía que sentían por él fue
sobre todo quien les impulsó a cometer estas infamias,
a cargar con el odio de los aqueos, a mostrarse desagra-
decidos ante los macedonios y, en suma, a ser incon-
siderados con todos. No perdían la esperanza, y aguar-
daban a que Cleómenes se presentara y les salvara.
7 Los que saben tratar a los que les rodean no sólo
cuando están presentes, sino incluso cuando están
8 muy lejos, dejan un rayo muy fuerte de adhesión
a su persona. Dejando otros aspectos aparte, desde la
caída de Cleómenes, hacía ya casi tres años que los
lacedemonios se gobernaban según las instituciones
9 patrias, y no habían pensado jamás en restablecer
reyes en Esparta, pero así que les llegó la noticia de
la muerte de Cleómenes, el pueblo y los éforos actua-
10 ban de acuerdo con las ideas de los revolucionarios, y
eran ellos los que habían pactado la alianza con los
etolios reseñada un poco más arriba[86]; nombraron de

---

[85] Esta ceremonia ritual nos es desconocida; no nos ha llegado por ninguna otra fuente, pero el desarrollo de esta conjura recuerda fuertemente la muerte de los Pisistrátidas, cosa que no parece haber visto nadie. Cf. TUCÍDIDES, VI 53, 2, y 59, 4.

[86] Cf. 34, 5.

modo legal y oportuno a uno de los reyes, a Agesípolis, que todavía era un muchacho, hijo de Agesípolis, y éste de Cleómbroto[87]. Este último había subido al trono 11
cuando Leónidas fue expulsado de él, porque por parentesco resultaba el más afín a esta casa. Como tutor del 12
muchacho nombraron a Cleómenes, hijo de Cleómbroto y hermano de Agesípolis. En cuanto a la otra dinastía, 13
Arquidamo, hijo de Eudámidas, había tenido dos hijos de la hija de Hipodemonte[88]; éste vivía aún, hijo de Agesilao y nieto de Eudámidas. Además había muchos otros que descendían de esta familia, parientes más alejados que los citados, pero en línea directa. Los éforos dejaron a un lado a todos éstos y nombraron rey a Licurgo, cuando ningún antepasado suyo había 14
gozado de este título. Pero Licurgo pagó un talento a cada éforo, y así se convirtió en descendiente de Heracles y en rey de Esparta. ¡No de otro modo se com- 15
pran, en todas partes, las cosas apetecibles! Sin embargo, no fueron los hijos de los hijos, sino los mismos que hicieron este nombramiento los que pagaron el precio de su locura.

Cuando supo lo ocurrido entre los lacedemonios, 36
Macatas acudió de nuevo a Esparta y pidió a los reyes y a los éforos que hicieran la guerra a los aqueos. Pues 2
sólo así, dijo, cesaría la hostilidad de los lacedemonios que intentan romper de cualquier modo las alianzas con los etolios y las de los que, en Etolia, se comportan como ellos. Los éforos y los reyes atendieron este rue- 3

---

87 Cleómbroto, abuelo de Agesípolis II, era el segundo de este nombre, que reinó en Esparta del 243 al 240. Era yerno de Leónidas II, rey espartano que se vio depuesto y repuesto en el año 240.

88 Arquidamo era el hermano pequeño de Agis, e Hipodemonte el hijo de Agesilao, cuya hermana, Agesístrata, fue madre del rey Agis. Cf. Walbank, *Commentary*, ad loc.

go, y Macatas se fue tras haber conseguido su propó-
4 sito por la necedad de la otra parte. Licurgo tomó los soldados y a un cierto número de ciudadanos, e invadió la Argólida; los pactos establecidos anteriormente hicieron que los argivos no se hubieran precavido en ab-
5 soluto. Licurgo, pues, atacó imprevistamente, y tomó Policna, Prasia, Léucade y Cifante; atacó también Glim-
6 pas y Záraca[89], pero en ellas fue rechazado. Éstas eran las operaciones del rey espartano. Los lacedemonios promulgaron un decreto de rapiña contra los aqueos; Macatas consiguió persuadir a los eleos diciéndoles lo mismo que había dicho a los lacedemonios; los eleos hicieron la guerra a los aqueos.

7 A los etolios las cosas les habían salido bien contra lo que ellos mismos esperaban, de modo que entraron en la guerra con buen ánimo, lo contrario de los
8 aqueos, pues Filipo, en quien tenían depositadas sus esperanzas, estaba todavía en plenos preparativos, los epirotas diferían la entrada en la guerra y los mesenios
9 no hacían nada. Los etolios se habían aprovechado de la simpleza de eleos y lacedemonios y rodearon por todas partes a los aqueos con un cinturón de guerra.

Sincronismo

37 Precisamente en este tiempo terminaba el período de mando de Arato, y correspondía recogerlo a su hijo, llamado también Arato, nombrado general por los
2 aqueos. El general de los etolios era Escopas, que estaba precisamente en la mitad del período de vigencia de su cargo. En efecto: los etolios elegían las magis-

89 La región que ataca Licurgo está al E. de la cordillera del Parnón. Prasias y Cifante son ciudades costeras. Policna es la actual Vigla; la ubicación exacta de Léucade se desconoce. Záraca es la moderna Ieraca; la ubicación de Slimpas se desconoce también. Esta región se la disputaban continuamente Esparta y Argos.

traturas inmediatamente después del equinoccio de otoño, los aqueos lo hacían en el orto de las Pléyades[90]. Estaban ya en pleno verano; Arato el Joven había co- 3
gido el mando; todas las guerras encontraron simultáneamente su causa y su principio. Pues en la misma 4
época Aníbal se disponía a asediar Sagunto, los romanos enviaban a Lucio Emilio a la Iliria, con un ejército, contra Demetrio de Faros. Todo esto se ha expuesto en el libro anterior.

Antíoco, cuando Teodoto le hubo entregado Tiro y 5
Ptolemaida[91], intentaba ocupar la Celesiria; Ptolomeo se preparaba para la guerra contra Antíoco. Licurgo, 6
que quería iniciar la guerra en las mismas condiciones que Cleómenes, había acampado delante del Ateneo de Megalópolis y lo asediaba. Los aqueos habían concentrado caballería e infantería mercenarias con vistas a la guerra inminente. Filipo salió de Macedonia[92] con 7
su ejército, con diez mil hombres de la falange[93] macedonia, cinco mil peltastas, y con ellos ochocientos jinetes.

Éstos eran los preparativos que se hacían, y los 8
proyectos. En aquel mismo tiempo los rodios hacían la guerra a los bizantinos por las razones siguientes:

---

90 O sea, en el mes de mayo.

91 Polibio trata de esto en el libro siguiente: V 40 y 61.

92 Filipo V (222-179).

93 La falange macedonia fue un dispositivo militar que permitió a Filipo, padre de Alejandro, grandes éxitos militares; imitaba la falange tebana, creación de Epaminondas, pero con un armamento más eficaz. Básicamente consistía en dar, a un ala, una gran profundidad en hileras de hombres mediante cuya carga se aniquilaba el enemigo.

38 *Situación de Bizancio*

En cuanto al mar, los bizantinos ocupan el lugar mejor situado de todo el mundo que habitamos, tanto por la seguridad de que goza como por la prosperidad de que disfruta, pero por tierra el más desfavo-
2 rable de todos desde ambos puntos de vista. Por mar, Bizancio está junto a la entrada del Ponto Euxino[94], en posición dominante, y ningún mercader puede entrar o salir por él sin el consentimiento de los bizantinos.
3 El Ponto Euxino posee muchas de las cosas útiles que los hombres necesitan para vivir; de todo ello son due-
4 ños los bizantinos. En efecto: las regiones del Ponto nos proporcionan de manera abundante y lucrativa lo que resulta indispensable para la vida: rebaños y muchos hombres reducidos a la esclavitud; la cosa es bien notoria. Nos aprovisiona también copiosamente de ar-
5 tículos más bien superfluos, miel, cera y salazón. Los bizantinos aceptan como pago nuestros excedentes de aceite y vinos de todo tipo. En cuanto al trigo, se hace un intercambio: a veces, si es oportuno, lo venden;
6 otras lo compran. Si los bizantinos hubieran querido dañar a los griegos y unirse ya a los galos o, más frecuentemente, a los tracios, o bien hubieran querido abandonar sus tierras, los griegos se hubieran visto privados de aquellos géneros, o cuando menos el comer-
7 cio no les hubiera reportado ninguna ganancia: tanto la estrechez de la vía marítima como la gran cantidad de pueblos bárbaros que lo flanquean nos harían impracticable el Ponto Euxino: la cosa no se puede negar.
8 Sin duda, son los bizantinos los que, para su subsistencia, extraen mayor provecho de la excepcionalidad
9 de sus parajes. Todo lo que les sobra, lo exportan; importan fácil y ventajosamente lo que les falta, sin

94 El Mar Negro.

ningún riesgo ni penalidad. Pero ya hemos apuntado
que también los griegos restantes tienen muchas ga-
nancias debidas a los bizantinos. Por esto los bizanti- 10
nos se convierten en bienhechores comunes de todos,
y es lógico que obtengan agradecimiento y ayuda de
los griegos si se les vienen encima peligros por parte
de los bárbaros.

Puesto que la mayoría ignora las peculiaridades y 11
la situación ventajosa de este país, algo apartado de
lugares más visitados del universo, queremos que todos 12
conozcan y se conviertan sobre todo en testigos ocu-
lares de estos sitios que tienen algo distinto y curioso,
y si ello no resulta hacedero, que posean cuando menos
una idea y una noción lo más próximas posible a la
realidad. Así que se debe declarar en qué consiste y 13
qué es lo que logra una tal y tan grande prosperidad
de la ciudad en cuestión.

El Ponto Euxino

Lo que llamamos Ponto Euxino 39
tiene un perímetro de cerca de
veintidós mil estadios y dos em-
bocaduras, situadas una frente a
otra, la de la Propóntide y la del
Lago Meótido[95]; esta última tiene un perímetro de ocho
mil estadios[96]. Muchos grandes ríos de Asia y otros 2
todavía más caudalosos y en mayor número, europeos,
desembocan en estas dos cuencas; la del Lago Meó-
tido, rebosante por estos ríos, vierte en el Ponto Euxino
por una de sus bocas, y del Ponto Euxino a la Pro-
póntide. La embocadura del Lago Meótido se llama 3
Bósforo Cimerio[97]; tiene unos treinta estadios de an-

[95] Son el Mar de Mármara, entre el Helesponto y el Bósforo de Tracia, y el actual Mar de Azov, respectivamente.

[96] Notan los comentaristas que las dimensiones indicadas por Polibio en todo este capítulo son notablemente próximas a la realidad.

[97] Hoy es el estrecho de Yenikale. El otro es el Bósforo propiamente dicho, delante de Constantinopla.

4 cho y sesenta de largo; toda ella es poco profunda. La
boca del Ponto se llama, paralelamente, Bósforo Tra-
cio; su longitud es de ciento veinte estadios, su an-
5 chura no es en todas partes la misma. El paso que
hay entre Calcedonia y Bizancio, situadas a catorce
estadios una de otra, empieza en la embocadura de la
6 Propóntide. Por el lado del Ponto Euxino empieza en
el llamado Hierón[98], en cuyo lugar dicen que Jasón
cuando regresaba de la Cólquide ofreció un primer sa-
crificio a los doce dioses. Está situado en la costa de
Asia, a una distancia de doce estadios de Europa, donde
se levanta, precisamente enfrente, el Serapeo de Tracia.

7 Dos son las causas por las cuales el agua fluye con-
tinuamente del Lago Meótido y del Ponto Euxino. Una
de ellas es obvia y evidente a todo el mundo: si mu-
chas corrientes caen dentro de la circunferencia de
unos recipientes limitados, entonces el nivel del agua
8 sube continuamente. Ésta, si no encuentra salida por
ninguna parte, necesariamente se elevará cada vez más
y ocupará un área cada vez mayor de la cuenca. Pero
si hay salidas, el agua sobrante irá creciendo y se ver-
9 terá ininterrumpidamente por estas bocas. La segunda
causa es que los ríos aportan gran cantidad de mate-
rial de aluvión de todo tipo hacia las cuencas en cues-
tión; ello es debido a la intensidad de las lluvias. En-
tonces el agua se ve obligada a desplazarse por la
presión de los bancos que se acumulan, y por eso crece
continuamente, y se vierte de la misma manera por las
10 desembocaduras existentes. Puesto que el depósito y
el vertido de materia de aluvión son incesantes y con-
tinuos, se sigue de ahí que también ha de ser constante
y continuo el vertido por las bocas.

---

98 Templo dedicado a Zeus Ourios (= limítrofe), en la costa asiática.

Éstas son las razones verdaderas por las cuales el 11
agua del Ponto Euxino vierte hacia afuera. Su credibi-
lidad no se funda en narraciones de comerciantes, sino
en una explicación natural; no sería fácil encontrar
otra más exacta.

Puesto que nos hemos detenido en este punto, no 40
hay que dejar nada que no se haya fundamentado, ni
tan siquiera lo que está en la propia naturaleza, que
es lo que suele hacer la mayoría de los historiadores;
debemos usar más de una exposición apodíctica[99], pero
no dejar dificultades a los interesados en nuestra in-
vestigación. Esto es lo indicado para nuestra época, 2
en la que todos los parajes se han convertido en acce-
sibles por tierra o por mar, y no sería adecuado usar
como testigos de regiones desconocidas a poetas y a
mitógrafos. Esto lo han hecho casi siempre nuestros 3
predecesores, quienes, según el dicho de Heráclito,
«aportan como garantías, en puntos discutidos, a unos
que no merecen crédito»[100]. Debemos intentar que nues-
tra historia ofrezca por sí misma confianza a sus lec-
tores.

Afirmamos, pues, que ya antiguamente, y también 4
ahora, en el Ponto Euxino se acumula material de alu-
vión, y que, con el tiempo, él y el Lago Meótido se lle-
narán por completo si continúa la misma disposición
de estos lugares y las causas de este acumulamiento
van actuando ininterrumpidamente. Efectivamente: el 5
tiempo es ilimitado, pero las cuencas son limitadas por

---

99 Esta terminología de la época significaba exposición acompañada de pruebas. Referente a esto puede leerse con provecho Díaz Tejera, *Polibio*, págs. LXXXV-XCI.

100 Este fragmento de Heráclito no es conocido únicamente por este texto de Polibio. Cf. H. Diels, *Fragmente der Vorsokratiker*, I, Berlín, 1951, pág. 149. Si Polibio ha leído directamente a Heráclito o bien ha tomado la cita ya de otro autor, por ejemplo, Eratóstenes, cf. Walbank, *Commentary*, ad loc.

todos lados. Luego es evidente que, por mínima que
6 sea la acumulación, con el tiempo se llenarán. Es ley de naturaleza que una cantidad limitada que crece o decrece continuamente durante un tiempo ilimitado, aunque se haga en proporciones mínimas, nótese ello bien, forzosamente llegue al término previsto según su
7 sentido. Y si el aluvión que se acumula no lo hace en cantidades mínimas, sino lo contrario, muy grandes,
8 esto que anunciamos ocurrirá dentro de poco. Y se ve que ya ha ocurrido, pues el Lago Meótido ya ahora se ha rellenado; en su mayor parte tiene de cinco a siete brazas de profundidad, y no es navegable por naves
9 de gran calado si no las guía un práctico. Al principio era un mar que comunicaba con el Ponto Euxino, según el testimonio unánime de los antiguos, pero ahora es un lago de agua dulce, pues la del mar se vio impulsada por aluviones, y ha prevalecido el agua de los
10 ríos. Algo semejante ocurrirá en el Ponto Euxino, es más, ocurre ya, pero todavía hay muchos que no lo comprenden por la enormidad de su cuenca. Pero ya ahora es claro este hecho a los que se detienen algo a observarlo, por poco que sea.

41 En efecto, el río Danubio, procedente de Europa, desemboca en el Ponto por numerosas bocas, y frente a él se ha formado una barra de casi mil estadios, que dista de tierra firme un día de navegación; esta barra se ha formado por el aluvión transportado desde las
2 bocas. Los que navegan por el Ponto Euxino corren, aun en alta mar, por encima de esta barra, y por la noche embarrancan en estos lugares, de los que no se han apercibido. Los navegantes llaman a este paraje
3 *Stêthē*[101]. He aquí la causa que, según parece, hace que el limo no se detenga junto a la tierra firme, sino

---

101 Término griego, cuyo significado es «los pechos».

que se vea empujado mucho más lejos. Mientras 4
las corrientes de los ríos, por la fuerza de su empu-
je, dominan y desplazan el agua del mar, es inevita-
ble que la tierra y todo lo que transportan las co-
rrientes se vea impulsado y no encuentre reposo ni
estabilidad. Pero cuando las corrientes ya se diluyen 5
por la profundidad y la masa de las aguas marinas, es
lógico que el limo caído hacia abajo por ley natural,
se detenga y adquiera consistencia. Por esta razón las 6
barras de los ríos grandes e impetuosos están lejos, y
las aguas próximas a la tierra son profundas; las barras
de los ríos pequeños y débiles se forman junto a las
mismas desembocaduras. Esto resulta evidente especial- 7
mente en las épocas de las grandes lluvias: entonces
aún las corrientes pequeñas, cuando por su fuerza ven-
cen al oleaje, empujan el limo mar adentro, de modo
que en cada caso la distancia resulta proporcional a
la fuerza de las corrientes que desembocan. Sería necio 8
dudar de las dimensiones del banco citado y de la can-
tidad de piedras y tierra que el Danubio transporta,
cuando tenemos a la vista que un torrente cualquiera 9
se abre paso en poco tiempo por lugares abruptos, y
arrastra toda clase de maderas, tierra y piedras, y
forma unas barras tan enormes que a veces varían el
aspecto de los lugares y en poco tiempo los convierten
en desconocidos.

Por todo ello no es natural extrañarse si unos ríos 42
tan caudalosos y tan rápidos en su fluencia ininterrum-
pida producen el resultado antedicho y acaban por re-
llenar el Ponto Euxino. Si se razona correctamente, se 2
ve claro que esto es no ya natural, sino ineludible.
Una señal de lo que va a ocurrir: en el mismo grado 3
que ahora el Lago Meótido es más dulce que el Mar
Póntico se ve que éste difiere del Mar Mediterráneo.
Esto evidencia que cuando el tiempo en que se ha lle- 4
nado el Lago Meótido alcance una duración proporcio-

nal al tiempo que exige la cuenca en relación a la otra, ocurrirá que el Ponto Euxino se convertirá en un lago limoso y dulce, exactamente comparable al Lago Meótido.

5 Y hay que suponer que éste se llenará más velozmente, por cuanto son más numerosas y mayores las corrientes de los ríos que desembocan en el Ponto Euxino[102].

6 Teníamos que decir esto a quienes son escépticos acerca de si se rellena ahora y si se rellenará el Ponto,
7 y si este mar será como un estanque cenagoso. Y había que decirlo, todavía más, ante los embustes y las fantasías de los navegantes, para que, por nuestra inexperiencia, no nos veamos en la situación de atender puerilmente a cualquier cosa que se nos diga. Si disponemos de algún rastro de verdad, por él podemos juzgar si lo dicho es verdadero o falso.

8 A continuación pasamos a tratar de la ventajosa situación de los bizantinos.

43 El estrecho que une al Ponto y la Propóntide tiene una anchura de ciento veinte estadios, tal como dije un poco más arriba; por el lado del Ponto Euxino lo delimita el Hierón, y por el lado de la Propóntide el
2 espacio situado alrededor de Bizancio. En medio de ambos se encuentra el Hermeo[103], por el lado de Europa, en un promontorio formado por un saliente situado junto a la boca misma. Este saliente dista de Asia unos nueve estadios, y es el lugar más estrecho de todo este paso. Se afirma que fue aquí donde Darío unió las dos orillas cuando realizó su travesía contra
3 los escitas. En todo el trecho restante, desde el Ponto la fuerza de la corriente es más o menos constante,

---

102 El Dniéper, el Dniéster.

103 Estaba emplazado donde hoy lo está el castillo de Boghaskessen.

porque la distancia entre las dos orillas opuestas es
igual a las dimensiones de la embocadura. Pero así 4
que llega al Hermeo, del lado de Europa, donde hemos
dicho que hay el lugar más estrecho, entonces esta co-
rriente que viene del Ponto Euxino se encuentra ce-
rrada y ataca violentamente el promontorio, desde
donde rebota como si fuera por un golpe, y se lanza a
los parajes fronteros de Asia, desde los cuales nueva- 5
mente da un giro y retrocede hacia las puntas de Euro-
pa llamadas de Hestia [104]. Desde ellas vuelve a lanzarse 6
y se precipita sobre la llamada Vaca [105], que es un
lugar de Asia en el que cuentan los mitos que se detuvo
por primera vez Io cuando hubo cruzado el estrecho.
Por último, la corriente, que arranca, ya al final, del 7
lugar llamado la Vaca, es llevada hacia Bizancio, y
cerca de la ciudad se escinde, y el brazo menor delimita
un golfo denominado «El Cuerno» [106], mientras que el
mayor retrocede otra vez, pero ya no tiene fuerza su- 8
ficiente para alcanzar la costa que tiene enfrente, la del
país de Calcedonia [107]; tras haber cambiado muchas ve- 9
ces de ruta y al tener el estrecho aquí más anchura, la
corriente en estos parajes ya se va desvaneciendo, y
los rebotes de costa a costa no se hacen bruscamente
y en ángulo agudo, más bien en ángulo obtuso; por 10
este motivo no llega a la ciudad de Calcedonia y fluye
a lo largo del estrecho.

Lo que ahora acabamos de exponer es lo que hace 44
que la ciudad de Bizancio goce de la situación más ven-

---

104 La palabra griega correspondiente significa «hogar» en sentido religioso; seguramente en la punta del promontorio había un templo.

105 Polibio es el único que relaciona este lugar con el mito de Io. Está en el N. de Scútari. El lugar, exactamente, se llama Arnantkoi.

106 El Cuerno de Oro, entre Estambul y Galata.

107 Ciudad situada en la orilla asiática, en la entrada del Bósforo.

tajosa y la de Calcedonia lo contrario, aunque a simple vista la posición de ambas sea equivalente en cuanto a
2 su ventaja. Sin embargo, no es fácil navegar hacia Calcedonia ni aún si se desea; en cambio, como ahora mismo hemos afirmado, la corriente te lleva de forma
3 ineludible, aunque no quieras, hacia Bizancio. He aquí una prueba de ello: los que desde Calcedonia quieren dirigirse a Bizancio no pueden navegar en línea recta a través de la corriente que hay de por medio, sino que deben remontar hasta la Vaca y el lugar llamado Cri-
4 sópolis[108] (retenido tiempo atrás por los atenienses, por consejo de Alcibíades, cuando intentaron por primera vez cobrar un peaje a los que navegaban hacia el Ponto), y delante de Crisópolis se abandonan a la corriente, con lo que son llevados automáticamente
5 hasta Bizancio. Lo mismo sucede a los que navegan
6 desde el otro lado de la ciudad, porque los que lo hacen con vientos del Sur desde el Helesponto o se dirigen, con los etesios[109], del Ponto al Helesponto, siempre encuentran el trayecto, desde Bizancio, a lo largo de la costa europea hasta el principio del estrecho de la Propóntide, entre Sesto y Abido[110], directo y cómodo, y
7 lo mismo desde aquí, el regreso hacia Bizancio. Pero desde Calcedonia, a lo largo de la costa de Asia, es lo contrario, pues se debe costear un golfo profundo, y
8 el país de Cízico[111], penetra mucho en el mar. Tanto por la corriente como por lo indicado antes, si se procede del Helesponto para dirigirse a Calcedonia, es empresa no fácil navegar normalmente y costear Europa hasta llegar cerca de Bizancio, y aquí virar y poner

---

108 Literalmente «ciudad de oro». Actualmente Scútari.

109 Vientos del N.

110 Ciudades que están frente a frente, en las costas asiáticas y europeas del Helesponto, respectivamente, en uno de los lugares en que éste es más estrecho precisamente.

111 Plaza situada cerca de Abido, al N., en su misma costa.

rumbo a Calcedonia. De la misma manera, cuando se 9
sale de este puerto es absolutamente imposible zarpar
directamente hacia Tracia, porque la corriente central
es excesivamente fuerte, y también por los vientos,
que, tanto si son del Norte como del Sur, siempre son
desfavorables para las dos travesías, porque el del 10
Sur empuja siempre hacia el Ponto y el del Norte
aleja de él, y éstos son los vientos que se deben uti-
lizar para la ruta de Calcedonia al Helesponto, o vi-
ceversa.

Éstos son los factores que otorgan a Bizancio, por 11
mar, una situación ventajosa; los que por tierra se la
dan desventajosa vienen referidos a continuación.

Los tracios y Bizancio

La Tracia rodea a Bizancio por 45
todas partes, de mar a mar, y por
ello los bizantinos libran guerras
continuas y difíciles contra los
tracios; jamás han conseguido 2
una preparación bélica que les dé una victoria defini-
tiva; no son capaces de deshacerse de las guerras,
porque en la Tracia hay gran cantidad de pueblos y
de reyes. Si vencen a uno, surgen tres monarcas más 3
poderosos que éste que les invaden el país. No logran 4
gran cosa más si ceden y se avienen a pactos y tribu-
tos. Si hacen concesiones a uno, esto mismo les quin-
tuplica el número de enemigos. De modo que se ven 5
implicados en guerras duras y continuas. ¿Pues qué
hay más inseguro que un vecino malvado? ¿Qué hay
más terrible que una guerra contra bárbaros? Y, con 6
todo, a pesar de que por tierra pelean con males tan
continuados, aún descontando los otros daños subsi-
guientes a la guerra, sufren una especie de castigo de
Tántalo, según el poeta[112]. Dueños, en efecto, de un 7

112 El poeta, sin más, es Homero. La referencia debe ser a la *Odisea* XI 582 y sigs.

país fertilísimo, siempre que lo han trabajado y las cosechas llegan a una madurez y sazón excepcionales por su vistosidad, entonces se presentan los bárbaros,
8 devastan unas y se llevan las otras. Los bizantinos, cuando ven aquella ruina, la deploran por sus gastos y por su trabajo, y aún más por la belleza de los frutos que les roban, y soportan con pesar lo sucedido.
9 Acostumbrados a soportar la guerra contra los tracios, con todo siempre han tratado con justicia a los
10 griegos; cuando se vieron atacados por los galos de Comontorio[113] llegaron a una situación verdaderamente deplorable.

Los galos, en Bizancio

46 Estos galos eran aquellos que salieron con Brenno de sus tierras; lograron escapar del desastre de Delfos, y llegados al Helesponto, no lo cruzaron en dirección a Asia, y se quedaron allí, porque los territorios que circundaban Bizancio les habían seducido.
2 Estos galos vencieron a los tracios, establecieron su capital en Tile y pusieron en peligro la subsistencia
3 de Bizancio. Al principio de su invasión, en tiempos de Comontorio, su primer rey, los bizantinos abonaron tributos, ya tres mil, cinco mil e incluso diez mil besantes[114] de oro, a condición de que no les arrasaran
4 el territorio. Y al final se vieron forzados y accedieron a pagar ochenta talentos anuales hasta tiempos de Cávaro, en los cuales se disolvió el reino y el linaje de

---

[113] Una horda de galos que, en oleadas sucesivas, había invadido Grecia desde el año 279, fue destrozada por Antígono Gonatas en 277. Los supervivientes, sin embargo, se apoderaron de Tile (cf. capítulo siguiente; su localización es dudosa, pero hay que situarla en Tracia) y fundaron allí un reino; su jefe fue Comontorio.

[114] El besante era una moneda que pesaba entre 8 y 8,5 gramos.

estos galos fue aniquilado por los tracios, que lograron
invertir la situación. Fue entonces cuando, oprimidos 5
por los tributos, los bizantinos enviaron por primera
vez embajadores a los griegos en demanda de ayuda y
de subsidios en aquellas circunstancias. Pero la mayo- 6
ría de griegos no les hizo ningún caso, y entonces,
forzados a ello, los bizantinos empezaron a cobrar peaje
a los que navegaban hacia el Ponto Euxino.

Rodas y Bizancio

El hecho de que los bizantinos 47
cobraran una aduana a las mer-
cancías que salían del Ponto pro-
dujo grandes perjuicios y males-
tar a todos, la cosa se creyó
insoportable y todos los mercaderes acudieron a los
rodios, ya que la opinión popular creía que éstos de-
tentaban la supremacía del mar. Y aquí se originó la 2
guerra que ahora vamos a historiar.

Los rodios, incitados tanto por los daños que su- 3
frían ellos mismos como por las pérdidas de sus ve-
cinos, primero tomaron consigo a los aliados y envia-
ron legados a Bizancio a exigir que se les eximiera
del tributo. Pero los bizantinos no cedieron en nada; 4
estaban convencidos de que sus representantes Heca-
tontodoro y Olimpiodoro llevaban la razón en su po-
lémica con los legados rodios. Los dos gobernantes 5
citados presidían entonces la asamblea de Bizancio;
los rodios se retiraron sin haber logrado nada. Llega-
dos a su país, éste declaró la guerra a los bizantinos
por las causas citadas. Y mandaron al punto enviados 6
a Prusias[114 bis] pidiéndole que también declarara esta
guerra, ya que sabían que por diversos motivos Prusias
se sentía ofendido por los de Bizancio.

[114 bis] Rey de Bitinia.

48 Los bizantinos hicieron algo parecido: enviaron legados a Átalo[115] y a Aqueo[116] en demanda de ayuda.
2 Átalo estaba interesado en ello, pero él tenía poco peso, porque Aqueo le había confinado a sus dominios he-
3 reditarios. Aqueo, en cambio, dominaba toda la parte desde el Tauro hasta Occidente, y hacía poco que se había constituido rey; también prometió su apoyo a
4 los bizantinos. Esto les infundió no poca esperanza, y, por el contrario, gran perplejidad a los rodios y a
5 Prusias. Aqueo era pariente de Antígono[117], quien, en Siria, acababa de alzarse con el poder; había logrado
6 conquistar este imperio como sigue: al morir Seleuco, que era el padre del Antígono, poco ha, citado, le sucedió en la monarquía Seleuco, el mayor de sus hijos, y con él, por la familiaridad que les unía, Aqueo cruzó el Tauro, dos años antes, a lo sumo, de la época de la
7 que ahora estamos hablando. Seleuco el Joven, así que recibió el reino, sabedor de que Átalo se había apoderado de todos sus dominios acá del Tauro, se lanzó
8 en seguida a defender sus intereses. Atravesó el Tauro con un gran ejército, pero fue asesinado traidoramente por Apaturio el galo y por Nicanor; así fue como
9 murió. Puesto que era su pariente, Aqueo vengó al punto esta muerte: mató a Nicanor y a Apaturio y dirigió las tropas y los asuntos con prudencia y magna-
10 nimidad. A pesar de que las circunstancias le eran favorables, y el sentimiento de las tropas le impelía a ceñirse la corona, prefirió no hacerlo, y conservó el reino para Antíoco, el hijo pequeño de Seleuco. Hizo una marcha enérgica y recuperó toda la parte perdida

[115] Átalo I de Pérgamo (241/197). Fue un fiel aliado de Roma. Cf. Bengtson, *Geschichte*, págs. 448-451.

[116] Polibio trata, con alguna detención, de Aqueo en el libro V 77.

[117] Los parentescos no están muy claros. Cf. Walbank, *Commentary*, ad loc.

acá del Tauro. Y cuando las cosas le marchaban in- 11
creíblemente bien, pues logró reducir a Átalo a Pérgamo, y se convirtió en señor de todos los territorios restantes, entonces sus éxitos le envanecieron y esto
fue su perdición. Se impuso a sí mismo la diadema, 12
se constituyó rey y se convirtió en el más duro y el más terrible de los príncipes y monarcas de acá del
Tauro. Cuando se vieron envueltos en la guerra contra 13
los rodios y Prusias, los bizantinos confiaron principalmente en él.

Prusias reprochaba a los bizantinos, en primer lu- 49
gar, que habiendo votado levantarle algunas estatuas, después no lo hicieron, sino que lo retardaron y olvi-
daron. Estaba disgustado también con ellos porque 2
habían puesto todo su interés en poner paz entre Aqueo y Átalo, y en quebrar la enemistad que les separaba; Prusias estaba convencido de que la amistad entre los
dos le perjudicaba de muchas maneras. Y le indig- 3
naba por encima de todo el hecho de que los bizantinos habían enviado legados a participar en los sacrificios de las fiestas que Átalo había organizado en honor de Atenea; en cambio, no habían mandado a nadie a sus propias fiestas soterias.

Por todo lo cual abrigaba secretamente gran cólera 4
y acogió de buen agrado el pretexto de los rodios. Se puso de acuerdo con sus enviados; juzgó conveniente el que los rodios hicieran la guerra por mar, y creía que iba a dañar no menos por tierra a sus adversarios.

La guerra entre rodios y bizantinos tuvo estas 5
causas y principio.

50 *Inicios de la guerra*

Los bizantinos iniciaron la guerra con energía, convencidos de que Aqueo les apoyaría; ellos lograron por sí mismos que Tibetes[118] acudiera desde Macedonia;
2 así rodearían a Prusias de guerras y peligros. Éste, empujado a la guerra por la cólera ya mencionada, había tomado a los bizantinos el lugar llamado Hie-
3 rón[119], en la misma boca del Ponto. Los bizantinos lo habían comprado poco tiempo antes por una suma enorme de dinero, porque el lugar era muy estratégico; no querían dejar a nadie ninguna base contra los mercaderes que navegaban por el Ponto Euxino, ni que traficara
4 con esclavos o extrajera provecho del mismo mar. Prusias había privado también a los bizantinos del territorio asiático de Misia, que ellos poseían desde hacía mucho
5 tiempo. Los rodios tripularon seis naves, y al propio tiempo tomaron cuatro de los aliados. Nombraron almirante a Jenofanto, y zarparon con las diez embar-
6 caciones hacia el Helesponto. Fondeando las restantes naves ante Sesto para cortar el paso a los que navegaran hacia el Ponto, el almirante navegó adelante con una sola y tanteó a los bizantinos por si se hubieran
7 arrepentido, intimidados por la guerra. Pero ellos no le hicieron caso, y el rodio se retiró, recogió las naves
8 restantes y llegó a Rodas con todas ellas. Los bizantinos enviaron legados a Aqueo en demanda de ayuda, y enviaron unos hombres que se trajeran desde Mace-
9 donia a Tibetes. Parecía, en efecto, que el gobierno de Bitinia correspondía no menos a Tibetes que a Prusias, pues Tibetes era hermano del padre de Prusias.
10 Los rodios, al ver la firmeza de los bizantinos, proyectaron con realismo cómo lograr sus propósitos.

---

118 Rey de Bitinia, hermanastro del padre de Prusias. Es un personaje realmente oscuro.

119 Cf. nota 98 de este mismo libro.

Veían que la decisión de los bizantinos en sopor- 51
tar la guerra se fundamentaba en las esperanzas que habían depositado en Aqueo; consideraban, además, que el padre de Aqueo estaba retenido en Alejandría, y que Aqueo daba el máximo valor a la salvación de su padre; todo esto hizo que enviaran legados a Pto-
lomeo para solicitar la entrega de Andrómaco. Ya 2
antes lo habían hecho, pero sin poner demasiado interés; ahora pusieron el máximo empeño en el asunto: querían poder ofrecer este servicio a Aqueo y propiciárselo para las demandas que eventualmente le di-
rigieran. Cuando se le presentaron los enviados, Pto- 3
lomeo[120] pensó en continuar reteniendo a Andrómaco; creía que le sería útil en alguna ocasión, puesto que sus cuestiones con Antíoco[121] estaban aún por dirimir, y Aqueo, que acababa de constituirse a sí mismo en
rey, podía decidir aún en temas importantes. Andró- 4
maco, padre de Aqueo, era hermano de Laódice, la
esposa de Seleuco. Ptolomeo, sin embargo, que se incli- 5
naba totalmente a favor de los rodios, para los que sentía una adhesión sin reservas, cedió y les entregó a
Andrómaco para que lo restituyeran a su hijo. Ellos 6
lo hicieron, y además decretaron determinadas honras para Aqueo, con lo que privaron a los bizantinos de su
esperanza más capital. Y a los bizantinos se les sumó 7
aún otro infortunio, pues Tibetes murió cuando se dirigía a ellos desde Macedonia, con lo que dio al
traste con los proyectos de Bizancio. Ocurrido todo 8
ello, los bizantinos decayeron en su empuje; Prusias, fortalecido en sus esperanzas ante la contienda, guerreaba personalmente desde las partes de Asia, y proseguía enérgicamente las operaciones; había tomado a sueldo a los tracios, quienes desde Europa no permi-

[120] Ptolomeo II Filadelfo (285/246).
[121] Antíoco I Soter (280/261).

9 tían a los bizantinos salir de sus puertas. Éstos, fracasados en sus esperanzas, cercados y oprimidos por la guerra, buscaron una salida decorosa a aquella situación.

Intervención de los galos

52 Cávaro, rey de los galos, se presentó en Bizancio: tenía interés en que no hubiera guerra, porque estaba en buenas relaciones con ambos bandos, y tanto Prusias
2 como los bizantinos siguieron sus consejos. Sabedores los rodios del interés de Cávaro y del cambio de pensamiento de Prusias, se afanaron en llevar sus proyectos a término: designaron a Arídico como mensajero a los bizantinos, pero al propio tiempo enviaron
3 a Polemocles con tres trirremes; querían, como se dice, enviar simultáneamente a los bizantinos la lanza
4 y el caduceo [122]. Llegaron, pues, los rodios y se hicieron los pactos; Cotón, hijo de Caligitón, era *hieromne-*
5 *mon* [123] en Bizancio. Con los rodios las condiciones fueron muy simples: «Los bizantinos no cobrarán aduana a nadie que navegue hacia el Ponto; cumplida esta condición, los rodios y sus aliados se mantendrán
6 en paz con los bizantinos.» Los pactos con Prusias fueron como sigue: «Prusias y los bizantinos tendrán paz y amistad para siempre. Que en modo alguno los bizantinos hagan la guerra contra Prusias, ni Prusias
7 contra los bizantinos. Que Prusias devuelva a los bizantinos los territorios, las fortalezas, los siervos y los

---

122 Es decir, la guerra o la paz, representada por estos emblemas entre los griegos. El caduceo era la insignia de los heraldos, y de Hermes, el heraldo por excelencia.

123 El hieromnemon era el primer magistrado o el gran sacerdote. Los años se contaban, en Bizancio, por esta magistratura, igual que en Roma por los cónsules o en Atenas por los arcontes.

prisioneros sin rescate[124], y además las naves que les tomó al principio de la guerra, y las armas ofensivas cogidas en las fortalezas, y al mismo tiempo la madera, la piedra y los ladrillos del territorio de Hierón»
(porque Prusias, que temía la incursión de Tibetes, 8
había arrasado todo lo que en las fortificaciones parecía útil) «Prusias obligará a devolver a los labrado- 9
res todo lo que algunos bitinios habían cogido en aquella parte de Misia sometida a los bizantinos».

De modo que la guerra que surgió entre los bizan- 10
tinos por un lado y los rodios y Prusias por el otro tuvo tal comienzo y tal fin.

Acontecimientos en Creta

En esta misma época los de 53
Cnoso enviaron legados a los rodios y les convencieron de que les enviaran la escuadra mandada por Polemocles, y además que
añadieran tres naves no ponteadas[125]. Los rodios asin- 2
tieron, las naves llegaron a Creta y los habitantes de Eleuterna[126] empezaron a sospechar que los hombres de Polemocles habían asesinado a su conciudadano Timarco para congraciarse con los cnosios. Primero exigieron una reparación a los rodios, y después les
declararon la guerra. También poco antes los litios 3
habían caído en una desgracia irreparable. He aquí, a

124 Aquí el griego presenta una cierta dificultad de léxico: en efecto, no se puede precisar el sentido del término *laoí*. Parece que significa las gentes adscritas a la tierra, algo así como los siervos de la gleba medievales, cosa que no se dio en todas las partes de Grecia.

125 Un tipo de nave que, al menos con esta denominación, hasta ahora no había salido en Polibio. Eran naves en que los remeros remaban sin protección, sin una cubierta que protegiera sus cabezas.

126 Población al NO. de la cordillera del Ida, en el centro de la isla.

grandes rasgos, la situación general de Creta en esta época:

4 Puestos de acuerdo con los gortinios[127], los de Cnoso[128] sometieron toda la isla, a excepción de la ciudad de los litios[129], que rehusó prestarles obediencia. Los de Cnoso decidieron hacerle la guerra, con el afán de arrasarla totalmente: así escarmentarían y aterro-
5 rizarían al resto de los cretenses. Primero contra los litios guerrearon todos los cretenses, pero después, por unas naderías surgieron rivalidades entre ellos, cosa habitual en Creta, cuya población total se dividió en
6 dos bandos. Los polirrenios, los céretes, los lapeos, además de los de Orio y de los arcadios de Creta[130] rompieron conjuntamente su amistad con los de Cnoso
7 y decidieron aliarse con los litios. En Gortina los mayores tomaron partido por los cnosios, y los jóvenes
8 por los litios, y hubo una revuelta civil. Los de Cnoso, a la vista del cambio producido inesperadamente entre sus aliados, llamaron a mil hombres de Etolia, según el pacto.

9 Ocurrido esto, rápidamente en Gortina el partido de los mayores se instaló en la ciudadela, mandó acudir a los de Cnoso y a los etolios; mataron a unos jóve-

---

127 Población hacia el S. de la isla, en su centro longitudinal. Está en la llanura de Mesana, y todavía hoy se pueden visitar sus interesantes ruinas.

128 Cnoso, a ocho kilómetros de Heraklion, la población más importante de la isla. En Cnoso están las ruinas del formidable palacio de los reyes de aquel reino cretense.

129 Lito está al E. de Cnoso, a unos veinticinco kilómetros.

130 Polirrenia estaba al O. de Creta. Cerea debía de estar también por allí, pero su localización es dudosa. Lappa estaba tierra adentro, en la actual población de Argirópolis; de los de Orio se sabe vagamente su localización, pues su centro religioso era el Dictineo de Liso, casi en la punta del cabo Psakos, en un largo brazo de tierra que se adentra en el mar. Los arcadios de Creta eran una confederación de villorrios del centro de la isla.

nes y desterraron a otros, y entregaron la ciudad a los de Cnoso.

En aquella misma ocasión los litios habían salido 54
con todas sus tropas hacia territorio enemigo. Los de 2
Cnoso lo supieron, y conquistaron la ciudad de Lito, desguarnecida de defensores. Los de Cnoso enviaron a su ciudad a niños y mujeres, y tras quemar Lito, arrasarla y ultrajarla de todas las maneras posibles, se
retiraron. Los litios acudieron allí de nuevo, al regresar 3
de su marcha, y al comprobar lo ocurrido, quedaron tan dolidos en sus espíritus que nadie de los presentes
tuvo ánimos para entrar en la ciudad: todos dieron 4
una vuelta a su alrededor, y tras gemir y lamentarse por el infortunio de su país y del suyo propio, volvieron la espalda y se retiraron a la ciudad de los
lapeos. Éstos les acogieron con mucha humanidad y 5
con gran afecto, y los litios, que en un solo día se habían convertido de ciudadanos en hombres sin ciudad y extranjeros, continuaron la guerra contra los
cnosios conjuntamente con los demás aliados. Lito, 6
que era colonia de los lacedemonios y ciudad emparentada con ellos, poseía y alimentaba a hombres valientes en extremo, a los más bravos de Creta, según todos reconocían; con todo, desapareció totalmente y de manera imprevisible.

Los polirrenios y los lapeos, y todos sus aliados, se 55
percataron de que los de Cnoso se habían aliado con los etolios; veían igualmente que éstos eran enemigos del rey y de los aqueos, y así enviaron legados a aquél
y a éstos en demanda de alianza y de ayuda. Tanto 2
los aqueos como Filipo les admitieron en su coalición y les mandaron refuerzos, cuatrocientos ilirios al man-
do de Plátor, doscientos aqueos y cien focenses. La 3
llegada de éstos representó un gran alivio para los
polirrenios y sus aliados. En efecto: en muy poco 4
tiempo encerraron dentro de sus muros a los de Eleu-

terna, a los cidoniatas[131], e incluso a los de Aptera, les forzaron a abandonar su alianza con los de Cnoso, a unírseles y a participar de sus mismas esperanzas.
5 Concluido esto, los polirrenios y sus aliados enviaron quinientos cretenses a Filipo y a los aqueos. Muy poco tiempo antes los de Cnoso habían enviado mil soldados a los aqueos. De modo que en esta guerra lucha-
6 ron cretenses en ambos bandos. Los desterrados de Gortina tomaron el puerto de Festo[132], al tiempo que retenían el suyo propio de Gortina con una audacia admirable; para sus salidas se servían de estos lugares como bases y hacían la guerra a los de la ciudad.

Los hechos de Sínope

56 Ésta era la situación de Creta. Por aquel mismo tiempo Mitrídates[133] declaró la guerra a los de Sínope[134], y de ello resultó la ocasión y el principio de la ruina
2 total que se abatió sobre los sinopeses. Ante el conflicto, éstos enviaron legados a los rodios en demanda de ayuda; los rodios acordaron elegir a tres hombres y entregarles ciento cuarenta mil dracmas; los delegados, tomándolos, dispusieron lo que los de Sínope
3 precisaban según sus necesidades. Los tres hombres nombrados prepararon diez mil ánforas de vino, trescientos talentos de crines trabajadas[135] y cien de cuer-

[131] Cidonia estaba situada en la costa N., hacia el O. de Creta, actualmente La Canea, que es capital administrativa de la isla. Aptera estaba un poco más al E.

[132] Es algo exagerado hablar del puerto de Festo, que dista unos veinticinco kilómetros del mar; la referencia es seguramente a la pequeña población marinera de Mascla.

[133] Mitrídates II, rey del Ponto: debemos hallarnos en el año 220.

[134] Sínope está situada a la mitad de la costa asiática, o sea la meridional, del Ponto Euxino.

[135] Cabellos humanos o crines de caballo, que servían, junto

das preparadas, mil armaduras, tres mil piezas de oro
amonedado, cuatro catapultas y sus servidores. Los 4
legados de los sinopeses, pues, tomaron consigo todo
esto y regresaron a su ciudad; en Sínope se temía el
intento, por parte de Mitrídates, de asediarles por mar
y por tierra; por esto hacían toda clase de prepara-
tivos contra tal eventualidad. Sínope está situada en la 5
orilla derecha del Ponto si se navega en dirección a
Fasis, levantada sobre un tómbolo que se adentra en
el mar; la ciudad intercepta totalmente el brazo de
tierra (de una anchura de no más de dos estadios) que
une el tómbolo con Asia. Lo que queda de éste se 6
adentra en el mar, es llano y presenta buenos accesos
hacia la ciudad. Su extremidad es un arco circular
acantilado y sin playa; fondear allí es difícil, y presenta
muy pocas calas. Por eso los de Sínope temían que 7
Mitrídates montara sus máquinas de guerra por el lado
de Asia, y que hiciera simultáneamente un desembarco,
desde el mar, por los parajes llanos próximos a la ciu-
dad, y así iniciara su asedio. Emprendieron la fortifi- 8
cación de la parte del tómbolo que se asemeja a una
isla, para lo cual obstruyeron los accesos por mar con
parapetos y estacadas; al propio tiempo situaron en
posiciones estratégicas soldados y ballestas. Las di- 9
mensiones del tómbolo no son considerables, sino re-
ducidas; el espacio es fácilmente defendible.

Retorno a la guerra de los aliados

Tal era la situación de Sínope. 57
El rey Filipo levantó el campo con un ejército desde Macedonia (pues es aquí donde hemos dejado hace poco la guerra de la coalición) y avanzó por la Tesalia y el Epiro, pues quería efectuar su penetración en la Etolia a través de estos

---

con tendones de animales, para fabricar los cables de torsión de las catapultas.

2 territorios. Precisamente entonces Alejandro y Dorí-
maco[136] proyectaban una acción contra la ciudad de
Egira, y concentraron para ello en Oyantia, ciudad de
Etolia, situada frente a la que he citado, unos mil
doscientos etolios, les proveyeron de los buques de
transporte necesarios y aguardaron al tiempo propicio
3 para la navegación y el ataque. Había un desertor etolio
que llevaba mucho tiempo viviendo en Egira[137]; había
observado que los centinelas de la puerta de Egio se
embriagaban y hacían sus guardias con negligencia.
4 Muchas veces se había arriesgado y había pasado al
campo de Dorímaco y le había incitado a la acción, a
él y a sus hombres, pues sabía que tales empresas les
5 eran familiares. La ciudad de Egira está situada en el
Peloponeso, en el golfo de Corinto, entre Egio y Sición,
levantada en unas lomas escarpadas y poco accesibles.
Se orienta hacia el Parnaso y hacia las zonas opuestas
6 de la costa. Dista del mar unos siete estadios. Llegó el
viento propicio para la navegación; Dorímaco zarpó
con sus hombres y aún de noche fondeó no lejos del
7 río que fluye junto a la ciudad. Alejandro y Dorímaco,
y con ellos Arquidamo y el hijo de Pantaleón tenían
consigo el contingente mayor de etolios y avanzaron
contra la ciudad por la ruta que conduce a ella desde
8 Egio. El desertor antes mencionado conocía bien el
terreno; con veinte hombres escogidos se adelantó a
los restantes por caminos difíciles e impracticables, se
escurrió a través de un acueducto y sorprendió a los
9 centinelas todavía dormidos, les degolló en sus mismos
camastros, rompió a hachazos los cerrojos y abrió las
10 puertas a los etolios. Éstos atacaron de modo impre-
visto y allí se comportaron brillantemente[138], cosa que

[136] Dorímaco ya había salido al principio de este libro, 3, 5.

[137] Ciudad situada en la costa N. de la Acaya.

[138] Este adverbio aquí sorprende algo, pero la tradición griega manuscrita es unánime. Quizás Polibio se exprese iró-

les ocasionó, a fin de cuentas, la perdición y la salvación a los egiratas. Porque los etolios suponían que 11
para apoderarse de una ciudad ajena bastaba con franquear sus puertas, y fue así como entonces llevaron a cabo la acción.

Los etolios permanecieron muy breve tiempo reuni- 58
dos en el ágora, y después, ávidos de botín, se esparcieron, iban irrumpiendo en las casas y las saqueaban, quedándose con los objetos de valor; ya se había
hecho de día. Para los egiratas, aquello fue un hecho 2
inesperado y paradójico; los que tenían ya al enemigo dentro de sus casas, aturdidos y aterrorizados, se entregaron a la fuga y huyeron de la ciudad; suponían que el enemigo ya la había ocupado, que la conquista se
había consumado. Mas los que lo oían, pero tenían 3
las casas todavía intactas, se aprestaron a la defensa;
corrieron todos a su acrópolis. Su número iba cre- 4
ciendo constantemente, y su valor aumentaba; el contingente de los etolios, por el contrario, por lo que ya hemos descrito, disminuía y se desordenaba cada vez
más. Dorímaco comprendió el peligro que se les echa- 5
ba encima, reunió a los suyos y atacó a los ocupantes de la acrópolis; creía que ante tal valor y audacia los
que se habían agrupado para defenderse cederían. Pero 6
los egiratas se exhortaron a sí mismos, se defendieron
y presentaron animosamente batalla a los etolios. Aque- 7
lla acrópolis no era amurallada, por lo que el choque fue cuerpo a cuerpo. Desde el primer momento fue una batalla en toda regla, y era lógico, porque unos luchaban por su ciudad y por sus hijos, y los otros para salvarse. Al final, los etolios que habían efectuado la
irrupción huyeron, los egiratas aprovecharon la oca- 8

nicamente, dado el desenlace de la pugna. Algunos editores han propuesto corregir el texto original, y poner en él algún adverbio que signifique «vergonzosamente» o cosa por el estilo.

sión de aquella fuga y acosaron al enemigo con energía, llenándole de pavor. El terror hizo que la mayoría de los etolios al huir se pisotearan unos a otros en las
9 puertas. Alejandro murió en el choque, en la misma batalla; Arquidamo[139] pereció estrujado y asfixiado en las puertas de la ciudad. Una parte de los restantes
10 murió pisoteada, y los demás se desnucaron cuando huían monte a través por aquellos lugares abruptos.
11 Los que lograron salvarse y llegar a las naves arrojando sus armas, hicieron la travesía de regreso tan
12 vergonzosa como imprevistamente. Y los egiratas, que estuvieron a punto de perder su patria debido a su negligencia, la salvaron contra toda esperanza por su bravura y su presencia de ánimo.

Hechos de Acaya

59 En aquella misma época Eurípidas, general enviado por los etolios a los eleos, había hecho una incursión por los territorios de Dime, de Farea y también de Tritea[140]; había acumulado un botín considerable y
2 ahora se retiraba en dirección a Elea. Mico de Dime, a la sazón comandante segundo de los aqueos, acudió en socorro con todas sus fuerzas, dimeos, fareos y triteos; atacó vigorosamente a los etolios que se reti-
3 raban. Pero cayó en una emboscada, fue derrotado y perdió a muchos de sus hombres, pues perecieron cuarenta infantes y alrededor de doscientos le fueron he-
4 chos prisioneros. Eurípidas, tras lograr este éxito, se enorgulleció por lo ocurrido. Al cabo de pocos días

---

139 Los manuscritos escriben, todos, Dorímaco, pero el error de Polibio es evidente, pues Dorímaco más tarde vuelve a salir (67, 1). La corrección «Arquidamo» se impone.

140 Son ciudades de la Acaya: Dime cerca de la Élide, Farea (la grafía es dudosa, quizás sea Farai), en el curso medio del río Piero; Tritea está a unos veinte kilómetros en la misma orilla, aguas arriba.

efectuó una nueva salida y tomó a los dimeos una
fortaleza situada estratégicamente junto al río Araxo,
cuyo nombre era «la Muralla». Los mitos cuentan que 5
en tiempos remotos Heracles luchó contra los eleos
y que construyó aquí este bastión como base de sus
incursiones contra ellos.

Los dimeos, los fareos y los triteos, derrotados 60
cuando prestaban auxilio, al ver, además, tomada su
fortaleza, temieron por su futuro. Como primera me-
dida enviaron mensajeros al general de los aqueos, a
explicarle los hechos y a pedirle ayuda; luego remi-
tieron embajadores que urgieran lo demandado. Pero 2
Arato[141] no logró reunir un cuerpo de mercenarios,
porque en la guerra de Cleómenes los aqueos habían
defraudado parte de sus soldadas a las tropas; él per-
sonalmente, además, en sus proyectos, y en todos sus
planes militares, era remiso e indolente. Por esto Li- 3
curgo había tomado el Ateneo a los de Megalópolis y
Eurípidas Gortina[142], en la Telfusia, además de las
plazas mencionadas. Los dimeos, los fareos y los triteos 4
desesperaron ya de la ayuda del general, y tomaron 5
el acuerdo conjunto de negar a los aqueos el aporte
de las contribuciones comunes. Reclutaron privada-
mente mercenarios, trescientos hombres de a pie y cin-
cuenta de caballería, con los cuales aseguraron el país.
Con esta conducta dieron la impresión de haber tomado 6
unas decisiones excelentes en cuanto a sus problemas
particulares, pero todo lo contrario en cuanto a la
problemática general. En efecto: parecieron ser los
iniciadores y cabecillas de una agresión perversa, y
ofrecieron un pretexto a los que querían disolver la

141 Es Arato el Joven.

142 No hay que confundir esta ciudad con la que lleva el mismo nombre en la isla de Creta; la Telfusia está situada en la Arcadia, al S. de Telfusa. Sin embargo, en la tradición manuscrita griega este nombre no es absolutamente seguro.

7 Liga aquea. La mayor culpabilidad ante tal proceder hay que achacarla con toda justicia al general, hombre negligente, que lo difería todo, y era desconsiderado
8 con los que le pedían algo. Quien corre un peligro, por poco que espere de sus amigos y aliados, acostumbra a aferrarse a estas esperanzas. Pero cuando, en medio de sus dificultades, se desengaña, entonces busca forzosamente ayuda en sí mismo, dentro de sus posibili-
9 dades. Los triteos, los farieos y los dimeos no son dignos de reproche si privadamente reclutaron mercenarios: el general de los aqueos [143] les daba largas. En cambio, sí que debemos echarles en cara el que se negaran a abonar sus cuotas a la Confederación.

10 Naturalmente, estas ciudades no debían posponer sus propios intereses. Pero su situación económica era próspera, y podían cumplir sus obligaciones para con la Confederación, tanto más cuanto su contribución era reintegrable según las leyes federales. Piénsese ante todo que estas ciudades habían sido las fundadoras de la Liga aquea.

Filipo en el Epiro

61 Tal era la situación en el Peloponeso. El rey Filipo atravesó la Tesalia y se presentó en el Epiro.
2 Recogió a todos los epirotas junto con sus macedonios, a trescientos honderos que le habían venido desde la Acaya, a quinientos cretenses que le habían mandado los polirrenios, e inició el avance. Traspasó el Epiro y se plantó
3 en la Ambracia [144]. Si hubiera invadido la Etolia continental de golpe y sin dilaciones, mediante un asalto inesperado con su potente ejército, hubiera podido aca-
4 bar definitivamente la guerra. Pero ahora, los epirotas

[143] Es Arato el Joven; cf. II 37, 3.

[144] Pequeña región al S. del Epiro, bañada por el golfo de su nombre. La capital tiene el nombre de la región.

le convencieron de que empezara por asediar Ámbra-
co [145], con lo que proporcionó un respiro a los etolios,
que pudieron rehacerse, tomar sus previsiones y pre-
pararse para el futuro. Los epirotas pusieron sus inte- 5
reses por encima de los comunes de la coalición; em-
peñados en apoderarse de Ámbraco, pidieron a Filipo
que ante todo asediara este territorio y lo conquistara.
En efecto, daban la máxima importancia a arrebatar 6
Ambracia a los etolios, y creían que ello sólo sería
posible si se apoderaban del territorio; luego se esta-
blecerían en la ciudad. Ámbraco es una plaba bien pro- 7
tegida por un muro y su falsabraga. Está situada en
unas marismas y desde la tierra firme tiene un único
acceso, angosto y hecho de tierra apisonada; domina
estratégicamente el país y la ciudad de Ambracia.

Los epirotas, pues, convencieron a Filipo, que acam- 8
pó no lejos de Ámbraco y dispuso las obras necesarias
para el asedio.

En aquel mismo tiempo Escopas tomó todas las 62
tropas etolias, marchó a través de la Tesalia y penetró
en Macedonia, recorrió la llanura de Pieria [146] y la de-
vastó; recogió una gran cantidad de botín y continuó
su avance en dirección a Dión. Los habitantes de la 2
ciudad abandonaron el lugar, Escopas penetró en él
y destruyó las murallas, las casas y el gimnasio; incen-
dió los pórticos que rodeaban al santuario y destruyó
el resto de exvotos que había allí tanto para ornato del
templo como para utilidad de los que se reunían en
las panegirias. Incluso hizo añicos todas las estatuas
de los reyes. De modo que este hombre, así que empezó 3
el conflicto en su primera acción, declaró la guerra no

145 Ámbraco está en una pequeña isla (hoy Fidocastro) al S. de la Ambracia. Pero por la descripción que hace Polibio, en su época la isla no era tal.

146 Al S. de la Macedonia, entre el Olimpo y el mar. En Dión había un templo de Zeus muy famoso.

sólo a los hombres, sino incluso a los dioses; luego se
4 retiró. Y cuando regresó a Etolia le recibieron no como
a un sacrílego, sino que le honraron y consideraron
como un hombre que había fomentado los intereses
de la Confederación; lo que había hecho había sido
llenar a los etolios de esperanzas infundadas y de un
5 orgullo necio. En efecto: estos hechos les habían con-
vencido de que nadie se atrevería ni tan siquiera a
acercarse a Etolia; ellos, en cambio, devastarían impu-
nemente no sólo el Peloponeso, que es lo que acostum-
braban, sino incluso la Tesalia y Macedonia.

63 Filipo se enteró de lo que ocurría en Macedonia;
cosechó al punto el fruto natural del ignorante orgullo
de los epirotas, y estableció el asedio de Ámbraco.
2 Empleó activamente terraplenes y los demás prepara-
3 tivos. Muy pronto intimidó a los asediados y les tomó
la plaza en un lapso de cuarenta días. Dejó ir a los de-
fensores, unos quinientos etolios, con los que estable-
ció unos pactos, y satisfizo la avaricia de los epirotas
4 entregándoles Ámbraco. Él mismo recogió a sus tropas
y avanzó no lejos de Caradra [147]: quería cruzar el golfo
llamado de Ambracia en su parte más angosta, allí
donde está situado el templo de los acarnanios deno-
5 minado Accio. Este golfo citado se abre en el mar de
Sicilia, entre el Epiro y la Acarnania; su boca es tan
6 estrecha que no llega a los cinco estadios. Se adentra
en dirección a tierra firme y se extiende a lo largo de
cien estadios; desde el mar, recubre una extensión de
trescientos estadios. Separa el Epiro y la Acarnania,
7 el primero situado al Norte y la segunda al Sur. Filipo,
pues, hizo pasar sus tropas por la boca mencionada,
atravesó la Acarnania y se plantó en la Etolia, en la
ciudad llamada Fitea [148]; en su marcha se había agre-

147 Caradra, en la costa N. del golfo de Ambracia.
148 Actualmente Palaikastro.

gado dos mil soldados acarnanios de a pie y doscientos de a caballo. Acampó delante de la ciudad en cuestión, 8
durante dos días lanzó ataques vigorosos y formidables y la tomó bajo ciertas condiciones, dejando ir mediante pactos a los etolios que estaban dentro. De éstos, 9
a la noche siguiente llegaron quinientos más, creídos de que la ciudad aún resistía. El rey Filipo conoció su presencia y les tendió una emboscada en un lugar estratégico. Consiguió matar a la mayoría de ellos y cogió prisioneros a los restantes, salvo algunos, muy pocos, que lograron escapar. Después de todo esto repartió 10
a sus tropas para treinta días trigo procedente del saqueo, pues en Fitea lo encontraron depositado en los graneros en gran cantidad, y luego hizo avanzar su ejército en dirección a Estrato[149]. Pero se detuvo a unos 11
diez estadios de la ciudad y acampó a la orilla del río Aqueloo. Tomando su campamento como base iba devastando impunemente el territorio y ningún adversario se atrevía a salirle al encuentro.

En aquella misma época los aqueos se veían ago- 64
biados por la guerra. Supieron que el rey no estaba lejos y le envían legados en demanda de ayuda. Éstos 2
encuentran a Filipo todavía en Estrato; a él le expusieron los hechos según las instrucciones recibidas, pero ante todo ponderaron al ejército el provecho a obtener de la tierra enemiga. Así persuadieron a Filipo que atravesara por Rion[150] y que invadiera la Élide. El rey les escuchó, y de momento retuvo a los envia- 3
dos con la afirmación de que deliberaría acerca de sus consejos. Levantó el campo y avanzó; su marcha fue en dirección a Metrópolis y Conope[151]. Los etolios se 4

149 En la frontera entre la Acarnania y la Etolia, en territorio etolio.

150 Cf. notas 17 y 48 de este mismo libro.

151 Metrópolis debía de estar en la orilla derecha del Aque-

quedaron en la ciudadela de Metrópolis, aunque aban-
donaron la ciudad. Filipo la incendió y avanzó, sin
5 detenerse, hacia Conope. Los etolios concentraron su
caballería y se arriesgaron a afrontar al enemigo en el
vado del río que está antes de llegar a la ciudad, a unos
veinte estadios de distancia. Creían que, de no impedir
totalmente el paso, al menos le causarían un gran es-
6 trago cuando saliera del agua. Pero el rey intuyó estos
planes y ordenó a sus peltastas que fueran los primeros
en entrar en el agua y que lo hicieran en formación
compacta con los escudos de cada compañía en contacto
7 cerrado[152]. Éstos cumplieron sus órdenes, y así que la
primera unidad se lanzó al agua, la caballería etolia
hizo un breve tanteo, pero los macedonios mantuvieron
su formación. La segunda unidad y la tercera se cerra-
ron también bajo sus armas y se pegaron a la primera.
Los jinetes etolios se vieron en dificultad y, además, su
acción era ineficaz, por lo que se retiraron a su ciudad.
8 Y desde entonces, a pesar de su altanería, los etolios
9 huyeron a sus ciudades y permanecieron inactivos. Fi-
lipo hizo que el resto de su ejército vadeara el río, taló
impunemente esta región y llegó a Itoria[153]. Ésta es una
plaza situada estratégicamente sobre el camino que atra-
viesa el paso, destacada tanto por sus fortificaciones
10 naturales como artificiales. Ante la aproximación del rey
los defensores se asustaron y abandonaron el lugar;
11 Filipo lo ocupó y lo arrasó totalmente. Ordenó, igual-
mente, a sus forrajeadores que derrocaran los fortines
restantes del país.

---

loó, pero su situación no se ha localizado. Conope estaba a algo menos de diez kilómetros.

152 Los tácticos antiguos militares llamaban a esto formación de tortuga.

153 Se han descubierto las ruinas de esta ciudad en la colina de San Elías, a la orilla izquierda del Aqueloo.

Una vez superados los desfiladeros, desde entonces 65
Filipo hizo la marcha sin dificultades y a pequeñas jor-
nadas; permitía a sus tropas que se hicieran con el
botín del territorio. Su ejército disponía ya con abun- 2
dancia de las provisiones necesarias, y se presentó de-
lante de Featured Eníade[154] a orillas del Aqueloo. Acampó allí, 3
ante Peanio[155], pues había decidido conquistar ante
todo esta colina, lanzó sus ataques ininterrumpidamen-
te y la ocupó por la fuerza, junto con el recinto de su
ciudad, no muy grande, pues no llega a los siete esta-
dios; sin embargo no es inferior a otras en el conjunto
de murallas, casas y torres. Filipo demolió las murallas, 4
destruyó todas las casas y fijó con gran cuidado, sobre
las balsas, la madera y las tejas que por vía fluvial iba
a trasladar a Eníade[156]. Los etolios inicialmente se dis- 5
pusieron a defender la fortaleza que hay en Eníade,
tras fortificarla con muros y con los dispositivos res-
tantes, pero al acercarse Filipo se aterrorizaron y hu-
yeron. El rey tomó también esta ciudad, desde ella 6
avanzó sin dilaciones y acampó en un lugar escarpado
de Calidonia, llamado Elao[157], fortificado de manera ex-
cepcional con muros y demás defensas, porque los eto-
lios habían encargado a Átalo que lo acondicionara.
Los macedonios se apoderaron de este lugar también 7
por la fuerza, devastaron todo el territorio de Calidonia
y se replegaron de nuevo a Eníade. Filipo vio que el 8

154 En la misma frontera de Etolia y Acarnania, pero dominio etolio. El texto griego presenta delante del nombre de la ciudad el adjetivo «aquea», pero aquí esto es absurdo, de modo que los editores atetizan el adjetivo.

155 Peanio debía de estar en las inmediaciones de Eníade, pero su localización exacta se ignora.

156 Este texto parece absurdo; cf. Walbank, *Commentary*, ad loc. Filipo se propone construir naves: ¿para qué las tejas? Quizás haya que entender que Filipo se proponía construir edificios en la ciudad de Eníade.

157 Este topónimo no se ha localizado.

lugar era estratégico desde muchos puntos de vista, pero principalmente para pasar al Peloponeso, y se dispuso
9 a fortificar la ciudad. En efecto, Eníade está junto al mar, en un extremo de la Acarnania, su flanco limita con
10 la Etolia, en la entrada del golfo de Corinto. Por el lado del Peloponeso, la ciudad está situada frente a la costa de los dimeos, y está muy próxima a la región del cabo
11 Araxo; dista de él no más de cien estadios. Filipo consideró este conjunto de cosas, fortificó la ciudadela propiamente dicha, y además rodeó de un muro el puerto y los astilleros, que intentó comunicar con la ciudadela; para ello se servía del material recogido en Peanio.

66 El rey se dedicaba todavía a ello cuando desde Macedonia le llegó un mensajero a exponerle que los dardanios, enterados de su expedición contra el Peloponeso, concentraban tropas y hacían grandes prepa-
2 rativos; habían decidido invadir Macedonia. Al enterarse, creyó indispensable correr a defender su país. Remitió a los legados aqueos que tenía allí con la respuesta de que, una vez solventado el problema del que le avisaban, no consideraría nada tan urgente como ayudar a los aqueos en la medida de sus propias po-
3 sibilidades. Levantó el campo a toda prisa y deshizo
4 el camino por el que se había presentado allí. Estaba ya a punto de cruzar el golfo de Ambracia, desde la Acarnania en dirección al Epiro, cuando en un esquife se le presentó Demetrio de Faros, a quien los romanos habían expulsado de Iliria. Esto lo hemos expuesto ya
5 más arriba[158]. Filipo le acogió amistosamente y le ordenó que navegara hacia Corinto, para desde allí llegar a la Macedonia a través de la Tesalia. Él cruzó el Epiro y prosiguió su marcha sin detenerse, según sus pla-

158 III 19, 9.

nes. Llegó a Pella[159], ciudad de Macedonia; los darda- 6 nios lo supieron por algunos desertores tracios, se asustaron y disolvieron su ejército inmediatamente, a pesar de que ya estaban próximos a Macedonia. Filipo 7 supo este cambio de planes de los dardanios y licenció a todos sus macedonios para la cosecha de otoño[160]; él marchó a la Tesalia, donde pasó el resto del verano en Larisa.

Recapitulación

Era el tiempo en que Paulo 8 Emilio entró en Roma, procedente de la Iliria, con una magnífica pompa triunfal; en que Aníbal, tras tomar Sagunto por la fuerza, licenció sus tropas para que invernaran. Los roma- 9 nos, al enterarse de la toma de Sagunto, enviaron legados a los cartagineses a exigir la entrega de Aníbal, al tiempo que se preparaban para la guerra, para lo cual habían nombrado cónsules a Publio Cornelio y a Tiberio Sempronio. Todo esto ha sido expuesto ya, 10 en detalle, en el libro anterior[161]; ahora lo hemos aducido para refrescar la memoria, según se ha expuesto al principio de la obra; así resultará notoria la correspondencia de los hechos.

Y así terminó el primer año de esta Olimpíada. 11

Ataque de los etolios al Epiro

Había llegado ya la época de 67 elecciones entre los etolios, que nombraron general a Dorímaco. Éste tomó el mando e inmediatamente concentró a los etolios con sus armas e invadió la parte norte del Epiro; iba

159 Era la capital, situada tierra adentro, no lejos de la actual Tesalónica.

160 Del año 219.

161 Cf., para el triunfo de Paulo Emilio, III 19, 12; para la toma de Sagunto, III 17; para el envío de los diputados, III 20, 6; para la elección de cónsules, III 40, 2.

talando el país, y lo destruía con un furor desmedido.
2 Lo hacía no tanto por su propio lucro, como para
3 perjudicar a los epirotas. Llegó al templo de Dodona[162],
4 quemó los pórticos, arruinó la mayoría de exvotos y arrasó el santuario. Los etolios no tenían límites ni en la paz ni en la guerra: en ambas situaciones se comportaban al margen de las leyes y costumbres de los hom-
5 bres. Dorímaco, pues, cometió tantos y tales desafueros, y luego se replegó a su país.

6 El invierno era ya muy entrado, y debido al tiempo nadie esperaba ya la comparecencia de Filipo, pero el rey recogió tres mil escudados[163], dos mil peltastas, trescientos cretenses y, junto con todos ellos, cuatro-
7 cientos hombres de su corte, y salió de Larisa. Hizo pasar todas sus fuerzas de Tesalia a Eubea, desde allí a Cinos[164], y a través de Beocia y de la Megáride se presentó en Corinto en el solsticio de invierno; lo hizo de manera oculta, pero enérgica, y nadie en el Pelopo-
8 neso sospechó lo ocurrido. Obstruyó los accesos a Corinto, tomó las rutas mediante guarniciones y llamó hacia él inmediatamente a Arato el Joven, que estaba en Sición. Además envió cartas al general de los aqueos y a sus ciudades: en ellos indicaba la fecha y el lugar
9 de una concentración general armada. Tras preocuparse de todo esto, levantó el campo, avanzó y se estableció ante el templo de los Dióscuros, no lejos de Fliunte[165].

68 En aquellos mismos días, Eurípidas con dos batallones de eleos, acompañados de piratas y de mercenarios —en total eran unos dos mil doscientos hombres

[162] En Dodona había un templo de Zeus muy antiguo y muy famoso, en el cual, por el ruido que el oreo del viento hacía en las hojas de un roble centenario, los sacerdotes adivinaban el porvenir.

[163] Cf. nota 176 del libro II.

[164] En la costa de la Lócride, frente a la costa de Eubea.

[165] Fliunte, entre Sición y la Argólide.

y junto con ellos cien jinetes—, partió de Psófide[166] y efectuó una marcha a través del valle del Feneo y de Estinfalia. Ignoraba totalmente la expedición de Filipo, y se proponía devastar el territorio de Sición. En la 2
misma noche en que Filipo acampaba frente al templo de los Dióscuros, Eurípidas rebasó el campamento del rey y al amanecer ya estaba en situación de atacar el territorio de Sición. Algunos cretenses de Filipo habían 3
abandonado la formación y vagaban en busca de pastos; cayeron en manos de los hombres de Eurípidas. Éste les interrogó, y al averiguar la presencia de los 4
macedonios, no comunicó a nadie lo acaecido, recogió sus fuerzas y retrocedió por el mismo camino que había recorrido antes. Pretendía, y esperaba lograrlo, 5
que se adelantaría a los macedonios en la invasión de Estinfalia porque ocuparía antes que ellos los lugares difíciles que la dominan. El rey desconocía en abso- 6
luto la presencia de los enemigos; según sus propios planes, levantó el campo al amanecer y avanzó; se proponía proseguir su ruta por la propia Estinfalia, en dirección a Cafias[167]; era allí donde había escrito 7
a los aqueos que se concentraran con sus armas.

La vanguardia de los macedonios había alcanzado 69
ya la cumbre de una loma llamada Apelauro[168]; de esta cumbre a la ciudad de los estinfalios hay unos diez estadios. Y ocurrió casualmente que también la vanguardia de los eleos llegó a aquella cima. Ante lo 2
que le decían, Eurípidas intuyó lo sucedido, tomó consigo algunos de los hombres de a caballo y se escabulló, en aquellas circunstancias, retirándose hacia

166 Al N. de la Arcadia, en sus confines con la Acaya. No lejos estaba Estinfalia, célebre por el trabajo de Heracles, que mató en ella los pájaros estinfalios.

167 Lugar ya conocido, especialmente por la batalla que se libró en él; cf. este mismo libro, 11, 2.

168 Al SE. de Estinfalia.

3 Psófide por vericuetos impracticables. El resto de los eleos, abandonado por su general y empavorecido ante aquellos sucesos, se detuvo en su marcha sin saber qué
4 hacer ni hacia dónde dirigirse. Primero sus jefes supusieron que se trataba sólo de unos pocos aqueos que habían acudido a prestar socorro; se engañaron más
5 que nada por la presencia de los escudados. En efecto: creían que se trataba de hombres de Megalópolis, y que éstos en la batalla de Selasia contra Cleómenes[169] habían usado este armamento: el rey Antígono les
6 había armado así para aquella ocasión. Por ello se retiraron guardando la formación hacia unos lugares fortificados, sin desesperar de su salvación. Pero cuando vieron que los macedonios avanzaban y se les iban acercando se percataron de la realidad, arrojaron las
7 armas y se lanzaron todos a la fuga. Unos mil doscientos fueron capturados vivos; la masa restante murió, unos a manos de los macedonios y otros despe-
8 ñados; lograron huir no más de cien. Filipo envió los despojos y los prisioneros a Corinto, y se afirmó en
9 sus propósitos. Lo ocurrido fue inesperado para todos los del Peloponeso: se enteraron a la vez de la presencia y de la victoria del rey.

Toma de Psófide

70 Filipo marchó a través de la Arcadia y en las cimas del monte Oligirto padeció por la nieve y por otras penalidades; al cabo de tres días llegó, de noche, a Ca-
2 fias[170]. Durante dos jornadas hizo descansar a sus tropas. Allí se le juntó Arato el Joven y los aqueos que se le habían unido. En conjunto la fuerza era de unos diez mil hombres, con los que a través de Clitoria avanzó contra Psófide; en las ciudades que iba cruzan-

169 Cf. II 65, 3.
170 Cf. la nota 28 de este libro.

do recogía armas ofensivas y escaleras. Todo el mundo 3
sabe que Psófide es una antigua fundación de los arcadios de Azanis[171]; está situada en el mismo centro del Peloponeso, en la parte occidental de la Arcadia, y limita con la parte más occidental de la Acaya. Su 4
emplazamiento es muy estratégico en cuanto al país de los eleos, con el cual entonces estaba unido políticamente. Filipo, que había partido de Cafias, llegó 5
al cabo de tres días y acampó en unas lomas que dominan las ciudad; desde ellas la podía observar sin riesgos, y también los lugares que la rodeaban. Al darse 6
cuenta de que Psófide era difícilmente expugnable, el rey no sabía qué partido tomar. Pues por su lado occi- 7
dental fluye un torrente impetuoso, imposible de vadear en la mayor parte del invierno; su lecho, excavado poco a poco por el tiempo desde las vecinas alturas, es muy ancho, lo cual convierte a la ciudad en inaccesible e inexpugnable. Y por la parte de Oriente está el Eri- 8
manto, un río a su vez importante y caudaloso, sobre el cual muchos autores han compuesto muchas fábulas. El torrente desemboca en el Erimanto por la parte 9
occidental de la ciudad, de donde resulta que ésta, rodeada en tres de sus lados por corrientes de agua, está fortificada de la manera dicha. Además, por el 10
Norte hay una colina escarpada y bien defendida, tanto por su posición como por obras de protección; se trata de una ciudadela natural y eficaz. La ciudad posee, además, unas murallas muy importantes, tanto por sus dimensiones como por sus dispositivos. Añádase a 11
esto que habían llegado allí refuerzos enviados por los eleos, y que Eurípidas, que en su huida se había salvado, se encontraba en ella.

---

171 Ningún comentarista, ni tan siquiera Walbank, dice nada acerca de este topónimo, que, por lo demás, no encuentro en los atlas de la antigüedad que tengo a mi disposición.

71 Filipo veía todo esto y lo comprendía; a veces re-
nunciaba a sus cálculos de forzar la ciudad por asedio,
y a veces se mostraba muy decidido, seducido por lo
2 estratégico del lugar. En la medida en que entonces
era una amenaza para los aqueos y para los arcadios,
y para los eleos una base excelente para sus operacio-
nes bélicas, igualmente sería, una vez tomada, un ba-
luarte de los arcadios, y para los aliados, un buen dis-
3 positivo contra los eleos. Prevaleció, pues, esta segun-
da opinión, y Filipo ordenó a los macedonios que al
alborear tomaran alimentos y que estuvieran prestos
4 y dispuestos. Después cruzó el puente sobre el Eri-
manto; debido a lo extraño de la empresa lo realizó
sin encontrar resistencia. Llegó a la ciudad de manera
5 enérgica y que daba miedo. Tanto Eurípidas como los
habitantes de la ciudad no sabían qué hacer ante tales
acontecimientos; anteriormente se habían convencido
de que el enemigo no se atrevería a un ataque súbito
para forzar una ciudad tan difícilmente expugnable, ni
osaría establecer un asedio prolongado debido a la
6 época invernal. Y al tiempo que pensaban esto, des-
confiaban unos de otros, temerosos de que Filipo es-
tuviera en connivencia con algunos habitantes de la
7 ciudad. Pero cuando se percataron de que entre ellos
no ocurría nada de esto, la mayoría de ciudadanos se
lanzó a defender las murallas, y los mercenarios eleos
salieron por una puerta superior para lanzarse contra
8 el enemigo. El rey había distribuido previamente en
tres lugares los hombres que debían aplicar las esca-
leras a los muros, y dividió en tres partes igualmente
al resto de los macedonios; después, dando la señal a
cada grupo con las trompetas, comenzó por todas par-
9 tes a un tiempo el asalto a las murallas. Los defenso-
res de la ciudad primero combatieron corajudamente,
10 y arrojaron a muchos de las escaleras. Pero se les
agotaron las provisiones de proyectiles y de lo demás

necesario para aquella acción, porque los preparativos se habían hecho sobre la marcha y los macedonios no se habían intimidado ante lo que ocurría; si un hombre era derribado de una escalera, el siguiente ocupaba inmediatamente su lugar. Al final los de la ciudad die- 11
ron todos la vuelta y huyeron en masa hacia la ciudadela; los macedonios franquearon las murallas, los cretenses trabaron combate con los mercenarios que habían salido por la puerta superior, les obligaron a arrojar vergonzosamente las armas y a huir. Les aco- 12
saron pisándoles los talones y se precipitaron junto con ellos en las puertas: la ciudad fue tomada por todas partes. Los habitantes de Psófide se refugiaron 13
con sus mujeres y sus hijos en la ciudadela, y con ellos Eurípidas con sus hombres, e igualmente el resto de los supervivientes.

Los macedonios irrumpieron en la ciudad y pillaron 72
inmediatamente todo el ajuar de las casas y después se instalaron en ellas y así retuvieron la plaza. Los que 2
se habían refugiado en la ciudadela, totalmente desprovistos de vituallas, previeron el futuro y determinaron rendirse a Filipo. Enviaron, pues, un heraldo al rey, 3
quien les otorgó licencia para que le enviaran una embajada. Entonces los de Psófide le enviaron a sus jefes, y con ellos a Eurípidas: concertaron una tregua, y obtuvieron seguridades tanto para los refugiados de otras ciudades como para sus propios conciudadanos. Unos 4
y otros regresaron a sus puntos de partida, con la orden de quedarse en el país hasta que el ejército macedonio levantara el campo; se quería evitar que algunos soldados desobedecieran y se entregaran al pillaje. Hubo una 5
gran nevada, y el rey se vio forzado a permanecer unos días en aquel lugar. Durante ellos congregó a los aqueos allí presentes, y primero les mostró cómo la ciudad, con sus fortificaciones, era muy estratégica para aquella guerra. Afirmó, además, su inclinación y su adhesión 6

a la Confederación aquea, y dijo que, por encima de todo, ahora se alejaría y les entregaría la ciudad, pues tenía el propósito de hacer todo lo posible para complacerles, y no omitir nada que probara su simpatía
7 para con ellos. Arato y los suyos le manifestaron su agradecimiento; Filipo disolvió la asamblea, levantó el campo con su ejército y se puso en marcha hacia La-
8 sión[172]. Los de Psófide descendieron de la ciudadela y recuperaron su ciudad y sus casas y Eurípidas y los suyos se retiraron hacia Corinto, y desde allí a la Etolia.
9 Los comandantes aqueos presentes allí establecieron en la ciudadela a Prolao de Sición, con una guarnición suficiente; como gobernador de la ciudad nombraron a Pitias de Pelene.
10 Y éste fue el final de la operación de Psófide.

Toma de Lasión

73 La guarnición elea de Lasión se enteró de la presencia de los macedonios, y sus hombres, sabedores de lo ocurrido en Psófide, abandonaron al punto la ciudad.
2 El rey, así que llegó, tomó al punto la plaza, y para demostrar más la benevolencia que tenía para con los aqueos, les entregó la ciudad de Lasión. Los eleos habían abandonado también Estrato, y el rey resti-
3 tuyó esta plaza a los telfusios[173]. Llevó a cabo todo esto, y en cinco días se presentó en Olimpia. Ofreció un sacrificio al dios, dio un banquete a los oficiales y concedió un descanso de tres días al resto de su ejér-
4 cito. Después volvió a levantar el campo. Avanzó hacia la Elea, y envió al país a los forrajeadores y él acam-

---

172 En la Élide, ya en la frontera con la Arcadia, al SE. de Psófide.

173 Cf. nota 142 de este libro. Aquí es la Telfusia de la Arcadia.

pó en un lugar llamado Artemisio[174]. Recibió allí su 5
botín, y regresó de nuevo a Dioscurio.
Devastó el país y el número de prisioneros fue 6
grande, y aún mayor el de hombres que huyeron a las
aldeas vecinas y a lugares fortificados.

Situación de la Élide

El país de los eleos, en efecto, 7
está muy poblado, y supera en
número de esclavos y de bienes
materiales al resto del Pelopone-
so. Algunos eleos aman tanto la 8
vida en el campo, que entre ellos hay hombres que,
a pesar de ser dueños de una hacienda que les faculta
para ello, en dos o tres generaciones no se han presen-
tado en absoluto a la asamblea elea. Esto sucede por- 9
que los gobernantes ponen gran interés y providencia
en favor de los que viven en la campiña: se les admi-
nistra justicia en sus propios lugares, y no les falta
nada de lo preciso para vivir. Me parece que los eleos 10
idearon y legislaron todo esto ya desde antiguo debido
a las dimensiones del país, y por su existencia llamé-
mosla sagrada. Todos los griegos les concedieron la 11
organización de los Juegos Olímpicos, y así la Élide fue
para ellos morada sagrada e inviolable: jamás experi-
mentaban daño alguno, y eran neutrales ante cualquier
acontecimiento guerrero.
Pero más tarde los arcadios les disputaron Lasión **74**
y los territorios de Pisa[175], y los eleos se vieron forza-
dos a defender su país, cambiando así su género de
vida. Y desde entonces ya no se preocuparon en 2
reclamar de los griegos su ancestral inviolabilidad ante-
rior, sin que continuaran en su situación, y no previe-
ron correctamente el futuro, al menos según mi pa-

---

174 Seguramente un santuario de Ártemis Alfea.
175 Su situación no es segura: quizás estuviera cerca de Olimpia.

3 recer. Pues si lo que todos pedimos a los dioses y
soportamos cualquier cosa para conservarla, me re-
fiero a la paz, el único bien que los hombres juzgan
indiscutible, si quienes pueden obtenerla de los grie-
gos con justicia y honor, para siempre y de manera
indisputada, la desprecian o juzgan alguna otra cosa
preferible a ella, ¿cómo no será notoria su ignorancia?
4 ¡Por Zeus!, quizá una gente así resulte fácilmente vul-
nerable, por su género de vida, para los inclinados a
5 guerrear y a violar los pactos. Pero hay que decir que
esto ocurre poco, y si alguna vez pasa, las víctimas
6 podrían alcanzar el apoyo de los griegos. Y ante daños
parciales y temporales, dada la abundancia de recursos
que lógicamente tienen, ya que viven en paz ininte-
rrumpidamente, no les faltarán mercenarios ni solda-
dos que les protegerán en todo lugar y circunstancia.
7 Pero ahora los eleos, por un temor extraño y muy poco
probable, tienen su territorio y sus bienes en perpetuas
guerra y destrucción.

8 Teníamos que decir esto para refrescar la memoria
de los eleos: en efecto, nunca como ahora tienen una
oportunidad más favorable de recuperar una inviola-
bilidad que les reconocen todos; habitan su país, como
señalé anteriormente, como si guardaran alguna cen-
tella de sus costumbres de antaño.

Filipo, en Talamas[176]

75 Por esto la presencia de Filipo
produjo un gran número de pri-
sioneros, y aún otro mayor de
2 huidos. La mayor cantidad de ma-
terial y la mayor concentración
de prisioneros y de cabezas de ganado se reunió en el
lugar llamado Talamas, porque allí el territorio es an-
3 gosto y el lugar impracticable y de salida difícil. El
rey se había enterado de la gran cantidad de huidos

176 En el N. de la Élide, pero su localización es insegura.

hacia esta región, y creyó que no debía dejar nada o incompleto o al menos sin ser intentado: se anticipó a ocupar con sus mercenarios los lugares que dominan estratégicamente la entrada. Él dejó en su campamento 4
su bagaje y la mayor parte de su ejército; tomó consigo a los peltastas y a la mayor parte de la infantería ligera y penetró por los desfiladeros; no encontró resistencia y se presentó en el territorio. Los que se 5
habían refugiado allí se asustaron ante la incursión, porque carecían de experiencia y de preparación para acciones militares, y además se había juntado allí una multitud heterogénea; la rendición fue inmediata. Entre 6
ellos había doscientos mercenarios de muy diversos orígenes; Anfidamo, el general de los eleos, había llegado con ellos. Filipo se adueñó de material en abun- 7
dancia, hizo más de cinco mil prisioneros y, además, se llevó una cantidad innumerable de cabezas de ganado, con todo lo cual regresó a su campamento. Pero 8
luego resultó que el botín tan enorme no sólo colmaba de provechos de todo tipo a su ejército, sino que llegaba a embarazarle y a hacerse pesado, por lo que se replegó de nuevo a Olimpia.

Intrigas de Apeles

Apeles, uno de los que Antígo- 76
no había nombrado tutor de su hijo, en aquel tiempo gozaba de gran influencia ante el rey. Quería llevar a la Confederación aquea a una situación semejante a la tesalia, para lo que se propuso una intriga perversa. Los tesalios da- 2
ban la impresión de regirse por unas leyes que diferían mucho de las macedonias, pero en realidad no se distinguían en nada, sino que, tratados en todo igual que los macedonios, hacían todo lo que los oficiales del rey les mandaban. El hombre citado acomodó su plan a 3
esta situación, e hizo un tanteo entre sus compañeros de armas. Primero permitió a los macedonios que ex- 4

pulsaran de sus alojamientos a los aqueos que los ocupaban en calidad de jefes, y que se quedaran con el
5 botín que les pertenecía. Después hacía que sus servidores les golpearan sin el menor motivo; a los aqueos que se indignaban y corrían en ayuda de los agredidos,
6 les metía en la cárcel él personalmente. Apeles creía que con un proceder semejante, en poco tiempo e inadvertidamente habituaría a todo el mundo a no creer
7 nada terrible si se sufría de parte del rey. Sin embargo, hacía muy poco que había salido a campaña con Antígono y había visto que los aqueos eran capaces de soportar cualquier penalidad con tal de no obedecer las órdenes de Cleómenes.

8 Algunos soldados aqueos jóvenes se reunieron y fueron a encontrar a Arato[177] y le expusieron las maquinaciones de Apeles. Arato, a su vez, se presentó a Filipo, convencido de que era preciso detener esto en sus
9 comienzos sin dilación alguna. Trataron el tema con el rey en persona, Filipo oyó lo sucedido, y dijo a los jóvenes que cobraran ánimo, que a ellos no iba a ocurrirles nada semejante; a Apeles le intimó que no diera ninguna orden a los aqueos sin consultarla previamente con el general.

Elogio de Filipo

77 Tanto por su afabilidad para con sus camaradas de campaña como por su habilidad y su audacia en las operaciones bélicas, Filipo gozó de gran estima no sólo entre los soldados, sino también entre las gentes
2 restantes del Peloponeso. No es fácil encontrar un rey más dotado por la naturaleza de las cualidades reque-
3 ridas para dirigir empresas. En efecto: era de inteligencia pronta, y poseía una memoria y un gracejo excepcionales, además una majestad y una autoridad

[177] Arato el Viejo, sin duda.

propias de un rey y, por encima de todo, una gran
experiencia y audacia guerreras. Pero no es fácil ex- 4
poner en pocas palabras lo que se opuso a esto y le
convirtió de monarca benigno en tirano cruel. Poste-
riormente se presentará una ocasión más adecuada que
ésta para considerar la cuestión y discutirla [178].

Campaña de Trifilia

Filipo partió de Olimpia en di- 5
rección a Farea [179]: se presentó en
Telfusa, y desde aquí en Herea,
donde vendió el botín y reparó el
puente sobre el río Alfeo: preten-
día penetrar por él en Trifilia [180]. Era el tiempo en que 6
Dorímaco, el general etolio, ayudó a los eleos a petición
de éstos, pues se veían devastados; les envió seiscien-
tos etolios al mando del general Fílidas. Éste se pre- 7
sentó en Elea, recogió a los mercenarios de que dispo-
nían los eleos, unos quinientos, mil soldados de la
ciudad y además los de Tarento, y se fue a la Trifilia
a prestar ayuda. Esta región ha tomado el nombre de 8
Trifilo, uno de los hijos de Arcas; está situada en el
Peloponeso, junto al mar, entre Elea y Mesenia: orien-
tada hacia el mar de África, se encuentra en la extre-
midad occidental de la Arcadia. En ella hay las ciuda- 9
des siguientes: Sámico, Lepreo, Hipana, Tipanea, Pirgo,
Epión, Bólax, Estilangio y Frixa [181]. Poco tiempo antes 10

---

178 Lo aquí prometido, lo encontramos en VII 11 y 13 y siguientes.

179 Ciudad en el curso del Alfeo, al S. de Olimpia.

180 Pequeña región costera entre la Élide y la Arcadia, como dice el mismo Polibio más abajo.

181 Sámico está sobre el monte Kaiafa; Lepreo está a cien estadios de Sámico y a cuarenta del mar. Hipana y Tipanea no sabemos dónde estaban, verosímilmente al N. de éstas. Pirgo estaba en la misma costa, en el cabo hoy llamado de San Elías. Epión, Bólax y Estilangio están al N. de la cadena de Kaiaphas, pero su localización es incierta. Frixo está en una altura, en un recodo del Alfeo, al E. de Olimpia.

los eleos las habían sometido, junto con la plaza de Alífera[182], que primero dependió de la Arcadia y de Megalópolis. Pero Lidíadas de Megalópolis la cedió a los eleos durante su tiranía, a cambio de ciertas ventajas personales.

78 Fílidas mandó a los eleos a Lepreo, a los mercenarios a Alífera, y él afrontó el futuro, con sus etolios,
2 en Tipanea. El rey dejó su bagaje, cruzó por el puente el río Alfeo, que fluye junto a la misma ciudad de
3 Herea, y se presentó en Alífera. Esta ciudad está situada sobre una cima escarpada en todas las laderas, y el camino para llegar a ella supera los diez estadios. En la cumbre, encima de la loma, tiene una ciudadela y una estatua de bronce, hermosa y de grandes dimen-
4 siones, de la diosa Atenea. Incluso los habitantes del país discuten por qué se colocó la estatua y quién sufragó el monumento: no se ve claramente quién mandó
5 erigirla ni quién la dedicó. Pero, en cambio, todos están de acuerdo en que es una obra de arte excepcional, trabajo de unos artífices muy hábiles y de gran prestigio: la fundieron Hecatodoro y Sóstrato[183].

6 En la jornada siguiente amaneció un día claro y espléndido; el rey, al alborear, dispuso en muchos lugares a los portadores de escaleras, protegidos por
7 unos mercenarios. A continuación iban los macedonios situados detrás de cada sección. Cuando el sol subió en el cielo mandó un avance general contra la loma.
8 Los macedonios avanzaron de manera valerosa y escalofriante, pero los de Alífera se les oponían siempre y corrían hacia los lugares a los que veían aproximarse
9 más a los macedonios. En aquel momento el rey en persona, con los soldados más aguerridos, logró tre-

182 Alífera está a diez kilómetros de Herea. WALBANK, *Commentary*, da su plano en la pág. 530.

183 Dos escultores del siglo IV a. C.

par sin ser visto a través de lugares escabrosos, hasta
las proximidades[184] de la ciudadela. Dada la señal, to- 10
dos a la vez aplicaron las escaleras e intentaron pene-
trar en la ciudad. Y el rey fue el primero en ocupar 11
las inmediaciones de la ciudadela, que encontró des-
guarnecidas. Pegó fuego a este lugar, y los defensores
de la muralla previeron el futuro: temieron que, al
perder la ciudadela, se desvanecieran sus esperanzas,
y abandonando los muros corrieron a su acrópolis.
Los macedonios se apoderaron al punto de las mu- 12
rallas y de la ciudad. Y, tras esto, los de la ciudadela
enviaron legados a Filipo, quien les ofreció seguri-
dades, y, bajo pacto, se apoderó también de aquel re-
ducto.

Ante estos acontecimientos, todos los habitantes 79
de la Trifilia se atemorizaron y deliberaron acerca
de sí mismos y de sus patrias. Fílidas abandonó Ti- 2
panea, saqueó algunas casas y se retiró a Lepreo. Éste 3
fue el pago que entonces recibieron los aliados de los
etolios: no sólo se vieron abandonados a las claras
precisamente cuando necesitaban de más ayuda, sino
que después del pillaje y de la traición, sus aliados les
trataron tal como el enemigo suele tratar a sus adver-
sarios derrotados. Los de Tipanea entregaron la ciudad 4
a Filipo, y lo mismo hicieron los habitantes de Hipana.
Los de Fíale se enteraron de lo ocurrido en Trifilia y 5
descontentos, por otro lado, de sus alianzas con los
etolios, ocuparon con las armas la residencia del Po-
lemarco[185]. Unos piratas etolios que aguardaban en esta 6

184 La palabra griega correspondiente (*proasteíon*) crea algunas dificultades. Su traducción rigurosa sería «suburbio o «arrabal». Pero una fortificación difícilmente tiene arrabales. Quizás se trate, simplemente, de un barrio o distrito de la ciudad que sea a la vez extremo y que contenga en él la fortaleza. Una traducción posible sería «barbacana».

185 Cf. la nota 44 de este libro.

ciudad una ocasión propicia para saquear la Mesenia,
primero se creyeron capaces de ponerse manos a la
7 obra y atacar a los de Fíale, pero al comprobar que
éstos se reunían como un solo hombre para defen-
derse, renunciaron a su proyecto: pactaron con ellos,
8 recogieron su propio bagaje y se alejaron de Fíale; los
fialenses enviaron legados a Filipo y le confiaron sus
personas y la ciudad.

80 Simultáneamente, los lepreatas se concentraron en
cierta parte de su propia ciudad y exigieron a los eleos
y a los etolios que abandonaran la ciudad y la forta-
leza, y lo mismo a algunos que estaban allí de parte
de los lacedemonios, pues también los lacedemonios
2 habían enviado alguna ayuda. Primero, los hombres de
Fílidas hicieron caso omiso y se quedaron, convenci-
3 dos de que así intimidarían a los de Lepreo. Pero el
rey envió a Fíale a su general Taurión con un contin-
gente, y él en persona avanzó hacia la ciudad, y cuando
ya se aproximaba a ella los de Fílidas lo supieron y se
desanimaron; los lepreatas, por el contrario, cobraron
4 ánimo con los ataques. Entonces los lepreatas realiza-
ron una hermosa gesta: tenían dentro de la ciudad un
millar de eleos, otro millar entre los etolios y los pi-
ratas que les acompañaban, quinientos mercenarios y
doscientos lacedemonios y, encima, ocupada la ciuda-
dela. Y, sin embargo, reivindicaron su patria y no per-
5 dieron las esperanzas. Fílidas vio que los lepreatas se
habían levantado varonilmente y que los macedonios se
aproximaban, por lo que dejó la ciudad, abandonó a
los eleos y a los que estaban allí por los lacedemonios.
6 Los cretenses llegados desde Esparta volvieron a su
país a través de la Mesenia, los de Fílidas se retiraron
7 hacia Sámico. Los habitantes de Lepreo, dueños ya de
su patria, enviaron legados a Filipo y le confiaron su
8 ciudad. Sabedor de lo ocurrido, el rey envió parte de
su ejército a Lepreo, pero se reservó los peltastas y la

infantería ligera, y avanzó, interesado en establecer contacto con Fílidas. Le alcanzó, en efecto, y se apoderó de 9
su bagaje íntegro, pero Fílidas se le anticipó y ocupó Sámico.

Filipo acampó en aquel lugar, mandó acudir al con- 10
tingente que tenía en Lepreo y dio la impresión a los de dentro de que quería asediar la plaza. Los etolios 11
y los eleos que estaban con ellos no disponían de nada para soportar el cerco, a excepción de sus manos. Amedrentados ante su situación, trataron con Filipo acerca de su seguridad. Obtuvieron licencia para retirarse con 12
sus armas y se dirigieron a Elea; el rey se apoderó inmediatamente de Sámico. Posteriormente se le presen- 13
taron todos los demás a suplicarle, y él acogió en su alianza las ciudades de Frixa, Estilangio, Epión, Bólax, Pirgo y Epitalio. Lo dispuso todo y regresó a Le- 14
preo: en seis días había sometido la Trifilia entera. Dirigió a los lepreatas una exhortación adecuada a 15
aquella oportunidad, y se retiró con sus fuerzas a Herea; dejó como gobernador de la Trifilia a Ládico de Acarnania, llegó a la ciudad mencionada antes y distri- 16
buyó todo el botín entre sus soldados, recogió los bagajes dejados en Herea, y a mitad del invierno se presentó en Megalópolis.

Quilón[186]*, en Esparta*

En el mismo tiempo en que Fi- 81
lipo realizó la campaña de Trifilia, el lacedemonio Quilón, convencido de que la realeza le correspondía, por su linaje, y molesto porque los éforos habían prescindido de él cuando eligieron como rey a Licurgo, determinó promover una revolución. Juzgó que si seguía el mismo camino de 2
Cleómenes, es decir, si insinuaba al pueblo la esperanza de una repartición y redistribución de tierras,

[186] De este personaje no sabemos nada.

la masa le seguiría al punto, de modo que se puso a
3 realizarlo. Comunicó sus planes a sus partidarios,
tomó unos doscientos como colaboradores de su auda-
4 cia y se dedicó a poner en práctica su idea. Compren-
día que el mayor obstáculo que se oponía a su proyecto
lo constituían Licurgo y los éforos que le habían nom-
brado rey, por lo que primero procedió contra éstos.
5 Sorprendió a los éforos mientras comían y los degolló
allí mismo: la Fortuna les infligió un justo castigo.
En efecto: si se considera quién les linchó, y por qué,
6 debe decirse que fue en venganza justa. Quilón, una
vez ejecutados los éforos, se presentó en casa de Li-
curgo, que se encontraba en ella; sin embargo, no pudo
7 echarle mano: se escapó por unos huertos [187] próximos
y logró huir sin que Quilón se diera cuenta. Por sen-
deros de montaña se fue a Pelene [188], en la región de
8 Trípoli. Quilón, cuando vio que lo esencial de su pro-
yecto le había fallado, se desalentó, pero se veía for-
9 zado a proseguir: invadió el ágora, encarceló a sus
enemigos, exhortó a sus amigos y familiares e insinuó
a los demás las esperanzas que he mencionado hace
10 poco. Pero nadie se declaró partidario de él, bien al
contrario, los hombres se concertaban en su contra,
ante lo que Quilón, previendo el futuro, se retiró ocul-
tamente, atravesó el país y se presentó, fracasado y so-
11 litario, en la Acaya. Los lacedemonios temían la llegada
de Filipo, recogieron las cosechas de sus campos, de-
molieron el ateneo de Megalópolis y abandonaron la
ciudad.

---

187 La lectura del texto griego no es segura, y la idea de los manuscritos parece excesivamente ingenua, pero de todas formas en el texto griego es difícil dar con una solución que satisfaga.

188 Pelene, en el valle del Eurotas. Con Calibia y otra ciudad de nombre desconocido formaba la Trípolis laconia.

Desde la legislación de Licurgo los lacedemonios 12
habían gozado de una constitución excelente y fueron muy poderosos hasta la batalla de Leuctra[189], pero entonces la Fortuna les volvió las espaldas, y su gobierno cayó cada vez más de mal en peor. Al fin experimenta- 13
ron las máximas penalidades y contiendas civiles, debieron afrontar muchos repartos de tierras y proscripciones y probaron la esclavitud más amarga, hasta la tiranía de Nabis[190], ellos, que anteriormente ni tan siquiera podían tolerar tal nombre.

Muchos han expuesto ya con pormenor la historia 14
antigua de Esparta, su ascenso y declive. Su época más brillante[191] empieza cuando Cleómenes abolió totalmente la constitución nacional, cosa que expondremos cuando se presente la ocasión oportuna.

Filipo abandonó Megalópolis, marchó a través de la 82
región de Tegea, se presentó en Argos y pasó allí lo que quedaba del invierno[192]. Aquella campaña le había ganado la admiración de todos por la moderación de su comportamiento y además por la brillantez de los mencionados éxitos que su juventud no podía hacer esperar.

Maniobras de Apeles

Pero Apeles no cejaba en su in- 2
tento, sino que se disponía a someter, poco a poco, los aqueos a su yugo. Entendía que Arato y 3
su hijo obstaculizaban su propósito, y que Filipo era muy amigo de ellos, principal-

189 En el año 371 los tebanos, con Epaminondas, destruyen definitivamente el poder de Esparta. Ya se ha visto anteriormente. Se trata de la batalla de Leuctra.

190 Polibio expone esto en XIII 6.

191 Aquí el texto griego no es seguro; véase alguna edición crítica. La traducción dada sigue el texto de Büttner-Wobst. Con todo, las posibles diferencias en el texto griego son simplemente de matiz.

192 Del año 219/218.

mente del padre. Éste, en efecto, había colaborado con Antígono, gozaba de gran prestigio entre los aqueos y, sobre todo, era hombre de gran habilidad y prudencia. Apeles, pues, quiso empezar contra ellos, y se propuso desacreditarles como sigue:

4 Procuró enterarse de quiénes eran los enemigos políticos de Arato, les hizo acudir desde sus ciudades, se relacionaba con ellos, cautivó su espíritu y les instaba
5 a que fueran amigos suyos. Los presentaba también a Filipo, pero respecto a cada uno puntualizaba que si continuaba siendo amigo de Arato, debería tratar a los aqueos según la alianza puesta por escrito; en cambio, si le hacía caso a él y aceptaba la amistad de éstos, podría tratar a todos los peloponesios según quisiera.
6 Y Apeles se preocupó al punto de las elecciones a magistratura: quería que alguno de aquellos hombres pretendiera el generalato, y expulsar así a Arato y a
7 sus partidarios de su posición. Logra convencer a Filipo de que acuda personalmente a las elecciones que los aqueos iban a celebrar en Egio, aprovechando su
8 marcha hacia Elea. El rey le hizo caso y se presentó en la oportunidad señalada: con exhortaciones a unos y amenazas a otros, Apeles consiguió a duras penas, pero lo logró, que el general nombrado fuera Epérato de Farea; Timóxeno, el candidato de Arato, salió derrotado.

83 Después, el rey levantó el campo, marchó a través de los territorios de Patras y de Dime, y llegó a la fortaleza llamada Tico, que domina la entrada en los territorios de los dimeos; ya dije anteriormente[193] que hacía muy poco que lo habían conquistado las tropas
2 de Eurípidas. Filipo quería de cualquier modo restituir el fortín a los dimeos, de modo que acampó allí con
3 todo su ejército; los eleos que estaban allí de guarni-

193 Cf. 54, 9.

ción se alarmaron y entregaron el baluarte a Filipo;
sus dimensiones no eran muy grandes, pero estaba ex-
celentemente fortificado. Su perímetro no medía más 4
de un estadio y medio, pero la altura del muro supe-
raba siempre los treinta codos. El rey, pues, entregó la 5
plaza a los dimeos y se fue a talar Elea: lo hizo, juntó
un gran botín y regresó con su ejército a Dime.

Apeles, convencido de que había progresado algo 84
en su propósito al haber logrado imponer a su candi-
dato como general de los aqueos, renovó su ataque
contra Arato, con la intención de arrancar definitiva-
mente a Filipo de su amistad. Se propuso calumniarle
mediante la argucia siguiente:

Anfidamo, el general de los eleos, cayó prisionero 2
en Talamas, junto con los demás que huían, como ya
expusimos más arriba[194] al tratar de este tema. Así
que llegó a Olimpia, pues le condujeron allí junto con
los demás cautivos, se esforzó, a través de terceros,
por tener una entrevista con el rey. Logrado su obje- 3
tivo, dijo a Filipo que él era capaz de llevar a todos
los eleos a su amistad y alianza. El rey le creyó y
envió a Anfidamo sin rescate, con el encargo de que 4
declarara a los eleos que, si se decidían por su amistad,
les restituiría todos sus prisioneros sin rescate, y ga-
rantizaría la seguridad al país contra todos sus ene-
migos exteriores. Encima, les aseguraba la libertad sin 5
tropas de ocupación, y el poder usar sus constitucio-
nes respectivas. Los eleos escucharon estas proposicio- 6
nes, pero no las atendieron en absoluto, a pesar de
que parecían amplias y tentadoras. Apeles aprovechó 7
esta circunstancia para urdir su calumnia: fue al en-
cuentro de Filipo y le manifestó que Arato no era un
amigo fiel a los macedonios, y que en modo alguno
tenía sentimientos benévolos hacia él. Ahora Arato y

[194] Cf. 75, 6.

los suyos habían sido los causantes de la animadver-
8 sión de los eleos. Porque —le aseguró—, cuando remitió a Anfidamo de Olimpia a Élide, estos le habían tomado privadamente y le habían excitado, diciéndole que no favorecería en nada a los peloponesios que
9 Filipo fuera dueño de la Élide. Y ésta fue la causa de que los eleos desdeñaran sus proposiciones, conservaran su amistad con los etolios y siguieran en guerra contra los macedonios.

85 Cuando Filipo oyó estas palabras, mandó llamar a los dos Aratos, y que Apeles repitiera delante de ellos
2 sus afirmaciones. Ambos se presentaron, y Apeles se reiteró en lo dicho de manera audaz e intimidatoria. El rey, sin embargo, guardaba silencio, por lo que él
3 añadió: «Arato, puesto que os ha encontrado tan ingratos, el rey decide congregar a los aqueos, defenderse de posibles alegaciones y regresar a Macedonia.»
4 Arato el viejo le interrumpió y pidió al rey que a nada de lo dicho diera crédito a la ligera y sin investi-
5 gación previa. Siempre que él o uno de sus amigos y aliados fueran acusados, antes de admitir la inculpación debían hacer una investigación minuciosa. Esto era lo propio de un rey y lo que convenía desde cualquier
6 punto de vista. Por esto también exigía ahora que se convocara a los que habían informado a Apeles, que se colocara allí, en medio, el que había hablado con él, y que no se omitiera nada de lo posible para averiguar la verdad, antes de revelar cualquier cosa de éstas a los aqueos.

86 El rey se mostró de acuerdo con todo lo dicho, afirmó que no descuidaría nada en su investigación y
2 ordenó que de momento se retiraran. En los días siguientes, Apeles no pudo aportar ninguna prueba de lo que había manifestado, y, en cambio, ocurrió algo
3 que favoreció a los de Arato. Cuando Filipo iba devastando el país de los eleos, éstos no se fiaban de Anfi-

damo, y decidieron cogerle y mandarlo encadenado a
la Etolia. Anfidamo se enteró de su intención, y pri- 4
mero se alejó de Olimpia; después, sabedor de que
Filipo se encontraba en Dime ocupado en la reparti-
ción del botín, se apresuró a ir a su encuentro. Los 5
partidarios de Arato, informados de que Anfidamo es-
taba allí desterrado de la Élide, exultaron de gozo,
porque no tenían nada de qué reprocharse: acudieron al
rey, porque creían que éste debía convocar a Anfidamo 6
y también que Anfidamo iba a declarar la verdad, pues
era el mejor conocedor de las acusaciones formuladas
contra ellos: en efecto, había huido de su patria a
causa de Filipo, quien entonces era su única esperanza
de salvación. El rey se dejó convencer por estas pa- 7
labras, mandó llamar a Anfidamo y comprobó que la
acusación era calumniosa. Desde aquel día demostró 8
más amistad y confianza a Arato, y en cuanto a Apeles,
sospechó algo de él. Pero, a pesar de todo, también
estaba muy predispuesto a favor suyo: se veía obliga-
do a no advertir muchas de las cosas que Apeles co-
metió.

Y ni aun así Apeles desistió de sus propósitos: al 87
propio tiempo calumniaba también a Taurión, encar-
gado de los asuntos del Peloponeso. No le reprochaba 2
nada, antes bien, le alababa, y afirmaba que era un
hombre merecedor de acompañar al rey en sus expe-
diciones; lo que pretendía era colocar a otro al frente
de los asuntos del Peloponeso. Ciertamente, perjudicar 3
al prójimo no hablando mal de él, sino alabándole, es
un género nuevo de calumnia. Esta maldad, esta envi- 4
dia y este engaño se encuentran principalmente entre
los cortesanos, por la envidia y ambiciones de unos
contra otros. Apeles, así que encontró ocasión, ofendió 5
igualmente a Alejandro, un servidor personal del rey:
quería disponer a su antojo de la guardia real y des-

hacer completamente la ordenación establecida por Antígono.

6 Éste, durante su vida, dirigió acertadamente el reino y educó convenientemente a su hijo; al morir, lo dis-
7 puso con una previsión admirable: rindió cuentas al pueblo de su administración, dio prescripciones a los macedonios en cuanto al futuro: señaló quién debía administrar cada cosa y cómo debía hacerlo. No quería dejar ningún pretexto a los cortesanos que excusara
8 envidias y rivalidades entre ellos. Entonces formaban la corte regia el mismo Apeles, nombrado tutor; Leoncio al frente de los peltastas, Megaleas que era el secretario real, Taurión el encargado de los asuntos del Peloponeso, y Alejandro que era el administrador de
9 la casa real. Apeles manejaba, a su antojo, a Leoncio y a Megaleas; a Alejandro y a Taurión les había hecho remover de sus cargos, y ahora le urgía disponer de esto y de todo lo demás, o personalmente o por medio
10 de sus títeres. Y lo habría logrado fácilmente si no se hubiera conjurado la enemistad de Arato: ahora iba a comprobar rápidamente la necedad de sus ambiciones:
11 lo que se disponía a hacer a los otros lo iba a sufrir él mismo [195], y sin tardar demasiado.

12 Pero cómo y cuándo ocurrió, de momento lo omitimos, y aquí damos por terminado este libro; en los siguientes intentaremos exponer todos estos temas con claridad.

13 Filipo realizó todo lo apuntado y regresó a Argos; allí envió a sus tropas a Macedonia y él pasó el invierno con sus amigos.

---

[195] Fue acusado de traición, y murió entre torturas. Cf. V 15, 9 y 28, 8.

ÍNDICE ONOMÁSTICO *

* Las cifras romanas indican el libro. Las cifras arábigas que siguen inmediatamente a las romanas o a un punto y coma indican el capítulo del libro en cuestión. Y las cifras siguientes, separadas por comas, indican los parágrafos correspondientes dentro del capítulo.

ÍNDICE GENERAL